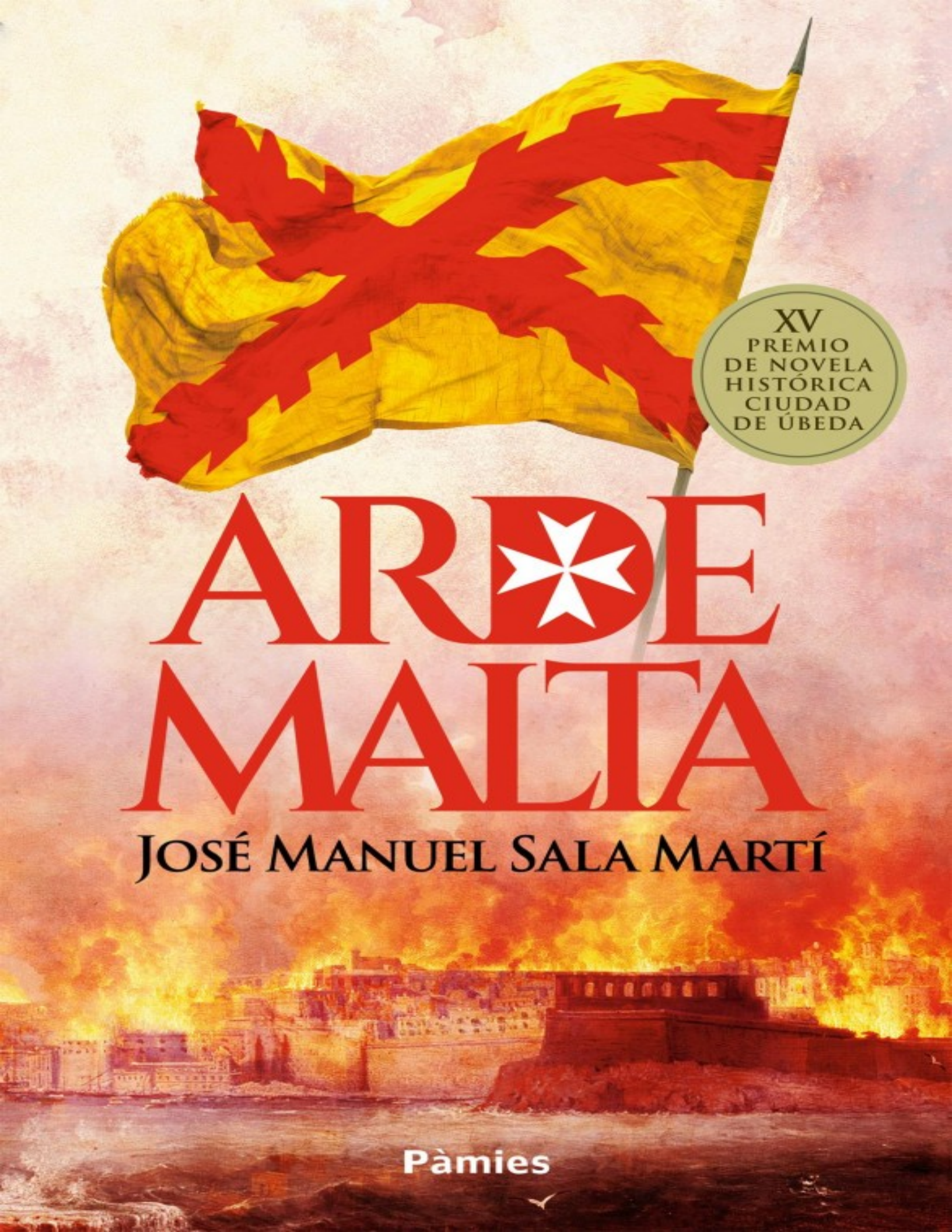

XV
PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
CIUDAD
DE ÚBEDA
ARDE
MALTA
JOSÉ MANUEL SALA MARTÍ
Pàmies


ARDE
MALTA

JOSÉ MANUEL SALA MARTÍ

ARDE MALTA



Pàmies

Primera edición: septiembre de 2026

Copyright © 2026 de José Manuel Sala Martí © de esta edición: 2026, ediciones Pàmies, S.L.

C/ Monteverde

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 979-13-8778796-7
BIC: FV

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Mapas del autor

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

36

37

38

39

40

41

42

Epílogo

Nota histórica

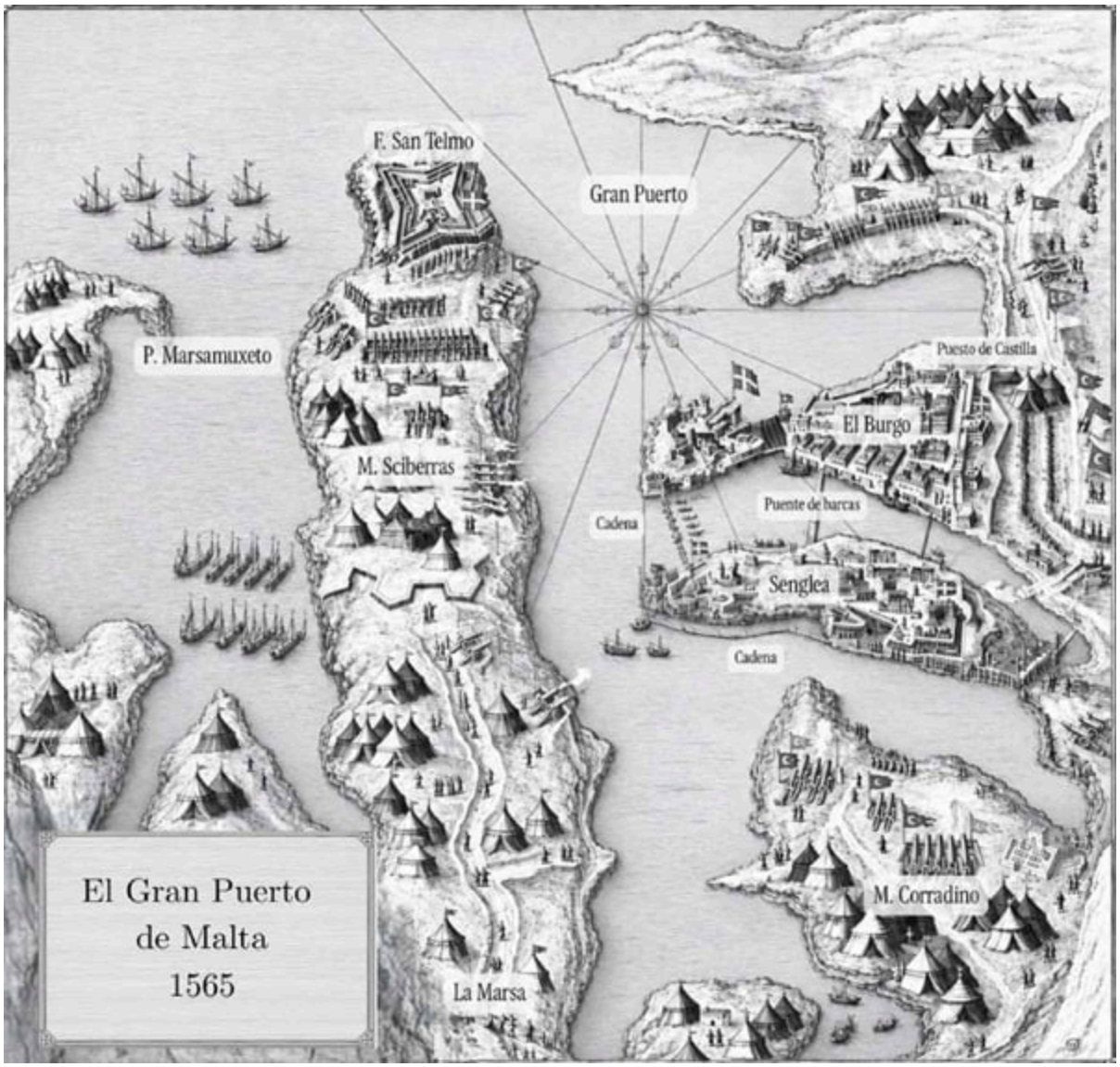
Agradecimientos

A mi madre, que —como le gusta recordarme— no hay más que una.


MALTA
1565
Mellieah
Cala de San Pablo
Cala de Banarato
Mgarr
Cala de San Jorge
Naxxar
San Telmo
Torre Falca
Mdina
La Marsa
El Burgo
Senglea
Zabbar
Zurrieq
Marsasiroco
Cala de Piedras Negras
N
W
E
S

«¿Fue realmente el mayor asedio? ¿Incluso mayor que Rodas?»
«Sí, Madame. Fue el mayor asedio de la historia».
Catalina de Médici y Fra Antoine de la Roche

«No sé si la imagen del infierno podría describirse con mayor precisión que plasmando en lienzo o en papel esta lucha cruda, horrible, aterradora y cruel».
Giacomo Bosio, cronista de la Orden de Malta



1

La lluvia cae sobre Mesina como una cortina de plomo que empapa hasta los huesos y convierte las calles en ríos de barro. Son las primeras horas después de medianoche cuando una figura encapuchada se desliza entre las sombras del puerto siciliano, moviéndose con la cautela de quien lleva secretos que pueden cambiar el destino de imperios.

El hombre avanza pegado a los muros, evitando los charcos que reflejan la luz mortecina de las antorchas. Su respiración forma pequeñas nubes de vapor en el aire frío mientras sus ojos escudriñan cada rincón, cada ventana, cada sombra que podría ocultar una amenaza. Bajo la capa empapada, su mano derecha descansa sobre la empuñadura de una daga, y en su pecho, cosido en el forro del jubón, late el pulso de Europa: un mensaje que ha viajado desde los bazares de Constantinopla hasta Sicilia.

Los guardias del palacio virreinal dormitan junto a sus alabardas cuando el desconocido emerge de la oscuridad como un fantasma materializado por la lluvia. Su voz, ronca por el frío y la urgencia, corta el silencio de la noche: —Traigo avisos para don García de Toledo. Asuntos que no admiten demora.

El centinela más veterano, un sargento siciliano de bigote entrecano, entrecierra los ojos para estudiar al recién llegado. Habla con autoridad, pero su aspecto es el de un vulgar comerciante del puerto.

—Su excelencia el virrey descansa, y no creo que quiera que una alimaña como…

—Enseñadle esto a su excelencia y veréis como querrá recibirme inmediatamente.

El hombre extrae de su jubón un anillo de sello que refleja la luz de las antorchas con destellos dorados. El sargento reconoce las armas grabadas y su rostro se tensa. Es el anillo de la red secreta de

agentes que opera entre Nápoles y Levante, hombres de los que solo se habla en susurros y cuyos nombres nunca se escriben en los despachos oficiales.

—Seguidme —murmura el sargento, y guía al desconocido por pasillos de piedra donde sus pasos resuenan como tambores de guerra lejanos.

Don García de Toledo se incorpora en su lecho cuando su secretario aparece en el umbral con una vela en la mano, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de la alcoba. El virrey de Sicilia es un hombre de cincuenta años curtido por décadas de guerra contra el Turco y sus instintos militares le despiertan en cuanto percibe la urgencia en el rostro de su subordinado.

—Excelencia, ha llegado un correo. Dice que viene de la red del genovés.

García de Toledo no necesita más explicaciones. Giovanni Renzo y sus agentes llevan años siendo los ojos y oídos de España en territorio otomano, y cuando uno de sus mensajeros aparece en plena noche bajo la lluvia, las noticias nunca son buenas. Se incorpora, se echa un manto sobre los hombros y camina descalzo hasta su despacho, donde el fuego de la chimenea arroja lenguas de luz dorada sobre mapas del Mediterráneo.

El mensajero espera de pie junto a la ventana, con el agua goteando de su capa sobre las baldosas. Cuando don García entra, el hombre se inclina en una reverencia breve y extrae un pergamino sellado de su jubón. El lacre está intacto, pero don García sabe que eso no significa nada. Los agentes de Renzo son maestros en el arte de abrir correspondencia sin dejar rastro.

—¿De dónde venís? —pregunta don García mientras recibe el mensaje.

—De Constantinopla, excelencia. Sin otras escalas más que las obligatorias.

—Bien. Podéis marcharos.

El hombre se inclina de nuevo y desaparece en la noche como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí apenas el olor a humedad y secretos.

Don García examina el pergamino a la luz de las velas. A primera vista, no es más que una carta comercial de un mercader genovés a su corresponsal en Sicilia, llena de referencias a precios de especias y rutas comerciales.

El virrey acerca el pergamino a la luz de las velas, buscando marcas invisibles entre las líneas. Luego lo lleva a la chimenea y deja que el calor del fuego acaricie la superficie del papel.

Poco a poco, como fantasmas que emergen del más allá, comienzan a aparecer palabras escritas con tinta invisible entre las líneas del texto comercial.

«La mañana del 29 de marzo el almirante de la flota y Mustafá, el comandante supremo de la expedición, han ido a besar la mano del sultán y a recibir sus órdenes».

García siente como se le acelera el pulso mientras lee los números que van materializándose ante sus ojos: galeras, soldados, cañones, provisiones. Es la flota más poderosa que el Turco ha armado nunca.

Pero es la última línea la que le hiela la sangre en las venas.

«No se conoce todavía el destino de la flota, pero se dice que irá a asediar Malta».

—Malta… —repite con inquietud—. Que Dios nos asista.

Don García deja caer el pergamino sobre su escritorio y camina hasta la ventana. Fuera, la lluvia sigue golpeando los cristales como dedos impacientes que llaman a la puerta del destino.

—¡Secretario! —Llama—. ¡Preparad despachos urgentes para Madrid y Malta!

En algún lugar del Mediterráneo, la flota más grande de la historia navega hacia una pequeña isla que cambiará el destino de Europa.

2

Malta, dos meses después

Las rocas de Malta observan en silencio. Ni un trino de ave. Ni un ladrido de perro. Hasta el viento parece contener la respiración. Sólo se escucha el canturreo constante de una cigarra al sol.

Hasan siente el peligro en la piel como una picadura invisible: cada sombra puede ocultar una ballesta; cada muro, un arcabuz con la mecha lista para escupir fuego. Veinte jenízaros le siguen en fila india, pisando donde él pisa con los músculos rígidos y los ojos recorriendo las colinas quemadas por el sol. Nadie habla.

Son la primera avanzadilla del ejército otomano. Los que deben asegurar que el punto que han elegido es seguro. Han desembarcado en la isla esa mañana. Desde los barcos han visto caballeros de Malta a caballo siguiéndoles. Tienen que estar cerca. Los cristianos están aquí, en algún lugar, esperando como arañas en su tela.

—¿Ves algo, hermano? —susurra Kasim a su espalda.

Hasan niega con la cabeza sin apartar la vista del terreno quebrado que se extiende ante ellos. Rocas calcáreas blanqueadas por el sol, muros de piedra que dividen campos abandonados, edificaciones dispersas que pueden albergar docenas de arcabuceros. Malta es un laberinto perfecto para escaramucear y ellos son apenas una patrulla en medio de territorio enemigo.

Detrás de ellos, a una legua de distancia, las galeras otomanas aguardan la señal para comenzar el desembarco. Treinta mil hombres esperan su informe.

El viento trae olores extraños. Hierba seca entre las piedras, romero silvestre, el aroma resinoso del Mediterráneo. Pero también

algo más sutil que hace que Hasan entrecierre los ojos: el inconfundible olor acre de cuerdas de arcabuz prendidas.

Alza la mano y la patrulla se detiene al instante.

Estudia el terreno con ojos de soldado profesional. A trescientos pasos hay una edificación de piedra rodeada por un muro bajo, una de esas construcciones rurales que los malteses llaman *girna*. ¿Podría ocultarse ahí el enemigo?

Está decidiendo si acercarse cuando lo ve.

Un jinete cristiano avanza al descubierto hacia la *girna* como si estuviera en una cabalgada dominical. La sobrevesta roja y la cruz blanca de ocho puntas no dejan lugar a dudas: caballero de Malta. El necio galopa directamente hacia la edificación, confirmando que las sospechas de Hasan eran ciertas.

El jenízaro sonríe sin ganas. Algunos hombres nacen para morir por sus errores.

Con un gesto silencioso, sus hombres se despliegan en abanico. Cada movimiento está pensado, las posiciones calculadas. Las mechas de arcabuz chisporrotean en silencio mientras se preparan para la matanza.

Otro caballero emerge de la *girna* dando voces airadas al recién llegado. Hasan aguza el oído pero no logra distinguir las palabras. Pero no lo necesita. Si él fuera el oficial al mando de la emboscada ya le habría cortado la cabeza al jinete que ha descubierto la posición.

Alza la mano y sus hombres se tensan como ballestas a punto de disparar.

La orden de ataque muere en sus labios cuando ve brotar hombres del interior de la *girna* como si hubieran pateado un avispero. Son una decena de sanjuanistas. Cristianos armados hasta los dientes que aguardaban emboscados.

La ironía le arranca una sonrisa feroz. Los cazadores están a punto de convertirse en presas.

—¡A ellos! —grita mientras se lanza colina abajo seguido por sus jenízaros.

El primer disparo de arcabuz truena como un rayo e impacta en el pecho del caballero que ha delatado la posición. Se desploma del

caballo produciendo un ruido metálico y sordo al golpear contra las piedras.

Más disparos caen como lluvia mortal; las balas hacen saltar esquirlas que silban como avispas furiosas.

Los musulmanes se abalanzan sobre ellos, una marea violenta de acero curvado y gritos de guerra. Cuchilladas, estocadas, reveses y mandobles vuelan sin descanso, más densos que la sangre y numerosos que el granizo.

Hasan salta por encima de un muro bajo. Se encuentra cara a cara con un caballero de barba gris que blande la espada. Luce una portentosa armadura en la que refleja el sol como un espejo. El cristiano es rápido, pero menos que Hasan. El jenízaro esquiva la estocada por centímetros y responde con un tajo de su yatagán dirigido a la pierna desprotegida de su adversario. La hoja encuentra carme y desgarra tendones y ligamentos hasta el hueso. El caballero cae rodilla en tierra, y Hasan aprovecha la posición de ventaja. Cercena el cuello de su oponente con un tajo limpio. El caballero cae de espaldas sobre el suelo y su sangre brota sin control, empapando su sobrevesta roja y blanca.

—¡Retirada! ¡A Medina! —grita uno de los cristianos con acento francés.

Pero ya es tarde para huidas ordenadas.

Kasim abre fuego contra el caballero francés que ha dado la orden de retirada. El disparo mata a su caballo y jinete y montura se desploman en una maraña de extremidades y metal. El caballero trata de ponerse en pie, pero la pierna izquierda no le responde. Cojea dejando un reguero de sangre sobre la tierra, mientras sus compañeros huyen hacia la ciudad fortificada que se alza en la distancia.

Uno de sus hombres se detiene e intenta ayudarle, pero los jenízaros están demasiado cerca.

—Huye, muchacho —dice el caballero herido con voz firme—. No puedes cargar conmigo.

El joven soldado obedece a regañadientes. El francés se deja caer sobre el suelo polvoriento mientras el círculo de jenízaros se cierra a su alrededor como una corona de lanzas.

Entrega la espada con gesto ceremonioso. No hay súplicas en sus ojos, ni miedo. Solo la resignación del soldado que sabe cuándo la partida ha terminado.

Hasan se acerca despacio. La sangre fluye por el filo de su espada hasta llegarle al codo. Tiene gotas de salpicaduras por el rostro. Observa al prisionero con respeto profesional. Es un hombre de guerra, se nota en cada gesto, en la forma en que estudia a sus captores calculando posibilidades de huida que ya no existen.

—¿Cómo te llamas, cristiano? —pregunta en un francés chapurreado.

—Adrien de la Rivière, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén.

—Yo soy Hasan, jenízaro del sultán. Has luchado bien.

El francés asiente sin bajar la mirada.

—¿Qué hacías aquí? —continúa Hasan—. ¿Intentabais hacer algún prisionero?

La Rivière guarda silencio, pero sus ojos lo delatan. Los prisioneros serán la principal fuente de información militar en este conflicto.

Hasan estudia de nuevo el terreno. La *girna* era un lugar perfecto para aguardar emboscados: controla el paso natural hacia el interior de la isla. Los cristianos sabían que los exploradores turcos acabarían pasando por aquí y habían preparado una recepción mortal. Si no hubiera sido por el error del caballero que cabalgó al descubierto...

—Lleváoslo —ordena a sus hombres—. El general, Mustafá Pachá, querrá hablar con él.

El caballero sanjuanista sabe lo que le espera: primero la tortura para arrancarle información sobre las defensas de Malta, después la muerte. Pero quizá el francés aún pueda prestar un servicio a su fe manteniendo la lengua firme y el corazón sereno.

Mientras sus jenízaros atan al prisionero, Hasan contempla el paisaje de Malta que se extiende ante él. Una isla árida y rocosa, con poca vegetación y agua y sin campos de cultivo. Sobrevivir aquí será uno de los mayores retos a los que se enfrentarán las huestes del sultán.

Pero eso es un problema para mañana. Hoy han capturado a un oficial enemigo y han desbaratado una emboscada cristiana. Es suficiente para el primer día en suelo maltés.

La gran batalla entre la Cruz y el Corán acaba de comenzar.

El despacho del virrey huele a pergamino y tinta fresca. Don García Álvarez de Toledo observa el mapa de Malta extendido sobre su escritorio mientras la gota le martillea la rodilla derecha con cada paso que da.

En su frente se marca la huella de innumerables años; sus cabellos grises cuentan el pasado y sus ojos, aún más grises, insinúan lo que está por venir.

—Escribid —dice con tono grave mientras camina hacia su secretario—. «Si Malta no se socorre, según lo que aquí se pide, la tengo por perdida».

Su secretario moja la pluma en el tintero. El susurro de la escritura sobre el papel marca el ritmo de las decisiones que pueden salvar o condenar a miles de personas.

Don García se detiene junto a la ventana, desde donde se escucha a las gaviotas graznar sobre el puerto de Mesina.

—«Malta no permite regatear en medios. No podemos esperar que se resuelva sin aventurar nada».

La pluma vuela sobre el papel mientras don García busca las palabras que convenzan a Felipe II de la urgencia del momento. Está convencido de la necesidad de socorrer la isla. Y sabe que si no lo hace España, ninguna otra potencia cristiana lo hará.

—Añadid que los españoles son el principal nervio de este negocio —continúa mientras se sirve una copa de vino—. Porque quien crea que se puede hacer frente al Turco sin los Tercios Viejos se engaña como un necio.

Ahora viene lo más delicado. Don García conoce la reluctancia del rey a arriesgar la flota después del desastre de Djerba de hace cinco años. En aquella batalla, se perdieron treinta galeras en aguas tunecinas. Y a España le ha costado sudor y muchos ducados el

reponerlas. No puede permitirse otra pérdida así. Simplemente, no hay dinero en el tesoro.

—Y si Su Majestad teme aventurar la flota, deme al menos los hombres que pido y procuraré con ellos el seguro remedio, desembarcando en Malta y rompiendo el asedio por tierra. Pero para eso necesito gente escogida. De la buena.

El secretario termina de escribir las últimas líneas con mano que tiembla por las prisas del dictado. Don García relee el mensaje y lo rubrica con un trazo firme que contradice el temblor de sus dedos artríticos: *«Ensalce Nuestro Señor la persona real de V. M. como la Cristiandad desea.*

De Mesina a 31 de mayo de 1565.
Don García de Toledo».

—Remitidla al instante. Esta carta no puede dormir en puerto.

El secretario recoge los pliegos y sale en busca del barco más rápido. Don García queda solo con sus mapas y la certeza de que Malta puede estar perdida antes de que llegue la respuesta real.

La copa de vino permanece intacta en su mano. Por la ventana ve alejarse la nave que lleva su mensaje.

Si su mensaje no convence al Rey, Malta puede convertirse en la tumba de una orden militar que lleva cuatro siglos defendiendo la Cristiandad.

Semanas después, en el corazón silencioso de Castilla, el destino de Malta se decide en una sala sobria del Alcázar de Madrid. La carta de don García descansa abierta sobre el escritorio real; sus líneas están manchadas por la tinta del dictado urgente y la prisa del mensajero que la ha traído desde Mesina.

Felipe II estudia el mapa de Europa extendido ante él como si fuera un tablero de ajedrez, donde cada pieza representa miles de vidas. Malta parece un simple peón en comparación con el resto de sus preocupaciones. Pero es el peón que domina el centro del tablero. Un peón estratégico.

Sus consejeros, el príncipe de Éboli y el Duque de Alba, aguardan en silencio, conocedores del peso que el monarca carga sobre sus hombros.

Al fin Felipe II habla: —Ruy Gómez, príncipe de Éboli, ha preparado un informe sobre la situación del Turco. Escuchémosle.

El portugués hace una ligera inclinación de cabeza y toma la palabra: —Como ya sabe Vuestra Majestad —dice el príncipe de Éboli— hace unos meses, Bayaceto, el hijo favorito del sultán Solimán, se sublevó contra su padre y su hermano Selim y se refugió en la corte del Shah de Persia. Aunque el Shah lo recibió al principio con honores reales y le aseguró que estaría a salvo, finalmente lo apresó y lo devolvió al sultán. Los turcos lo ejecutaron, según su usanza, estrangulándolo.

El duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, lanza una mirada suspicaz al príncipe de Éboli. El viejo soldado desconfía del portugués como desconfía de todos los políticos que intrigan mucho y combaten poco. Alba tamborilea con los dedos sobre la mesa, impaciente por llegar al verdadero asunto de la reunión, pero de momento calla.

—¿Qué fuente confirma esta información? —interroga Felipe II.

—Donnini, el secretario del bailo veneciano. Hombre de confianza y bien situado en la corte otomana.

—Bien. Proseguid.

—Es por tanto seguro, que pronto el príncipe Selim, el último hijo sobreviviente de Roxelana Khanum, será sultán. Y no parece que el sultán confíe en que su hijo Selim vaya a tener el empuje y determinación que él mismo y sus predecesores en el trono. Es por ello que creemos que esa es una de las razones por las que Solimán ha ordenado atacar Malta. No se fía de que su hijo esté a la altura de la empresa.

El Duque de Alba enarca una ceja en uve sorprendido por el giro con el que Éboli ha redirigido el tema dinástico de los turcos a la cuestión de Malta.

El rey permanece inmóvil mientras sus dedos juguetean con una sortija de oro. El silencio se alarga como una cuerda tensa.

—Además —continúa el príncipe—, parece que la empresa cuenta con el respaldo de algunas de las personas más cercanas al sultán: el general de los jenízaros; Roxelana, la sultana; Mihrimah, su hija predilecta; el Mufti, su líder religioso, y el gobernador de Egipto entre otros. Todos ellos han sufrido graves perjuicios económicos por la actividad de corso de los caballeros sanjuanistas.

—Bien, bien... —dice Alba—. ¿Pero podemos discutir ya la cuestión del socorro?

Felipe II asiente con una sonrisa apenas visible que podría significar cualquier cosa. Alba se incorpora en su silla, el torso rígido como una lanza.

—El ataque a Malta —dice el duque— busca el dominio absoluto del Mediterráneo. Si cae, Sicilia será el siguiente objetivo; después Nápoles, quién sabe si Roma misma. Estamos obligados a intervenir por estrategia y por honor.

Éboli sonríe con el desdén del cortesano que nunca ha olido la pólvora quemada.

—España —replica Éboli— no puede intervenir en todas las guerras que afecten a la Cristiandad. ¿Por qué siempre nosotros? Que se encarguen los venecianos o los franceses.

Los músculos del cuello de Alba se tensan como cuerdas de ballesta. Ha visto morir demasiados hombres por la indecisión de los políticos.

—¿Francia? ¿Venecia? —Alba no oculta su desprecio—. Solimán ha otorgado concesiones comerciales a Francia para garantizar su neutralidad, y Venecia lleva meses pasando información a los turcos sobre nuestros movimientos navales. ¿Son estas las naciones que van a defender la Cristiandad?

Éboli mantiene su sonrisa complaciente pero guarda silencio. El aire de la sala se espesa mientras ambos hombres se miden con la mirada.

—Además —continúa Alba—, si Malta cae, tendremos que triplicar los esfuerzos defensivos en Sicilia. O la perderemos en dos años.

—¿Y si enviamos la flota y es derrotada? —Éboli se inclina hacia adelante como serpiente que busca el momento de atacar—. Nuestra flota vale más que veinte Maltas juntas.

El recuerdo del desastre naval de Djerba sobrevuela la sala como un fantasma que nadie se atreve a nombrar. Alba aprieta las mandíbulas hasta que el rubor le colorea el rostro.

Felipe II se levanta. El silencio que sigue es tan absoluto que se oye el crepitar de las velas en los candeleros. Camina hacia la ventana. La sierra madrileña se extiende pacífica bajo la luz dorada del atardecer, ajena a las decisiones que se toman en esta sala. Los hombros reales se encorvan bajo el peso invisible de un Imperio donde nunca se pone el sol, donde cada decisión puede salvar o condenar a miles de súbditos que confían en la sabiduría de su rey.

Los minutos pasan, arrastrándose, mientras Alba y Éboli intercambian miradas nerviosas, adversarios unidos por la incertidumbre. Ambos conocen el peso de las palabras reales cuando por fin se decide a pronunciarlas.

Al fin, Felipe II se gira. La Historia aguarda su respuesta como Malta aguarda el socorro. Y cuando habla, sus palabras sellan el destino de todos los que combaten y mueren en las murallas de Malta.

3

Los dedos de Pialí Pachá tamborilean sobre la mesa mientras estudia el mapa extendido ante él. Fortalezas cristianas dibujadas en tinta negra sobre pergamino amarillento, cada trazo marcado es un obstáculo entre su flota y la supervivencia. La lámpara de aceite oscila con la brisa nocturna, proyectando sombras que bailan sobre la representación de la fortaleza de San Telmo.

Esa fortaleza en la punta de la península sigue siendo una espina clavada en sus planes. Mientras permanezca en manos enemigas, su flota está en peligro. Y sin flota, treinta mil hombres quedarán atrapados en esta isla sin manera de volver a casa.

Afuera, el campamento de Marsa murmura con las voces de un ejército imperial, pero Pialí apenas las oye. Su mente se concentra en las decisiones que van a decidir el destino de la guerra.

De improviso el faldón de la tienda se aparta con brusquedad, dejando entrar el viento nocturno que hace parpadear la llama. Mustafá Pachá entra seguido de su estado mayor: el agá de los jenízaros, varios *beylerbeyes* y el resto de comandantes que lucen sedas, brocados y joyas que contrastan con la austeridad general del campamento. Sus pasos retumban sobre las alfombras persas mientras se acercan al mapa.

El veterano general se detiene frente a la mesa, las manos cruzadas a la espalda en un gesto que conocen bien sus subordinados.

—Habéis llegado temprano a la reunión, almirante —dice con el punto de sorna que siempre emplea con él—. Os noto impaciente.

Pialí se incorpora y señala con el índice la ubicación de la flota en el mapa, sin molestarse en ocultar su urgencia.

—Impaciente por asegurar nuestra flota antes de que el viento o los cristianos nos hagan pagar nuestra lentitud.

Mustafá observa el mapa mientras se acaricia la barba entrecana. Sus ojos se detienen en el Burgo, la principal fortaleza de los Hospitalarios, y golpea la posición con los nudillos. El sonido resuena seco como hueso contra madera.

—San Telmo caerá tarde o temprano, pero no es fundamental —responde con la paciencia condescendiente del veterano—. La verdadera victoria está aquí, en el Burgo. Este es el corazón de la isla. Si lo tomamos, Malta será nuestra sin dilación.

Pialí niega con la cabeza. Ya han tenido esta discusión otras veces. Parecía que ya había conseguido convencer a Mustafá, pero se ve que no. Eso o que Mustafá disfruta contradiciéndole. Entre ellos dos hay algo más que diferencias estratégicas: hay una lucha política donde los laureles de Malta valen el favor del sultán. En Estambul, Solimán le dio el mando del ejército a Mustafá, veterano de Persia y Hungría, y a él la flota, diciéndoles: «*Tú, Mustafá, tratarás a Pialí como a tu hijo. Y tú, Pialí, honrarás a Mustafá como a tu padre*». Cada uno ha interpretado las palabras a su conveniencia.

—No podemos dejar la flota fuera de puerto durante meses. ¿Qué pasará si el asedio se alarga más de lo previsto? —dice Pialí con gesto tenso—. El Burgo es una fortaleza muy poderosa, construida por los mejores ingenieros de Europa. Si el invierno nos sorprende aquí, sin un puerto seguro, perderemos la flota. Y entonces no habrá manera de llevar al ejército de vuelta a casa.

Mustafá tuerce el bigote en un gesto de desprecio que ha perfeccionado durante décadas de mando.

—Sois un pájaro de mal agüero, Pialí. Nuestras fuerzas superan al enemigo infiel siete a uno. ¿De verdad pensáis que esos pocos caballeros pueden resistir hasta el invierno?

Su risa suena áspera, falsa como el oro de los alquimistas.

Pialí aprieta las mandíbulas hasta que le duelen, pero su voz mantiene la calma.

—Lala —dice empleando el pseudónimo cariñoso cuyo uso le otorgó el sultán—, tú conoces a estos enemigos. Este va a ser un asedio largo. Los caballeros resistirán hasta el último hombre pues esta isla es su última posesión. No será como en Rodas, donde podían retirarse con honor.

El almirante se inclina sobre el mapa, acercándose lo suficiente para que Mustafá note la determinación en sus ojos.

—San Telmo es pequeña, caerá en cuatro o cinco días si la atacamos con decisión. Además, al perderla, el enemigo abandonará toda esperanza de rescate desde Sicilia.

Pialí hace una pausa y, cuando vuelve a hablar, su voz se endurece para dejar claro que lo siguiente no es una súplica, sino una advertencia: —Ni mis barcos ni mis hombres participarán en el asedio hasta que tengamos un puerto seguro.

El silencio que sigue se alarga como una cuerda tensa a punto de romperse. Mustafá finge reconsiderar la propuesta. En el fondo está de acuerdo con atacar San Telmo, pues era el plan inicial acordado en Constantinopla. Pero necesita que parezca decisión suya y, de paso, recordar a ese almirante advenedizo cuál es su lugar en la jerarquía.

—Está bien —dice finalmente—. Pero antes reconoceré las defensas cristianas. Hay que tomar el pulso a esta isla antes de comprometer nuestra estrategia.

Hace un gesto a los soldados que guardan la entrada de la tienda.

—Traed al prisionero.

Dos soldados entran arrastrando al caballero francés Adrien de la Rivière. El sonido de sus cadenas precede a su entrada. Su aspecto es deplorable: desnudo de cintura para arriba, su cuerpo se ha convertido en un mapa del dolor marcado por cortes y hematomas que cuentan la historia de horas de interrogatorio.

—Escucha bien, infiel —dice Mustafá sin dignarse a mirarlo—. Señala en el mapa los sectores más débiles del Burgo. Si lo que dices nos satisface, se acabarán las torturas y tendrás libertad para volver con los tuyos.

La Rivière apenas puede mantenerse en pie. Cada respiración es una mueca de dolor, la boca le sabe a sangre. Con dedo tembloroso señala dos posiciones en el mapa: son los bastiones de Auvernia y Castilla de la fortaleza del Burgo.

Cierra los ojos, desfallecido.

—*Mon Dieu, pardonne ma faiblesse* —susurra como plegaria desesperada.

Mustafá sonríe satisfecho.

—¿Ya veis, Pialí, como vuestra sugerencia era precipitada? Si tomamos el Burgo por sus puntos débiles, no necesitaremos ese puerto que tanto ansiáis.

—¿Y si miente?

El gesto de Mustafá se crispa mientras lanza una mirada de asco al francés.

—Si miente, será lo último que este perro infiel haga en su vida. *In shā' Allāh*.

El alba asoma con timidez vacilante, como si el sol quisiera demorar las promesas de sangre. El ejército otomano despliega sus fuerzas frente al Burgo en una formación de media luna que deja clara la naturaleza sagrada de su lucha.

Desde las murallas cristianas, el espectáculo resulta hermoso y espeluznante a la vez: ropajes orientales que ondean al viento, armas que brillan bajo el sol naciente, estandartes con versículos del Corán flotan como oraciones de la *yihad*.

Suenan chirimías y atabales en una sinfonía que hace temblar la tierra. Los caballeros despliegan sus banderas de San Juan, rojas y blancas como la sangre y la pureza, decididos a no dejarse amedrentar por el espectáculo.

Setecientos arcabuceros cristianos salen de las murallas, entre ellos la compañía del alférez español Medrano, veterano de las guerras de Italia.

—¡Adelante, en formación! —grita mientras se ajusta el morrión bajo el sol que ya calienta—. ¡En línea de fuego, sin alejarse de las murallas!

Setecientos pares de botas avanzan al unísono sobre la tierra pedregosa de Malta. Los turcos se dirigen hacia ellos levantando una nube de polvo que anuncia la batalla. Se detienen al alcance de las armas, y durante un instante eterno, el silencio precede a la tormenta.

Los primeros disparos rompen la mañana. Humo acre de pólvora, sangre que salpica la tierra árida. Los arcabuces turcos son más

largos y precisos, pero los cristianos son más manejables y recargan más rápido. La descarga cristiana responde al instante y los cuerpos comienzan a caer como trigo segado por la guadaña.

—¡Espahíes, al ataque! —grita Mustafá alzando el bastón de mando.

Los espahíes se lanzan al asalto con gritos que invocan a Alá, cubriendo la explanada como una avalancha humana. Pero la artillería de las murallas los recibe con hierro y metralla.

Los cañones escupen muerte mientras los gritos desgarradores se mezclan con el humo. Cuerpos que caen sobre cuerpos. Hombres para los que el gran asedio de Malta ha terminado antes de empezar.

Los puestos de Castilla y Auvernia escupen fuego y destrucción con una intensidad que desmiente las palabras de La Rivière. Aquellas posiciones que según el prisionero francés estaban mal defendidas, parecen más artilladas que las murallas de Constantinopla.

El caballero ha mentido y pronto pagará caro su engaño. Cuando los espahíes parecen recuperar el aliento para un nuevo asalto, les cae encima la carga de la caballería hospitalaria como un martillo del cielo.

—*¡Deus vult!* —gritan algunos al estilo de las viejas cruzadas que sus antepasados combatieron en Tierra Santa.

El choque es brutal: hierro contra hierro, fe contra fe, hombres que mueren gritando el nombre de un Dios al que realmente desconocen.

Mustafá observa desde su posición en la colina mientras su rostro se ensombrece como el cielo antes de la tormenta. La realidad se impone sobre los planes dibujados en los mapas. Da la orden de retirada con un gesto que le cuesta más que mil batallas ganadas. No por la vida de los hombres que acaban de morir, sino por tener que dar la razón a su rival político. Se confirma que el Burgo es harina de otro costal y que tomarlo llevará meses.

Al menos, sus ingenieros han tomado buena nota de la artillería cristiana del Burgo.

Los cristianos regresan tras sus murallas exultantes, como si hubieran expulsado a los turcos para siempre. Algunos traen cabezas

cortadas colgando de las monturas; otros, dedos con anillos arrancados a los muertos, y hasta una bandera arrebatada al enemigo que ondea como un símbolo de la pequeña victoria.

En el cuerpo de un sipahi turco han hallado un brazalete con una inscripción grabada: «*Yo no vengo a Malta para ganar oro, ni honor, sino para salvar mi alma*».

Mustafá observa el regreso de su ejército: heridos en camillas improvisadas, gemidos que se mezclan con el polvo del camino. La dura lección de que las batallas no se ganan frente a un mapa con banderas.

Sin dignarse a mirar a Pialí, que permanece silencioso pero atento, dice con voz que oculta mal su contrariedad: —Muy bien, almirante. Os concedo lo que pedisteis desde el principio.

Un leve aleteo de sus dedos ensortijados señala hacia San Telmo.

—Esa fortaleza será ahora nuestra prioridad. Su conquista garantizará la seguridad de la flota que tanto deseáis proteger.

Pialí resopla. Ese «os concedo» le sienta como una patada en el estómago, pero ha logrado su propósito. Pronto atacarán San Telmo y tendrá un puerto seguro para los barcos del sultán.

Malta puede ganarse o perderse según decida Alá, pero si pierde la flota imperial, será su cabeza la que acabe clavada en una pica frente al palacio de *Topkapi*.

Y eso no va a suceder.

4

Los verdugos desuellan a Adrien de la Rivière como quien prepara un cordero para el asador. Sus gritos atraviesan el aire caliente de Malta y llegan hasta los muros del Burgo como flechas envenenadas, recordando a los caballeros lo que les espera si caen en manos turcas.

Los gritos de la Rivière cesan de golpe.

El francés ha rendido el alma a Dios. Lo decapitan y clavan su cabeza en una pica que alzan bien alto, visible desde todas las murallas del Burgo, como advertencia para los defensores.

Jean Parisot de La Valette, gran maestre de la Orden Hospitalaria, contempla los restos de uno de sus caballeros más fieles. Traga saliva y aparta la vista del macabro espectáculo. Prefiere concentrarse en lo que está ocurriendo al otro lado del monte Sceberras, donde los turcos han comenzado a instalar sus plataformas de artillería pesada apuntando a San Telmo. Al verlo, La Valette sonríe sin alegría.

El enemigo ha cometido un error estratégico y él piensa aprovecharlo hasta las últimas consecuencias.

Los turcos quieren San Telmo para controlar un puerto seguro. Ahí radica su punto débil: el miedo a perder los barcos. La Valette conoce esos temores porque él mismo los ha sentido durante décadas navegando por estas aguas. Las bajas humanas son asumibles, siempre habrá gente dispuesta a luchar por una causa o unos cuantos ducados, pero los barcos requieren años para construirse y fortunas para equiparse.

Mientras el Turco pierde tiempo y hombres conquistando San Telmo, él ganará días preciosos para reforzar el Burgo y Senglea. Cada jornada cuenta en este juego mortal. San Telmo puede sacrificarse si su caída garantiza la supervivencia de las verdaderas fortalezas de Malta.

—Mi señor, ha llegado el capitán De la Cerda.

La voz del caballero lo arranca de sus pensamientos estratégicos.

—¿El español? Debería estar preparando las defensas de San Telmo.

La Valette recibe al capitán en presencia de su consejo de guerra —el *Sacro Consiglio*—. Por el aspecto de De la Cerda, bien podría pensarse que es un soldado raso: el polvo y el sudor de varios días impregnan su camisa amarillenta, nada que ver con el aspecto pulcro de los caballeros que lo rodean; hombres de alta alcurnia, descendientes de las familias más notables de Europa que lucen armaduras brillantes y sobrevestas inmaculadas.

Pero las galas sanjuanistas no impresionan al español. Lleva en los ojos la mirada del soldado veterano que ha visto caer ciudades y morir generales, y la altivez de quien sabe que no le debe nada a nadie, salvo a Dios y a su propia espada.

Ese talante orgulloso —barbilla alzada y ceño imperioso— irrita a La Valette. Cuando manda a esos soldados que le envió don García de Toledo tiene la sensación de que le tratan como a un igual y no como lo que es: el capitán general de la isla. Pero no es estúpido. Aunque los oficiales españoles le resulten insoportables, los necesita. Esos hombres de los Tercios han sido forjados en docenas de campos de batalla, desde los campos de Flandes hasta las costas de Berbería.

—Capitán de la Cerda —dice La Valette enderezándose con gesto hierático—, decidme qué es tan urgente para que hayáis abandonado vuestro puesto y venido a contármelo en persona.

El veneno que esconden las palabras de reproche no pasa desapercibido para el capitán. Pero a veces conviene hacerse el sueco cuando se trata con un superior.

El español, fiel a su estilo, va directo al grano. Los tragos amargos, mejor de un tirón: —Vuestra excelencia ha de saber que la plaza de San Telmo es indefendible.

El silencio que sigue es tan espeso que podría cortarse con una daga. Varios caballeros intercambian miradas expectantes mientras esperan la reacción de su gran maestre.

De la Cerda continúa con voz rasposa y estilo directo, sin azúcares añadidos ni diplomacias cortesanas que no sirven para nada cuando la muerte ronda cerca: —El fuerte es demasiado pequeño y vulnerable. Sus parapetos son bajos y carecen de aspilleras. Es imposible disparar sin convertirse en blanco fácil para el enemigo.

El silencio se vuelve cada vez más incómodo, pero De la Cerda prosigue sin inmutarse: —Carece de portones para contraataques. Los ángulos muertos crean áreas ciegas donde no podemos disparar...

Su voz se endurece para el colofón final: —Excelencia, San Telmo es una trampa mortal. Sin refuerzos sustanciales, aguantaremos siete días a lo sumo.

Los caballeros sudan bajo sus sobrevestas rojas y no es por el calor mediterráneo. Miran a su gran maestre como se mira a un volcán que ha empezado a rugir y cuya erupción parece inminente.

Lo que dice De la Cerda todos lo saben, pero una cosa es conocer la verdad y otra muy distinta decírsela al gran maestre en la cara sin rodeos. Es como mentar la cuerda en casa del ahorcado.

El rostro de La Valette adquiere un color más rojo que las sobrevestas hospitalarias. Esas no eran las palabras que deseaba escuchar. Menos aún cuando todos sus planes dependen de que San Telmo resista y gane tiempo.

—Os agradezco vuestra sinceridad, capitán.

La voz contenida y medida de La Valette contrasta con la vena que palpita en su cuello enrojecido.

—Entonces, ¿qué sugerís que hagamos? ¿Rendir la plaza sin más y ofrecer una copa de tinto al Turco para celebrarlo?

Brotan algunas risas nerviosas entre los caballeros, más de alivio que de auténtica gracia.

De la Cerda no se hace eco del sarcasmo. Se sorbe las narices y responde con la franqueza brutal del soldado veterano: —Si yo fuera capitán general, minaría San Telmo con pólvora y la enviaría al diablo de una vez. Y me traería aquí la buena infantería que vuecencia tiene allí desperdiciada. Aquí podríamos servir para algo más útil que como carne de cañón.

La Valette respira hondo y suelta el aire de golpe.

—Capitán De la Cerda, decidme: ¿Vuestra merced se considera un hombre de honor?

La pregunta es en sí misma una bofetada. Por bastante menos que eso habrá cientos de bravos valentones enterrados por todo el camino español que conecta Italia con Flandes. Un escupitajo en un ojo le habría resultado menos ofensivo al veterano capitán.

De la Cerda se ve incapaz de contestar sin mandar a su superior al diablo. Así que asiente con la cabeza, tragándose el orgullo como una medicina amarga.

—Pues apelo a vuestro honor de soldado español.

La sentencia cae como losa sobre una tumba.

—Defenderéis San Telmo hasta el último hombre, como si fuera el Alcázar de Madrid. De ello depende la supervivencia de esta isla.

De la Cerda permanece callado, porque si dice lo que piensa lo ahorcan antes del anochecer.

—Os prometo por mi honor —continúa Lavalette—, que refuerzos y vituallas no os han de faltar. Ahora regresad a vuestro puesto y cumplid con vuestro deber de soldado.

El capitán hace una reverencia más ligera de lo que exige el protocolo y se marcha sin decir palabra. Es la primera vez en su larga carrera que un mando superior tiene la desfachatez de apelar a su honor para enviarle a una muerte segura. La entrevista ha resultado humillante, pero tiene la conciencia tranquila. Ha advertido lo que debía. Le queda el consuelo de haber logrado una promesa de refuerzos. Intenta ser positivo: «Cuando te mean en la cara, al menos refresca», piensa.

Cuando el capitán De la Cerda se ha marchado con paso vivo por los corredores de piedra, La Valette sonríe.

La entrevista ha salido bien. A los hombres hay que conocerlos para dirigirlos con eficacia, saber qué resortes tocar para que estén dispuestos a dar lo mejor de sí mismos. Incluso la vida.

En el caso de estos altivos oficiales de los Tercios, la fórmula es sencilla: basta con poner en entredicho su honor para despertar a la fiera que llevan dentro. Y esas fieras son lo que necesitan ahora en San Telmo. Van a necesitar que esos diablos bajitos saquen toda la mala sangre que llevan en las venas.

Sin embargo, debe reconocerle algo al capitán español: hay que reforzar San Telmo si quieren que resista más de una semana.

Se dirige a uno de sus caballeros: —¿Quién manda la otra compañía española? Los que se comportaron tan bien en la escaramuza del otro día.

—Es un alférez, mi señor. Gonzalo Medrano. Su capitán, Miranda, sigue en Sicilia esperando órdenes.

—¿Un simple alférez?

La Valette medita un momento.

—Avisad al tal Medrano que deseo verle de inmediato.

Medrano llega poco después acompañado de varios de sus suboficiales. Su porte es militar pero relajado, todavía no sospecha lo que le espera en esta audiencia.

—Alférez Medrano, a partir de este momento sois capitán. Tomad el mando completo de vuestra compañía con todos los derechos y responsabilidades que ello conlleva y, por supuesto, el incremento en la paga.

Medrano se cuadra, sorprendido pero complacido por el inesperado ascenso.

—Os lo agradezco, mi señor.

—Ah, y otra cosa: hoy partís hacia San Telmo con todos vuestros hombres. Espero grandes cosas de vos en esa plaza. Podéis retiraros.

La sonrisa se desvanece del rostro de Medrano como niebla bajo el sol. Sus suboficiales intercambian miradas tensas porque todos conocen lo que se cuece en San Telmo. Es como recibir un beso de Judas antes de la crucifixión.

Pero Medrano, soldado hasta la médula, asiente.

—A vuestras órdenes, excelencia.

Se retira con el caminar indeciso de un reo camino del patíbulo. La Valette sabe que acaba de enviar a Medrano y sus hombres a una muerte casi segura, pero esos españoles de los Tercios son duros como el acero toledano. Pueden convertir San Telmo en un infierno para los turcos y ganar el tiempo que Malta necesita.

Lo siente por ellos, lo siente de verdad. Pero no tiene elección.

Nadie tiene elección en esta maldita isla.

Cuando la figura de Medrano desaparece por los corredores y sus caballeros se marchan, La Valette permanece inmóvil en su despacho. El silencio envuelve las piedras como un sudario. Solo se escucha el leve susurro de un reloj de arena sobre su escritorio.

Se acerca a la ventana que da al puerto. Desde allí puede ver San Telmo, una mancha oscura en la distancia donde sabe que los hombres que acaba de enviar morirán en los próximos días. Tal vez en las próximas horas.

«Ciento veinte soldados más», piensa. Ciento veinte padres, hijos, hermanos que no volverán a ver a sus familias. Ciento veinte nombres que se añadirán a la lista que lo tortura cada noche.

Se sienta pesadamente en su sillón y entierra el rostro entre las manos. Por un momento terrible, ya no es el Gran Maestre de la Orden, el invencible La Valette que inspira valor y respeto a toda Europa. Es simplemente un hombre de setenta años que ha visto demasiada muerte y debe tomar decisiones que ningún hombre debería tomar.

«¿Soy un líder o un carnicero?», se pregunta en el silencio de su conciencia.

Recuerda las palabras del capitán De la Cerda: «Si yo fuera capitán general, traería aquí la buena infantería que vuecencia tiene allí desperdiciada». Palabras duras, pero ciertas. Está enviando hombres valiosos a morir en una fortaleza que todos saben indefendible.

Pero si no lo hace, Malta caerá. Y si Malta cae, el Mediterráneo se convertirá en un lago turco. Cada galera cristiana será presa fácil, cada puerto desde Cádiz hasta Alejandría quedará a merced de los cañones otomanos.

Se levanta y camina hasta una mesa donde reposa un crucifijo de marfil. Se arrodilla ante él con dificultad —sus rodillas ya no son las de un joven— y reza en latín: «*Deus, da mihi sapientiam*...».

Pero no llegan respuestas del cielo. Solo silencio y el peso aplastante de una responsabilidad que se extiende más allá de Malta, más allá de su propia vida. Está jugando una partida donde las piezas son vidas humanas y el tablero es el destino de la Cristiandad.

Cuando se incorpora, vuelve a ser La Valette el Grande. Llama a su escribano. Hay cartas que redactar, defensas que coordinar, mentiras piadosas que inventar para mantener alta la moral.

Pero una lágrima solitaria rueda por su mejilla antes de que logre recomponerse. Una lágrima por Medrano, por De la Cerda… por todos los hombres buenos que va a sacrificar en el altar de la necesidad.

Es el precio del liderazgo: estar solo con las decisiones que nadie más puede tomar.

5

El cabo Francisco de Peralta escupe sobre las piedras calientes del empedrado y se limpia los labios con el dorso de la mano curtida por tres décadas al servicio de la Monarquía Hispánica. Sus compañeros lo llaman «el abuelo Paco», aunque pocos tienen los huevos suficientes para usar ese tratamiento con el veterano más respetado del Tercio de Sicilia.

Cuando sentó plaza de soldado allá por los años treinta, jamás pensó que viviría tanto tiempo en este oficio donde la muerte anda siempre a la zaga. Pero tampoco le gusta pensar demasiado en el mañana, porque eso no sienta bien a la mente de un soldado profesional. «Si uno empieza a construir castillos en el aire —suele decir sin especial amargura, con la resignación propia del oficio—, soñando con el hogar e hijos que nunca ha tenido, entonces deja de estar atento a lo que debe. Y se convierte en candidato perfecto para recibir un balazo turco en el pecho. Turco, tudesco o francés, pues una bala es una bala».

Francisco ha combatido en media Europa: en Túnez con el emperador Carlos; en Perpiñán contra los franceses; en Mühlberg, donde aplastaron a los protestantes alemanes. Y en una veintena más de lugares cuyos nombres ya no recuerda y nunca supo pronunciar. Pero la guerra mediterránea es la que le ha dejado huella más honda. Sufrió cautiverio en Argel durante dos años que se le hicieron eternos, bogando como esclavo en galeras corsarias bajo el látigo musulmán. Cuando lo rescataron, escribió al mismísimo rey Felipe recomendando tomar la ciudadela corsaria de una vez por todas y le ofreció todos los consejos que su ojo veterano captó en dos años. Nunca obtuvo respuesta y, hasta donde sabe, no se ha vuelto a intentar la empresa.

Francisco supone que se metió en camisa de once varas y que a nadie le importó un ardite la opinión de un miserable soldado. Da

igual. Él cumplió con lo que demandaba su conciencia.

Muchos buenos amigos siguen allí, bogando en bajeles berberiscos. Aunque lo más probable es que ya estén descansando en el fondo del mar. Por eso no se cansa de repetir que a él no lo cogerán con vida otra vez. «Antes muerto que volver a bogar para esos malnacidos», suele decir cuando el vino le suelta la lengua. «Al fin y al cabo, todos nacemos debiendo la muerte a Dios. Unos años más o menos, qué más da».

A pocos metros de Francisco, algunos hombres de su escuadra juegan a los dados. Todos tienen un aire parecido: hombres robustos, de tez curtida, mano dura y mirada audaz. Y aunque visten con sobriedad, hasta un borracho se lo pensaría dos veces antes de buscar camorra con semejante compañía.

Lanza los dados Santiago de las Cuevas, oriundo de Potes, especialista en matar bien, mucho y en silencio. Con trece años tuvo que huir de su pueblo por matar a pedradas al hijo de un cabrero. Aunque la causa exacta nunca se aclaró, los que lo conocen sospechan que fue por puro sadismo, pero nadie se atreve a preguntárselo.

No sabe leer ni escribir, pero posee una habilidad muy apreciada en esta época: sabe quitar la vida con mucha eficacia. Bajito, pelo lacio, sonrisa agradable que muestra un espacio entre las paletas. Quien no lo conoce podría tomarlo por un tipo bonachón e inofensivo. Su verdadera naturaleza se esconde en la mirada: ojos negros y profundos como pozos de recuerdos.

Los dados rebotan sobre las piedras. Esta mano la gana Guillem Mané, cuya cabellera negra y tez morena le han granjeado una colección de cariñosos apodos: «Rashid el Moro», «el Pichacortada», «el Argelino». Pero Mané es valenciano de pura cepa, hijo bastardo de un hidalgo que lo crio entre sus mozos de cuadra.

Es el mejor tirador del Tercio de Sicilia. Dicen que acierta a una paloma en vuelo y puede atravesar el ojo de un conejo a veinte pasos. Hace años, en la batalla de San Quintín, le estalló la cazoleta del arcabuz junto a la cara, dejándole cicatrices que parecen rayos. Desde entonces padece un tic que le obliga a cerrar los ojos al disparar. Curiosamente, ese defecto lo ha convertido en mejor

tirador, como si el Espíritu Santo guiara sus tiros contra los enemigos de la fe.

Ahora coge los dados Alberto Pérez, que los agita mientras musita una oración entre dientes. Pérez es soldado viejo y curtido, pero su fama en el Tercio no se debe a sus cicatrices de guerra. Tiene el dudoso honor de poseer el miembro viril más grande de toda Sicilia, o al menos eso atestiguan sus compañeros de armas. Lo han bautizado con apodos como «Alberto Pénez», «la pértiga de Sicilia» o «el mástil real»; apodos que él soporta con paciencia cristiana.

Hombre piadoso y reservado por naturaleza, hace poco tuvo una revelación mística durante una borrachera memorable. Se le apareció san Simeón «el estilita» en sueños y, desde entonces, ha jurado que si sale vivo de Malta, se hará ermitaño como el santo. Piensa subirse a una columna romana a la salida de su pueblo y dedicar el resto de su vida a la oración y la penitencia.

Sus compañeros se burlan de él sin piedad, preguntándole si la columna a la que piensa subirse no será aquella con que lo dotó la naturaleza.

El último soldado del grupo es Jacobo, un jovencito napolitano que se escapó de casa de sus padres para buscar fortuna en los Tercios. Lo que en la jerga militar se llama «bisoño», del italiano «*bisogno*»: necesito. Se pasa el día pidiendo ayuda y consejos a los veteranos, más perdido que un turco en Nochebuena. Los soldados experimentados lo usan de mandadero a cambio de protección y alguna palmadita paternal que dice: eres un inútil, pero nuestro inútil.

Los dados quedan olvidados sobre el empedrado cuando se escucha el ruido de pisadas militares y hombres poniéndose en pie con celeridad. Sólo puede significar una cosa: ha llegado un oficial.

—Descansen, soldados, pero no se pongan cómodos —dice el alférez Gonzalo Medrano mientras se acerca al grupo.

Medrano coge a Francisco del codo y se lo lleva a un aparte, lejos de oídos indiscretos. La expresión de Francisco es de pura resignación profesional. En treinta años de servicio, aún no ha habido un oficial que le coja del codo para darle una buena noticia.

—Tenemos orden de trasladarnos esta noche a San Telmo.

—¿Cuántos hombres, mi alférez?

—Toda la compañía. Los ciento veinte.

Francisco chasquea la lengua con disgusto, pero guarda silencio.

—¿Qué ocurre, Paco? ¿Algún problema con las órdenes?

—Ninguno, mi alférez. Pero veo que los que nos vamos a batir el cobre somos los de siempre. San Telmo es una ratonera y la están llenando de españoles. ¿Y qué pasa con los caballeros de la Orden? ¿Se quedan aquí en el Burgo organizando torneos medievales?

Ni Paco ni sus hombres sienten gran simpatía por los caballeros hospitalarios. Los ven demasiado nobles, demasiado perfumados, demasiado acostumbrados a que otros hagan el trabajo sucio. En su Tercio, la nobleza se gana con cicatrices y hechos de armas, no con apellidos rimbombantes. Ninguno de sus capitanes ha nacido en cuna dorada, pero son los hombres más honrados que jamás ha conocido.

Medrano repasa al veterano con mirada molesta. Parece que va a reprenderlo por la impertinencia, pero al final deja escapar media sonrisa.

—Paco, menos pulgas y más confianza. Aquí va a luchar todo el mundo por igual. Un buen grupo de sanjuanistas viene con nosotros, y en San Telmo ya hay una cantidad respetable defendiendo los muros.

Francisco asiente y resopla, pero no levanta la vista del empedrado.

—Todos en el puerto al anochecer.

—A sus órdenes, mi alférez.

—Mi capitán —corrige Medrano con cierto orgullo.

Francisco ahora sí levanta la vista con perplejidad.

—¿Capitán? ¿Cuándo ha sido eso?

—El gran maestre me confirió el mando esta misma mañana.

—¿Y qué ha pasado con el capitán Miranda?

—No lo sé. Supongo que sigue en Sicilia esperando órdenes.

Francisco se encoge de hombros. Si él fuera Miranda, también se habría quedado en Sicilia. O en Nápoles. O en cualquier lugar del mundo menos en esta isla infestada de turcos.

Cuando Medrano se marcha, Francisco transmite las nuevas órdenes a sus hombres. Las quejas no se hacen esperar: —¡La Valette nos ha vendido!

—Pardiez, no te puedes fiar de un gabacho ni cuando está en tu propio bando.

—Esto ha sido cosa del capitán De la Cerda. Seguro que nos ha pedido él.

Francisco comparte todos esos sentimientos en su fuero interno, pero hay cosas que un suboficial no puede permitirse escuchar.

—¡A callar todos! ¿Qué se han creído vuestras mercedes? ¿Que su católica majestad nos ha mandado aquí para jugar a los dados y visitar burdeles?

Pasea la mirada severa por cada rostro mientras deja que sus palabras calen.

—¿Para contemplar el espectáculo desde la grada como espectadores de lujo?

Hay un silencio incómodo, teñido de vergüenza por las quejas ya expresadas. A veces sienta muy bien cerrar la boca a tiempo.

—¡Qué pena me dan! Esto es un tercio español, la mejor infantería del mundo. Aquí los hombres de verdad se disputan las posiciones más peligrosas. ¿Dónde ha quedado el honor legendario del Tercio de Sicilia?

De las Cuevas, Mané, Pérez y hasta el joven Jacobo —que no ha dicho nada— empiezan a desear que se los trague la tierra.

—¿Saben qué les digo? Por mí se pueden quedar todos en el Burgo la mar de tranquilos, jugando a las cartas. Yo no tengo interés en combatir rodeado de fementidos cobardes. Si me pregunta el capitán, ya le explicaré que están enfermos de una dolencia grave: la cobardía.

Les da la espalda con desprecio teatral y comienza a preparar su petate.

Esa misma tarde, de camino al puerto, es cuando Francisco la ve por primera vez.

Está arrodillada junto a un soldado herido en una de las galerías laterales del patio, con las mangas arremangadas y las manos manchadas de sangre. Tiene el cabello recogido de cualquier manera, como quien no tiene tiempo para vanidades.

Lo que llama la atención de Francisco no es su belleza —que la tiene, aunque discreta— sino la eficiencia con que trabaja. Sus gestos son precisos, seguros, sin el nerviosismo histérico que suelen mostrar las mujeres ante la sangre. Está cosiendo una herida de arcabuz en el brazo de un soldado italiano que gime entre dientes.

—Quieto —le dice con voz firme—. Cuanto más os mováis, más va a doler.

El italiano obedece. Hay algo en su tono que no admite discusión. Francisco se acerca sin saber muy bien por qué. Tal vez sea simple curiosidad profesional, o tal vez el instinto del veterano que siempre evalúa a quienes lo rodean.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta.

La mujer levanta la vista por primera vez. Tiene los ojos verdes, inusual en una maltesa, y lo estudia con la misma frialdad profesional con que él la ha estado observando.

—¿Sabéis algo de medicina? —pregunta sin dejar de coser.

—Lo suficiente para no desangrarme. Y para saber cuándo alguien sabe lo que hace.

Un destello de algo parecido a la aprobación cruza por esos ojos verdes.

—Entonces sujetadle los hombros. Va a doler.

Francisco obedece, colocando sus manos callosas sobre los hombros del italiano. El soldado se tensa al sentir su fuerza, pero no protesta.

—¿Cómo os llamáis? —pregunta Francisco mientras ella trabaja.

—Caterina Sciberras. —La aguja se hunde en la carne con precisión quirúrgica—. ¿Y vos?

—Francisco de Peralta. Cabo del Tercio de Sicilia.

Ella asiente sin levantar la vista de su trabajo.

—¿También vais a San Telmo? —pregunta con tono neutro, como quien habla del tiempo.

La pregunta lo sorprende: ¿Cómo sabe ella de la misión?

—Las noticias vuelan rápido en el Burgo —explica, como si le hubiera leído el pensamiento—. Sobre todo las malas.

—¿Y por qué suponéis que son malas noticias?

Por primera vez, Caterina se detiene en su trabajo y lo mira. Hay algo en la mirada de Francisco que no consigue descifrar. ¿Compasión? ¿Escepticismo? ¿Simple cansancio?

—Porque llevo semanas cuidando heridos en esta isla. Y he aprendido a distinguir entre las misiones que traen a los hombres de vuelta y las que no.

El soldado italiano gime cuando la aguja encuentra un punto sensible. Caterina le murmura algo en maltés que suena como una disculpa.

—¿Y a cuál pertenece San Telmo? —pregunta Francisco, aunque ya conoce la respuesta.

—¿Vos qué creéis?

Francisco sonríe sin humor. Esta mujer no se anda con rodeos. Le gusta eso, aunque no debería.

—Creo que sois demasiado sincera para vuestro propio bien.

—Y creo que vos sois demasiado viejo para seguir buscando glorias que se llevan la vida de los más jóvenes.

La frase le molesta más de lo que querría admitir, quizá porque hay algo de verdad en ella.

—Los soldados viejos no buscan glorias. Buscan cumplir órdenes y seguir vivos.

—¿Y creéis que en San Telmo conseguiréis ambas cosas?

Francisco tarda en responder. La pregunta es más compleja de lo que parece.

—Una de las dos, seguro.

Caterina esboza una sonrisa breve, casi triste, y aparta la mirada un instante antes de volver a fijarla en su paciente.

Francisco lo nota. Y pregunta sin saber muy bien por qué lo hace: —¿Y vuestro marido? ¿Combate también en esta guerra?

Caterina termina de coser y corta el hilo con un pequeño cuchillo.

—Mi marido murió hace años. Lo mataron los corsarios berberiscos.

Francisco asiente en silencio. Son pocos, muy pocos, los que viviendo en la frontera mediterránea no han perdido a alguien en alguna de las *razzias* corsarias que asolan las costas desde hace años.

—Ya está —le dice al italiano—. Mantened la herida seca y cambiad el vendaje cada dos días. Si se inflama, buscadme.

El soldado se incorpora, probando el movimiento del brazo. Parece satisfecho con el resultado.

—*Grazie, madonna*. —Se aleja agradecido.

Francisco sigue ahí, sin saber muy bien por qué no se marcha. Caterina recoge sus instrumentos con la misma eficiencia que ha demostrado trabajando.

—¿Hay algo más? —pregunta sin mirarlo.

—Quisiera daros las gracias.

—¿Por qué?

—Por vuestra sinceridad. No es frecuente encontrar a alguien que diga lo que piensa sin adornos.

Ahora sí lo mira, y Francisco tiene la extraña sensación de estar siendo examinado como uno de sus pacientes.

—Los adornos son un lujo que no puedo permitirme. Al igual que las mentiras consoladoras.

—¿Y qué podéis permitiros?

La pregunta sale antes de que Francisco pueda pensarla. Caterina la considera un momento, como si fuera una herida que evaluar.

—Cuidar a los que puedo curar. Enterrar a los que no. Y dormir por las noches sabiendo que he hecho todo lo posible.

—Es mucho.

—Es suficiente.

Francisco asiente. Comprende esa filosofía mejor de lo que ella imagina.

—¿Estaréis aquí cuando regresemos?

Es una pregunta estúpida. Si regresan, ella estará donde siempre: curando heridos, enterrando muertos. Pero Caterina no se burla de la obviedad.

—Estaré donde me necesiten.

Un grito desde el patio interrumpe el momento. «¡A formar! ¡Todos los hombres del Tercio de Sicilia!». La voz del capitán Medrano resuena contra las piedras.

Francisco se incorpora.

—Debo irme.

—Lo sé.

Se miran un segundo más de lo necesario. Francisco busca algo que decir, alguna palabra apropiada para este momento extraño. No encuentra ninguna.

—Que Dios os proteja —dice Caterina.

No es una bendición rutinaria. La forma en que lo dice, con una mezcla de pragmatismo y esperanza contra toda esperanza, le da peso real a las palabras.

Francisco asiente y se aleja. A los pocos pasos se vuelve para mirarla una vez más, pero Caterina ya está atendiendo a otro herido.

Mientras se dirige hacia el puerto, Francisco se sorprende pensando en esos ojos verdes.

No debería estar pensando en una mujer cuando va camino de San Telmo. Pero el pensamiento persiste, inoportuno y perseverante como una herida mal curada.

Una hora después, la compañía al completo forma en el pequeño muelle del Burgo. Con todos los arreos puestos, los doce apóstoles en bandolera, espada, daga y arcabuz. Ciento veinte hombres preparados para cruzar a su destino, como almas que cruzan el Aqueronte para llegar al Hades.

Con ellos va un grupo de aguerridos caballeros, guerreros experimentados y preparados. Pero los más son milicianos malteses, civiles que nunca han empuñado un arma y que se ven forzados a hacerlo para defender su hogar. La expresión de sus caras las ha visto Francisco en todas las guerras: rostros de hombres corrientes, de ojos bovinos, inconscientes y angustiados.

El sol se hunde tras las murallas fortificadas, tiñendo el cielo de rojos y naranjas que parecen un presagio de la sangre que se derramará. El puerto bulle con actividad febril: soldados que cargan

pertrechos mientras sus oficiales gritan órdenes y marineros malteses que preparan las embarcaciones para la travesía nocturna. El aire está impregnado del olor familiar a salitre, brea y humanidad sudorosa. Aromas que, de tan cotidianos, se han vuelto imperceptibles para los soldados que defienden Malta desde hace semanas.

Los botes de remo esperan listos en el agua oscura, mecidos suavemente por el oleaje que susurra contra los cascos de madera.

—Escuchadme con atención —dice Medrano dirigiéndose a sus hombres—. San Telmo está a media milla. Son sólo unos minutos de travesía. Confiemos en que los turcos no hayan dispuesto tiradores en la ribera. Quiero silencio absoluto hasta llegar a nuestro destino.

De las Cuevas escupe al agua con gesto de fastidio. Jacobo se recoloca nervioso la correa del arcabuz, que le pesa en su hombro juvenil.

—Una vez en San Telmo, nos pondremos bajo las órdenes del comandante sanjuanista y nos haremos cargo de un sector específico de la muralla. Cada uno cumplirá con su deber como soldado cristiano y español.

Alberto Pérez murmura una oración en latín mientras besa la cruz que lleva al cuello. Mané comprueba por tercera vez la mecha de su arcabuz, manías de veterano que nunca se fía de su equipo.

—¿Alguna pregunta sobre las órdenes?

Silencio total. Solo el chapoteo del agua contra los muelles y el crujir familiar de las maderas desgastadas por la humedad y el salitre.

—Entonces, a embarcar por escuadras. Primera escuadra, adelante.

Los primeros soldados suben a los botes con la destreza de veteranos acostumbrados a estos traslados nocturnos. Francisco ayuda al joven Jacobo, que se tambalea al pisar la embarcación inestable. El bisoño no sabe nadar, como la mitad de los hombres de la compañía, pero es el único que lo reconoce sin vergüenza. De las Cuevas se acomoda en la proa con sus ojos negros escrutando las aguas oscuras, mientras analiza las posibles rutas para huir de San Telmo si la situación se pone fea.

Los marineros malteses toman los remos con la seguridad de hombres curtidos en estas travesías peligrosas. El patrón, un lugareño veterano de barba gris, termina de mascar lo que lleva en la boca y escupe al agua algo negro y viscoso.

—Listos cuando vuestra señoría ordene, capitán —dice el particular Caronte.

Medrano se pasa la mano por la barba mientras sus dedos tamborilean sobre la empuñadura de su espada.

—Zarpamos, y que Dios Todopoderoso nos proteja.

Los remos se hunden en el agua negra con ritmo coordinado. Los botes se alejan del muelle convertidos en sombras silenciosas que se deslizan sobre la superficie oscura del puerto.

Francisco mira hacia atrás una última vez. Las luces del Burgo se hacen cada vez más pequeñas mientras se alejan. Por delante, las murallas de San Telmo, en forma de estrella de cuatro puntas, se recortan contra el cielo nocturno como los dientes afilados de una trampa mortal. Una trampa en la que Francisco y sus hombres son el cebo.

«Aquí vamos otra vez», piensa mientras observa las luminosas estrellas del firmamento. «A batirnos el cobre por Dios, por España y por la madre que nos parió a todos». Aunque esta vez quizá sea la última, porque a nadie se le escapa que este viaje tiene toda la pinta de ser solo de ida.

Jacobo vomita por la borda, víctima de los nervios y el balanceo. De las Cuevas sonríe en la oscuridad con esa sonrisa de dientes separados que tanto engaña a los incautos.

El agua se desliza bajo las quillas mientras los remos marcan el compás de su destino. San Telmo los espera con sus murallas y sus cañones.

El último baluarte de Europa en el corazón del Mediterráneo.

6

Los días se vuelven tórridos bajo el sol implacable de Malta y las noches no ofrecen tregua al calor que se acumula entre las piedras como brasas dormidas.

Los zapadores otomanos trabajan sin descanso, hormigas disciplinadas que construyen su reino de tierra y muerte. Sus trincheras zigzaguean cada vez más cerca de San Telmo. Han montado una cadena logística impresionante para traer tierra desde la rocosa falda del monte Sceberras.

Sus primeras plataformas de artillería ya martillean San Telmo con regularidad mortífera, pero esto es apenas el aperitivo del banquete de piedra y hierro que se prepara. En lo alto del monte trabajan día y noche en otra plataforma mayor que podrá batir todas las fortalezas cristianas de Malta. Cuando se termine, solo Dios sabe el estrago que causarán sus cañones de bronce.

—¿No duermes, Paco?

La voz del joven Jacobo interrumpe los pensamientos sombríos del veterano. Francisco se encoge de hombros mientras tuerce el bigote gris en un gesto que ha aprendido a perfeccionar durante décadas de guerra.

—A mi edad —dice—, dormir es enlazar breves siestas con largas horas de recuerdos que no siempre son gratos de recordar. ¿Y tú, muchacho? Yo a tu edad dormía como oso en pleno invierno.

Jacobo duda, pero al fin decide sincerarse con el veterano que lo ha apadrinado y lo protege.

—Tengo demasiado miedo, Paco. Ahí fuera debe haber diez mil turcos esperando el momento de degollarnos. Y nosotros apenas somos unos cientos.

Francisco escucha los temores lógicos del bisoño sin juzgarlo. Evita decirle que las fuerzas turcas no bajan de treinta mil según sus

cálculos más conservadores, porque Jacobo ya tiene bastante mierda encima como para darle una cucharada extra.

—¿Tú no tienes miedo nunca? —Pregunta el joven bisoño.

Una sonrisa melancólica y huidiza cruza el rostro curtido del veterano. Francisco no ha dejado de sentir miedo ni un solo día desde que nació en su pueblo castellano. Treinta años de guerra y aún se le encoge el estómago antes de cada batalla como si fuera la primera vez. Pero ha aprendido que miedo y coraje pueden caminar de la mano sin contradecirse.

—Los únicos que no sienten miedo son los locos de remate o los muertos, muchacho. No te avergüences de ello. Es un recordatorio saludable de que sigues vivo y conservas algo de cordura en la mollera.

Jacobo traga saliva con dificultad, agradecido de haberse topado con Francisco de Peralta en su camino militar. Sólo a su lado experimenta algo parecido a la seguridad.

—Si te sirve de consuelo, los turcos también están cagados de miedo. A nadie le apetece espicharla en esta isla del diablo; ni a ellos ni a nosotros.

El tintineo metálico característico de una vaina golpeando contra una armadura anuncia la llegada del capitán Medrano, que se acerca con paso militar pero relajado.

—Buenas noches, soldados.

Francisco se incorpora. El resto de la escuadra parece dormida, pero sus ojos brillan en la oscuridad, y sus oídos están atentos a cualquier noticia que traiga el oficial.

—¿Cómo están los hombres esta noche?

—Nerviosos como potros sin domar. Ver avanzar los trabajos del enemigo sin poder hacer nada pone de los nervios al soldado más curtido.

Medrano asiente con gesto comprensivo. Todos están impresionados con la velocidad diabólica de la ingeniería militar turca.

—Quizá podamos templar esos nervios con algo de acción esta noche. Vengo de reunirme con el caballero Guaras. Haremos una salida en mangas de camisa para frenar el avance de esas

trincheras, o mañana los tendremos desayunando bajo nuestras barbas.

Francisco asiente con aprobación profesional. Salir de esa ratonera claustrofóbica sentará bien a la moral de todos, que está más baja que un pozo en época de sequía.

Cuando Medrano se retira, Mané, Pérez y De las Cuevas comienzan a prepararse sin esperar instrucciones específicas. Ya conocen el procedimiento de memoria porque han vivido docenas de estas salidas nocturnas. Lo hacen en silencio eficiente; las palabras sobran.

Jacobo interroga a Francisco con ansiedad apenas contenida: —¿Qué ha querido decir con «salida en mangas de camisa»?

Francisco se frota los ojos cansados.

—Quiere decir que esta noche tendrás tu verdadero bautizo de fuego, rapaz. Nos mandan a escaramuzar en las trincheras turcas para que esos bastardos no trabajen tan cómodamente.

Francisco comienza a quitarse el jubón que viste por encima de la camisa de lino, dejando los brazos desnudos bajo la luna.

—En estas salidas nocturnas vamos ligeros —continúa mientras se despoja de las piezas metálicas—, solo en mangas de camisa para no hacer ruido y poder reconocernos en la oscuridad. Por eso se llaman encamisadas.

El pulso de Jacobo se acelera y comienza a sudar frío pese a la temperatura templada de la noche. Francisco le sonríe con afecto paternal y le da una palmada tranquilizadora en el hombro.

—Lo harás bien, muchacho. Cuando estemos ahí fuera en territorio enemigo, solo debes preocuparte de una cosa fundamental.

—¿De qué?

—De pegarte a mí como culo a calzones, ¿me entiendes?

Horror. Pavor. Pánico. Eso es lo que siente Jacobo mientras avanza en la oscuridad tras la silueta de Francisco, que se mueve con la seguridad del predador experimentado: en mangas de camisa, con el jubón desabrochado y dos cuerdas de arcabuz anudadas bajo las rodillas que le sostienen las cañas altas de las botas.

La brisa nocturna arrastra el canto monótono de los grillos y las pisadas furtivas de sus compañeros, que se deslizan como sombras entrenadas. Las náuseas ascienden por su garganta como serpientes venenosas. Por dentro repite como una letanía desesperada: «Reza y verás cómo el miedo desparece».

Pero por más que se esfuerza en concentrarse en la oración, las frías garras del terror se clavan profundamente en su mente exhausta y su estómago contraído. Nadie sabe lo que siente en estos momentos, nadie excepto quizás aquellos cuyas mentes navegan a la deriva hacia las rocas afiladas del colapso nervioso total.

Las hogueras enemigas ya están cerca, brillando como ojos malignos en la noche. Jacobo desearía estar en cualquier otro lugar del mundo conocido.

—Ya estamos cerca del objetivo. A partir de aquí, ni media palabra.

Han salido dos compañías completas: la de Medrano al mando de los españoles y otra de caballeros sanjuanistas comandada por Guaras, veterano de las guerras contra los corsarios berberiscos.

Se ocultan tras un promontorio rocoso mientras Francisco otea el campo enemigo estirando el cuello como liebre en el campo.

—Hay pocos centinelas a la vista. Parece que no esperan un ataque nocturno. Deben pensar que nadie está tan loco como para enfrentarse a ellos en estas condiciones.

—Pues ahí la han embarrado—murmura De las Cuevas con su sonrisa siniestra—. Con españoles de por medio, siempre deberían esperar una romería nocturna como esta.

Francisco impone silencio con gesto severo y da la orden de desenvainar. Las hojas toledanas y vizcaínas emergen de sus vainas con un susurro metálico que hiela la sangre.

—Atentos todos: en dos padrenuestros y un gloria caemos sobre ellos. Cada hombre a lo suyo. Corazón de león y piernas de liebre. Nos reagrupamos aquí cuando termine el jaleo.

Se dirige a Jacobo: —Y tú ya sabes cuál es tu única misión, rapaz.

—Sí, Paco. Como culo a calzones.

—Eso es. Buen muchacho.

Mientras Jacobo reza las oraciones que sirven para medir el tiempo del ataque, observa fascinado cómo las cuerdas encendidas de los arcabuces brillan como luciérnagas rojas en la oscuridad. Desprenden un olor acre que se le mete por las fosas nasales como incienso de guerra. Es un aroma que, una vez lo has respirado, jamás se olvida.

De pronto se escucha un leve murmullo colectivo de «amenes» susurrados. La escuadra se pone en pie como un solo cuerpo y avanza con una furia contenida que busca liberación. Sus camisas blancas resplandecen bajo la luna mediterránea y les confieren un aspecto fantasmagórico.

Ya no hay tiempo para dudar, para pensar, para imaginar todo lo que pueden perder con la muerte que acecha.

Dos centinelas turcos aparecen recortados contra una hoguera, sus siluetas proyectan grandes sombras. Al escuchar las pisadas se ponen en guardia y lanzan la demanda rutinaria: «¿*Kim var*? ».

La respuesta llega en forma de certeros disparos de arcabuz que los acallan para toda la eternidad.

Antes de que los cuerpos golpeen la tierra, los españoles ya han saltado dentro de las trincheras enemigas. Nadie grita consignas, nadie apela a Santiago. Todos se dedican a repartir cuchilladas mortales a cuanto se mueve y no habla en cristiano.

Disparos, gritos y relinchos de caballos asustados rompen la quietud mediterránea. Las voces de alarma turcas no tardan en sonar. Todo se convierte en caos y confusión. Los trabajadores dejan caer picos y palas para huir despavoridos hacia el campamento principal.

Un turco en zaragüelles se topa con Francisco. Este lo atraviesa limpiamente con su espada en menos tiempo del que se tarda en decir «Jesús, María y José».

Jacobo le sigue de cerca, tratando de cumplir las órdenes al pie de la letra. Salta ágilmente sobre el cuerpo del turco que Francisco acaba de despachar, pero el moribundo consigue aferrarle del tobillo con sus últimas fuerzas.

Jacobo pierde el equilibrio. Trastabilla y se estrella contra una tienda de campaña, derribándola en una maraña de cuerdas y tela.

Mientras lucha por liberarse del enredo, se encuentra cara a cara con un rostro cetrino, bigotudo y deformado por el odio más abyecto.

Se lanza sobre su enemigo sin pensárselo dos veces, siguiendo el instinto animal de supervivencia. Ambos ruedan por el suelo, hechos un ovillo mortal, mientras luchan por sus vidas.

Jacobo consigue quedar montado sobre el cuerpo de su adversario, clavándole las rodillas en el pecho con todo su peso. El aliento del turco, agrio y tibio, le golpea el rostro. Jacobo alza su daga vizcaína con mano temblorosa. El otomano lo mira con ojos desorbitados, sabiéndose perdido.

Pero entonces Jacobo flaquea en el momento decisivo.

No encuentra valor suficiente para segar la vida de su oponente. El peso del miedo resulta más abrumador que el del acero. Jacobo nunca ha matado a otro ser humano en toda su corta vida. Diablos, nunca le ha hecho daño ni siquiera a un animal.

Nada en su experiencia lo ha preparado para este momento terrible: mirar cara a cara a otro hombre al que no conoce de nada y cortar su existencia de una puñalada, sentir la sangre tibia corriendo entre sus dedos, aspirar el olor de su último aliento y ser testigo directo de cómo se apaga la luz de sus ojos para siempre.

Las náuseas regresan con fuerza renovada. Su mano armada tiembla indecisa sobre el objetivo. El otomano le mira con ojos que imploran compasión cristiana.

De pronto suena una detonación ensordecedora junto a su hombro y la cabeza del turco estalla convertida en una masa informe y sanguinolenta que lo salpica de arriba abajo.

Jacobo gira la vista aterrado.

—¡Espabila de una vez, zagal del demonio! —le grita Mané mientras se lleva el arcabuz humeante a la espalda—. ¡Si dudas, mueres!

Y sale corriendo tras unos gastadores que huyen hacia el campamento principal.

Impresionado e incapaz de reaccionar, Jacobo se lleva las manos al rostro empapado. Está cubierto por la sangre caliente y los sesos viscosos del otomano. Apenas logra articular una palabra inteligible.

Se incorpora tambaleándose, mira alrededor sin saber qué hacer ni adónde dirigirse.

A su alrededor se han desatado todos los horrores concebibles del mundo. Si el infierno existe, sin duda alguna se encuentra metido hasta el cuello en él. Hay sonidos de lucha mortal y gritos desesperados por todas partes. Apenas distingue nada en la oscuridad, salvo los resplandores intermitentes de los disparos que producen un estruendo que lo pone aún más histérico. Su mente ha perdido los estribos y está al borde del colapso total.

Entonces escucha un grito de guerra que le hiela hasta la médula. Pero no proviene de sus compañeros españoles.

Es un alarido en una lengua que jamás ha escuchado antes, que resuena con acento gutural y bárbaro, nacido siglos atrás bajo la sombra del macizo de Altái, en las estepas de Asia Central: —*¡Allahu akbar!*

—¡Por Alá, por el sultán, al ataque sin cuartel! —grita Hasan alzando su yatagán curvo.

Su *orta* de jenízaros responde con un rugido que helaría la sangre del mismísimo diablo. Al instante contraatacan, con la disciplina de una manada de lobos. Han permanecido toda la noche en estado de alerta, esperando una salida cristiana como esta.

Todos estaban preparados y armados, por lo que la reacción turca resulta muy rápida. Demasiado rápida para los atacantes cristianos.

Estos, sorprendidos por la rapidez de la respuesta, huyen ahora hacia la seguridad relativa de San Telmo.

—¡A ellos, hermanos! ¡No dejéis que escapen! —grita Hasan.

En medio del desconcierto nocturno, van cazando uno a uno a los rezagados que encuentran en su persecución implacable.

Se aproxima Kasim, yatagán desenvainado y cubierto de sangre cristiana.

—Hermano, los infieles huyen en completa desbandada como ovejas asustadas. ¡Aprovechemos para atacar sus murallas!

Hasan alza su yatagán ensangrentado y ordena la persecución general. Es la ocasión para aprovechar el desconcierto y aproximarse a la fortaleza enemiga.

Con toda seguridad, lograrán sorprender a los cristianos que defienden los muros. Si se acercan al mismo tiempo que los enemigos que huyen, los defensores no sabrán sobre quién hacer blanco con sus armas.

Los jenízaros se lanzan al contraataque con ferocidad.

Hasan alza su yatagán y lo descarga sobre un enemigo que corre sin aliento. El cristiano no lleva yelmo y la hoja curvada se hunde en su cráneo partiéndolo como si fuera una sandía madura. Fragmentos de masa encefálica salpican su hermosa túnica jenízara bordada.

Kasim y el resto de jenízaros pronto liquidan a los rezagados y continúan la persecución hacia las murallas de San Telmo.

Están ya cerca de los muros cristianos cuando, de repente, desde las murallas se produce una enorme deflagración que ilumina la noche como un relámpago. Una lluvia mortal de metralla se lleva por delante a una decena de turcos, que quedan despedazados.

Los jenízaros frenan su avance y dudan. Pero ahí está Hasan para alentarlos con su ejemplo personal.

—¡Avanzad sin temor, hermanos! ¡Por Alá y el profeta Mahoma!

Hasan sabe que esos cañones tardarán varios minutos en recargarse.

Han conseguido llegar hasta la misma contraescarpada de San Telmo. Es la primera vez en todo el asedio que un soldado turco se encuentra tan cerca de una fortaleza maltesa.

Los jenízaros se hacen fuertes en posiciones improvisadas. Cargan sus arcabuces con eficiencia mecánica y disparan contra todo cristiano que asoma la cabeza por encima de los muros.

Los arcabuceros jenízaros son tiradores de élite. Sus arcabuces, aunque más pesados y lentos de recargar que los europeos, poseen una precisión muy superior. Sus disparos son los más certeros de toda Europa.

Además, San Telmo no fue diseñada para defenderse por tierra y carece de troneras que permitan hacer fuego defensivo sin exponerse al contraataque.

Los cañones cristianos atruenan de nuevo desde las murallas. Varios jenízaros más mueren destrozados por la metralla implacable.

Kasim comienza a preocuparse. Los atacantes cristianos ya han regresado al interior de la fortaleza. Si permanecen al descubierto mucho más tiempo, solo es cuestión de tiempo que los vuelen en pedazos.

—Hasan, ¿qué hacemos? Si nos quedamos aquí expuestos van a convertirnos en *pilao* humano.

Hasan alza la mirada hacia el cielo y está a punto de ordenar la retirada cuando presencia lo que interpreta como un milagro de Alá. Sin duda una señal del Todopoderoso.

El viento ha cambiado de dirección y ahora sopla hacia el interior de San Telmo, arrastrando consigo las densas nubes de humo de pólvora. Eso cegará a los defensores cristianos y hará sus disparos más imprecisos.

Hasan ya no alberga la menor duda sobre lo que debe hacer.

—¡Rápido, hermano mío! Corre al campamento y trae a todos los gastadores que puedas encontrar. ¡Vamos a fortificar esta posición!

Durante las horas siguientes, los turcos trabajan para asegurar su nueva posición avanzada bajo la misma contraescarpada de San Telmo. Los cristianos disparan casi a ciegas; entre la oscuridad y el humo espeso, sus tiros yerran una y otra vez.

Cuando los primeros rayos del amanecer comienzan a despuntar por oriente, los defensores cristianos no pueden creer el espectáculo que contemplan: hay banderas turcas ondeando en la contraescarpada. Los otomanos han logrado construir una posición fortificada a escasos metros de sus propios muros.

Y desde esa posición privilegiada, sus arcabuceros de élite pueden hacer blanco con facilidad mortal en cualquier defensor que se atreva a asomar la cabeza.

Todo lo han conseguido en una sola noche.

Los cristianos supervivientes hacen recuento de bajas mientras Francisco se percata de que le falta gente.

—¡El muchacho! ¿Dónde diablos está Jacobo?

Mané, Pérez y De las Cuevas bajan la mirada, sintiéndose impotentes y quizás experimentando una punzada de remordimiento por no haberse ocupado mejor del bisoño. Pero el contraataque

jenízaro los pilló desprevenidos. ¿Cómo pensar en el compañero cuando uno apenas tiene tiempo de salvar su propio pellejo?

Nadie se atreve a responder. En los rostros demacrados de sus compañeros, Francisco lee la terrible verdad: Jacobo no ha logrado regresar con ellos.

Paco no dice una palabra. Se limita a mirar hacia las trincheras que aún humean en la distancia. Allí, en algún rincón maldito, yace el cuerpo de Jacobo.

Se pasa una mano callosa por la cara tiznada de pólvora y sudor. No llora porque no puede. Hace demasiados años que la guerra le secó el manantial de los ojos.

Pero algo fundamental se le ha quebrado por dentro, como hebilla que salta sin previo aviso. Y mientras los turcos vitorean desde sus nuevas posiciones avanzadas, Francisco solo puede pensar en que le ha fallado a Jacobo.

Pero de pronto se elevan gritos de ánimo desde los muros de la fortaleza. Los soldados cristianos animan a uno de los suyos que sigue en campo enemigo, luchando por su vida.

Al escuchar el alboroto, lo primero que todos piensan es en Jacobo. Suben corriendo a las murallas para ver qué está ocurriendo.

En efecto, Jacobo cubre los últimos doscientos metros corriendo a lo que le da el cuerpo. Desde los muros, los defensores lo jalean entusiasmados como si estuvieran presenciando un partido de pelota. Los disparos de arcabuz se suceden sin pausa. Pequeñas nubes de polvo y esquirlas de piedra se levantan alrededor de Jacobo mientras prosigue su carrera desesperada hacia la salvación.

—¡Vamos, corre, muchacho valiente!

—¡Tú puedes conseguirlo!

Francisco se ha convertido en un manojo de nervios que apenas puede controlar.

—¡En línea recta no, zagal! ¡Corre en zigzag, por todos tus muertos!

Es imposible que Jacobo haya escuchado los gritos de Francisco a esa distancia, pero comienza a correr en zigzag, y el veterano respira algo más aliviado.

Ya solo le quedan cien metros para la salvación. Cincuenta metros. La expectación entre los defensores es total. Hasta los capitanes sanjuanistas siguen con interés la carrera desesperada de Jacobo.

—¡Diez ducados por el chico! —grita Mané con emoción—. ¡Diez a que consigue llegar vivo!

—Apuesto el doble a que lo cazan como a una liebre —replica De las Cuevas con frialdad.

—¿Te atreves a apostar en su contra, desalmado? —protesta Pérez, interrumpiendo sus oraciones—. ¿De verdad serás capaz de semejante vileza?

—Veinte ducados de plata a que lo dejan bien frito los jenízaros.

—¡Hecho! Su ángel de la guarda nos lo traerá sano y salvo. Ya lo verás, pedazo de bestia sin alma.

Francisco no hace el menor caso a las apuestas. Solo tiene ojos para el bisoño de su escuadra que corre por su vida.

—¡Vamos, Jacobo! ¡Tú puedes, muchacho!

Jacobo tropieza y está a punto de caer de bruces, pero recupera el equilibrio y continúa su carrera. Ya está muy cerca de la meta. Las primeras luces del alba iluminan su rostro juvenil. Hay en sus facciones una sonrisa emocionada y triunfal. Una expresión que parece decir: «¿Veis? Yo también soy uno de los vuestros».

¡BANG!

Un disparo seco rompe el aire y Jacobo cae de bruces envuelto en una pequeña nube de polvo. Su cuerpo queda inmóvil sobre la tierra pedregosa que comienza a empaparse con su sangre. Todo cuanto ha sido hasta ahora y cuanto esperaba ser en el futuro se ha esfumado.

El disparo certero ha provenido de la contraescarpada, donde los francotiradores jenízaros ya están apostados en sus nuevas posiciones.

Los muros, que hace apenas un instante parecían las gradas de un circo romano, enmudecen de golpe como si les hubieran cortado la lengua. Uno a uno, los soldados se van retirando en silencio sepulcral hacia sus puestos.

Todos menos Francisco, que permanece agarrado al parapeto como una gárgola de piedra. Su rostro se ha vuelto inexpresivo, como si llevara una máscara mortuoria.

—Os lo advertí desde el principio... En fin, me debéis veinte escudos cada uno —dice De las Cuevas con indiferencia absoluta, como si comentara el tiempo.

El puñetazo le llega sin previo aviso y lo hace caer rodando por el suelo de piedra. Sorprendido, hace amago de sacar su daga para defenderse, pero detiene la mano cuando ve que el golpe se lo ha propinado su propio cabo.

Francisco lo mira con ojos cargados de desprecio y se marcha sin dignarse a pronunciar una sola palabra.

De las Cuevas se lleva la mano al rostro dolorido mientras sus compañeros le arrojan con desdén las monedas que le deben.

—Ahí tienes tu sucio dinero—dice Mané con asco—. Ganado con la sangre inocente del muchacho. Que lo disfrutes en esta roca del diablo de la que ninguno saldremos si no es con los pies por delante.

—¡Oye! Yo no tengo la culpa de que lo hayan matado como a un perro. Tampoco os obligué a apostar.

Pero las palabras defensivas de De las Cuevas quedan silenciadas por el tronar de las baterías de cañones otomanas, que comienzan a bombardear con más de veinticuatro piezas de artillería pesada.

7

En la costa maltesa, una miríada de pájaros marinos revolotea al sol como un polvo blanco, ondeando en líneas interminables sobre un mar plateado y verde. De pronto, una estruendosa salva de cañonazos retumba sobre las aguas de Marsaxlokk y el humo negro cubre la playa como manto fúnebre.

Es el saludo ceremonial con que la flota otomana da la bienvenida al corsario más temido del Mediterráneo: Aluch Alí Fartax, «el Tiñoso».

Ha llegado desde Alejandría con seis galeras y novecientos hombres curtidos en las guerras del norte de África. Viene por orden expresa del sultán, pero también por placer personal. Por nada del mundo se perdería la oportunidad de aniquilar a sus enemigos más odiados: los caballeros de Malta. Para él representan todos los agravios de su pasado, cada humillación sufrida durante años de cautiverio.

La historia de Aluch es la de muchos renegados que pueblan las galeras corsarias: nació siendo Dionisio Galea en Le Castella, en la costa calabresa. A los diecisiete años sintió la llamada divina y quiso hacerse monje dominico. Navegando hacia Nápoles para ingresar en el convento, los corsarios berberiscos asaltaron su embarcación y se lo llevaron encadenado a Argel. Fueron cinco largos años bogando como esclavo, con la espalda marcada por el látigo y el alma envenenada por el odio.

Los otros cautivos cristianos lo despreciaban por su aspecto: calvo y con el rostro marcado por tiñas que le desfiguraban la piel. Un caballero de Malta lo bautizó cruelmente como «Fartax, el Tiñoso», apodo que sirvió de chanza tanto para cristianos como para mahometanos. Cuando un renegado napolitano le propinó una bofetada humillante delante de todos los remeros, Dionisio tuvo suficiente y abjuró de su fe cristiana. Abrazó el islam con fervor de

converso, y lo primero que hizo al recobrar la libertad fue buscar al napolitano que le había abofeteado. Lo estranguló con sus propias manos.

Hoy es beylerbey de Alejandría y sucesor natural de Dragut en el dominio corsario. Su antiguo apodo, antaño motivo de burla, se ha convertido en sinónimo de terror desde Estambul hasta Gibraltar. ¿Qué más puede pedirle a la vida? Eso tiene fácil respuesta: ver a los soberbios caballeros ahogándose en su propio charco de sangre.

Días después arriba a Malta su mentor y maestro, Dragut Rais. El corsario de corsarios, el azote implacable del Mediterráneo que ha convertido su nombre en pesadilla de madres cristianas.

Malta empieza a parecerse a la Troya homérica. Cada jornada desembarca un nuevo héroe forjado en el hierro y la pólvora. Pero estos no son hijos de dioses olímpicos, sino hombres de carne y hueso templados por los odios ancestrales que separan las dos orillas del Mare Nostrum.

Antes de embarcar en Trípoli, una pitonisa le ha advertido a Dragut que encontraría la muerte en Malta. El corsario escuchó la profecía sin inmutarse. Si Alá quiere que muera en esta isla, lo acepta con serenidad. *In shā´ Allāh*, como está escrito.

A su llegada al campamento, lo primero que divisa son las plataformas de artillería del monte Sceberras apuntando hacia San Telmo. Una punzada de inquietud se le clava en el estómago.

¿Han comenzado el asedio sin esperarle? ¿Y por San Telmo, la fortaleza menos importante?

Al desembarcar y dirigirse al cuartel general, sus peores temores se confirman. Entra en la tienda de mando hecho un basilisco furioso. Por su boca desfilan juramentos e imprecaciones en turco y árabe. Mustafá y Pialí responden con altivez defensiva, pero mantienen el respeto debido. Los ochenta años de Dragut y su reputación legendaria imponen silencio incluso a los generales del sultán.

—No os alteréis, Dragut —dice Mustafá con paciencia forzada—. Esta pequeña fortaleza es muy débil. En menos de una semana estará en nuestro poder.

Pialí observa al corsario veterano con una mirada entre desafiante y cautelosa. Odia y envidia a Dragut a partes iguales, pues su sola

presencia disminuye su autoridad en la isla.

Dragut se percata enseguida de la situación: la vanidad herida de Pialí y la falta de verdadero liderazgo de Mustafá han provocado este error estratégico monumental.

Solo implora a Alá que no resulte fatal para toda la empresa. Acepta las explicaciones sin discutir más y se interesa por los planes futuros, aunque en su interior maldice la precipitación de estos generales de diwan.

Dos horas después, Dragut abandona la tienda de mando con gesto pensativo. Sale a inspeccionar personalmente San Telmo, y su mirada experta de artillero detecta las debilidades del revellín del lado oeste. Los cristianos lo han construido con evidente precipitación antes del asedio. Es arena compactada recubierta de piedra, una obra defensiva improvisada.

Si lo neutralizan, el resto de las defensas caerán como piezas de dominó.

—Soñaba con esta campaña desde que tomamos Túnez, maestro —suena una voz familiar y devota a sus espaldas—. Me alegra veros aquí sano y entero. No estaba seguro de si vendríais.

Dragut tarda varios segundos en responder porque toda su atención profesional está concentrada en analizar el revellín problemático.

—Francamente, yo preferiría verte en Alejandría y no aquí, asediando esta roca maldita como si fuera la llave del Paraíso.

Aluch enarca una ceja con expresión sorprendida.

—Pensaba que estaríais extasiado con la perspectiva de aniquilar a esos perros malteses.

Dragut se gira hacia su discípulo favorito con una leve sonrisa paternal que no disimula su preocupación.

—Y lo estoy, muchacho, créeme. Pero me irrita la necedad militar. Empezar este asedio por San Telmo es como pretender entrar a una fortaleza por la letrina en lugar de por la puerta principal.

El viento mediterráneo juega con su barba blanca mientras continúa su análisis.

—Esa plaza es innecesaria para nuestros objetivos. Tomarla nos costará sangre valiosa y tiempo que no tenemos. Malta está

demasiado cerca de las bases enemigas en Sicilia, y demasiado lejos de nuestras propias líneas de suministro. No es como Rodas, donde teníamos todo el tiempo del mundo. Aquí cada día cuenta. Si nos demoramos demasiado, esta isla puede convertirse en nuestra tumba.

Aluch dirige la mirada hacia San Telmo, tratando de percibir con sus ojos lo que solo la experiencia de su maestro puede ver. Al cabo de unos minutos sonríe con afecto filial. Su viejo mentor debe estar volviéndose cauteloso con la edad.

—Exageráis las dificultades, maestro. El sultán no ha escatimado recursos para esta empresa. Ha enviado lo mejor de lo mejor. —Aluch se endereza con orgullo profesional y añade: —Este ejército no tiene rival en todo el Imperio, ni siquiera los que combaten en Persia.

Dragut le concede el punto sin discutir, pero su rostro mantiene la expresión preocupada.

—Esto de atacar San Telmo ha sido idea de Pialí, ¿no es cierto?

—No sé. Cuando yo llegué a la isla, la decisión ya estaba tomada y en marcha.

Dragut resopla con disgusto apenas contenido.

—Pialí es un marino más que decente, lo reconozco, pero antepone su carrera a todo lo demás. Si hubiéramos asediado el Burgo desde el primer día del desembarco, esta isla estaría rendida en menos de un mes.

El sol del atardecer empieza a convertir el poniente en un lago de oro. Dragut contempla en silencio el revellín occidental. Lo hecho, hecho está, y no se puede cambiar. Pero si logran tomar aquel revellín con rapidez, quizás puedan salvar el error estratégico inicial.

—Da instrucciones —ordena— para que la artillería se concentre toda la tarde en el revellín. Después del *maghrib*, ven a verme acompañado de algunos ingenieros competentes e infórmame de su estado.

La noche desciende sobre San Telmo como un velo de terciopelo negro acribillado de minúsculos alfilerazos de plata. Un débil

perfume de flores silvestres flota en la brisa marina, como si el verano hubiera olvidado que se está librando una guerra a muerte en esta isla.

Siguiendo las órdenes de Dragut, los ingenieros turcos observan desde la seguridad de la contraescarpada el revellín del muro oeste. Evalúan con precisión los daños causados por la artillería.

Desde esa posición resulta difícil apreciar los detalles importantes.

Aluch y varios de sus corsarios más experimentados los acompañan como escolta por si la situación se complica.

—Tenemos que acercarnos mucho más para ver algo útil —ordena Aluch después de estudiar la situación.

Abandonan la seguridad de la posición fortificada uno a uno, moviéndose con extrema cautela. Avanzan pegados al suelo como reptiles, arrastrándose sobre codos y rodillas. Sus articulaciones se arañan dolorosamente contra las piedras ásperas mientras el olor a tierra se mezcla con el sudor que empapa sus ropas.

No se produce alarma alguna desde las murallas. Ningún movimiento sospechoso de los cristianos, que permanecen en silencio sepulcral.

Los defensores han dejado solo un centinela vigilando el revellín. Aluch puede distinguir su silueta recortada por encima del parapeto, inmóvil como una efigie de piedra.

Pero hay algo extraño en todo eso. Algo no encaja.

El centinela no se ha movido ni un milímetro durante toda la observación. Los ingenieros ya se encuentran bajo el mismo muro, a escasos metros del soldado vigilante, y no ha dado señales de vida.

Aluch experimenta uno de esos presentimientos que le han salvado el pescuezo en docenas de situaciones peligrosas a lo largo de su carrera corsaria. Y decide entonces una acción que combina osadía y genialidad.

Recoge una piedrecita del suelo. Sus hombres lo observan con ojos desorbitados, incapaces de comprender qué pretende hacer. Apunta al yelmo del centinela y lanza el proyectil con precisión.

La pequeña piedra alcanza su objetivo, produciendo un sonido sordo y metálico que resuena en el silencio nocturno. Aluch se

oculta, temeroso de la respuesta que puede venir en forma de alarma o disparo.

Sus hombres contienen la respiración mientras el corazón les martillea en el pecho. Pero no ocurre nada. Solo escuchan el canto monótono de un grillo solitario y la brisa marina que susurra entre las fortificaciones.

Aluch levanta la vista por encima de su refugio improvisado. El centinela sigue en la misma posición..

Por los labios resecos de Aluch se desliza entonces una sonrisa lobuna.

—¿Qué ocurre, efendi? —pregunta uno de sus corsarios con voz apenas audible.

—Ocurre que Alá Todopoderoso nos sonríe en esta bendita noche. Corre a las trincheras y avisa a los comandantes jenízaros. Que traigan todos los hombres disponibles. Que vengan en silencio y listos para el asalto.

El corsario mira hacia el centinela con expresión de incredulidad absoluta, sin comprender nada.

Aluch se apiada de su confusión y le revela el secreto que acaba de descubrir: —Apuesto toda mi flota a que ese centinela lleva horas muerto y ningún cristiano se ha percatado de ello.

El corsario dirige la mirada hacia el vigía y comprende la situación. Los cristianos han dejado el revellín sin vigilancia efectiva, confiando a un muerto la guardia de su posición más vulnerable.

—Alá es grande en verdad —susurra con admiración devota.

Aluch se incorpora, moviéndose como un depredador que ha detectado el olor inconfundible de la sangre fresca. Sus ojos brillan con la luz feroz del cazador que sabe que su presa está indefensa.

La suerte final de San Telmo pende ahora de un hilo más fino que la seda.

8

Una veintena de jenízaros seleccionados por Hasan se agrupa en silencio alrededor del revellín occidental, donde cada hombre conoce que ser el primero en asaltar una posición enemiga significa casi siempre morir en el intento. Aunque también puede suponer la gloria eterna y recompensas que cambian una vida para siempre.

Colocan las escaleras de asalto contra la piedra áspera con extremo cuidado; el metal susurra raspando la mampostería y los hombres respiran entrecortadamente, tratando de controlar los nervios que les atenazan el estómago. Permanecen inmóviles como sombras de piedra mientras prosigue la noche y San Telmo, silencioso, parece esperar conteniendo el aliento.

Hasan sube en cabeza seguido de cerca por Kasim, su hermano de armas desde los cuarteles de Edirne. Ser el primero en trepar es peligroso, pero Pialí Pachá ha prometido recompensas suculentas a quien plante la primera bandera turca en San Telmo. Y el nombramiento de *timariot* para los que más se distingan en el combate. Para muchos soldados de origen humilde, esto representa la oportunidad de sus vidas para ascender socialmente.

Las manos de Hasan están húmedas de sudor frío mientras asciende peldaño a peldaño. La madera gime bajo su peso y el corazón le martillea en el pecho. En el último escalón toma aire, dirige un pensamiento devoto a Alá el Misericordioso, y salta al interior del revellín con el sable desenvainado, preparado mental y físicamente para enfrentarse a la muerte con honor.

Pero nadie sale a su encuentro desde las sombras.

En el revellín solo hay un reducido grupo de defensores cristianos, todos durmiendo un sueño profundo tras días de extenuantes vigilias. Hasan resiste con esfuerzo el impulso primitivo de lanzarse al ataque, pues debe esperar a que más jenízaros terminen de subir y contar con superioridad numérica antes de actuar. La tensión

resulta angustiosa mientras sus músculos tiemblan de contención, vigilando con un ojo que ningún defensor despierte y contando con el otro el número de compañeros que van ascendiendo por la escala.

Kasim está a su lado apretando el puño del yatagán hasta que los nudillos se le ponen blancos. Mira a un lado y otro con mirada feroz, decidiendo sobre cuál de los cristianos dormidos descargará el primer tajo mortal, como un hambriento que descubre una despensa repleta de manjares exquisitos.

De repente se oye un grito de puro terror que desgarra la quietud de la noche.

Un soldado cristiano ha despertado y los observa con ojos espantados, sin estar seguro de si aquello es realidad o la peor de las pesadillas concebibles. Sus gritos de alarma son acallados de inmediato por el rápido sable de Hasan, que le entra limpiamente por el pecho y le atraviesa hasta salir por la espalda en una explosión de sangre.

El grito funciona como un despertador diabólico que activa a todos los jenízaros, quienes comienzan a repartir cuchilladas mortales a diestro y siniestro sobre los sorprendidos defensores.

—¡*Allahu Akbar*! —gritan mientras alzan los yataganes chorreantes—. ¡Por Alá Todopoderoso, muerte al infiel!

Aterrorizados por la súbita aparición de los enemigos, los supervivientes huyen despavoridos con lo puesto. Abandonan el revellín y buscan protección desesperada en la fortaleza principal, gritando alarmas que despiertan a toda la guarnición.

El revellín se llena de jenízaros victoriosos en cuestión de segundos.

—¡Hermanos míos, seguidme sin vacilar! —Hasan alza su yatagán ensangrentado como estandarte de victoria—. ¡Por nuestro padre el sultán y la gloria del islam!

—¡Por el sultán! ¡Por la fe verdadera! —corean a una sola voz con fervor religioso.

Y se lanzan tras los cristianos que huyen en pánico, cruzando la pasarela que conecta el revellín con el muro principal de la fortaleza. Avanzan diez metros... veinte... treinta metros, con las botas

resonando sobre los tablones, mientras el olor metálico de la sangre fresca se mezcla con los perfumes nocturnos del mediterráneo.

Hasan observa entonces con incredulidad que el puente levadizo permanece bajado y desatendido. Tal es el pánico generalizado de los cristianos que, en su huida precipitada, han olvidado alzar el puente que protege el acceso principal.

Alá está de su parte en esta noche bendita. Pueden tomar no solo el revellín, sino toda la fortaleza de San Telmo. Los estandartes del islam podrían ondear sobre las murallas cristianas cuando despunte el alba.

Todos corren con renovado entusiasmo para conseguir cruzar el puente levadizo antes de que los defensores puedan reaccionar y organizar una defensa coherente. Hasan se detiene para jalear al resto de sus hombres a avanzar sin temor, mientras los jenízaros cruzan el puente y penetran en el fuerte principal, gritando consignas de victoria que resuenan entre las piedras.

Es 3 de junio y hay turcos dentro de San Telmo.

Un soldado maltés corre jadeando por el patio de armas como alma que lleva el diablo, con el rostro desencajado por el terror y la mirada enloquecida por lo que acaba de presenciar. Tropezando con un arcabuz caído, llega hasta donde Francisco y la compañía de Medrano descansan.

—¡Los turcos están dentro del fuerte! ¡Han tomado el revellín y cruzado la pasarela! ¡Están aquí mismo!

El grito resuena por todo el patio como trueno que anuncia tormenta. Todos los soldados se miran entre sí. ¿Qué demonios ha ocurrido para que los turcos se hayan colado dentro de San Telmo?

Hasta sus oídos llegan ya las primeras escopetadas y gritos desesperados de lucha mortal.

Francisco reacciona el primero con instinto del veterano curtido en mil batallas, incorporándose de un salto que desafía su edad.

—¡Todos al portón principal! ¡Vamos, maldita sea!

El caos se transforma en furia organizada con eficiencia militar.

Algunos jenízaros combaten ya en el patio de armas, y sus bonetes blancos y emplumados destacan en la penumbra nocturna como fantasmas espectrales que han emergido del infierno.

Guillem Mané escupe al suelo con disgusto, apunta al pecho de la primera casaca roja que se pone a tiro de su arcabuz y cierra los ojos, siguiendo su tic habitual. Un segundo después, un fogonazo cegador sale de su arma acompañado de un humo acre.

El jenízaro, que ya casi se les echaba encima con el yatagán en alto, cae hacia delante con el pecho abierto por la bala.

—¡Ahí vienen más! —grita De las Cuevas desenvainando su espada con gesto siniestro. Después balbucea entre dientes—: Hijos de perra… nietos de un cornudo… sodomitas traidores… —escupe sin que quede claro si van dirigidos al enemigo o a quienes lo han forzado a defender San Telmo.

Una veintena de jenízaros irrumpe en avalancha por el portón principal, sus yataganes curvos brillando siniestros al reflejo de las antorchas que iluminan la lucha nocturna. Pero los defensores cristianos ya se han organizado.

—¡Fuego a discreción! —ordena Francisco con voz que corta el aire.

La descarga conjunta retumba como si el mismísimo infierno estallara entre las murallas, mientras el humo de la pólvora llena el aire. Varios turcos caen en seco, acribillados por las balas cristianas.

Los supervivientes, atrapados en el cuello de botella del puente estrecho, se detienen un segundo fatal para evaluar la situación.

Y ese segundo de vacilación les cuesta la iniciativa del combate.

Los caballeros hospitalarios llegan corriendo a la lucha con espada y rodela en mano, encabezados por Juan de Guaras que grita órdenes. Rugen «*Pro fide, pro utilitate hominum*» y cierran cuerpo a cuerpo con la furia indescriptible que nace de la desesperación y la fe.

El choque metálico de los aceros resuena por todo el patio como una sinfonía infernal. Con la sobrevesta empapada de sangre y sudor, Juan de Guaras enardece a los suyos con gritos que desafían a la muerte: —¡Por la cruz de San Juan, por Jesucristo Redentor, ni

un paso atrás! ¡Que nadie cruce este sagrado umbral sin pagar el precio con su alma condenada!

Desde el torreón cercano, llamado «el Caballero», los soldados de la Orden abren fuego cruzado con arcabucería y falconetes contra los jenízaros que siguen llegando por la pasarela desde el revellín.

Los otomanos han quedado atrapados en un fuego cruzado mortal y caen como moscas bajo la lluvia de plomo cristiano. Las detonaciones brillan en la noche como relámpagos artificiales, mientras las balas zumban en todas direcciones alrededor de los atacantes. Tres jenízaros caen gravemente heridos al foso y sus gemidos de agonía se pierden en el estruendo general de la batalla.

Los turcos han perdido el empuje inicial gracias a la reacción rápida y disciplinada de los defensores cristianos.

El grupo de Hasan se ve obligado a retroceder hasta el revellín para cubrirse y hacerse fuertes en una posición defensiva.

Los gastadores turcos han subido al revellín y lo han fortificado con eficiencia, estableciendo un parapeto improvisado de fajina y sacos de lana. Gracias a estas defensas, la artillería y arcabucería cristiana pierden gran parte de su efectividad mortífera.

Ya no quedan turcos combatiendo en el interior del fuerte principal, pero eso no soluciona la situación estratégica: sin el revellín occidental, la caída definitiva de San Telmo llegará tarde o temprano. Es vital recuperarlo, cueste lo que cueste.

—¡Todos al revellín! ¡El que tenga valor que me siga! —grita Guaras con la voz ronca por los gritos de combate.

Los caballeros y los españoles organizan una salida desesperada para recobrar la fortificación perdida en manos enemigas.

—¡Santiago y cierra, España! —grita Francisco con la cara tiznada de pólvora y sangre turca que no llega a cuajársele en la hoja de la espada.

Pero al instante los atacantes cristianos reciben una andanada devastadora de flechas y disparos de arcabuz. El aire silba mortalmente con proyectiles que buscan carne cristiana; varios defensores resultan heridos de gravedad y otros mueren instantáneamente. Un torbellino de ojos desorbitados, rostros furiosos, gritos, corazas, morriones, aceros entrechocando. Una

flecha otomana atraviesa la armadura de Guaras y se le clava en la pierna. A Francisco le impacta un tiro de arcabuz en el brazo derecho.

La sangre tibia empapa su camisa de lino, pero se mantiene en pie.

Los turcos tienen ventaja decisiva en el revellín capturado. Han conseguido fortalecer su posición en tiempo récord, lo que demuestra su profesionalidad militar, y los cristianos no tienen más remedio que retirarse al fuerte principal. Los sanos arrastran a los heridos para no dejar a nadie abandonado en manos enemigas.

La pasarela que une el revellín con el fuerte se ha convertido en una tierra de nadie mortal. El musulmán o cristiano que pone un pie en ella es arcabuceado al momento por el enemigo.

Pero los turcos no se conforman con la conquista parcial. Lo que comenzó como un golpe de mano ejecutado por un grupo selecto de jenízaros se ha transformado en un asalto general en toda regla. Mustafá, envalentonado por la captura del revellín, ha lanzado medio ejército al ataque contra todas las posiciones cristianas, confiado en que pueden tomar al asalto toda la fortaleza de San Telmo esta misma noche.

Miles de soldados turcos irrumpen con sus escalas de asalto en el foso que rodea las murallas, pero el foso es profundo y las murallas se alzan altas como montañas. La empresa roza la locura, porque las defensas principales de San Telmo permanecen fuertes y bajar al foso supone casi un suicidio.

Desde las alturas, los defensores cristianos descargan todo su arsenal disponible: artillería pesada, arcabucería, piedras del tamaño de cabezas humanas y el temible fuego griego que convierte hombres en antorchas vivientes.

Los cuerpos otomanos se amontonan en el foso como si fueran escombros de obra, mientras los gritos desgarradores de los heridos rompen la noche mediterránea. El aire se vuelve irrespirable, impregnado de pólvora quemada y olor a carne chamuscada. Los artefactos incendiarios de fuego griego vuelan en todas direcciones, iluminando la noche con horror dantesco y muerte que baila entre las sombras.

Tras cinco horas interminables de asalto infructuoso, los turcos supervivientes se retiran arrastrando los pies.

Atrás quedan hombres mutilados que se arrastran, dejando surcos de sangre sobre la tierra. Armas abandonadas que brillan bajo la luna como dientes de bestias muertas.

El amanecer revela el precio terrible de la noche: quinientos de los mejores soldados otomanos se pudren ya bajo el sol implacable de la mañana, mientras que los cristianos han perdido sesenta soldados rasos y veinte caballeros de la Orden. Un olor fétido para el cual no existe nombre en este mundo comienza a llenar el aire y hiela con su viscosidad el ánimo de los combatientes.

Se cuenta que entre las bajas hay un caballero francés que ha logrado arrastrarse herido hasta la capilla y morir al pie del altar, encomendando su alma a Dios.

Las banderas turcas ondean victoriosas sobre el revellín conquistado, pero el precio pagado en sangre musulmana no ha sido barato.

Desde la muralla principal de San Telmo, Francisco contempla con amargura esas banderas enemigas que flamean a escasos metros de distancia. Su brazo herido palpita con cada latido de su corazón cansado.

El revellín occidental se ha perdido para siempre. Nadie comprende ni comprenderá jamás cómo una posición tan vital se perdió de manera tan absurda y evitable. Pero al menos el fuerte principal resiste y ellos siguen vivos para contar la historia.

Por ahora.

9

El tibio sol del amanecer ilumina a los hombres parapetados en el revellín.

Hasan abre los ojos lentamente y se percata de que se ha quedado dormido sobre su arcabuz, con la mejilla pegada al frío metal del caño. Su respiración es áspera, como de viejo asmático, producto del humo inhalado durante toda la noche. Su hombro derecho le duele allí donde un fragmento de piedra le golpeó durante el contraataque cristiano.

Desde el foso sube un olor nauseabundo de carne en descomposición que se mezcla con el aroma de la pólvora y el salitre marino. No necesita asomarse para saber que proviene de los cadáveres achicharrados de sus compañeros, convertidos en pasto de las moscas bajo el sol implacable. A uno le enseñan que la vida de un hombre es algo sagrado, pero la cosa se ve muy diferente cuando estás rodeado de fuego, sangre y cadáveres destripados con los ojos desencajados.

El hombre que está a su vera es un jenízaro que ha perdido su bonete. Tiene el pelo revuelto, su casaca está sucia de barro y sangre. Una quemadura atroz le tiene media cara en carne viva. Entonces piensa en Kasim y una punzada de ansiedad le atraviesa el pecho. No le ha visto desde el sangriento asalto al fuerte principal, y mira a los lados con aprensión creciente hasta que se tranquiliza al divisarle a pocos metros. Parecería plácidamente dormido si no fuera por la cuerda humeante de su arcabuz.

Kasim permanece al acecho como un cazador experimentado, atento a cualquier cabeza cristiana que se atreva a despuntar por encima del fuerte enemigo. Su mano derecha tamborilea sobre el mocho del arma mientras escudriña las murallas con ojos entrecerrados.

De pronto, un soldado enemigo asoma la cabeza por encima del fuerte principal y apunta a los gastadores otomanos que se afanan en fortificar el revellín conquistado. Pero el arcabuz de Kasim es más rápido y responde al instante con precisión mortal.

La bala vuela certera a través del aire matutino hasta impactar contra la cabeza del tirador enemigo. La silueta del soldado desaparece tras los muros mientras se forma una pequeña nube de polvo rojizo y gotas que se dispersan como un rocío sangriento.

—¡Por Alá Todopoderoso! —Kasim escupe al suelo con satisfacción.

Su voz ha perdido la jovialidad de antaño. Sus ojos permanecen fijos en los muros cristianos, como si Hasan no existiera a su lado. El cansancio comienza a pasar factura incluso a los mejores soldados turcos.

—¿Has podido dormir algo esta noche, Hasan? —pregunta con voz seca, casi hostil, muy diferente del tono fraternal de otros tiempos.

Hasan parpadea desconcertado, sin comprender cuándo empezó su hermano de armas a hablarle con tanta frialdad.

—Yo... sí. He dormido unas horas —responde con cautela, pero Kasim ya ha vuelto a concentrarse en su arcabuz.

Llegan más gastadores cargando sacos rebosantes de tierra apisonada para elevar la posición del revellín. Si consiguen alzar la fortificación unos metros más, podrán disparar cómodamente al interior del fuerte enemigo.

«Ojalá esos perros cristianos se rindan pronto y acabemos con esta pesadilla», piensa Hasan mientras despeja su mente de pensamientos inútiles.

Se esfuerza por permanecer concentrado en su deber, porque los gastadores necesitan protección mientras trabajan. Prende una cuerda nueva con gesto maquinal y asoma el caño a través del parapeto improvisado, vigilante ante cualquier defensor que amenace los trabajos de fortificación.

Al principio no ocurre nada digno de mención. Pero en este juego mortal de francotiradores, tener paciencia suele tener recompensa.

En eso, una silueta se recorta fugazmente durante un segundo en los muros enemigos.

Hasan dispara sin vacilar.

El eco del arcabuz otomano aún reverbera entre las murallas cuando Mané contempla cómo cae del muro un soldado con medio cráneo destrozado.

—Ahí va otro pobre diablo... —comenta con fingida indiferencia que no engaña a nadie—. Es imposible asomar la cabeza sin que te la vuelen esos turcos malnacidos del revellín.

Un olor putrefacto impregna cada rincón del patio de armas. Es como vivir encerrados dentro del vientre enfermo de una ballena. El aire se ha vuelto espeso y pegajoso, cargado de moscas que zumban incansables alrededor de las heridas mal vendadas y los charcos de sangre coagulada. El cadáver degollado de un turco parece observar a los españoles con ojos muy abiertos. Se ha formado una inmensa mancha oscura bajo sus piernas extendidas. Los muertos ya no se entierran.

Todos los defensores viven asqueados por la situación.

—Ya os lo advertí desde el principio —dice Alberto Pérez mientras se mordisquea los nudillos con nerviosismo creciente—. Sin el revellín occidental, no podemos hacer nada más que esperar escondidos. Este fuerte se ha convertido en una trampa de piedra en la que habremos de perecer todos como ratas.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclama De las Cuevas con exasperación—. Cabo, ¿no puede vuestra merced hablar con el capitán para que nos manden de regreso al Burgo antes de que sea demasiado tarde?

Francisco escucha las demandas desesperadas de sus hombres con impasividad marmórea y asiente en silencio. En el fondo las comparte. Nadie en su sano juicio desearía permanecer un día más en San Telmo. La noche anterior él mismo resultó herido en un brazo. Nada grave, pero le duele terriblemente y apenas puede sostener su partesana.

Los heridos y enfermos que no pueden combatir tienen orden de regresar al Burgo para ser reemplazados por soldados en condiciones. Pero Francisco no quiere abandonar a sus hombres en estas circunstancias. La moral de todos está peligrosamente baja, y la muerte del joven Jacobo ha sido un mazazo emocional para toda la escuadra.

Todas las noches les llegan algunos refuerzos que cruzan en barca desde el Burgo a través de aguas cada vez más peligrosas. Los hombres que suben a esas embarcaciones saben que el viaje es solo de ida. Luchan para aguantar y vivir un día más, pero todos comprenden que este drama tiene un final ya escrito.

Y ese final no le gusta a nadie.

—Santiago —dice Francisco, con la fingida imparcialidad de quien está obligado a tratar con unos y sujeto a rendir cuentas a otros—, los capitanes Medrano y De la Cerda ya saben que echas de menos a las rameras del Burgo y te puedo asegurar que, si por ellos fuera, también estarían allí entregándose al vino y al fornicio en lugar de aquí.

El grupo ríe con ganas y Francisco logra su objetivo inmediato. El humor negro en los momentos duros resulta tan necesario para el soldado como el pan cotidiano y la munición.

—Pero es aquí donde el destino nos ha puesto ahora, y aquí cumpliremos con nuestro deber. La fortaleza tiene sus debilidades evidentes, pero aún puede defenderse con eficacia. ¿O acaso no presenciasteis anoche la magnífica escabechina que se formó en el foso cuando los turcos trataron de asaltarnos?

Los soldados hacen gestos indescifrables. El cabo Francisco tiene razón en eso, pero no acaban de estar convencidos.

—¡Una barca! ¡Se acerca una barca! —grita alguien desde el muro oriental con voz que mezcla esperanza y ansiedad.

Todos corren para averiguar quién se aproxima arriesgando la vida.

¿Serán turcos infiltrados? ¿O quizás un emisario del Burgo portando órdenes para su traslado inmediato?

«¡Ojalá sean noticias de evacuación!», piensan todos sin excepción.

Pero no es así. Al subir al muro, un caballero alemán les informa que ha logrado reconocer a uno de los ocupantes de la embarcación: es frey Rafael Salvago, un caballero hospitalario español de reconocido valor. El caballero estaba cumpliendo misión en Sicilia, por lo que esa barca debe proceder de alguna galera siciliana que ha conseguido romper el férreo bloqueo naval turco.

Quienes vengan en ella traerán noticias frescas del exterior. Tal vez información sobre el tan esperado socorro del rey.

—¡Eh, mi cabo! —exclama Mané con renovada esperanza—. El tudesco tiene razón. Fíjese bien en el hombre que va al frente de la barca.

Francisco agudiza la vista entornando los ojos y no puede evitar sonreír al reconocer al capitán Miranda, el oficial superior de su compañía que había permanecido en Sicilia cuando comenzaron los combates.

La reunión de Miranda con los oficiales del Tercio de Sicilia sirve para que todos se olviden temporalmente del asedio que los rodea. Parece casi una reunión de viejos camaradas que se reencuentran después de una larga separación, aunque el ocasional estrépito de los cañones otomanos les recuerda dónde se encuentran realmente.

Miranda se muestra muy complacido al saber que su alférez Gonzalo Medrano ha sido ascendido a capitán por méritos de guerra.

—A ningún otro hombre en todo el mundo hubiera querido confiar la vida de estos muchachos.

Se intercambian algunos chistes y viejas anécdotas del Tercio que arrancan sonrisas, pero Miranda no puede evitar observar las caras demacradas de sus soldados; las heridas mal curadas que supuran, los ojos hundidos por la falta crónica de sueño reparador. Ha visto demasiadas guerras como para engañarse con optimismos falsos: la flota turca fondeada en Marsaxlokk es tan impresionante que duda de que exista en toda Europa una fuerza naval capaz de socorrer a Malta.

Sin embargo, Miranda se esfuerza por transmitir todas las noticias esperanzadoras que puede ofrecer sin mentir.

—El socorro prometido por Su Católica Majestad el rey de España ya se está aparejando en diversos puertos.

Un murmullo de alivio recorre la estancia. El capitán De la Cerda se endereza en su silla. Medrano intercambia una mirada cargada de esperanza renovada con Francisco.

—Pero la reunión de efectivos está resultando más complicada de lo previsto y los plazos se van a retrasar.

El murmullo esperanzador se apaga de golpe como una vela al viento. Las expresiones se ensombrecen visiblemente.

—¿Retrasar cuánto tiempo? —pregunta con sequedad cortante el capitán De la Cerda, clavando sus ojos experimentados en Miranda.

Miranda ladea la cabeza en un gesto embarazoso que todos saben interpretar.

—Un mes, según la previsión más optimista de los organizadores.

—¡Un mes entero!

El silencio que sigue resulta tan denso que se podría cortar con una daga. Nadie se atreve a respirar siquiera. Solo el crujir siniestro de la madera en la silla de De la Cerda rompe la quietud sepulcral. Medrano se lleva ambas manos a la cabeza y suspira profundamente como hombre que ve desvanecerse sus últimas ilusiones.

—Pero si sobrevivir aquí un solo día ya constituye un auténtico milagro... —replica De la Cerda, su voz quebrándose ligeramente por primera vez.

—¡Entonces salgamos ya de este infierno! —exclama súbitamente Medrano poniéndose en pie con violencia—. ¡Embarcamos esta misma noche hacia el Burgo y abandonamos San Telmo a su maldita suerte!

Un murmullo incómodo recorre la sala mientras todos los ojos se clavan en él con mezcla de comprensión y reproche.

—Gonzalo... —dice Miranda con suavidad—. Sabes perfectamente que no podemos hacer eso.

—¿Por qué no? —insiste—. ¿Para qué quedarnos aquí a morir como ratas atrapadas en un barco que se hunde? ¡Estos muros no resistirán ni una semana más de bombardeo!

—Porque las órdenes recibidas son resistir hasta el final —zanja Miranda con voz helada—. Y porque huir ahora sería condenar a

muerte a toda Malta sin posibilidad de redención.

Medrano vuelve a dejarse caer pesadamente en su silla. La realidad se impone sobre ellos como una losa de mármol: no existe escapatoria posible a esta trampa mortal.

—¿Qué será de nosotros dentro de un mes? —murmura entonces, más para sí mismo que para los demás presentes—. ¿Qué quedará de estos muros cuando lleguen los refuerzos?

Las esperanzas iniciales provocadas por la inesperada llegada de Miranda se evaporan como rocío bajo el sol. Algunos oficiales evitan mirarse entre sí. Otros contemplan el suelo de piedra gastado como si fuera la cosa más fascinante del mundo.

Miranda se despide de sus compañeros de armas. Debe partir cuanto antes hacia el Burgo para informar al gran maestre La Valette sobre la situación.

—Pronto volveré para luchar junto a vuestras mercedes, mis queridos soldados y hermanos. Lo juro solemnemente por Dios Todopoderoso y por mi alma inmortal.

Los oficiales se despiden con palmadas en la espalda y abrazos prolongados, pero sus gestos resultan mecánicos y vacíos.

Cuando Miranda se aleja hacia el embarcadero, el peso abrumador de la realidad vuelve a caer sobre todos ellos como avalancha de piedras.

Un mes completo.

Francisco se asoma a una tronera y observa con ojo experto los trabajos incesantes de los gastadores turcos. Cada día están peligrosamente más cerca. La altura del revellín está a punto de superar los muros del fuerte principal, y las defensas cristianas son cada jornada más precarias e insostenibles.

«Un mes», piensa mientras calcula mentalmente las posibilidades de supervivencia. «Si en un mes no llega el socorro prometido, aquí no quedará nadie a quien socorrer».

10

En el puerto de Málaga, don Álvaro de Bazán y Guzmán observa el horizonte desde la cubierta de su galera capitana mientras el sol de la tarde convierte las aguas en un espejo dorado. La superficie marina está en perfecta calma, pero su espíritu anda inquieto como un mar de fondo que anuncia tormenta.

El general de las galeras de España lleva días sin recibir noticias del Consejo Real, aguardando órdenes que no llegan, mientras el tiempo se escurre como arena entre los dedos.

Hace una semana que regresó de Orán, donde cumplió la misión de transportar soldados veteranos, suministros esenciales y municiones para las guarniciones africanas. Desde entonces permanece fondeado en Málaga, sin más instrucciones de Madrid que la orden de mantenerse preparado. Nada específico. Sus galeras siguen a la espera con las velas cuidadosamente amarradas, los hombres cada vez más inquietos y los tamborines enmudecidos por la falta de acción. En las bodegas se acumulan víveres, pólvora y hombres de cabo y guerra que huelen a sal y descontento creciente.

Nadie sabe exactamente adónde les enviarán ahora. «Aguarde órdenes para salida inminente». Pero ¿salida hacia dónde?

Bazán no es estúpido. Está al tanto de la situación de Malta y, si ese es su destino, deberían partir cuanto antes. Cada día que pasa la isla está más cerca de caer en manos del Turco.

El almirante camina hasta la proa, donde el mascarón tallado mira hacia el horizonte como un centinela de madera. Es hombre de mar y guerra, parco en movimientos y en palabras. Hijo de don Álvaro el Viejo, señor de Valdepeñas, y leyenda naval. Ha navegado desde los doce años en las aguas bravas del Atlántico y las traicioneras corrientes del Mediterráneo. Ha combatido contra corsarios berberiscos, franceses ambiciosos y turcos implacables, siempre al servicio de la monarquía hispánica.

El desastre de Djerba aún le escuece como llaga mal curada, aunque el no estuvo presente en aquella derrota que costó sesenta galeras y miles de vidas. Como leal marino de España, carga con el peso de todas las derrotas navales como si fueran suyas propias.

Se apoya en la regala y hace repaso: tripulaciones completas, soldados embarcados, víveres para dos meses, pólvora suficiente para una campaña prolongada. Todo, menos la orden final del Rey. ¿Habrá cambiado de parecer Su Majestad? ¿Teme arriesgar la flota reconstruida tras Djerba?

Bazán comprende los miedos fundados de perder otra armada, pero también los peligros mortales de perder Malta. La isla está demasiado cerca de Sicilia, demasiado próxima al corazón del Mediterráneo español. Si el Turco se hace fuerte allí y convierte Malta en base naval otomana... Es una hipótesis que prefiere no imaginar siquiera.

Un murmullo de actividad en cubierta interrumpe sus cavilaciones. Los marineros señalan hacia tierra mientras intercambian comentarios en voz baja. Bazán agudiza la vista y distingue una nube de polvo que se acerca por el camino costero.

De pronto su mirada capta algo que le hace ponerse en tensión como mastín que olfatea un venado. Un jinete entra en el puerto a galope tendido, espoleando el caballo con urgencia. Don Álvaro reconoce inmediatamente los emblemas reales que brillan en el pecho del recién llegado.

¡Un mensajero del rey!

—¡Contramaestre! —Su voz corta el aire como un latigazo—. ¡Aparejad el bote inmediatamente!

—¡A la orden, mi general!

El almirante baja a tierra con la celeridad de un hombre que ha esperado demasiado. Sus botas resuenan sobre los tablones del muelle mientras se acerca al mensajero, que ha desmontado y aguarda con el pecho del caballo cubierto de espuma blanca.

Al reconocer al almirante, el correo real hace una reverencia ceremonial, echa mano a su bolsa de cuero y extrae un mensaje lacrado con el sello personal del rey Felipe. El lacre rojo destella como gota de sangre bajo el sol de poniente.

Bazán toma el mensaje sin pronunciar palabra. Sus dedos curtidos rompen el sello con un movimiento seco, despliega el pergamino y sus ojos recorren las líneas escritas en la cuidadosa caligrafía de la secretaría real.

«¡Al fin!».

Ahí están las palabras que lleva días esperando: las órdenes definitivas de zarpar. Destino Barcelona, donde ya se congregan otras escuadras y compañías reclutadas para el socorro prometido a Malta.

Bazán no sonríe porque no es hombre dado a exteriorizar emociones, pero su gesto pétreo se afloja ligeramente. Sus labios murmuran un «ya era hora» que suena como oración de gracias. Mientras enrolla cuidadosamente el mensaje y lo guarda en el jubón, ordena que lo lleven de inmediato a su galera capitana.

Ya a bordo, sus oficiales lo esperan en formación, estudiando su rostro en busca de indicios sobre el contenido del mensaje real. El silencio se espesa mientras el almirante los observa uno por uno con la mirada arenosa de quién ha visto naufragios y victorias.

—¡Levad los fierros! —ordena finalmente, con voz que resuena por toda la cubierta—. ¡Partimos rumbo a Barcelona!

El aire se llena inmediatamente de gritos de mando, carreras apresuradas y el chirrido de los cabrestantes.

La flota de España se pone en movimiento mientras el sol se hunde en el horizonte, tiñendo las velas de rojo.

El socorro de la católica España está en camino.

El capitán Miranda se presenta ante el gran maestre con toda la solemnidad que requiere la situación. Llega exhausto, empapado en sudor y agua salada, con un rasguño sangrante de bala turca que le gotea por la mano y cae sobre las piedras del suelo.

Su barca ha logrado cruzar desde San Telmo burlando a los francotiradores otomanos que infestan la ribera. Tres veces les han disparado con intención de hundirlos. El canal marítimo está cada vez más peligroso: nadie puede cruzarlo sin jugarse la vida.

La única noticia esperanzadora que trae Miranda es la promesa firme del virrey de enviar los primeros refuerzos a finales del mes en curso. No es el gran socorro definitivo prometido, pero algo es algo en estas circunstancias desesperadas.

La Valette escucha todos los informes con un rostro que parece tallado en granito por un escultor severo. Sin embargo, cuando se entera de que el estratégico revellín de San Telmo ha caído de forma tan absurda e inexplicable, sus mejillas pasan por todas las tonalidades de rojo. En circunstancias normales mandaría decapitar a todos los responsables de semejante negligencia. Pero no le sobran hombres para desperdiciar, y las cabezas cortadas no recuperan posiciones perdidas.

Finalmente llega el informe técnico detallado de Miranda sobre el estado real de San Telmo. El diagnóstico resulta tan contundente y desalentador como el que presentó el capitán De la Cerda: el fuerte no se puede defender eficazmente porque carece de traveses. Tampoco dispone de casamatas en el foso para proteger a los defensores. Y peor aún: no existe plaza de armas a la que los defensores puedan retirarse ordenadamente en caso de necesidad.

Pero La Valette hace oídos sordos a estas consideraciones técnicas, aunque un músculo de su mandíbula se contrae imperceptiblemente. Él conoce mejor que nadie todos y cada uno de los defectos estructurales de San Telmo. Pero no existe alternativa. Ya lo ha dicho una infinidad de veces: hay que resistir todo el tiempo que haga falta, cueste lo que cueste.

—Esta misma noche enviaremos refuerzos frescos y municiones. Hay que intentar por todos los medios recuperar el revellín perdido —sentencia el gran maestre.

Miranda no responde de inmediato, porque sabe que recuperar el revellín resulta imposible. Sus profundas dudas se reflejan claramente en sus ojos preñados de cansancio y en la forma nerviosa en que se pasa la mano por su barba rasposa de tres días.

La Valette lo observa con intensidad penetrante. Necesita tener a Miranda de su parte, porque es probablemente el oficial militar más respetado por los soldados que defienden San Telmo.

—Capitán Miranda: vuestra antigua compañía está ahora bajo el mando competente del capitán Medrano. Pero os propongo asumir el mando supremo de toda la guarnición de San Telmo. ¿Aceptáis la responsabilidad?

Miranda no es estúpido y comprende que le están ofreciendo un regalo envenenado. Pero le resulta indiferente. Recuperar el mando directo de las compañías del Tercio y del resto de soldados que combaten en San Telmo representa la mejor forma de ayudar a sus hombres a salir con vida. Además, les ha prometido solemnemente que regresaría para luchar codo a codo con ellos.

—Acepto sin reservas. Será un honor servir hasta la muerte.

La Valette sonríe satisfecho, aunque sus ojos siguen reflejando una preocupación profunda.

—Solo una cosa os pido, excelencia.

La Valette levanta las cejas en uve y extiende las palmas de sus manos en gesto que parece decir: «Pedid y se os dará».

—Los muchachos que combaten allí están muy bajos de moral... Según mi experiencia, solo hay una forma eficaz de levantar la moral cuando se ha llegado a este punto crítico.

—¿Y qué demandáis exactamente?

—¡A la salud del nuevo comandante! ¡Y que viva la madre que lo parió! —grita De las Cuevas alzando una jarra de vino.

—¡Salud y muchos años de vida! —corea entusiasmada la tropa.

Miranda ha cumplido religiosamente su promesa de regresar para estar con ellos, y lo ha hecho acompañado de cincuenta refuerzos frescos procedentes del Burgo y vituallas que saben a gloria después de días de rancho escaso y agua turbia. Pero además ha traído barriles de vino siciliano y el dinero contante y sonante de las soldadas atrasadas. Las monedas ya tintinean alegremente en las bolsas de los soldados como música celestial.

Es un dinero imposible de gastar, pero el hecho de que se pague transmite cierta sensación de normalidad. Crea la ficción de que hay esperanza en salir de allí con vida.

En la galería cubierta que rodea el patio central se ha improvisado una taberna para el disfrute de los defensores. Los barriles abiertos despiden un aroma embriagador que compite victoriosamente con el hedor persistente a pólvora y sangre coagulada que lo impregna todo. Con vino corriendo por las venas y monedas pesando en el cinto, hasta el mismísimo infierno parece un lugar soportable para el soldado más pesimista.

El bizarro escuadrón de Francisco, al completo, comparte fraternalmente una jarra rebosante y trata de borrar con el bendito alcohol el recuerdo amargo de la sangre derramada, la violencia cotidiana y los camaradas caídos. Por primera vez en días, se oyen risas auténticas resonando entre los muros agrietados de San Telmo. Los hombres cuentan chistes subidos de tono, hablan nostálgicamente de sus pueblos natales, de las mujeres que dejaron atrás, incluso de planes optimistas para cuando termine esta guerra cruenta.

Por unas breves horas, San Telmo no huele a derrota sino a la esperanza renovada que infunde el jugo sagrado de Baco.

Francisco brinda con sus compañeros de armas, sintiendo cómo el vino cálido reconforta su estómago vacío y alivia momentáneamente el dolor del brazo herido.

Por un momento piensa en Jacobo. El cuerpo del muchacho sigue ahí fuera, tirado, hinchándose bajo el sol hasta parecer una res destazada. Cada vez que lo ve es como si volviera a presenciar la muerte del muchacho.

«Paco, te has vuelto un viejo chocho», se dice y apura su jarra de vino. A veces la sangre se borra con tinto. A veces.

A su lado, De las Cuevas ha comenzado a entonar una tonada andaluza que habla de amores imposibles. Otros la corean entre carcajadas que resuenan contra las piedras húmedas como ecos de tiempos mejores.

Por un momento casi mágico, parece que la guerra se ha olvidado de San Telmo. La tarde baña de sombras alargadas el patio y colorea de naranja los rostros. La brisa marina trae el aroma limpio del mar abierto.

Mané alza teatralmente su jarra y dice con voz que destila felicidad alcohólica: —¡Por España eterna y por el vino bendito que nos hace invencibles!

Su voz resuena extrañamente potente en el silencio súbito que sigue sus palabras. Como si el eco hubiera despertado algo siniestro que dormitaba en la oscuridad circundante.

Francisco frunce el ceño con inquietud. ¿Por qué se han callado todos de golpe como si hubieran visto un fantasma?

Y entonces el silencio se rompe. Comienzan a llover balas como granizo mortal. Varios disparos de arcabuz pasan zumbando como avispas enfurecidas y se incrustan violentamente contra la piedra húmeda del patio. Una bala atraviesa limpiamente la jarra de vino de un soldado hasta incrustarse en su cráneo con sonido seco.

—¡Todos a cubierto! —suena la voz de mando del capitán Medrano, rompiendo la parálisis colectiva.

En la confusión general tratan de decidir hacia dónde huir para salvarse, derramando el vino precioso y tropezando unos con otros, sin saber qué está pasando. Hasta que alguien acierta a gritar la terrible verdad: «¡Es el revellín! ¡Nos disparan desde el revellín!»

Francisco dirige la mirada hacia la pequeña fortificación avanzada que se alza apenas unos palmos por encima de las murallas del fuerte principal. Ahora comprende con horror la verdadera dimensión de su pesadilla: los otomanos no solo han conquistado el revellín estratégico, sino que lo han alzado hasta superar la altura del fuerte. Desde allí pueden disparar directamente al interior de San Telmo como cazadores que acechan presas en un corral cerrado.

No hay rincón seguro en toda la fortaleza.

11

Los campamentos turcos son famosos por su pulcritud y orden marcial, pero en Marsa el hedor empieza a resultar difícil de soportar incluso para soldados curtidos. Moscas negras revolotean sobre vendajes amarillentos que no se han cambiado en días. El olor de la gangrena dulzona se mezcla con el del humo de los braseros de cauterización con los que los cirujanos intentan detener infecciones que se extienden como la peste. Los gemidos constantes de los heridos resuenan como una salmodia que desgasta mentalmente tanto a sanos como a enfermos.

—Trescientos gramos —murmura un soldado albanés mientras parte con cuidado un mendrugo de bizcocho ennegrecido—. Trescientos gramos de esta porquería para todo el día.

Su compañero, un gigante de Anatolia con el brazo derecho sujeto por un cabestrillo improvisado, escupe sobre la tierra, que absorbe la saliva como arena del desierto.

—Mi caballo en casa comía mejor que nosotros aquí.

Los turnos de gastadores siguen trabajando sin descanso en el revellín conquistado. El repiqueteo incesante de picos y palas se mezcla con los cañonazos, que solo cesan para permitir que el ánima de las piezas se enfríe. Una bala de piedra ha aplastado a tres zapadores esa misma mañana, convirtiéndolos en pulpa sanguinolenta. Sus restos siguen allí, cubiertos por una lona manchada de rojo, esperando a que alguien se digne a darles sepultura musulmana. La *yihad* a veces tiene muy poco de santa.

Desde las trincheras que serpentean hacia San Telmo llegan maldiciones en turco, árabe y griego. Los puentes sobre el foso se construyen palmo a palmo, utilizando mástiles arrancados de las galeras fondeadas en Marsaxlokk. Pero los trabajos avanzan con lentitud desesperante, porque hay que cubrir el armazón con tierra apisonada para impedir que los proyectiles incendiarios cristianos les

prendan fuego. Cada codo conquistado cuesta un precio elevado en sangre otomana.

Hasan y Kasim descansan junto al fuego e intentan abstraerse del ambiente de decepción.

—¿Recuerdas cuando intentamos escapar del palacio de Edirne? —pregunta de pronto Kasim mientras afila su yatagán.

Hasan sonríe, una expresión rara en su rostro curtido por años de guerra. Parece que su amigo se ha puesto sentimental.

—Sí, teníamos catorce años. Tú creías que podríamos llegar a casa de nuestros padres caminando.

—Y tú dijiste que conocías el camino porque habías observado las estrellas.

—Las estrellas no mienten. Nosotros sí sabíamos la dirección. Lo que no calculamos fue la distancia.

Kasim deja de afilar y mira a su compañero.

—Tres días perdidos en los montes. Sin agua. Sin comida.

—Cuando los guardias nos encontraron, dijimos que habíamos salido a cazar liebres. Y no nos delatamos.

—¡Liebres! —Kasim ríe—. Sin arcos, sin trampas. Era la excusa más estúpida del mundo.

—Pero el instructor se la creyó. O fingió creérsela.

Se quedan en silencio, contemplando las llamas de la hoguera. Alrededor del campamento, otros jenízaros preparan sus armas para el asalto nocturno.

—¿Sabes que ya no recuerdo la cara de mi madre? —murmura Kasim.

Hasan asiente despacio.

—A mí me pasa lo mismo. A veces intento recordar su voz cantando, pero no puedo.

—Tal vez eso era lo que pretendían. Borrarnos la memoria. —Pues no lo consiguieron del todo. Aún recuerdo tu verdadero nombre, hermano.

—Y yo el tuyo: Miloš de Ostrovica.

—Dragan de Kragujevac.

Se miran a los ojos: dos hombres que comparten un pasado borrado y un presente forjado a hierro.

Hasan había nacido siendo cristiano en la región de Ostrovica, en Serbia. Era el mayor y el más fuerte de sus seis hermanos. Quizá por ello los hombres del sultán lo eligieron a él cuando lo raptaron del hogar de sus padres, siguiendo el sistema de *devsirme*. Hasan cumplía todos los requisitos: tener entre diez y dieciocho años, ser físicamente apto, atractivo, inteligente, soltero y no ser hijo único. Cuando lo llevaron a Constantinopla, lo forzaron a convertirse al islam, fue circuncidado y se le dio su nuevo nombre musulmán. Luego se le registró como *acemi oğlans* y comenzó su dura formación: recibió enseñanzas en lengua y literatura turcas y árabes, el Corán, jurisprudencia musulmana, teología, derecho y, además, entrenamiento militar.

Fue enviado a los cuerpos de *kapıkulu* para convertirse en soldado. Allí aprendió con sudor y sangre a ser humilde, cortés, a mostrar sumisión inclinando la cabeza con las manos cruzadas y a besar las manos de sus superiores como muestra de respeto. Su vida discurría meticulosamente organizada: cada hora tenía una tarea asignada para despertarse, rezar, comer, dormir, hacer ejercicio y estudiar. Tenía que caminar de manera pausada, comer despacio, bañarse semanalmente, afeitarse con regularidad, vestir ropa bien planchada y cumplir con las cinco oraciones diarias. Realizaba tareas como barrer, cargar materiales o cocinar tanto para su regimiento como para la ciudad, además de continuar con su entrenamiento como guerrero profesional.

Cuando cumplió los catorce años finalizó su formación jenízara y se le tatuó el símbolo de su regimiento. Para entonces, ya no quedaba ni el recuerdo de aquel niño serbio que un día fuera raptado de su hogar en Ostrovica. Ahora solo existía Hasan, el jenízaro que no tenía más fe que la de Mahoma, ni más padre que el Sultán.

Sin embargo, una leve chispa del recuerdo de su familia se resiste a ser apagada del todo en su corazón. Hasan no ha vuelto a saber nada de ellos, pero a menudo contempla el firmamento estrellado durante la noche e imagina que sus hermanos y hermanas están contemplando esas mismas estrellas en algún lugar del mundo.

—¿A veces desearías que no nos hubieran reclutado? —pregunta Kasim.

Hasan tarda en responder.

—No lo sé. Somos lo que somos. Hemos visto mundo, hemos conocido el honor. Nuestros hermanos de sangre probablemente siguieron trabajando la tierra hasta morir sin llegar a nada.

—Pero fueron libres.

—¿Lo fueron realmente? Los campesinos nunca son libres, Kasim. Son esclavos de la tierra, la lluvia, el hambre... Tú y yo al menos podemos elegir cómo morir.

Kasim sonríe con melancolía.

—Hablamos como soldados viejos, pero aún nos queda guerra por delante.

—Sí. Y esta vez conquistaremos Malta. Por el sultán.

—Por el sultán —repite Kasim, pero su voz suena lejana.

Se hace un silencio repentino.

—¿En qué piensas?

—En que mañana uno de nosotros podría estar muerto.

Hasan pone la mano en el hombro de su compañero.

—Entonces moriremos como hermanos. Como siempre quisimos vivir.

—Como hermanos —confirma Kasim.

En ese momento otro jenízaro se aproxima hasta ellos. El Aga, su comandante, desea verlos.

En la tienda del Aga de los jenízaros, una lámpara de aceite proyecta sombras danzantes en las paredes de lona. El comandante se pasea nervioso como una fiera enjaulada que busca una salida inexistente.

—¡Cortesanos perfumados! —escupe con asco—. Nos mandan hombres envueltos en sedas que jamás han olido la pólvora y no saben qué hacer en una guerra de verdad.

Se detiene bruscamente frente a Hasan y Kasim, que permanecen en posición de firmes.

—¿Sabéis lo que murmuran por todo el campamento? Que los jenízaros somos incapaces de tomar una fortaleza defendida por unos pocos caballeros fanáticos. ¡Los artilleros nos echan la culpa del retraso! ¡Los corsarios se ríen abiertamente de nosotros!

Sus nudillos se ponen blancos al apretar los puños mientras la cólera le hierve en las venas.

—Nos tratan como a perros sarnosos. ¡A nosotros, que hemos plantado la media luna del islam desde las murallas de Viena hasta los desiertos de Bagdad!

El silencio se espesa en la tienda como humo de incienso. Fuera, un herido gime mientras los cirujanos intentan salvarle la vida.

—¿Qué ordena el Agá? —pregunta Kasim con voz firme.

El comandante lo mira largamente con ojos que han visto demasiadas batallas y demasiadas muertes.

—Que recordéis quiénes sois realmente. Que honréis el yatagán que lleváis al cinto y el juramento que hicisteis al sultán. Esta noche quiero que San Telmo sepa de una vez por todas que los jenízaros siguen siendo los mejores soldados de Alá.

Cuando salen de la tienda, Kasim se acerca a Hasan.

—Hermano, ¿has oído eso?

Hasan asiente lentamente. Sus ojos, que hace unos días brillaban con el entusiasmo del guerrero joven, ahora tienen el color apagado del hierro viejo. Nuevas líneas marcan su rostro curtido. Semanas combatiendo en Malta equivalen a varios años envejeciendo bajo cualquier otro cielo.

—He oído ya demasiados discursos en esta maldita isla.

—¿Pero en verdad no te hierve la sangre con todos esos comentarios deshonrosos?

Hasan se encoge de hombros con gesto de cansancio.

—¿Qué quieres que haga, Kasim? ¿Cuántos cristianos hemos matado ya en este asedio? —Su voz suena desapasionada, como si hablara de contar ovejas—. Y he perdido la cuenta de nuestros muertos. Ellos siguen luchando sin bajar los brazos, como si cada piedra de sus murallas fuera sagrada.

Kasim se pasa la mano por el bigote cuidadosamente recortado. Impecable como siempre, incluso en medio de esta carnicería.

—¿Quieres que esto termine de una vez?

—Por supuesto que sí.

—Pues esta noche vamos a acallar todas las bocas maledicentes con una victoria que devolverá el honor perdido al cuerpo de

jenízaros.

Kasim se acerca más, bajando la voz hasta convertirla en susurro conspirador.

—¿Estás conmigo, hermano?

La misma pregunta de años atrás, cuando eran apenas muchachos asustados. La misma sonrisa cómplice de entonces, cuando escaparon de Edirne.

—Siempre estaré contigo —murmura Hasan—. ¿Qué planeas exactamente?

La noche desciende sobre Malta como un telón oscuro. Los cañones del monte Sceberras rugen sin descanso, escupiendo fuego contra las murallas agrietadas de San Telmo. Cada detonación ilumina por un instante las caras tensas de los soldados otomanos agazapados en las trincheras, antes de devolverlos a la oscuridad protectora. El olor penetrante a pólvora quemada y tierra removida se mezcla con el humo acre de las mechas encendidas que brillan como luciérnagas.

Kasim, Hasan y doce jenízaros cuidadosamente escogidos permanecen inmóviles en una trinchera avanzada, a escasos metros del imponente torreón del Caballero. Sus respiraciones son apenas un susurro. Las cuerdas y ganchos de asalto descansan a sus pies, fríos al tacto como serpientes de metal que aguardan el momento de atacar.

—¿Ves esa plataforma elevada? —Kasim señala con gesto apenas perceptible hacia el bastión cristiano—. Desde ahí controlan visualmente todo el foso y pueden barrer con fuego cualquier intento de asalto.

—Somos apenas quince hombres contra toda una fortaleza llena de sanjuanistas.

Kasim sonríe con la confianza que solo da la experiencia de haber sobrevivido a docenas de asaltos.

—¿Conoces a los *layalás* que acaban de llegar de Estambul?

—¿Te refieres a los «Matasiete»? Sí, son fanáticos temerarios. Carne de cañón atiborrada de brebajes para encontrar el valor

artificial del que carecen por naturaleza.

—Exacto... Pero hay algo que no puedes negar: los cristianos los temen como al mismísimo diablo. Esta noche van a encabezar el asalto frontal. Y cuando todas las miradas cristianas estén fijas en ellos y el pánico se apodere de los defensores, nosotros escalaremos silenciosamente el Caballero por la retaguardia.

Los cañones enmudecen súbitamente como si obedecieran a una orden invisible. El silencio que sigue resulta más inquietante que el estruendo anterior. Solo se escuchan algunas voces lejanas de heridos cristianos. El corazón de Hasan se acelera porque reconoce perfectamente ese silencio cargado de amenazas.

Entonces ruge la tormenta de hierro y fuego.

—¡*ALLAHU AKBAR*!

—¡Por la yihad!

Miles de voces gritan al unísono elevando una oración de guerra hacia el cielo estrellado. Los layalás emergen súbitamente de las trincheras como demonios surgidos del inframundo, ataviados con pieles de león y plumas de águila. Corren como posesos hacia los puentes improvisados, cimitarras en alto reflejando la luz de las hogueras.

Los muros de San Telmo responden inmediatamente con abundante fuego de arcabucería. Fogonazos amarillos salpican la noche mediterránea como estrellas fugaces.

Los primeros layalás caen al foso convertidos en guiñapos sanguinolentos, pero los demás continúan su carrera suicida.

Entonces los muros cristianos se iluminan como si el infierno hubiera abierto de par en par todas sus puertas. Docenas de aros de brea ardiente ruedan por las pendientes del foso, convirtiendo la noche en día anaranjado. Algunos layalás se transforman instantáneamente en antorchas humanas que corren gritando. Sus gritos de guerra se convierten en alaridos que hielan la sangre.

—¡Ahora es nuestro momento! —susurra Kasim.

Los jenízaros se deslizan como sombras entrenadas, pies descalzos moviéndose sin producir sonido alguno. La base del torreón del Caballero se alza ante ellos como una montaña inexpugnable.

Hasan contempla horrorizado a un guerrero layalá que corre en llamas, golpeándose contra las piedras en su agonía. Otro se arroja desesperado al mar y sigue ardiendo incluso bajo el agua, como si las llamas fueran sobrenaturales.

El olor dulzón y nauseabundo de carne humana quemada les llega arrastrado por la brisa nocturna.

—Fuego griego —murmura Kasim con admiración profesional—. Pero no nos detengamos ahora.

Los garfios vuelan por el aire y se enganchan firmemente en los merlones de piedra. El ruido metálico se pierde en el estruendo infernal de la batalla. Los jenízaros comienzan a trepar con yataganes curvos sujetos a la espalda, moviéndose con agilidad simiesca.

Hasan asciende inmediatamente detrás de Kasim, con los músculos tensos por el esfuerzo. Muy cerca, tanto en los muros como en el foso, ruge el infierno de fuego griego. Las llamas iluminan de tal manera la noche que permiten incluso a los cañones del Burgo disparar con precisión contra los atacantes otomanos.

Casi al alcanzar la cima, uno de los aros incendiarios rueda peligrosamente cerca de su posición. La luz súbita los expone por un instante fatal, recortando sus siluetas contra el bastión de piedra.

—¡Turcos! ¡Turcos escalando!

Un hospitalario corre hacia ellos blandiendo un arcabuz preparado. La mecha chisporrotea mientras apunta. La bala atraviesa limpiamente el pecho del primer jenízaro que consigue poner pie en la plataforma. Su cuerpo cae al vacío y pasa rozando a Hasan en su caída mortal.

Kasim salta sobre la plataforma como un demonio vengador. Su yatagán se hunde hasta la empuñadura en el cuello del hospitalario. La sangre brota como fuente roja y salpica su rostro.

Hasan y el resto de jenízaros le siguen inmediatamente. Los caballeros del bastión se giran alertados por los gritos, pero ya es demasiado tarde para organizar una defensa eficaz. Los yataganes curvos hacen su trabajo macabro con eficiencia profesional. Los cristianos caen uno tras otro.

—¡Victoria! ¡Victoria para el islam! —grita Kasim alzando la hoja ensangrentada hacia el cielo—. ¡El Caballero es nuestro!

Corre hacia el asta donde ondea la bandera sanjuanista y la arranca de cuajo. En su lugar despliega la media luna turca con fondo verde que llevaba oculta bajo la túnica, esperando este momento de gloria.

La bandera otomana ondea triunfante sobre la posición conquistada. Todo el ejército que ataca San Telmo ruge de júbilo al ver la enseña del sultán ondeando sobre las murallas enemigas. Los layalás supervivientes atacan con ferocidad renovada, embriagados por el éxito de sus hermanos jenízaros.

Hasan abraza a Kasim con una emoción que no había sentido en semanas.

—Lo hemos logrado, hermano mío.

—Por el honor de las *ortas* jenízaras y la gloria del islam.

—Y por nuestro padre el sultán, que nos ha guiado hasta la victoria.

Pero entonces el ojo entrenado de Hasan detecta por el rabillo algo que le hiela la sangre en las venas.

Es un resplandor pequeño pero intensamente brillante en la penumbra.

Se gira lentamente, con un presentimiento terrible. Un caballero maltés, con el pecho destrozado y empapado de sangre, se ha arrastrado agonizante hasta un cañón de bronce. Sus manos tiemblan violentamente por el esfuerzo final. Sostiene una mecha encendida sobre el oído del cañón y sus labios murmuran una oración cristiana.

La boca del cañón apunta directamente hacia ellos.

Hasan abre la boca para gritar una advertencia, pero el aire se le corta en los pulmones. Sus músculos se tensan como cuerdas de ballesta a punto de disparar.

La mecha chisporrotea y el mundo entero estalla a su alrededor en una explosión cegadora.

Hasan sale despedido por los aires como un muñeco de trapo. Sus oídos no captan otro sonido que un pitido permanente y ensordecedor. Ve el cuerpo despedazado de alguno de sus

compañeros girando sobre su cabeza, con brazos extendidos como si volaran. Jirones de carne y metal llueven mientras él da vueltas sin control, perdido entre el humo y el fuego.

Lo último que alcanza a ver antes de perder el conocimiento es la bandera de Kasim, flotando, convertida en andrajos ensangrentados.

Y después, silencio.

Un silencio total.

12

Como espíritus inquietos que buscan su destino en la noche, tres sombras se deslizan entre los setos cuidados de la casa del Duque de Medinaceli, en Galapagar. Las capas oscuras ondean suavemente mientras una brisa desgaja las nubes grises y la luna aparece súbita entre los cejales para exponerlos durante un instante peligroso. Se refugian tras el follaje espeso de un árbol hasta que las nubes vuelven a cubrir la luz traidora y, entonces, retoman su propósito secreto con paso cauteloso.

Se dirigen hacia las cuadras con la precisión de quienes han planeado cada movimiento. Ya tienen ensilladas sus monturas cuando los descubre un guardia del duque, que corre hacia ellos llevando una antorcha en alto como quien esgrime un arma.

—¿Quién va? —grita mientras se lleva la mano libre a la empuñadura de la espada.

Uno de los interpelados se encara con el soldado y baja lentamente su capucha, mostrando un rostro que la luz dorada de la antorcha revela con claridad. El guardia reconoce al encapuchado y se pone firme como si fuera un mástil atravesado por un rayo.

—Disculpad, Alteza, yo no sabía...

La voz que responde suena firme y serena, aunque con el deje de autoridad que nace de la sangre real. Es don Juan de Austria, hermanastro del Rey, y su rostro joven de diecinueve años queda bañado por la luz vacilante mientras esboza una sonrisa que mezcla cortesía con determinación.

—Tranquilo, buen hombre. Mis amigos y yo solo deseamos dar una vuelta discreta por el pueblo. Vuestra merced ya me entiende, ¿verdad?

El guardia deja escapar una sonrisa cómplice que ilumina su cara curtida, aunque enseguida recupera la compostura al recordar sus deberes.

—Pero, Alteza, tengo órdenes de informar al duque de todos los que entran y salen de su casa y...

Don José de Acuña, uno de los acompañantes del príncipe, se adelanta y pone su mano enguantada en terciopelo verde sobre el hombro del guardia. Con gesto elegante le ofrece una bolsa que suena con el tintineo inconfundible de los reales de plata.

—Ahora tenéis nuevas órdenes —dice don José con voz suave pero inequívoca—. Las órdenes directas de su alteza. Volveremos antes del amanecer, pero no habéis de decir una palabra a nadie. ¿Entendido?

Los tres hombres se marchan sin más, dejando tras de sí el eco apagado de los cascos sobre la tierra húmeda. El guardia se queda mirando la bolsa, confirmando por el peso que contiene una suma más que generosa. La guarda rápidamente bajo la camisa y sonríe para sí mismo mientras se dice:

«Qué demonios... No es más que la correría nocturna de jóvenes con la sangre caliente. Y aquí hay más de lo que gano en dos años. En unas horas habrán vuelto y nadie se habrá enterado de nada».

Continúa con su guardia sin informar a alma viviente de que don Juan de Austria y su séquito han abandonado la casa bajo el manto de las estrellas.

Nadie en España sabe ahora dónde están.

El rey Felipe escucha su misa matutina, pero esa mañana le resulta imposible permanecer atento a las lecturas del día. Demasiadas preocupaciones asedian su cabeza como una jauría hambrienta que no le concede tregua.

Ayer llegaron informes inquietantes de la duquesa de Parma sobre ciertos signos de intranquilidad en los Países Bajos. Las voces descontentas suenan cada vez con más fuerza en las plazas de las ciudades flamencas. Las actividades de Egmont, de Hoorn y, sobre todo, de un tal Guillermo de Orange lo preocupan profundamente. Flandes es una olla a presión que puede estallar en cualquier momento y cuando eso ocurra, será como si se abrieran las puertas del infierno.

También le llegan noticias perturbadoras de Londres. La joven reina inglesa, Isabel I, juega un juego maquiavélico: le escribe cartas buscando acercamiento y amistad con España, lamentando profundamente ciertos actos de piratería contra las posesiones españolas y asegurando que se trata de actuaciones privadas que serán castigadas oportunamente. Sin embargo, los espías del rey Felipe ya le han confirmado que es la misma reina quien alienta estos actos en secreto, riendo por lo bajo mientras sus corsarios saquean los galeones que regresan de las Indias.

Incluso le preocupa la paz con Francia, firmada hace seis años con gran pompa pero poca confianza. Le inquieta la fuerza creciente que están adquiriendo los hugonotes y desconfía de la política ambigua de la regente, Catalina de Medici. En Europa, las nuevas doctrinas protestantes se expanden por doquier con la tenacidad de una enfermedad crónica que infecta el cuerpo de la Cristiandad. Parece que el mundo se desmorona día a día y que él tenga la responsabilidad de mantenerlo en pie sin ayuda de nadie, como Atlas sosteniendo el peso de los cielos.

Por último, está la cuestión del turco en Malta. Ya ha dado orden de que la flota se reúna y se ponga en marcha hacia la isla asediada, pero no será empresa fácil. La flota hispánica es, en realidad, una coalición naval tan complicada como frágil. El rey dispone de cuatro escuadras de galeras: la de España, la de Nápoles, la de Sicilia y el grupo de galeras genovesas que está a sueldo de la Corona. A estas se pueden unir ocasionalmente las galeras de Mónaco, de Saboya y de Toscana, si los vientos políticos soplan favorables. Organizar la logística de todas ellas es un auténtico dolor de muelas que le roba el sueño.

Además, la flota tiene múltiples deberes que no puede desatender: hacer de guardacostas, transportar tropas y provisiones para las plazas fuertes del norte de África… Sin olvidar Córcega, donde se ha producido una revuelta que está lejos de apaciguarse.

Cuando la flota haya acabado con todas estas tareas urgentes, debe comenzar a concentrarse en Barcelona y, desde ahí, partir hacia Génova, Livorna, Civitavecchia y Nápoles. En cada puerto debe embarcar víveres, dinero y tropas frescas. Y entonces, y solo

entonces, podrá poner proa hacia Malta para intentar lo que algunos consideran ya imposible: salvar la isla del poder del Gran Turco.

El rey deja escapar un resoplido contenido e intenta concentrarse de nuevo en la misa, aunque los pensamientos siguen revoloteando en su cabeza como murciélagos inquietos.

—Querían llamarlo Zacarías, como su padre —lee el sacerdote el evangelio del día—; pero la madre intervino diciendo: «¡No! Se va a llamar Juan». Y le dijeron: «Ninguno de tus parientes se llama así». Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre».

Al escuchar el nombre de Juan, la mente del rey hace una conexión rápida entre su joven hermanastro y el conflicto que enfrenta a la Orden de San Juan contra los turcos en el Mediterráneo. Hace unos días don Juan le escribió por conducto oficial, solicitando licencia para embarcarse en la expedición de socorro a Malta. Por supuesto, el rey se lo prohibió tajantemente, como era su deber de hermano mayor y de monarca responsable.

«En qué cabeza cabe —piensa mientras sus dedos tamborilean sobre el reclinatorio—. ¡Pero si solo tiene diecinueve años y toda la vida por delante!».

Además tiene otros planes más sensatos para el muchacho. Quizá una carrera como cardenal en Roma, donde su inteligencia y su sangre noble pueden servir mejor a los intereses de la Corona. Un príncipe de los Habsburgo no está para hacer las veces de soldado raso en aventuras mediterráneas.

Pero entonces recuerda a su padre, el difunto emperador Carlos, y su propio corazón se encoge con una mezcla de orgullo y nostalgia. El César había sido el último de los caballeros andantes y la idea del príncipe-soldado ya no le parece tan disparatada cuando piensa en él. Aquello hubiera sido del gusto del Emperador, que siempre prefirió la gloria del campo de batalla a la comodidad de los palacios. Es innegable que el muchacho ha salido a su padre: el mismo espíritu caballeresco, las mismas ideas románticas sobre las viejas cruzadas, la misma sed de honor que puede llevar tanto a la gloria como a la perdición.

En eso, el rey repara en que no ha visto al príncipe Juan en varios días. Ya debería haber vuelto de su visita a Galapagar, donde se alojaba como huésped del duque. Y siente un presentimiento que le hiela la sangre en las venas. Un presentimiento desagradable que conoce bien: el mismo que sintió cuando su padre se empeñó en aquella última campaña contra los protestantes alemanes.

Felipe se gira bruscamente y busca el rostro familiar de su hermanastro entre los fieles que asisten a la misa en la capilla real. Se produce un momento tenso entre los asistentes, que sienten pasar sobre ellos la escrutadora mirada del monarca como si fuera un viento helado. Todos tragan saliva mientras se preguntan en susurros: «¿Qué ha ocurrido? ¿Qué busca Su Majestad?». Incluso el sacerdote interrumpe la lectura del Evangelio y no prosigue hasta que el rey se gira de nuevo hacia el frente con gesto sombrío.

«¿Dónde demonios está Juan?», piensa Felipe II tras convencerse de que su hermanastro no está entre los presentes.

Al finalizar la celebración litúrgica, el rey sale acompañado por sus nobles más allegados con paso más rápido que de costumbre. Mientras camina rodeado por su séquito por los pasillos de piedra gris de la iglesia, su mirada se cruza con la del duque de Medinaceli y, en ese instante, comprende la verdad terrible.

«¿Por qué está el duque aquí en la Corte y sin embargo no está Juan con él?».

La cara pálida del duque sostiene una mueca de pura aprensión; es la viva estampa del miedo mal disimulado de quien sabe que porta malas nuevas. Al ver el rostro desencajado del hombre que tenía orden expresa de cuidar y vigilar al príncipe durante su visita a Galapagar, al rey Felipe se le despejan todas las dudas como si hubieran caído las nieblas de una montaña: su hermanastro se ha fugado para embarcarse hacia Malta sin su permiso, siguiendo los impulsos de una sangre que no sabe someterse a la prudencia.

«Maldito muchacho —piensa mientras siente una mezcla de orgullo y temor—. ¡Cómo se parece a nuestro padre! Tal vez, demasiado...».

—¡A Malta, por la Religión, por la Cristiandad!

—¡Viva Malta, abajo el turco!

Los tres jóvenes cruzan la península a caballo con el buen humor y las bravatas propias de su edad, cantando canciones de gestas mientras los cascos de sus monturas levantan polvo en los caminos de Castilla. Viven esa etapa inquieta de la vida, cuando la naturaleza despierta sin rumbo fijo y la imaginación se desboca hacia territorios inexplorados, sembrando anhelos difusos, sueños desconcertantes y turbaciones que nublan la razón.

—¿Estáis seguro, don Juan, de que la flota sigue en Barcelona? —pregunta don Juan de Guzmán mientras don José de Acuña entona una canción que ha compuesto a los héroes malteses.

—Estoy totalmente seguro, amigo mío —responde el príncipe con la confianza absoluta de los muy jóvenes—. Hace unos días las galeras del almirante Álvaro de Bazán partieron de Málaga, y la flota necesita embarcar una cantidad ingente de soldados y pertrechos en Barcelona antes de poner proa hacia Malta. Confiad en mí, llegaremos a tiempo de embarcar y hacer historia.

—¡Pardiez, qué gran aventura nos espera! ¡Viva la Religión de Malta!

—¡Viva, viva!

Lo que no saben los tres jóvenes aventureros es que la noticia de su fuga ha corrido como la pólvora por toda España, convirtiéndose en la comidilla del reino. Todos los días las gentes de las cuatro puntas de la península se levantan deseando conocer nuevas noticias sobre la heroica fuga del príncipe bastardo. Su ejemplo ha calado hondo en el corazón de los españoles, y muchos nobles e hidalgos han dejado sus casas con la esperanza de embarcarse en Barcelona rumbo a Malta, siguiendo la estela de gloria que don Juan ha dejado tras de sí.

El rey Felipe, por su parte, ha enviado tras ellos al mejor y más rápido de sus mensajeros: don Pedro Manuel, un hombre de confianza curtido en mil encargos difíciles. Es su mejor sabueso, su agente para cuestiones espinosas que requieren mano firme y discreción absoluta. Don Pedro Manuel solo tiene una misión: dar alcance a los fugitivos, comunicarles que el rey ordena a don Juan

su regreso inmediato a la Corte, y apresarlo si se resistiera a obedecer.

No contento con ello, el rey ha despachado una docena de correos urgentes a todos los puertos de Levante y a todos los virreyes al este de Madrid. Las cartas van escritas de puño y letra del monarca con su caligrafía apretada y nerviosa, y tienen un mensaje claro para los que saben leer entre líneas: «En caso de que don Juan logre embarcarse en algún puerto, sus autoridades responderán personalmente frente al rey».

13

El sol quema como un fuego blanco que perfora los párpados y arranca a Hasan de las tinieblas, devolviéndolo a un mundo donde todo es dolor sin medida. Aquí y allá se oyen los sollozos de los heridos que han sido abandonados en el foso; hombres que, con los huesos rotos, las tripas fuera, los sesos desparramados bajo los yelmos abollados, los ojos vaciados o los vientres rajados, imploran la ayuda de Alá o llaman a sus esposas y madres; pero ni Alá ni mujer alguna acuden a consolarlos.

El peso muerto de los cadáveres aplasta a Hasan contra las piedras ensangrentadas del foso. Algo húmedo y pegajoso le cubre la cara. Es sangre seca que se agrieta cuando intenta mover los labios. Trata de incorporarse, pero los miembros no responden a su voluntad, y el aire llega a sus pulmones como cristales rotos que le desgarran la garganta.

¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido con la gloria que prometía este amanecer?

Abre los ojos con esfuerzo sobrehumano mientras la luz mediterránea lo ciega con crueldad. Poco a poco, las sombras confusas cobran forma terrible ante él. El foso de San Telmo parece excavado por las manos del diablo. Cuerpos amontonados sin orden ni concierto: jenízaros que ayer compartían su risa y su valor, ahora convertidos en carne fría que se pudre bajo el sol implacable.

Sobre el baluarte del Caballero ondea de nuevo la cruz sanjuanista de ocho puntas, burlándose de sus sueños de conquista.

Han perdido. Alá les ha vuelto la espalda.

Con el brazo derecho, entumecido pero obediente, aparta el cadáver que le oprime el pecho. Es un compañero de armas, cuyo nombre ya no recuerda, con los ojos vidriosos mirando a un cielo que no responde. Las moscas han comenzado su festín y el hedor a carne podrida corta el aire.

Hasan logra incorporarse despacio, aunque cada movimiento le arranca un gemido. La cabeza le martillea sin tregua, tiene una brecha abierta sobre la sien izquierda. La sangre coagulada le ha endurecido el cabello, y el costado le arde como si le hubieran clavado un hierro candente entre las costillas.

—¿Kasim? —susurra con ronca voz—. ¿Dónde estás, hermano?

Arrastra el cuerpo entre los muertos con pesadez. Empuja brazos rígidos que ya no abrazan, rodea charcos de sangre negra que reflejan el cielo. El estómago se le contrae con arcadas violentas, pero resiste porque debe encontrar a su compañero de vida y muerte.

Y entonces la ve. Maldita sea su suerte.

La cabeza de Kasim reposa separada del cuerpo que tanto amó la vida. Los ojos abiertos conservan una expresión de sorpresa eterna y la boca entreabierta parece que fuera a decir palabras que nunca llegó a pronunciar. El rostro que tantas veces rio a su lado ahora tiene la palidez de una estatua de mármol.

Hasan vomita hasta echar las tripas y cuando ya no le queda nada dentro arroja arcadas secas que le desgarran el pecho.

Permanece de rodillas ante su amigo muerto, temblando bajo el sol despiadado de Malta. Las ganas de vivir se le escurren entre los dedos como arena que el viento lleva hacia el mar, y comprende que hay derrotas que matan más que la muerte misma.

Tres semanas de asedio sin tregua han convertido el patio de armas de San Telmo en un hervidero donde la desesperación se avinagra como vino olvidado en la bodega.

Unos emisarios del gran maestre han venido a valorar la situación. Su conclusión es que San Telmo es aún defendible. La ira de los defensores estalla y los objetos vuelan por los aires: un casco abollado rebota contra el muro de piedra gris, un trozo de pan duro impacta en el pecho de uno de los emisarios con fuerza suficiente para hacerlo tambalear.

—¡Bellacos sin honra! —grita una voz—. ¡Decidnos cómo defender esta ratonera si sois tan duchos en la guerra!

Fra Antoine de Montmorency retrocede lentamente hacia la salida del patio de armas junto a los otros dos emisarios mientras

cincuenta hombres los rodean. El joven caballero provenzal siente que la situación se le escapa de las manos. Sus veintiséis años y su formación en arquitectura militar no lo habían preparado para enfrentar la desesperación de hombres que han visto demasiada muerte.

Rostros farináceos demacrados por la fatiga y el miedo, ojos inyectados en sangre que han perdido la esperanza, manos que tiemblen de agotamiento y rabia mal contenida. Esto no se parece en nada a las historias de cruzadas que escuchó en su niñez, cuando soñaba con batallas nobles contra el infiel libradas bajo los estandartes de la cristiandad.

La carta está pisoteada en el suelo. La respuesta que Fra Antoine ha traído del gran maestre ha sido tan previsible como insultante para hombres que han mirado a la muerte cara a cara: «La posición aún es defendible y es vuestra obligación cristiana mantenerla».

—¡Que se queden aquí los tres! —grita una voz desde atrás con acento castellano—. ¡Que la defiendan con nosotros!

—¡Por las llagas de Cristo! —secunda otro—. ¡Hundid su bote para que no puedan volver con cuentos al gran maestre!

Fra Antoine intercambia miradas nerviosas con sus compañeros mientras el emisario lleva la mano a la empuñadura de la espada en un acto reflejo, aunque sabe que el gesto es contraproducente. Son tres contra cincuenta, y estos cincuenta son capaces de cualquier cosa.

El joven Montmorency piensa en las lecciones de su padre sobre el honor de la Orden, en los relatos de cruzadas en la que sus antepasados lucharon con San Luis en Tierra Santa. Pero aquí, en este patio cargado con la desesperación de los defensores, las palabras sobre la gloria y el sacrificio suenan tan huecas como tambores rotos.

La multitud se acerca paso a paso, y en sus ojos brilla esa luz peligrosa que aparece cuando los hombres comprenden que ya no tienen nada que perder. Puños cerrados, rostros deformados por el cansancio y la frustración que convierte santos en demonios. El aire vibra con amenazas y maldiciones en castellano, italiano y la lengua franca de los puertos mediterráneos.

Y entonces la artillería turca rompe la mañana.

El primer cañonazo hace temblar los muros hasta los cimientos, recordando a todos por qué están aquí encerrados. El segundo arranca tejas de la iglesia y las envía volando sobre ellos. Los soldados se dispersan, cada uno hacia su refugio conocido o su puesto de combate, porque nadie quiere que lo atrape un proyectil otomano en espacio abierto.

—¡Ahora! —susurra Antoine a sus dos compañeros—, ¡Larguémonos de aquí!

Los tres corren hacia la salida. Fra Antoine siente el corazón desbocado mientras sus piernas lo llevan hacia la salvación. Nadie los detiene porque todos tienen prisa por protegerse de la muerte que llueve del cielo.

Mientras huyen hacia el pequeño muelle donde les espera el bote, Fra Antoine murmura entre jadeos: —Que Dios nos perdone por abandonarlos así.

Pero Dios en San Telmo parece estar muy ocupado contando muertos y no tiene tiempo para los remordimientos de nadie.

Jean de La Valette escucha en silencio mientras sus manos curtidas por décadas de guerra se frotan despacio, intentando borrar las manchas invisibles que solo él puede ver.

Fra Antoine, junto a los otros dos emisarios, le cuenta lo sucedido con voz que intenta mantenerse firme, pero que tiembla al llegar a los detalles más duros.

El gran maestre observa al joven provenzal con esos ojos grises que han visto suficiente guerra para varias vidas. Conoce bien a la familia Montmorency: el padre del muchacho es un viejo caballero de su confianza, y su linaje tiene raíces profundas en la Orden desde los tiempos de las primeras cruzadas. Por eso lo ha mantenido cerca de su consejo, aprovechando tanto su formación en arquitectura como su perspectiva joven, que a veces ve lo que los veteranos ya no notan.

—¿Qué opináis vos, Fra Antoine? —pregunta La Valette directamente—. Habéis inspeccionado las defensas con ojos de

arquitecto. ¿Pueden aguantar?

El joven Montmorency se revuelve en su asiento. Sus estudios le dicen una cosa, pero lo que ha visto en el patio de armas le grita otra muy distinta.

—Las murallas están agrietadas pero firmes, excelencia. Los bastiones deberían resistir algún asalto más. Pero... —hace una pausa dolorosa— los hombres están al límite. Antes se quebrará el espíritu de los hombres que la piedra de la fortaleza.

La Valette asiente con gesto grave. No es hombre de mostrar emociones, pero algo se mueve tras sus ojos grises. Ha enviado a morir a buenos hombres y lo sabe. Todos lo saben, aunque nadie se atreva a decirlo en voz alta.

—La situación es más que crítica, excelencia —continúa Fra Antoine con la voz cargada de responsabilidad—. La guarnición está al borde del motín.

El consejo de guerra murmura. Unos proponen evacuación inmediata antes de que sea demasiado tarde. Otros, más refuerzos para sostener lo insostenible.

La Valette los deja hablar mientras contempla el mapa extendido sobre la mesa de roble macizo. Malta es muy pequeña para esconderse de una guerra que ha venido a buscarlos hasta aquí. Demasiado pequeña para huir cuando el enemigo tiene el control del mar.

—Señores —dice al fin con voz que corta los murmullos—. No piensen vuestras mercedes que mi corazón es insensible a las súplicas de nuestros hermanos que derraman su sangre por la causa común. Pero seamos realistas: evacuar a tanta gente es imposible mientras los turcos controlen el puerto con sus galeras.

Silencio pesado. Los miembros del consejo bajan la mirada porque todos saben que su gran maestre tiene razón, aunque duela reconocer una verdad que escuece.

—Yo redactaré el mensaje que pueda convencerlos —continúa La Valette con voz más suave—. Les recordaré por qué luchan y lo qué está en juego.

Fra Antoine alza la mano con gesto cauteloso y pregunta: —¿Quién llevará el mensaje, excelencia? Si volvemos nosotros, nos

ahorcan según pisemos el fuerte. Además, los turcos han dispuesto tiradores en toda la ribera; ya no es seguro cruzar en bote, ni siquiera de noche.

La Valette guarda silencio mientras sus dedos tamborilean sobre la mesa. Sus ojos grises recorren las caras del consejo, buscando una solución que todos saben arriesgada. Luego alza la vista con decisión: —Nadadores civiles. Necesitamos alguien capaz de llevar el mensaje a nado y volver con la respuesta antes de que amanezca.

Pausa incómoda. Las miradas se cruzan evaluando la propuesta.

—¿Conocemos a alguien que pueda hacerlo?

Kemiru camina descalzo por el borde de la muralla con la seguridad felina que solo tienen quienes han crecido entre piedras y peligros. Sus pies conocen cada grieta, cada saliente donde puede apoyarse sin miedo a caer. Bajo él, el Burgo hierve de actividad militar.

—¡Kemiru! ¡Baja de ahí antes de que te maten!

La voz de una lavandera lo hace sonreír, y se desliza por una hendidura del muro con agilidad de gato montés para caer sobre el empedrado sin más ruido que un suspiro. La mujer lo espera con las manos en las caderas y gesto de reproche maternal que no consigue ocultar el cariño.

Algunos milicianos malteses lo saludan al pasar con familiaridad. Uno le da un trozo de pan duro, otro le deja beber de su bota de vino aguado. Para ellos es útil, más allá del afecto que despierta su mocedad: sabe encontrar agua donde no la hay, cazar ratas para la olla común, moverse sin ser visto por lugares donde un hombre normal no cabría. Y siempre tiene alguna noticia interesante que contar... o callar cuando conviene.

Le llaman Kem, «el Huérfano», «el Rápido», «el hijo del Burgo». El hijo que todos en la ciudad adoptaron… a medias. Muy pocos conocen su verdadera historia, porque hay dolores que es mejor guardar en silencio.

Kemiru nació en la isla vecina de Gozo, cuando el mundo aún parecía tener sentido y era un lugar seguro. Una familia de pescadores honrados, una casa frente al mar donde las redes se secaban al sol y un futuro por delante. Tenía apenas un año cuando Dragut Reis arrasó la isla: cinco mil almas cautivadas y llevadas a

Argel como esclavas. Él fue el único superviviente, encontrado llorando entre la desolación.

Los caballeros lo trajeron al Burgo cuando aún era un crío que apenas sabía caminar. Dijeron que había sido un milagro de Dios, aunque él nunca ha estado seguro de si los milagros duelen tanto.

A veces nada hasta Gozo, aprovechando las noches de luna. La isla sigue desierta; las casas abandonadas permanecen en pie, como si aún aguardaran el regreso de sus dueños. Allí Kemiru juega a hablar con personajes imaginarios: con los hermanos, amigos y vecinos que nunca conoció. Son fantasmas a los que ha puesto nombre y que solo él conoce. Les cuenta su vida y escucha historias que el viento trae del pasado. Luego regresa a Malta en silencio, porque soñar con lo perdido duele más que las heridas del cuerpo.

Ahora tiene quince años y se siente afortunado la mayor parte del tiempo: es libre y vive intensamente. Pero, en lo hondo del alma, añora la familia que nunca tuvo y la vida sencilla de un niño como los demás.

Esta mañana deambula por las calles en busca de encargos que le den una comida caliente y algunas monedas. La llegada de los turcos ha complicado sus correrías habituales: salir y entrar de la ciudad se ha vuelto imposible. Por eso pasa tanto tiempo en las murallas del Burgo, mirando el mar azul y el monte Sceberras, donde acampan los enemigos. Espera a que algo cambie en este tablero en el que parece no tener ningún papel que jugar… ¿o sí?

—¡Tú, chiquillo! ¡Acércate!

La voz pertenece a Fra Antoine de Montmorency.

Kemiru se acerca con su mejor sonrisa y el botijo de agua fresca que siempre lleva colgado del hombro.

—Agua fresca —anuncia—. Fría como el corazón de un mahometano y limpia como la conciencia de un fraile.

Fra Antoine esboza una sonrisa. Ha oído hablar de este muchacho: todos en el Burgo conocen a Kem, el huérfano que sobrevivió a Gozo.

—¿Cómo te llamas, rapaz?

—Kemiru, señor. Pero todos me dicen Kem, el hijo del Burgo.

—He oído que eres buen nadador. ¿Es cierto?

Kem siente que algo cambia en el aire, como cuando el viento gira antes de la tormenta.

—Depende de lo que me persiga o del premio que me aguarde, señor.

Fra Antoine estudia al muchacho con atención. Sus ojos revelan una inteligencia despierta y la dureza prematura que forjan las tragedias tempranas. Exactamente lo que necesita el gran maestre. El caballero sonríe, pero enseguida su expresión se endurece con la seriedad de quien va a pedir algo importante: —Si quieres ganarte un buen dinero, preséntate en el puerto cuando el sol toque el horizonte. El gran maestre necesita que lleves un mensaje a San Telmo.

Kem siente que el mundo se detiene. El botijo se le escurre de las manos y se hace pedazos contra las piedras con un ruido que suena a campana funeral.

—¿San Telmo?

14

Don Pedro Manuel espolea su caballo por los caminos polvorientos que serpentean entre los olivares de Castilla, con el sol de junio quemándole la nuca. Lleva tres días cabalgando sin apenas descanso, cambiando monturas en cada venta, siguiendo el rastro de don Juan de Austria como un sabueso persigue el olor de su presa.

El emisario real es un hombre curtido en misiones delicadas para la Corona, veterano en el arte de encontrar lo que el rey necesita encontrar y traerlo de vuelta o hacerlo desaparecer del todo... Pero esta vez la cacería tiene un sabor diferente. No persigue a un traidor ni a un fugitivo común. Persigue al hermanastro del rey de España y cada legua que avanza sin alcanzarlo es una afrenta más grave al poder real.

En la venta de Torreperogil, el ventero tiene nuevas inquietantes: los fugitivos le llevan medio día de ventaja y cabalgan hacia el nordeste. Hacia Aragón. Hacia Barcelona.

—Tres hombres jóvenes, señor —dice el posadero mientras limpia sus manos grasientas en el mandil—. El que mandaba tenía aires de noble. Pagó en oro sin regatear y pidió los mejores caballos de la comarca.

Don Pedro Manuel sonríe. Don Juan no huye como un vulgar prófugo, sino que se comporta como lo que es: un príncipe acostumbrado a que el mundo se doble ante su voluntad. Eso facilita las cosas. Su rastro de oro y admiración puede ser seguido por cualquier rastreador experimentado.

El emisario real vuelve a los caminos y continúa su galopada, azuzando a su montura mientras las palabras del rey resuenan en su memoria como una sentencia: «Traédmelo antes de que llegue a Barcelona, don Pedro. Si consigue embarcar, el escándalo será mayúsculo».

En los campos que rodean Zaragoza, don Pedro alcanza a un grupo de arrieros que conduce una recua de mulas cargadas de aceite. Los hombres se apartan del camino con reverencia cuando ven los colores reales en el pecho del jinete, pero el arriero mayor, un anciano de barba blanca y ojos astutos, le hace una seña discreta.

—Si buscáis a los tres mozos que pasaron al alba, señor, iban a buen paso por el Camino Real, pero sus caballos empezaban a dar muestras de cansancio.

—¿Cuánto tiempo de ventaja llevan?

—Tres horas, a lo sumo cuatro. Aunque si acortáis por el puerto de la sierra, podéis ganarles terreno. Conozco estos caminos desde niño.

Don Pedro Manuel arroja una moneda de plata al viejo, que la atrapa al vuelo. La información vale su peso en oro. Si don Juan mantiene su rumbo hacia Aragón, el atajo por la sierra puede permitirle recortar distancia.

El emisario espolea su caballo y se interna por senderos de cabras que serpentean entre peñascos y encinas centenarias. El terreno es traicionero, pero su caballo es de buena casta andaluza y está acostumbrado a tierras duras. A medida que asciende por las laderas, don Pedro Manuel siente que la distancia se acorta. Sus años al servicio del rey le han enseñado que la paciencia y el conocimiento del terreno valen más que la velocidad ciega.

Desde una altura, distingue a lo lejos una nube de polvo en el camino principal. Tres jinetes que cabalgan hacia el nordeste. Don Pedro Manuel sonríe de nuevo.

Los tiene.

El alcance se produce en las afueras del Frasno, cuando el sol se inclina hacia poniente y las sombras de los olivos se alargan como dedos acusadores sobre la tierra roja. Don Juan de Austria y sus acompañantes han detenido sus monturas junto a una fuente para que los caballos abreven, y es allí donde don Pedro Manuel emerge del olivar como un espectro enviado por la justicia real.

—¡Alteza! —grita mientras su caballo se aproxima al trote—. ¡En nombre de Su Majestad, os ordeno que os detengáis!

—¿Cómo osáis dirigiros así al príncipe? —se indigna don José Acuña.

Don Juan se vuelve lentamente y mira a don Pedro, pero no dice nada. Es entonces cuando don Pedro Manuel nota en sus ojos un brillo extraño. Un brillo febril. Su rostro está pálido, cubierto de sudor, y parece que hace auténticos esfuerzos por mantenerse firme sobre su montura.

Algo malo le sucede al príncipe.

—¿Qué le ocurre a su Alteza? Hablad.

El silencio que sigue es denso como la miel. Los caballos resoplan y los jilgueros cantan en los olivos, pero entre los hombres no se escucha ni el susurro del viento.

Al fin don José habla: —Esta mañana amaneció enfermo. Sufre de fiebres tercianas.

—¿Y lo tenéis aquí, cabalgando a la intemperie? ¿Estáis locos?

—Es mi voluntad —dice al fin don Juan, con apenas un hilo de voz.

—Lo siento alteza, pero vuestra salud…

Don Pedro no puede acabar la frase. Don Juan de Austria, hermanastro del Rey, acaba de caer inconsciente de su caballo.

En un miserable mesón del Frasno, más propio para arrieros y buhoneros que de príncipes de sangre real, yace tendido don Juan. Sobre un jergón maloliente que huele a sudor ajeno y paja vieja, el hijo bastardo del Emperador delira entre sudores fríos y temblores incontrolables, mientras sus acompañantes buscan ayuda médica por todo el pueblo.

El Frasno pertenece al conde de Ribagorza y su señor, el duque de Villahermosa, no tarda en enterarse del ilustre huésped que se ha desplomado en sus tierras como un pájaro herido.

—¿Don Juan enfermo en mis tierras? ¡Llevadme ante él, rápido!

El duque, gran caballero de Aragón, no escatima gesto alguno para honrar al príncipe enfermo. Envía dieciocho acémilas cargadas con todo lo necesario para la asistencia de un miembro de la familia real: tapicerías de cuero para proteger del calor, doseles blasonados,

mantas de Segovia, sábanas finas de lino, vajilla de plata martillada y hasta una recámara portátil que pueda dar al enfermo la comodidad que merece su rango. Lleva consigo a dos de sus médicos personales, hombres doctos en el arte del galeno.

Al llegar, insta a don Juan a que acepte su hospitalidad y se traslade al castillo de Benabarre, donde podrá ser tratado con el esmero que su condición requiere.

Pero antes de que el joven príncipe pueda aceptar el generoso ofrecimiento, llegan mensajeros del arzobispo de Zaragoza, avisados de su enfermedad por los correos que van y vienen por los caminos de Aragón. El prelado, sabiendo muy bien a quién acoge su reino, envía al gobernador y a varios nobles caballeros para recogerlo y llevarlo a la ciudad con todo el decoro que corresponde a un hijo del Emperador.

Don Juan es trasladado en mulas cuidadosamente preparadas y literas prestadas por el duque de Villahermosa, quien lo acompaña con gentileza perfecta hasta dejarlo instalado en el palacio episcopal. El arzobispo sale a recibirle a las afueras de la ciudad con todo su séquito, y el pueblo entero de Zaragoza se congrega a su paso, deseoso de ver de cerca al hijo del César y celebrar la gallardía de su aventura romántica.

Tras unos días de reposo, don Juan parece recobrado. Es entonces cuando los nobles aragoneses le ruegan, con toda cortesía, que vuelva a la Corte antes de que el asunto tome dimensiones peligrosas. Y añaden un pequeño engaño piadoso: las galeras de Barcelona ya han partido hacia Malta llevándose consigo la oportunidad de gloria. La ocasión se ha perdido para siempre.

Pero el joven don Juan, con voz grave que no admite discusión y sin perder un ápice de la dignidad que porta en la sangre, replica con firmeza: —Esta jornada es por Dios y por el rey, y no hay mayor causa en el mundo. No puedo abandonarla sin deshonra para mi nombre y mi linaje. Si las galeras han partido de Barcelona, pasaré a Francia y les daré alcance más adelante, aunque tenga que recorrer todo el Mediterráneo.

Ni el arzobispo con toda su elocuencia, ni el gobernador con sus argumentos políticos, ni los muchos caballeros allí reunidos con sus

ruegos cortesanos logran disuadirle de su propósito. Impresionados por su entereza de ánimo, y acaso seducidos por el fuego joven de su arrojo que les recuerda sus propias juventudes, le ofrecen una escolta de quinientos arcabuceros para protegerlo en su travesía. El reino pagará todos los sueldos necesarios. Don Juan declina el ofrecimiento con agradecimiento y elegancia.

Pero en ese momento habla don Pedro Manuel, el emisario real, el fiel sabueso del rey Felipe que ha galopado sin descanso por todos los caminos de España. Le presenta las órdenes reales con la solemnidad que corresponde al caso. La carta va firmada de puño y letra de su hermanastro con tinta negra.

«El rey ordena que don Juan regrese de inmediato a la Corte, bajo pena de su real y eterno desagrado».

Al leer la carta, don Juan comprende al fin que la aventura ha llegado a su término. Baja la cabeza con dignidad, aunque sus ojos siguen brillando con un fuego que no se apaga fácilmente, y dice con voz clara: —Su Majestad ordena y yo obedezco. Así ha sido siempre en nuestra casa.

15

La luna cuelga sobre Malta, derramando su luz plateada sobre las aguas quietas del canal que separa el Burgo de San Telmo. Los reflejos de las estrellas tiemblan en la superficie mientras el viento nocturno hace danzar suaves ondas.

Kemiru se desliza entre las aguas con brazadas cortas y silenciosas. Del cuello le cuelga un cuerno de vaca, sellado con cera, en el que guarda el mensaje del Gran Maestre. Cada uno de sus movimientos se los piensa y ejecuta con la precisión de quien se juega la vida en cada gesto. No puede permitirse levantar espuma que delate su presencia a los tiradores turcos apostados en ambas orillas. Desde la llegada de Dragut, los turcos vigilan la ribera de forma permanente.

El agua fría abraza su cuerpo semidesnudo. Para otros hombres, cruzar el canal sería una locura suicida. Para él es apenas un juego comparado con las travesías nocturnas a Gozo que ha hecho toda su vida, cuando la necesidad de hablar con fantasmas lo empujaba a desafiar las corrientes y los vientos contrarios. Su mocedad le otorga una percepción distinta del peligro: lo conoce íntimamente, pero no lo teme como debería un hombre con seso.

Se siente libre por primera vez en semanas, con la libertad salvaje que solo degustan los que han nacido sin amo ni señor. Casi un mes encerrado tras las murallas del Burgo, respirando aire viciado que huele a orines, pólvora quemada y la carne rancia de los heridos que evacuan de San Telmo.

Pero hay algo más que lo impulsa a través de estas aguas traicioneras, algo que le arde en el pecho. La oportunidad de golpear a los turcos y, más aún, a sus aliados corsarios berberiscos. Ha escuchado en las calles del Burgo que el famoso Dragut Reis lidera a los enemigos junto a Mustafá Pachá. ¡Dragut! El demonio de sus pesadillas infantiles, el villano que asoló Gozo cuando él era apenas

un bebé. El monstruo que esclavizó a su familia, destruyó su pueblo y acabó con su mundo antes de que pudiera conocerlo.

Kemiru nunca conoció a sus padres, ni vivió aquel paraíso familiar que solo existe en su imaginación, pulido por los años hasta brillar. En su mente de huérfano no hay madre más hermosa ni cariñosa que la suya; no hay padre más valiente y justo que el que los corsarios raptaron; no hay comunidad más próspera y feliz que la de Gozo antes del asalto de Dragut. Esos recuerdos inventados arden en su corazón con más fuerza que cualquier verdad.

Y ahora la Providencia divina le sirve la ocasión de venganza que ha soñado desde que tuvo uso de razón.

Ya ha cruzado más de la mitad del canal mientras las aguas siguen tranquilas. Muy pronto alcanzará San Telmo, donde imagina ser recibido por los defensores como un héroe. Se ve a sí mismo levantado en hombros, aclamado por su proeza...

Un pique de agua se levanta a su derecha con violencia súbita.

Kemiru deja de nadar, confundido por lo inesperado. ¿Un pez saltando en la noche? La detonación rompe el silencio. Un segundo proyectil golpea el agua, esta vez tan cerca que le salpica la cara.

¡Le están disparando!

El pánico se apodera de él. Nunca nadie ha tratado de matarlo con verdadera intención, y su corazón se desboca.

Kemiru reanuda el nado, pero ahora a toda velocidad sin reservar fuerzas. La urgencia de vivir convierte sus brazos en aspas de molino que baten el agua con furia desesperada. Jamás ha nadado tan rápido en su vida.

Más disparos cortan la noche. Más salpicaduras violentas. Las balas silban cerca de su cabeza buscando un lugar donde clavar su aguijón mortal.

Al llegar por fin al muelle de San Telmo, toca el suelo arenoso del puerto y se desploma exhausto. Jadea con el corazón martilleando en sus sienes tan fuerte que teme que se le salga del pecho.

Unos soldados de la Orden se aproximan con cautela, arcabuces en ristre hasta comprobar que no es un espía turco.

Lo ayudan a incorporarse con manos rudas, y le ofrecen una manta para que se cubra la desnudez. Sus voces suenan lejanas

mientras él lucha por recuperar el aliento y la cordura.

Cuando consigue al fin recuperar el resuello, Kemiru farfulla con voz ronca: —Traigo mensajes del gran maestre... Mensajes para los comandantes de San Telmo.

Poco después es conducido al interior de la fortaleza ante el comandante Miranda y el caballero hospitalario fray Juan de Guaras, mientras el agua de mar aún le gotea del cabello.

El cuerno de Kemiru contiene dos cartas del puño y letra del Gran Mestre, una para cada oficial, selladas con la cera roja que lleva el sello de la Orden.

Miranda recibe la suya y, tras leerla en silencio con rostro que no revela sus pensamientos, alza la voz para que todos sus hombres la escuchen sin perder palabra: —«Comandante Miranda, vuestra merced y sus hombres tienen licencia para abandonar San Telmo cuando gusten y les plazca. Pero han de saber que, por cada uno que volviera al Burgo, aquí hay cuatro soldados suplicando e implorando ocupar su lugar en la defensa».

Las miradas de los soldados se clavan en el suelo empedrado. Algunos mascullan reniegos por lo bajo, humillados por palabras que cortan más profundo que cualquier espada turca.

Miranda sonríe para sus adentros mientras dobla la carta con cuidado. Debe reconocer la genialidad sutil de La Valette, que maneja las almas de los hombres como un maestro tañe su instrumento. Conoce el orgullo de los soldados de los tercios españoles, hombres cuyo único patrimonio verdadero es su fama; hombres celosos de su honra. Ni uno solo de ellos aceptará semejante humillación pública, porque cada uno es hijo de sus obras y vive para que otros hablen bien de su nombre.

Con apenas tres líneas y la astucia de un muchacho de quince años como mensajero, La Valette ha conseguido deshacer un motín. Miranda admira tal maestría y lamenta no tener tiempo para conocer mejor a ese hombre extraordinario que gobierna Malta con mano de hierro en guante de terciopelo.

Por su parte, fray Juan de Guaras lee su mensaje en voz alta para que resuene en los corazones de sus hermanos: —«*Tuitio Fidei et Obsequium Pauperum*».

Nada más. Pero no hace falta añadir palabra alguna, porque esas cuatro palabras latinas contienen todo un mundo de significado. Es el lema sagrado de la Orden, grabado en el alma de cada caballero desde el día de sus votos.

Su gran maestre les recuerda los votos sagrados que hicieron cuando aceptaron servir a la soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.

Los caballeros se persignan con solemnidad y se abrazan como hermanos que van juntos a la muerte. En sus ojos ya no hay dudas ni temores, sino la luz serena de quienes saben exactamente lo que se espera de ellos. Cumplirán sus votos de hospitalarios hasta la tumba, porque así lo juraron ante Dios y ante los hombres.

Miranda guarda el mensaje en el jubón, cerca del corazón, y dirige palabras consoladoras a la tropa con el tono paternal que acostumbra a usar: —Señores soldados —dice con una voz que arrulla—, ya ven vuestras mercedes que no nos queda sino luchar hasta rendir el alma a Dios. Luchar hasta la muerte con maravilloso denuedo y corazón valiente. Sé que todos cumplirán con su obligación cristiana y me harán sentir honrado de haber sido su jefe en esta empresa. Recuerden el ejemplo de nuestros mayores: la heroica defensa de Castilnovo, donde nuestros hermanos escribieron su nombre con sangre en el libro de la fama. ¿Recuerdan vuestras mercedes lo que aún se cuenta de aquellos héroes gloriosos? ¿De aquellos que dieron sus vidas por Dios y por España sin pedir recompensa alguna? Pues hoy la Providencia nos otorga la ocasión propicia para escribir una nueva página en el libro que ellos iniciaron. Aquellos que, pudiendo vivir sin pelear, se guardaron para hacer tan honrado fin. ¡Por Dios y por el Rey! ¡Hasta la muerte!

Un rugido de cientos de voces responde como trueno que hace temblar las piedras: —¡Hasta la muerte!

El destino de todos los defensores de San Telmo queda sellado por un pacto de sangre, celo y honor que ningún turco podrá quebrar con amenazas ni promesas.

Kemiru observa y escucha en silencio desde un rincón, acurrucado bajo la manta que le han prestado. Siente que acaba de presenciar

algo extraordinario que guardará en la memoria hasta el fin de sus días.

No puede sino admirar a esos hombres valientes que van a morir por algo más grande que sus propias vidas. Algo que su joven mente aún no termina de comprender.

16

El cortejo que acompaña a don Juan de Austria hacia Madrid avanza por el camino real bajo un sol de junio que abrasa las llanuras castellanas. El príncipe cabalga en silencio, con el rostro pálido aún por las fiebres que casi le costaron la vida en Aragón, pero erguido sobre su montura con la dignidad que ni la enfermedad ni la derrota pueden arrebatarle.

A su lado, don Pedro Manuel observa con discreción el semblante del joven príncipe. Durante los días de convalecencia en Zaragoza, el emisario real ha tenido ocasión de conocer mejor al hermanastro del rey, y lo que ha visto le ha causado una mezcla de admiración e inquietud.

Don Juan no es el príncipe caprichoso que esperaba encontrar, sino un joven con el fuego de quienes están destinados a grandes empresas. Y eso, para un hombre como don Pedro Manuel, veterano en los entresijos del poder, puede ser tanto una bendición como una maldición.

—Esta aventura os habrá servido de enseñanza, Alteza —dice el emisario, rompiendo el silencio que se ha instalado entre ellos durante leguas.

Don Juan le dirige una mirada que mezcla melancolía con una chispa de rebeldía mal contenida.

—¿Enseñanza? Sí, don Pedro. He aprendido que un príncipe arrastra cadenas invisibles que le prohíben soñar con la gloria.

El emisario asiente lentamente. Ha visto a muchos hombres jóvenes enfrentarse al momento en que la realidad quiebra sus ilusiones y sabe que don Juan está en esa encrucijada peligrosa donde se forjan los caracteres o se destrozan para siempre.

—El rey, vuestro hermano, también tuvo sueños de gloria en su juventud, Alteza. Pero aprendió a canalizar esa energía hacia empresas mayores.

—¿Mayores que luchar por la fe contra el infiel?

—Gobernar un imperio, quizá.

Don Juan no responde, pero sus ojos se clavan en el horizonte, donde las torres de Madrid comienzan a dibujarse como una amenaza incierta.

El primer signo de lo que les espera aparece cuando el cortejo alcanza los arrabales de la villa. Un grupo de labradores que trabajan en los campos cercanos alza la vista al ver pasar la comitiva, y uno de ellos, un hombre de mediana edad con las manos encallecidas por el trabajo, reconoce los estandartes reales.

—¡Es don Juan! ¡Don Juan de Austria!

El grito se extiende como una mancha de aceite. Los campesinos abandonan sus labores y corren hacia el camino, gritando el nombre del príncipe con una devoción que sorprende incluso a don Pedro Manuel. Pronto se les unen otros: artesanos, comerciantes, mujeres con niños, todos aclamando al joven que se ha atrevido a desafiar a la autoridad real por seguir sus ideales.

—¡Viva don Juan de Austria!

—¡Viva el hijo del Emperador!

—¡Dios guarde al príncipe valiente!

Don Juan, que cabalgaba con la cabeza gacha y el ánimo abatido, se endereza poco a poco en su montura. El color vuelve a sus mejillas mientras contempla las caras llenas de admiración que se agolpan a su paso. No es el recibimiento que esperaba. Había temido el desprecio, la burla, la humillación pública de quien fracasa en sus empresas. Pero lo que encuentra es algo completamente distinto: el amor genuino de un pueblo que ve en su gesto fallido algo más hermoso que muchas victorias.

Una anciana se abre paso entre la multitud y se acerca al caballo del príncipe con una rosa en la mano.

—Tomad, señor —dice con voz temblorosa de emoción—. Para que sepáis que hay corazones en España que comprenden el vuestro.

Don Juan toma la flor con gesto conmovido y se inclina sobre su montura para besar la mano arrugada de la mujer. El gesto desata una ovación que resuena por toda la calle.

—Gracias, buena madre. Vuestras palabras valen más que todas las reprimendas del mundo.

Don Pedro Manuel contempla la escena con ojos experimentados. Ha visto a muchos grandes del reino recibir homenajes calculados, ceremonias protocolarias, muestras de respeto interesado. Pero lo que está presenciando es diferente: es el nacimiento espontáneo de una leyenda. El pueblo español, tan propenso a enamorarse de los gestos heroicos, ha convertido la aventura fallida de don Juan en un símbolo de todo lo que ellos admiran: el valor, la fe, el desprecio por las conveniencias cuando está en juego el honor.

Mientras el cortejo avanza hacia el centro de la villa, la multitud crece y se hace más entusiasta. Desde las ventanas llueven flores y pañuelos y los vítores se suceden sin cesar.

Don Juan saluda con la mano alzada y en sus ojos brilla ahora una luz nueva: no la satisfacción del triunfo, sino algo más profundo y peligroso: la intuición amarga de que a veces el fracaso noble puede ser más poderoso que la victoria vulgar.

El Alcázar Real se alza ante la comitiva de don Juan como una montaña de piedra y poder. En el patio de armas, los guardias forman en perfecto orden y los cortesanos se agrupan en corrillos discretos, cuchicheando sobre la aventura del príncipe y sus posibles consecuencias. Don Juan desmonta con gesto ceremonioso y entrega las riendas a un paje, consciente de que todas las miradas están clavadas en él.

Es entonces cuando aparecen dos figuras jóvenes que se abren paso entre los cortesanos con la desenvoltura de quienes tienen derecho a estar en cualquier parte del palacio. Alejandro Farnesio, nieto del papa Paulo III y sobrino del rey, avanza con su característico andar elegante, mientras don Carlos, príncipe heredero de España, le sigue con la expresión impenetrable que nunca abandona su rostro pálido.

—¡Juan! —exclama Alejandro con genuina alegría—. ¡Al fin regresas! En toda la corte no se habla de otra cosa.

Don Juan abraza a su primo con afecto sincero. Alejandro Farnesio es uno de los pocos hombres en la corte con quien puede hablar sin máscaras, quizá porque ambos comparten la inquietud de la juventud noble que sueña con empresas gloriosas.

Don Carlos se acerca con paso más lento, y su saludo es una mezcla extraña de cortesía y frialdad.

—Tío —dice simplemente, ofreciendo su mano con gesto mecánico.

—Alteza —responde don Juan, inclinándose con el respeto debido al heredero al trono.

Los tres jóvenes se dirigen hacia los aposentos privados del palacio, seguidos por las miradas curiosas de cuantos se cruzan en su camino. Alejandro camina entre ambos, intentando aliviar la tensión que siempre se instala cuando don Juan y don Carlos se encuentran.

—Tienes que contarnos todo —dice Alejandro cuando llegan a una saleta privada donde pueden hablar lejos de oídos indiscretos—. Los rumores que llegan son de lo más variado. Unos dicen que llegaste hasta Barcelona, otros que te detuvieron en los Pirineos de camino a Francia.

Don Juan se deja caer en un sillón con gesto cansado. Las emociones del día, sumadas a su reciente convalecencia, empiezan a pasarle factura.

—La verdad es menos heroica de lo que cuentan —dice con una sonrisa amarga—. Las fiebres tercianas me derribaron cuando más cerca estaba de conseguir mi propósito. El cuerpo traicionó al espíritu.

—Pero el gesto fue hermoso —observa Alejandro—. Todo Madrid habla de vuestra determinación. Dicen que ni enfermo quisisteis renunciar a la empresa.

Don Carlos, que ha permanecido silencioso, interviene con voz contenida: —El gesto fue imprudente. Y muy costoso para la Corona.

Don Juan le dirige una mirada afilada.

—¿Costoso, alteza?

—Mi padre se ha visto obligado a enviar emisarios por medio reino para traeros de vuelta. Ha tenido que dar explicaciones a

embajadores extranjeros que preguntaban si un príncipe de España había desertado de la obediencia real. Ha debido...

—¡Carlos! —le interrumpe Alejandro con firmeza—. Juan ya ha pagado suficiente precio por su aventura.

Pero don Carlos no se detiene. Hay algo en su expresión que resulta inquietante, una mezcla de envidia mal disimulada y resentimiento que asoma por debajo de su máscara cortesana.

—Además —continúa—, mientras vos perseguíais quimeras, otros hombres han muerto de verdad en Malta. ¿No os parece que vuestro heroísmo de salón empalidece su sacrificio real?

El silencio que sigue a estas palabras es glacial. Don Juan se incorpora lentamente en su asiento, y, por un momento, Alejandro teme que la conversación derive hacia terrenos peligrosos.

—Tenéis razón, alteza —dice don Juan finalmente, con una voz que ha recuperado toda su dignidad—. Mi heroísmo ha sido de salón, como decís. Pero al menos he intentado algo. Vos, que tenéis el derecho de mandar ejércitos por nacimiento, ¿qué habéis hecho por esos hombres que mueren en Malta?

Don Carlos palidece aún más, si eso es posible, y sus ojos brillan con una luz extraña.

—Yo... yo cumplo con mi deber. El deber de un heredero al trono es prepararse para reinar, no perseguir aventuras.

—Sí —replica don Juan—. Prepararse para reinar. Pero ¿para reinar sobre qué? ¿Sobre un imperio que otros han conquistado? ¿Sobre una gloria que otros han forjado con su sangre?

Alejandro se interpone físicamente entre tío y sobrino antes de que la conversación llegue a extremos irreversibles.

—¡Basta! —dice con autoridad—. No es momento para estas disputas. Juan, necesitáis prepararos para vuestra entrevista con el rey. Y Carlos, recordad que hablamos entre amigos.

Don Carlos se recompone con esfuerzo visible, como si despertara de un mal sueño.

—Tenéis razón, Alejandro. Disculpadme, Juan. Las preocupaciones del reino me nublan a veces el juicio.

Don Juan asiente, pero algo ha cambiado en su expresión. Ha visto algo en los ojos de su sobrino que le ha resultado desagradable

y perturbador.

Alejandro aprovecha el momento para reconducir la conversación hacia terrenos más seguros.

—Juan, debo advertiros que el rey está verdaderamente disgustado. He hablado con Antonio Pérez y me ha dicho que Su Majestad considera vuestra escapada como una afrenta personal. Preparaos para recibir una reprimenda severa.

—¿Tan grave es la situación?

—¿Qué esperabais? —dice don Carlos—. Contravinisteis una orden expresa del rey. Se os había prohibido ir a Malta y os escapasteis.

Don Juan asiente lentamente. En el fondo, sabía que este momento llegaría. Ha desafiado la autoridad real y Felipe II no es hombre que perdone fácilmente esas transgresiones, ni siquiera a su propio hermanastro.

—Entonces me prepararé para recibir la tormenta —dice con resignación—. Al menos tendré la conciencia tranquila de haber obrado según mis convicciones.

—Eso es exactamente lo que no debéis decir —le advierte Alejandro—. Mostrad arrepentimiento, pedid perdón, reconoced vuestro error. El rey puede ser clemente si ve contrición sincera.

Tres días después, cuando el sol de verano se inclina hacia poniente sobre las colinas de Segovia, don Juan de Austria cabalga por el camino que lleva a la villa castellana donde le espera su destino. El rey Felipe II ha fijado la entrevista en territorio neutral, lejos de la familiaridad del palacio madrileño.

Don Juan viste de negro riguroso, como corresponde a quien va a enfrentarse al juicio real, pero su porte sigue siendo el de un príncipe. Ha decidido que, si debe humillarse, lo hará con dignidad. Si debe pedir perdón, lo hará sin renunciar a sus convicciones.

Cuando llega a las afueras de Segovia, ve a lo lejos el cortejo real que se aproxima desde la dirección opuesta. El rey viene de recibir a la reina Isabel, que regresa de las importantes conferencias diplomáticas de Bayona con noticias sobre los asuntos franceses. El encuentro no podría estar peor calculado: Felipe II tendrá la mente ocupada en asuntos de Estado de la máxima importancia, y la

aventura de su hermanastro le parecerá aún más frívola e inapropiada.

Los dos cortejos se encuentran en una explanada donde los álamos proporcionan sombra generosa. Don Juan desmonta y se acerca a pie hacia la comitiva real, consciente de que este momento puede determinar no solo su futuro inmediato, sino el resto de su vida.

Felipe II está de pie junto a su carroza, vestido con su habitual sobriedad elegante. A su lado, la reina Isabel observa la escena con ojos inteligentes que han aprendido a leer los corazones en las cortes de Europa. Los cortesanos forman un semicírculo a una distancia calculada: lo bastante cerca para presenciar el encuentro histórico, lo bastante lejos para no parecer indiscretos.

La tensión en la entrevista se puede cortar con una daga. Es la primera vez que el rey y su hermanastro se ven tras la aventura que ha puesto en vilo a toda España. Los hermanos se miran en silencio: el bastardo y el legítimo, el soñador y el calculador, el que sueña con la gloria y el que desea la estabilidad.

Felipe II examina a don Juan con una mirada que parece penetrar hasta el alma. Ve al joven pálido aún por la enfermedad, ve el orgullo herido pero no quebrado, ve la determinación que late bajo la aparente sumisión. Y algo en todo ello le recuerda dolorosamente a su propio padre, el emperador Carlos, con sus impulsos caballerescos y sus sueños de gloria cristiana.

Pero es la reina Isabel quien, con una sabiduría femenina que sabe encontrar el momento exacto para cada palabra y con una sonrisa diplomática que desarma tensiones, rompe el hielo peligroso: —Decidme, don Juan, ¿os parecieron muy feroces los turcos en Malta?

El joven, rojo como una amapola al comprender la delicada ironía de la pregunta, responde con amargura que no puede disimular: — Con harto sentimiento mío no tuve ocasión de comprobarlo, Majestad.

El rey Felipe entonces suelta una gran carcajada que resuena por toda la explanada y abraza a su hermanastro con afecto paternal. La

tensión se disuelve entonces como sal en el agua y los cortesanos exhalan el aliento que habían estado conteniendo.

—Dad tiempo al tiempo, hermano mío —le susurra Felipe al oído —. Algún día habrá una armada más importante y poderosa que esta y vos seréis su generalísimo. Os lo prometo por la memoria de nuestro padre.

Don Juan asiente mientras sus ojos vuelven a brillar con la luz peligrosa de la juventud que no se resigna a esperar.

No sabe todavía que su destino y el Turco están más unidos de lo que puede imaginar, y que la historia les reserva un encuentro que cambiará para siempre el equilibrio del mundo.

17

Kemiru debería haber regresado al Burgo hace horas, cuando aún tenía tiempo de cruzar el canal antes de que amaneciera, pero no tiene prisa por volver a su encierro. Ha encontrado a los soldados de la escuadra de Francisco y se siente extrañamente a gusto entre ellos.

Los soldados descansan en su campamento improvisado entre las ruinas de un muro, medio tumbados sobre mantas mugrientas y sacos de pólvora vacíos que han convertido en almohadas. El aire se espesa con el olor peculiar de los hombres de guerra: cuero curtido, sudor viejo que se ha secado muchas veces y pólvora quemada que impregna hasta los huesos. Una brasa tímida chisporrotea en el centro del círculo que han formado, sobre la que calientan una cazuela de barro ennegrecida por el hollín de mil fogatas. Los llaman «los de Sicilia», aunque pocos son verdaderamente sicilianos de nacimiento. La mayoría vienen de España, de esa España seca y árida que forja hombres duros. Hombres distintos por completo a los caballeros de la Orden que él conoce del Burgo, con sus maneras corteses y sus blasones antiguos. A Kemiru le parecen fascinantes estas criaturas rudas que la guerra ha pulido. No por las armas que portan ni por las vestiduras —mucho menos vistosas que las de los hospitalarios con sus cruces bordadas—, sino por cómo se tratan entre ellos: como hermanos viejos que han compartido hambre y miedo, como una familia sin sangre en común, pero con cicatrices que cuentan la misma historia de supervivencia.

Escucha historias que ningún clérigo querría que oyera un rapaz de su edad, pero él no es un niño como los demás. Esas historias, repletas de peligro, mujeres imposibles y victorias ganadas a pulso, lo fascinan más que cualquier sermón sobre santos.

El calor del fuego le golpea el rostro y le seca la sal marina que aún lleva en la frente; por un instante Kemiru siente algo parecido al

hogar que nunca tuvo.

—¿Cómo se llamaba aquella belleza de Palermo? —pregunta De las Cuevas con voz áspera.

—¿Cuál de todas? —responde Mané limpiando su cuchillo con un trapo mugriento—. Porque allí había más hermosas que santos en el cielo.

—La de las trenzas doradas y las caderas como galeras, hombre. La que bailaba en la taberna del puerto.

—Bah, se me olvidó el nombre —dice Mané con gesto desdeñoso —. ¿Para qué recordar nombres cuando hay tantas caras bonitas por el mundo?

—¡Cómo se te va a olvidar semejante hembra! Tú, Pérez, tú te la trajinaste, ¿verdad que sí?

Pérez, el más callado del grupo, se ruboriza hasta las orejas. Se encoge dentro de su capa deseando que el tema pase de largo.

—Si se la trajinó maese Pérez —interviene Mané con media carcajada—, a fe mía que la que no lo ha olvidado es ella. Ja, ja.

—¿Y eso qué quiere decir? —salta Pérez molesto.

—A ver, amigo mío: la «pértiga de Sicilia» no se olvida así como así. Deja huella por donde pasa.

La carcajada del grupo rompe el silencio nocturno. Las risas suenan como una cascada de piedras rodando por una ladera, alegres y salvajes. Pero de pronto Pérez se pone en pie, con los ojos brillando de ira mal contenida. Lanza su sombrero al suelo con un manotazo furioso que levanta polvo.

—Repórtese, vuesa merced. Vive Dios que no permitiré que se ofenda el nombre de mi señora.

—¿Tu señora? —le espeta De las Cuevas, riéndose hasta las lágrimas—. ¡Pero si era la furcia de media Mesina! Todo el mundo la conocía desde el puerto hasta la catedral.

—Mentís por la gola, so rufián —responde Pérez con voz que tiembla de rabia.

Las risas se apagan. Hay palabras mayores que pueden terminar en tajos y mojadas. Todos se tensan. Las manos vuelan hacia las empuñaduras de dagas y espadas con el movimiento instintivo que nace de años viviendo al filo de la muerte.

Kemiru los observa con el corazón encogido, sin entender del todo qué ha ocurrido para pasar tan rápido de la risa a la amenaza de muerte. ¿De verdad van a matarse por semejante nimiedad, cuando los turcos esperan a las puertas?

Entonces llega el cabo Paco. Ha terminado su guardia en las murallas y tiene aspecto de un hombre hecho de tierra y polvo: sucio, sudado, con mirada de plomo fundido. Sin decir palabra se deja caer junto al fuego, se sirve vino en un cuenco de madera desportillado y lo apura de un trago largo.

Sin mirar a nadie directamente, dice con voz que no admite réplica: —De las Cuevas. Pérez. Sentaos ahora mismo y sosegad el pecho.

—No se meta en esto, cabo —protesta Pérez con voz menos firme —. Es cuestión de honor y cada uno es hijo de sus obras.

—¿Del honor de quién? ¿De aquella de Palermo que tanto os preocupa?

—Así es. No consentiré que mancillen su memoria.

—¿Pero no fue esa la misma que contagió una porquería a media compañía en Mesina? —pregunta Paco, con una ironía seca que desarma cualquier argumento—. Porque si hablamos de la misma, yo estuve allí cuando el cirujano nos curó a todos con sal y vinagre a usanza de galeras.

Estallan las risas roncas otra vez en cascada. Hasta Pérez tiene que morderse la lengua para no reír al recordar aquellos días menos gloriosos.

Los ánimos se desinflan al fin.

—Venga, ya está bien de pendencias —concluye Paco—. Bastantes enemigos tenemos esperando fuera de estos muros. No hagamos el trabajo sucio a los turcos matándonos entre nosotros.

Pérez y De las Cuevas se estrechan la mano como buenos camaradas que han olvidado su diferencia. Un momento después ya están tumbados otra vez sobre las mantas, compartiendo un mendrugo de pan duro y un trozo de queso curado que huele a pies de santo y sabe a gloria bendita para quien tiene hambre.

Kemiru no puede apartar los ojos de Francisco mientras observa cómo el cabo maneja a sus hombres. Hay algo en él que impone

respeto sin necesidad de alzar la voz o amenazar con el castigo. Toda su autoridad brota del respeto natural que inspira a quienes han aprendido a distinguir entre los hombres que valen la pena y los que solo hacen ruido.

Francisco, al fin, repara en el chiquillo que los observa desde las sombras. Lo ha estado mirando de reojo desde que llegó, evaluándolo con paciencia de veterano que sabe leer a las personas.

—¿Y tú quién eres, rapaz? —pregunta con voz que mezcla curiosidad y cautela.

Kemiru se endereza y responde: —Me llamo Kemiru, señor... aunque todos me dicen Kem, el hijo del Burgo.

El cabo lo examina con media sonrisa que se pierde antes de llegar hasta sus ojos cansados.

—¿Y sabes pelear, hijo del Burgo? ¿O solo sabes mirar cómo pelean otros?

—Sé nadar mejor que un pez. Sé correr más rápido que las cabras montesas. Sé meterme donde nadie me ve y salir sin que me encuentren —responde con orgullo sincero—. Pero con las armas... aún tengo que aprender, señor.

—No es poco para empezar —dice Paco, sirviéndole un poco de vino aguado en el cuenco desportillado—. Si no te matan los moros antes de tiempo... igual acabas siendo uno de los nuestros.

Kemiru coge el cuenco con la solemnidad de quien recibe la primera comunión. Da un sorbo y hace una mueca involuntaria: sabe a agua estancada mezclada con vinagre y corcho podrido. Pero lo bebe, porque comprende que es más que bebida lo que le están ofreciendo.

Aquí, junto al fuego y entre estas voces curtidas por la guerra y el tiempo, por primera vez en su vida Kemiru no se siente huérfano del todo.

18

Las luces de un nuevo día despuntan por el horizonte como si fuese una gran tramoya. Un nuevo día amanece sobre San Telmo, pero ¿quizá sea el último?

Los ojos de Francisco están enrojecidos por la fatiga y el humo de la pólvora se le pega a la garganta. Él y sus hombres han permanecido en vela casi toda la noche. Los otomanos no les han permitido pegar ojo desde que las estrellas aparecieron en el cielo, alternando bombardeos ensordecedores con escaramuzas nocturnas y falsas alarmas que los mantienen en constante vela.

Todo ello forma parte de la ya conocida estrategia otomana de desgaste. Pero ahora no pueden relajarse. Los bombardeos nocturnos suelen ser el preludio de un asalto general al amanecer.

En medio de este infierno anda el capellán del tercio. Avanza a gatas entre los escombros, despojado por la necesidad de toda la solemnidad que corresponde a su cargo sagrado. No le queda otra: las posiciones turcas están ya tan próximas y las murallas tan agrietadas, que los defensores ya no pueden transitar por ellas en pie sin convertirse en blanco fácil para los tiradores enemigos.

—¿Cómo vas de confesión, hijo?

—Pues no sé, páter —responde Francisco encogiéndose de hombros mientras limpia el arcabuz—. ¿Mandar infieles al infierno es pecado?

—En estas circunstancias no, hijo mío. Es tu deber cristiano defender la fe y tu vida.

—Pues entonces voy limpio de polvo y paja, páter —dice Paco con una sonrisa cansada que no llega a los ojos.

El sacerdote asiente con gravedad y saca un trocito de pan consagrado de su bolsa de cuero. Paco se arrodilla sobre la piedra, y se santigua con manos temblorosas por la fatiga acumulada.

—*Corpus Christi*.

—Amén.

El capellán se pierde por el parapeto destrozado, ofreciendo la comunión al resto de soldados que esperan la muerte con las armas en las manos.

Francisco sigue preparando su arcabuz. Ataca la onza de plomo en la boca del caño, ceba de pólvora la cazoleta y cala la cuerda en el serpentín, procurando tapar la cazoleta al soplar la mecha.

En ese momento, escuchan una voz que llega desde el otro lado de los muros derruidos. Es una voz que habla medio en italiano, medio en castellano. Con toda seguridad se trata de un renegado o un desertor.

—¡Ah de los defensores! —grita, aunque con un temblor que entrevé miedo—. Os hablo en nombre del gran Solimán, sultán por la gracia de Alá, rey de reyes, supremo señor de Europa y Asia, gobernador del mar universal, y en nombre de sus generales en Malta. El gran señor ofrece el respeto de vuestras vidas y salvoconducto hasta Sicilia a todo aquel que desee abandonar la plaza sin más condiciones.

El primero en reaccionar es Mané, escupiendo entre dientes con desprecio que corta el aire: —¿Pero qué dice ese majadero? ¿Está pidiendo que desertemos como villanos?

—Pues igual no es tontería... —dice De las Cuevas—. ¿No le parece, cabo, que ya hemos tenido suficiente baile? El franchute cabrón —así llama él a La Valette— nos está utilizando de cebo para...

—Silencio, Santiago. Ya sabes la respuesta.

El mensajero continúa, y su voz ahora suena más confiada mientras las palabras fluyen: —Rendíos, hermanos. No hay salvación posible para vosotros en esa roca maldita. Yo también tuve mis dudas al principio, pero ved lo bien que me han tratado los hombres del sultán. Son dignos de confianza y cumplen su palabra. No como el tirano La Valette, que os ha enviado a morir en este lugar olvidado de Dios. No muráis inútilmente por los sanjuanistas que solo buscan su propia gloria.

Desde otro punto de la muralla, frey Juan de Guaras replica con voz acerada que corta el aire matutino: —Soldado —dice—, ¿esto

que proclamas lo haces forzado por amenazas o por libre voluntad?

—Nunca he sido más libre que el día que abandoné esa roca impura y abracé la fe verdadera de mi nuevo señor —replica con jactancia que suena falsa incluso a sus propios oídos—. ¡*In sha Alá*!

Francisco ya no necesita escuchar más palabras que le confirmen lo evidente. Una simple mirada a Mané, acompañada de un gesto casi imperceptible de asentimiento, es suficiente para que el experto tirador valenciano entienda perfectamente lo que ha de hacer.

Mané asoma su arcabuz por encima del parapeto destrozado. Sus manos curtidas calibran la distancia con la precisión que solo da la experiencia. Sin pensarse mucho el disparo, arrima la mecha encendida a la cazoleta.

¡Pam!

El estruendo del arcabuz resuena entre las murallas. La bala vuela describiendo una parábola perfecta y arranca el inmaculado turbante de la cabeza del mensajero que cae al suelo.

El renegado se lleva las manos a la cabeza con un grito ahogado que resuena por todo el campo de batalla. Un reguero de sangre pardusco corre por sus negros cabellos y su pálida frente. Pero puede sentirse afortunado: la bala de Mané solo le ha provocado una herida superficial en el cuero cabelludo que le servirá de recordatorio.

Sin pensárselo dos veces, torna grupas y sale corriendo, sin detenerse a recoger su turbante manchado de sangre.

—Has fallado, Mané —dice Pérez al tiempo que escupe con desprecio.

—Eso parece... Debí calcular mal la distancia con esta luz —responde el valenciano con voz neutra, limpiando meticulosamente el caño de su arma.

Pero a Francisco no se la dan con queso. El veterano mira a Mané de reojo y deja escapar una sonrisa de medio lado, cargada de la comprensión que solo nace entre hombres que se conocen bien. Es la primera vez que ve fallar al valenciano un disparo a esa distancia desde que lo conoce. Pero quizá no haya fallado realmente; quizá Mané está, como todos, cansado de tanta muerte inútil.

—Habría que pedir refuerzos y municiones al Burgo —dice un miliciano maltés con voz ronca por el humo—. Mandemos a un nadador antes de que sea demasiado tarde.

Hay algunos cabeceos de asentimiento, pero nadie responde con entusiasmo. Los ánimos a estas alturas están por los suelos. Pedir ayuda... ¿para qué? ¿Para aumentar el número de cristianos muertos en San Telmo cuando llegue el asalto final?

Entonces Paco ve a Kemiru acurrucado junto a los heridos. El muchacho tiene cubierta la cara de hollín negro y los ojos enrojecidos por el humo.

Ver a un niño entre tanta muerte y desolación le parte el corazón al veterano. El chico no ha querido volver al Burgo tras su último viaje a nado, dice que su sitio está ahí con ellos, luchando contra los asesinos de sus padres.

Francisco comprende ese sentimiento de venganza que corroe el alma, pero no quiere ver a Kemiru morir con ellos en el asalto final que está al caer.

Entonces dice:

—Enviaremos a Kemiru al Burgo a pedir refuerzos.

Kemiru, al escuchar su nombre, se pone en pie de un salto. Sus ojos brillan con la mezcla de miedo y determinación que solo tienen los jóvenes. Lleva toda la mañana escondido entre las ruinas, sin poder hacer nada útil por nadie, sintiendo el peso terrible de la inutilidad mientras otros mueren a su alrededor.

—Sí, yo iré —dice con voz quebrada por la emoción—. Yo llevaré el mensaje al gran maestre.

Los caballeros redactan rápidamente el mensaje en un trozo de pergamino sucio y se lo entregan a Kemiru. Éste los guarda en su cuerno y lo vuelve a sellar con cera para proteger los documentos del agua. Lo acompañan hasta el pequeño puerto, donde las aguas del canal brillan bajo el sol implacable.

—Os prometo que volveré con refuerzos —dice el muchacho con una sonrisa nacida de la ingenuidad que aún atesora en su alma infantil.

Pero antes de lanzarse al agua, Kemiru echa un último vistazo a las murallas destrozadas que han sido su hogar durante los últimos

días. Sabe que cuando regrese —si es que regresa con vida—, quizá no quede nadie para recibir esos refuerzos que promete traer. El pensamiento le hiela la sangre en las venas, pero aprieta los dientes y se arroja al agua turquesa sin más dilación.

—¿Crees que conseguirá que manden refuerzos? —pregunta Pérez.

Paco contempla la figura menguante del muchacho que se pierde entre las ondas y deja escapar una leve sonrisa cínica, desprovista de cualquier humor. De pronto parece cien años mayor que cuando empezó todo este infierno.

—No, y es mejor que así sea.

Pérez enarca una ceja.

—Entonces... ¿por qué has enviado al chico?

—Porque así al menos él tendrá una oportunidad de vivir. El interior de la tienda está impregnado del aroma dulzón del té que se enfría, pero la tensión se palpa entre los mandos otomanos.

—Ya os dije que dirían que no —dice Dragut, recostado en los almohadones de seda—. Estos cristianos no se rinden cuando creen que luchan por su dios.

—No lo entiendo —replica el general Mustafá, paseándose nervioso por la tienda—. Los informes de los desertores coinciden: la moral de los cristianos está por los suelos y escasean de todo lo necesario. ¿Por qué no se rinden como hombres sensatos?

Dragut resopla con un desdén que no se molesta en disimular. Ya se ha cansado de dar explicaciones a esos dos necios que no comprenden la mentalidad del enemigo al que se enfrentan. En esa maldita fortaleza hay dos compañías —o sus restos ensangrentados — de un Tercio español, y Dragut entiende perfectamente lo que eso significa. Ha tenido que enfrentarse a ellos en varias ocasiones durante sus años de corsario. Estuvo hace veintiséis años en el asedio de Castilnovo y ya conoce su capacidad de resistencia sobrehumana; su increíble tolerancia a las pérdidas, especialmente cuando se enfrentan a un ejército musulmán. Y los otros, los caballeros de Malta, son iguales o peores: estos luchan defendiendo su última posesión en el Mediterráneo, impulsados por un celo religioso que roza el fanatismo.

—No entendéis nada porque os faltan entendederas, querido Mustafá.

—¡¿Cómo osáis hablarme así?! —grita Mustafá fuera de sí mientras se levanta haciendo crujir sus brocados dorados.

Es la primera vez en muchos años que alguien se atreve a hablarle sin el debido respeto.

—Y vos, Pialí —continúa Dragut con gesto desafiante, clavando sus ojos en el almirante—, sois el más necio de todos: vuestra obsesión por San Telmo es lo que está provocando este desastre. ¿Dijisteis que caería en cinco días? Bueno... pues aquí llevamos un mes, dejando que nuestros mejores hombres mueran a centenares para conquistar una fortaleza secundaria.

—¡Maldita lengua de serpiente! —exclama, airado, Pialí, con el rostro encarnado por la ira—. ¡Cómo osáis hablarnos así a nosotros!

Por primera vez en mucho tiempo, Pialí y Mustafá se ponen de acuerdo en algo: en odiar a Dragut; a ese vil pirata, viejo corsario hecho de la nada, que se cree mejor que ellos dos juntos.

—Te arrepentirás de tus palabras —continúa Pialí con voz amenazante—. Esto llegará a oídos del sultán.

—Eso espero —dice Dragut con una calma y una frialdad que hace que la ira de Pialí y Mustafá se torne en temor—. Nada se ha hecho bien desde que desembarcamos en esta isla del diablo. Ni siquiera algo tan básico como interrumpir los refuerzos que llegaban al fuerte desde el Burgo y que le han permitido resistir...

Pialí y Mustafá callan porque no tienen argumentos. Hay algo incontestable en el discurso del corsario: ha pasado un mes y todavía no han conseguido alcanzar ninguno de los objetivos principales que prometieron al sultán.

—Hoy se hará el asalto general a la fortaleza —dice al fin Mustafá con voz sombría—. Y juro por Alá que, antes de que el sol se ponga, no quedará un solo cristiano con vida en San Telmo.

Cansado de las discusiones estratégicas que ya no tienen solución, Dragut abandona la tienda de mando con paso firme. Siempre se le han dado mal la política de salón y las intrigas

palaciegas. Él es un hombre de acción, de mar abierto, de guerra sin cuartel donde las cosas se resuelven con hierro y fuego. Al recordar a su desaparecido mentor, el gran Jeireddín Barbarroja, Dragut siente un punzante sentimiento de pérdida que le oprime el pecho. ¡Cómo lo echa de menos! Si él estuviera vivo, todo habría sido diferente.

El corsario se encoge de hombros y musita por lo bajo: «Que se haga la voluntad de Alá».

Ha acumulado gloria suficiente durante sus años de corso para llenar varias vidas, pero al final las cosas quedan en manos de Dios todopoderoso. Y ningún hombre, por grande que sea, es capaz de desentrañar el sentido de sus planes divinos.

—Mi *raïs* —suena la voz del corsario calabrés Aluch—. Os estaba buscando, maestro. Ya se ha terminado la instalación de la nueva plataforma artillera que pedisteis. ¿Queréis verla?

Dragut se lo piensa un instante. Está cansado después de toda una mañana de trabajo y discusiones de mando. Ya es un hombre mayor y no tiene el aguante de los viejos tiempos, cuando podía pelear tres días seguidos, pero al final accede a la invitación de Aluch. Tener las manos ocupadas en cuestiones operativas es lo único que ya le relaja el espíritu en estos días amargos.

—Bueno, vamos a ver qué habéis hecho.

Cuando Aluch y Dragut llegan a los puestos de artillería, ésta ya se encuentra operativa, escupiendo balas de medio quintal y muerte sobre San Telmo. El estruendo es ensordecedor y el suelo tiembla bajo sus pies con cada descarga que sacude el aire.

Las dotaciones de *topçu* están trabajando a destajo, con los torsos desnudos brillando de sudor bajo el sol implacable del mediodía. La famosa artillería turca es la clave del asedio y el orgullo del ejército otomano.

Dragut se hizo famoso por ser un gran artillero cuando los cañones eran un arma que todavía no se sabía utilizar con eficacia en el mar. Es algo de lo que se siente muy orgulloso. En cuanto ve los cañones en funcionamiento, le mejora el humor, le traen recuerdos de sus mejores años navegando libre por el mar. De pronto se siente veinte años más joven.

Al ver el cambio producido en el rostro curtido de su maestro, Aluch sonríe con satisfacción. Estaba seguro de que la inspección de la batería pondría de buen humor a su antiguo jefe.

Pero de pronto Dragut frunce el ceño y entrecierra los ojos.

—Esos cañones están tirando demasiado alto —dice señalando con el dedo con aire displicente—. Hay que corregir el tiro inmediatamente.

Aluch hace visera con la mano y fuerza la vista para seguir la trayectoria del siguiente disparo. Efectivamente, los proyectiles están pasando por encima de San Telmo y cayendo inofensivamente al otro lado de la bahía, levantando columnas de agua que no sirven de nada. Aluch no puede sino admirarse de su jefe. A pesar de la edad, Dragut conserva una vista prodigiosa y un instinto artillero inigualable.

—¡*Topçubaşı*! —grita Aluch elevando la voz por encima del estruendo.

Al punto el oficial al mando se presenta en posición de firme, con el rostro sudoroso y ennegrecido por el hollín.

—El *raïs* Dragut ha apreciado que tus cañones no están bien calibrados —dice Aluch con autoridad—. Están tirando demasiado alto. Hay que corregir el tiro.

—Sí, efendi —responde el artillero con una inclinación de cabeza.

Los artilleros suspenden el bombardeo y comienzan a recalibrar las piezas con movimientos precisos y experimentados. Cuando han terminado, miran expectantes a Dragut, quien, con un gesto afirmativo, les ordena disparar de nuevo.

Hacen fuego. Pero Dragut sigue sin estar satisfecho.

—Mal, mal... —dice meneando la cabeza—. Sigue siendo demasiado alto. Así no vais a derribar ni una piedra de esa maldita fortaleza.

El corsario avanza y se sitúa junto a una de las piezas de artillería más grandes, palpando el bronce caliente del cañón que quema al tacto.

—Más bajo, mucho más bajo. Apuntad a los cimientos si queréis que se desplomen los muros.

El *topçubaşí* mira con dudas a Aluch, temeroso de contradecir a su superior inmediato.

—¿Es que no habéis oído al raïs? —dice Aluch con tono cortante —. Haced lo que él os dice sin más dilación.

De nuevo se suspende el bombardeo para recalibrar las piezas y bajar considerablemente el tiro. Los artilleros trabajan con nerviosismo, sudando bajo las miradas de los dos jefes corsarios que los observan.

—Bien, bien —dice Dragut finalmente, asintiendo con satisfacción —. Ahora sí que parecen correctamente alineados. ¡Disparad!

Los artilleros arriman el fuego a las mechas y las piezas disparan al unísono.

Entonces ocurre la desgracia.

Uno de los cañones, mal calibrado por el nerviosismo de su dotación, dispara su proyectil demasiado bajo. La bala de hierro impacta directamente en el parapeto de la propia trinchera turca con estruendo. Estalla una lluvia mortal de astillas de madera, piedras afiladas y esquirlas de metal que golpean a todos los que se encuentran alrededor.

Aluch cae al suelo cegado por el polvo y cubierto de tierra hasta las pestañas. Sus oídos zumban con un sonido sordo que lo aturde y le quita el equilibrio. Durante unos instantes no oye nada salvo un zumbido infernal que le taladra el cráneo. Pero cuando logra incorporarse escupiendo tierra, lo ve.

Su maestro, el gran Dragut Raïs, yace en el suelo con la cabeza ensangrentada y los labios entreabiertos sin poder hablar.

No ha muerto... todavía.

Respira con dificultad. Su mirada, que tantas veces había sembrado el pánico en los mares cristianos, se pierde ahora entre las nubes del mediodía, buscando el rostro del todopoderoso Alá.

—¡Maestro! —grita Aluch.

Varios soldados acuden corriendo entre gritos de alarma. Lo alzan con infinito cuidado, ven la herida horrible que le surca el cráneo. Comprenden inmediatamente lo que significa: el fin de una era que no volverá.

—¡Un médico! ¡Llevadlo a la tienda del raïs! ¡Ahora mismo! —grita Aluch con desesperación, mientras la sangre de su maestro le mancha las manos temblorosas.

El gran Dragut, el azote de la cristiandad, el último de los grandes corsarios berberiscos, se debate entre la vida y la muerte por un disparo de su propia artillería.

El destino a veces parece burlarse de los hombres con un cruel sentido del humor.

19

La alborada del veintitrés de junio tiñe de sangre el horizonte. Desde el muro principal de San Telmo, Francisco y sus hombres contemplan la inmensidad del ejército otomano desplegado en una perfecta media luna que abraza la fortaleza.

Miles de hombres cubren cada palmo de tierra visible. Sus estandartes ondean bajo la brisa matutina: escorpiones negros sobre fondo dorado, aves rapaces con las alas extendidas y versos coránicos bordados en seda carmesí.

—Madre santísima —murmura Mané, secándose el sudor que ya le perla la frente.

—Valor, muchachos —dice Francisco con una voz que desmiente la palabra.

Francisco aprieta los dedos en torno al asta de su pica. A su izquierda, Pérez ajusta la mecha de su arcabuz con nerviosismo.

—¿Cómo lo ve, cabo? —pregunta De las Cuevas con voz que intenta sonar desenfadada—. Quizá ya no le parezca tan mala idea habernos largado de aquí cuando hubo ocasión.

—Santiago…

—¿Qué?

—Cállate de una puñetera vez.

En el horizonte marino, las galeras de Pialí Pachá se aproximan. Sus cañones rugen enviando balas de hierro que silban sobre sus cabezas antes de estrellarse contra los muros con un estrépito ensordecedor.

Mustafá Pachá alza su mano ensortijada hacia el cielo donde Alá observa la matanza que está a punto de comenzar.

Se hace un momento de silencio. Un instante eterno donde el mundo entero contiene el aliento y hasta los pájaros callan sus cantos.

Y da comienzo el infierno.

Miles de hombres se precipitan hacia el foso que rodea San Telmo. «¡*Alá hu akbar*!», rugen con fanatismo. Los jenízaros avanzan en formación cerrada mientras los sipahíes cargan por los flancos levantando nubes de polvo dorado que oscurecen el aire matutino.

En el muro principal, Francisco organiza a sus hombres con la eficiencia del veterano que sabe que cada segundo cuenta. De la compañía original de Medrano apenas sobreviven quince soldados, todos heridos, todos agotados, pero ninguno dispuesto a morir sin vender cara su vida.

—¡El arcabucero no dispara hasta tenerlos a cinco pasos! ¡Las picas, siempre bajas! —grita por encima del estruendo—. ¡Y recordad que cada turco que matéis es uno menos para el Burgo!

La primera oleada entra al foso. Las escalas de asalto se alzan contra los muros mientras los jenízaros las trepan con agilidad felina. Cientos de hombres avanzan por los puentes construidos con mástiles de barcos. Granadas incendiarias surcan el aire sembrando destrucción donde caen. Picas y lanzas que se cruzan y pasan por las filas hiriendo, mutilando y quebrando cuerpos en sangre.

Mané apunta su arcabuz con la calma de quien ha hecho esto mil veces. Dispara. Un turco cae al foso.

—¡Dame más pólvora! —grita mientras recarga con movimientos automáticos.

Un gigante turco vestido con pieles de león aparece en lo alto de una escala. Sus ojos brillan con la furia del fanatismo mientras blande una cimitarra que refleja el sol. Francisco aferra uno de los lanzallamas rudimentarios que han fabricado con vejigas de cerdo y apunta con precisión. Un chorro de fuego líquido envuelve al asaltante desde la cabeza hasta los pies. Sus gritos se mezclan con el crepitar de las llamas mientras cae al foso convertido en una antorcha humana.

—¡Vamos, señores, a cenar con Cristo o a Constantinopla! —ruge Francisco, sudando bajo el calor del arma incendiaria.

En el torreón del Caballero —la posición más alta del fuerte—, frey Juan de Guaras maneja los falconetes de horquilla con destreza. Cada disparo siega las filas turcas, pero los jenízaros siguen llegando sin cesar, pisoteando los cadáveres de sus compañeros.

Una explosión sacude el muro con tanta violencia que hace temblar hasta los cimientos. Un hospitalario disparaba su tromba de fuego cuando la vejiga se ha prendido por accidente. La deflagración lo convierte en una bola de fuego que abrasa a media docena de defensores que luchan a su lado.

El hedor es insoportable. Francisco vomita bilis sobre sus botas de cuero, pero sigue luchando.

—Aguanta, cabo —dice Mané, poniendo una mano en su hombro.

Un chasquido seco junto a la oreja de Francisco. Una bala jenízara ha fallado por pulgadas, llevándose un mechón de cabello. Los francotiradores turcos desde el revellín han comenzado a hacer blanco con precisión mortal.

—¡Cabo! —De las Cuevas señala hacia el foso con horror—. ¡Es Pérez!

Francisco se asoma por encima del parapeto y su corazón se le detiene durante un latido. Allí, entre una docena de cadáveres que se amontonan, yace el veterano soldado con una cimitarra turca clavada en el pecho. Sus ojos abiertos miran al cielo azul de Malta sin ver ya nada de este mundo.

—¡Por Dios! —ruge Francisco, mientras deja caer el contenido de su tromba de fuego en un grupo de atacantes.

El capitán Medrano aparece corriendo por el adarve, con la espada ensangrentada hasta la empuñadura y una mueca de dolor transformando su rostro. Ha perdido el yelmo en alguna escaramuza y tiene una herida abierta en la frente que le cubre media cara de sangre.

—¡Perros infieles! —ruge mientras atraviesa a un jenízaro que intenta plantar su bandera en el muro—. ¡Probad el acero toledano y ved si os gusta su sabor!

Se apodera del estandarte turco y lo arroja al foso con desprecio. En ese momento mira hacia Paco y le guiña un ojo con la camaradería que solo existe entre soldados que van a morir juntos.

Francisco no tiene tiempo de devolverle el gesto. Un tiro de arcabuz le vuela a Medrano la mitad de la cabeza en una explosión de sangre y sesos.

Su cuerpo se desploma y ya no se mueve. La sonrisa aún grabada en lo que queda de su rostro.

—¡Maldita sea su estampa! —grita De las Cuevas con voz quebrada y lágrimas de odio.

En el torreón del Caballero, los turcos han logrado escalar por la parte trasera mientras los defensores se concentraban en el asalto frontal. Un hospitalario blande su mandoble rebanando cabezas, pero un disparo certero lo derriba antes de que pueda cerrar la brecha.

Desde el Burgo —la fortaleza principal al otro lado del puerto—, La Valette ordena abrir fuego de artillería contra el torreón del Caballero para desalojar a los turcos. El primer cañonazo yerra el blanco y mata a ocho caballeros hospitalarios que defienden la posición.

—¡Cabrones! —gritan los supervivientes agitando los brazos—. ¡Apuntad bien, por las llagas de Cristo!

El segundo disparo cae sobre los asaltantes otomanos, despedazándolos en una explosión de carne y hierro.

Mané dispara su última bala y arroja el arcabuz inútil con gesto de disgusto.

—Se acabó la pólvora —murmura y desenvaina su espada con el silbido del acero—. A degüello, como en los viejos tiempos.

La cara de De las Cuevas está roja y sucia. Sangra por una herida sobre la ceja que le impide ver con claridad, pero sigue luchando con la ferocidad de un lobo acorralado. Los tres supervivientes forman un triángulo en el muro, dando muerte a cuantos turcos se acercan dentro del alcance de sus armas. Un soldado italiano combate a su vera. El pobre diablo lucha por mantenerse en pie mientras sangra por nariz y boca como toro de lidia mal estocado.

El foso se ha convertido en una sopa de sangre y carne descuartizada. Los cuerpos se apilan en montañas que los asaltantes usan para trepar con mayor facilidad.

Los comandantes, Miranda y Guaras, heridos de gravedad pero aún vivos, se hacen atar a sendas sillas para seguir combatiendo hasta el final. Miranda tiene una flecha turca clavada en el hombro, pero sigue blandiendo la espada con brazo firme.

—¡Venid, hijos de mala madre! —grita el comandante español, degollando a un jenízaro que ha logrado escalar—. ¡Aún queda acero cristiano para vosotros!

Una bala de arcabuz le atraviesa el pecho con un ruido húmedo. Se desploma sobre su silla con los ojos fijos en la bandera de la Orden que aún ondea sobre sus cabezas.

Guaras lo ve morir y sonríe con la serenidad que solo tienen los santos y los locos.

—Nos vemos arriba, amigo.

Una segunda bala lo alcanza en el corazón. Muere con el nombre de Cristo en la boca.

Los estandartes otomanos aparecen ya por toda la muralla. El torreón del Caballero ha caído y los jenízaros disparan desde él a mansalva sobre los últimos defensores del muro principal.

Un jenízaro sale de entre el humo con la cimitarra alzada. Mané se revuelve para enfrentarlo, pero la hoja enemiga le abre el pecho de lado a lado. El valenciano cae de rodillas, se lleva las manos a la herida que mana sangre y se desploma con los ojos aún abiertos.

—¡No podemos aguantar más! —grita De las Cuevas con desesperación.

Francisco mira a su alrededor buscando una vía de escape o una muerte honrosa. Apenas quedan diez hombres en pie, todos heridos, todos al límite de sus fuerzas.

—Vámonos. Retirada a la iglesia.

En ese momento, mientras los disparos de arcabuz continúan resonando contra las piedras humeantes, Kemiru emerge de las aguas saladas del puerto. Sus pulmones arden y el corazón le martillea contra las costillas. Aunque le han prohibido volver, ha nadado de vuelta desde el Burgo en pleno asalto.

El humo negro se alza sobre los muros destrozados. Los gritos de los combatientes se pierden entre el estruendo de muros que se desploman. Por todas partes, cuerpos de turcos y cristianos yacen entrelazados en la danza final de la muerte.

En medio del caos, Kemiru distingue a Francisco y De las Cuevas, que van camino de la iglesia para refugiarse.

—¡Cabo Paco! —grita, abriéndose paso entre los escombros.

Francisco se vuelve con el arcabuz en alto, esperando otro enemigo. Al reconocer al muchacho, su rostro se contrae en una mueca de incredulidad y rabia.

—¡Kemiru! ¿Qué demonios haces aquí? ¡Te creíamos a salvo en el Burgo!

—He vuelto para ayudar.

—Cabo, vamos a la iglesia. Los turcos ya están aquí —apremia De las Cuevas.

—A la iglesia no, hay otra forma —dice Kemiru, agarrando del brazo a Francisco con fuerza—. Una cueva bajo los acantilados del este. Los contrabandistas la llaman la Gruta de la Parca. Yo conozco el camino. Pero tenemos que ir ya.

Paco clava sus ojos enrojecidos en el rostro del muchacho. A lo lejos, se oyen las voces guturales de los jenízaros que se aproximan.

—Santiago —murmura Francisco—, el rapaz tiene razón. La iglesia es una ratonera sin salida. Si hay otra opción…

De las Cuevas titubea, mirando alternativamente hacia donde se alzan las columnas de humo y el rostro sudoroso de Kemiru.

—¿Estás seguro de esa cueva?

—Tan seguro como que, si no vamos ya, moriremos todos —responde Kemiru.

—Vamos pues.

20

Los últimos hospitalarios que se habían refugiado en la pequeña capilla de piedra blanca salen espada en mano, buscando una muerte honorable. Apenas quedan veinte hombres vivos, todos heridos, todos agotados hasta los huesos, pero ninguno dispuesto a rendir las armas.

—*¡Tuitio Fidei!* —grita un caballero.

Los jenízaros se abalanzan sobre ellos. En la confusión de acero contra acero, de gritos y sangre, las figuras se pierden entre el humo y el polvo.

Una figura solitaria se abre camino a espadazos entre los enemigos y corre hasta un baluarte. Alcanza a encender un brasero, y una columna de humo negro se alza desde el fuerte: es la señal acordada para cuando todo esté perdido. Enseguida, la figura del caballero desaparece engullido por una multitud de turbantes y cimitarras.

A los pocos minutos, la bandera de Malta es derribada con violencia. En su lugar se alza el estandarte otomano con la media luna dorada que brilla bajo el sol.

San Telmo ha caído y los vencedores inician un verdadero baño de sangre, ensañándose con los pocos supervivientes.

Todo cuanto hay de miserable y mezquino en el interior del ser humano sale a la luz con brutal crudeza.

—¡Misericordia, mi señor, misericordia! —suplica un miliciano maltés, arrastrándose por las piedras—. ¡Por vuestro dios y por vuestra madre!

Hasan lo observa con los ojos inyectados en un odio que le quema las entrañas. Lleva días soñando con la cabeza decapitada de su amigo Kasim, y su yatagán clama venganza con una sed que no se apaga.

Lanza una mirada interrogativa al general Mustafá, que lo contempla todo con rostro de pedernal, sin revelar ninguna emoción.

—Sin prisioneros —se limita a decir el general con voz sentenciadora.

Es justo lo que los oídos de Hasan esperaban escuchar. Da un paso adelante y, sin vacilar, descarga su sable curvo sobre el cuello del soldado, abriéndolo en canal. La sangre salta como una fuente carmesí.

«¿Por qué no siento nada?», piensa Hasan mientras observa la cabeza caer con un sonido húmedo que resuena en su alma. La carne desgarrada se abre, pero él solo experimenta un vacío extraño, como si contemplara la escena desde fuera de sí mismo.

Igual suerte corren el resto de cristianos que se han rendido esperando misericordia. Algunos pocos logran escabullirse en el caos, pero no llegan lejos entre las rocas y el agua del puerto.

Un frenesí salvaje se apodera de los jenízaros; su orgullo herido transformado en rabia sin control busca desahogo en la muerte.

A pocos metros, varios arqueros se entretienen practicando puntería con prisioneros indefensos atados contra los muros. Pero lo peor está reservado para los caballeros hospitalarios que han caído en sus manos. Son colgados de unos aros de hierro que penden de las arcadas. Luego les abren el pecho y les extraen las vísceras.

Las cabezas de los capitanes Miranda y Medrano, junto con las de los caballeros Mas y Guaras, son ensartadas en picas y alzadas frente al puerto.

Cuando parece que la carnicería ha concluido, Mustafá da orden de recoger los cuerpos, vestirlos con las características sobrevestes rojas y blancas de la Orden, y clavarlos en cruces de madera.

—Arrojad las cruces al mar para que la corriente las arrastre hasta el Burgo —ordena el general con voz que no admite réplica—. Así todos sabrán lo que espera a los que se nos opongan.

Pialí llega a San Telmo cuando los últimos cuerpos son lanzados a las aguas. El espectáculo que encuentra en la fortaleza le revuelve las tripas y está a punto de vomitar sobre sus botas de cuero.

—¿Pero qué has hecho, Mustafá? —inquiere el almirante mientras con la manga de su túnica se tapa la boca y la nariz—. ¿Realmente

era necesario todo esto?

Mustafá se encoge de hombros y sonríe con desdén al ver el gesto compungido de Pialí.

—Son órdenes expresas del sultán —dice—. Ni uno debe quedar con vida.

Hasan contempla cómo los restos de los hospitalarios se alejan mar adentro, empujados por la corriente hacia el Burgo. Desde la raíz de los cabellos hasta los pies, está empapado de sangre enemiga que se seca bajo el sol. Su amigo Kasim ha sido vengado y, sin embargo, Hasan continúa sin sentir paz. Ni alivio, ni gloria, ni la satisfacción que esperaba. Sólo un oscuro vacío que se extiende por momentos.

Se siente peor de lo que se ha sentido en toda su vida. Nada de esta lucha tiene sentido de repente. En algún lugar recóndito de su mente resuena aquella frase de aquel Evangelio que creía ya olvidado para siempre: «*El que a hierro mata, a hierro muere*».

Ningún hombre es superior a su siglo, y aun así Hasan logra comprender, con una lucidez que lo sobresalta, que la guerra no es otra cosa que una cadena sin fin de odio y muerte que se retroalimenta a sí misma. Y anhela, por primera vez en muchos años, que nunca lo hubieran arrancado de su aldea de Ostrovica para convertirlo en jenízaro.

Daría cualquier cosa por poder vivir una vida sencilla y en paz; como cuando su mundo era pequeño y pobre, pero al menos tenía sentido.

Desde los muros del Burgo, los defensores cristianos contemplan el horror de San Telmo. Ven las cabezas alzadas en picas pudriéndose y ennegreciéndose bajo el sol. Escuchan los gritos de los degollados que el viento trae.

Las cruces flotantes comienzan a llegar al puerto. El aire se espesa con una mezcla insoportable de estupor, rabia y deseo de justicia que clama al cielo.

—Traed a los prisioneros —ordena de pronto La Valette con voz que tiembla de furia contenida.

—¿Cuáles, excelencia?

El Gran Maestre cierra los puños hasta que los nudillos se vuelven blancos. Sus ojos arden con lágrimas de furia.

—Todos. Traedlos a todos sin excepción.

Los prisioneros musulmanes son sacados de sus celdas. En lo alto de las murallas, son ejecutados uno tras otro mientras el sol los contempla desde el cielo. Sus cabezas, todavía chorreando sangre caliente, son introducidas en los cañones y disparadas contra el campamento enemigo.

—Enviad un mensaje a Mdina —añade La Valette, con la voz rota —. Que ejecuten un prisionero al día. Y que lo hagan a la vista de los turcos.

En Malta ya no hay espacio para la compasión o la caballerosidad. Si en la lucha por esta isla hay algo que tenga que ver con la religión y el amor al prójimo, que baje Dios y lo vea con sus propios ojos.

Arde Malta. Y, con ella, arde el alma de toda Europa que mira hacia el Mediterráneo con el corazón encogido.

Los gritos de victoria todavía resuenan por el campamento otomano cuando Aluch llega a la tienda de Dragut.

En el campamento, las chirimías y atabales celebran la caída del fuerte, pero el olor de la victoria no es dulce: huele a pólvora y a carne en descomposición. Los hombres celebran con alegría enturbiada por el recuerdo de los que han muerto y por la obviedad de que la guerra no ha concluido.

Lo que debía durar cinco días ha costado un mes entero y más de seis mil vidas otomanas. Muchas de estas bajas se cuentan entre los soldados más veteranos y experimentados de la expedición. Por su parte, los caballeros y sus aliados españoles han perdido mil quinientos hombres que no pueden reponer.

En un intento por subir la moral, Pialí ha repartido los feudos de ochenta tomariotas que han muerto en el asalto entre los soldados y voluntarios que más se han significado en el combate. Pero el más contento parece ser el mismo Pialí, que ha logrado su ansiado puerto seguro.

Para Aluch la mayor pérdida se encuentra en el interior de esta tienda de campaña. Aquí, la última leyenda corsaria, la espada

desnuda del Islam, Dragut, su maestro y amigo, lucha por aferrarse a la vida.

Cuando Aluch entra en la tienda, las miradas de los médicos lo dicen todo sin necesidad de palabras. Son miradas pesarosas, desesperanzadas, de hombres que ven morir a una leyenda.

La tienda está en semipenumbra, iluminada apenas por la llama temblorosa de una lámpara de aceite. El aire flota denso, cargado del olor a sudor, hierbas trituradas y vinagre caliente que se usa para limpiar las heridas. Varias moscas zumban en torno a un cuenco de agua ensangrentada junto al catre.

Dragut yace cubierto por una fina manta de lino empapada en sudor; su respiración es un susurro irregular, casi inaudible.

—¿Cómo está? —pregunta Aluch en voz queda.

El médico hace un gesto de negación y dice someramente: —Pronto se presentará ante Alá, el Clemente y Misericordioso. Es cuestión de horas.

Aluch traga saliva. Llora por dentro, pero ninguna lágrima le asoma a los ojos secos y arrasados. El corsario se agacha y toma de la mano a su maestro y mentor, al hombre al que le debe todo lo que ha logrado en la vida. Dragut ha perdido el habla, pero sus ojos siguen siendo tan expresivos como siempre. Es consciente de todo lo que ocurre a su alrededor.

—Dragut, maestro —dice Aluch en un tono de confidencia al oído del corsario moribundo—, hemos ganado. San Telmo ya es nuestro. Muy pronto toda la isla estará en nuestro poder y ya nadie podrá hacernos sombra en el mar Blanco. Lo hemos logrado. Tú lo has logrado.

Dragut parpadea y, por un momento, sus pupilas se llenan de vida. Es una chispa breve, una estrella fugaz que cruza el cielo nocturno. Una lágrima resbala por su mejilla ajada. Aluch ya no puede contener las suyas. Le duele el pecho, como si alguien le hubiera clavado un puñal sin filo que le desgarra las entrañas.

De pronto se escucha un estampido sordo de salvas proveniente de la costa. Aluch dirige su mirada a uno de los hombres, y este le explica que es la flota de Pialí entrando en el puerto Marsamxett y

saludando a la bandera de la media luna que ondea ya sobre San Telmo.

Cuando Aluch vuelve a mirar a su maestro, algo ha cambiado. Ya no hay parpadeo. Los ojos de Dragut se han quedado fijos en algún punto distante, contemplando costas que solo él puede ver, playas de otro mundo donde no hay guerra ni dolor.

Dragut, corsario de corsarios, virrey de Trípoli, leyenda del Mediterráneo, ha muerto.

Aluch cierra los ojos de su mentor con la palma de la mano temblorosa.

—*Allāhu akbar*...

21

La medianoche encuentra a Jean Parisot de La Valette de pie en la terraza más alta del palacio magistral, contemplando las hogueras turcas que brillan donde se alzan las ruinas de San Telmo. El viento nocturno trae el olor putrefacto de los cadáveres quemándose. Un olor que conoce demasiado bien, que se le ha metido en la piel como una marca indeleble.

Por primera vez en días, está solo. Sin escribanos, sin oficiales, sin la máscara de autoridad que debe llevar ante sus subordinados. Aquí, en la soledad de la noche, puede permitirse ser humano.

«San Telmo ha caído», se dice una vez más, como si repetirlo pudiera hacer que duela menos. «Mil quinientos hombres muertos… mil quinientos».

Las cifras se agolpan en su mente como fantasmas acusadores. Guaras y sus mejores caballeros. El capitán Miranda, que regresó para morir con sus hombres. Medrano, el alférez al que ascendió antes de enviarlo al matadero. Centenares de soldados españoles, caballeros de la Orden, milicianos malteses… Hombres buenos que confiaron en su palabra cuando les prometió que resistir tenía sentido.

Saca de su jubón una carta arrugada. Es la última misiva que recibió del caballero Guaras antes de que San Telmo cayera: «Excelencia, cumplimos órdenes pero no podemos hacer milagros. Los muros se desploman. Los hombres caen cada día. Si el socorro no llega...».

La carta quedó sin terminar.

La Valette aprieta el papel hasta convertirlo en una bola y lo arroja al vacío. Ve cómo el viento lo arrastra hacia las aguas negras del puerto, donde flotan los restos de tantos.

«¿He hecho bien?», se pregunta por milésima vez. «¿Era necesario tanto sacrificio?».

La respuesta le llega desde sus entrañas, desde el lugar donde anida la verdad cruda: no lo sabe. Ha jugado sus cartas según dictaba la experiencia y la razón, pero los muertos no pueden confirmarle si fue la jugada correcta.

Se apoya en el parapeto de piedra y, por primera vez en meses, se permite dudar. Dudar de la guerra, de Dios, de sí mismo. Durante décadas ha sido el perfecto soldado de Cristo, el caballero sin miedo que siempre sabía qué hacer. Pero esta noche, a los setenta años, se siente como un anciano perdido en un mundo que ya no comprende.

Un movimiento en las sombras lo alerta. Fra Antoine de Montmorency emerge de la escalera, con expresión inquieta.

—Excelencia, os buscaba. Los centinelas dijeron que...

—¿No podéis dormir, Fra Antoine?

El joven caballero se acerca con cautela. En el rostro del Gran Maestre hay algo que no había visto antes: vulnerabilidad.

—No, mi señor. Como vos, supongo.

Se quedan en silencio, dos soldados de diferentes generaciones unidos por el insomnio y la culpa.

—Decidme, Fra Antoine —dice finalmente La Valette—, ¿creéis que hice bien enviando a todos esos hombres a morir en San Telmo?

La pregunta sorprende al joven. Durante semanas ha visto a La Valette como una figura casi divina, incapaz de dudar o equivocarse.

—No lo sé, excelencia. Soy demasiado inexperto para juzgar la estrategia de esta guerra.

—Yo soy demasiado viejo para seguir decidiéndola —replica La Valette con amargura—. Y, sin embargo, mañana deberé tomar nuevas decisiones que enviarán a más hombres a la muerte.

Antoine ve cómo los hombros del Gran Maestre se encorvan bajo un peso invisible.

—Pero si no lo hicierais, Malta caería. Y con ella...

—Ya sé los argumentos, muchacho. Los he usado yo mismo mil veces. Malta es la llave del Mediterráneo. Su caída significaría el triunfo del islam en Europa. Palabras hermosas que suenan huecas cuando caen sobre los cadáveres de hombres buenos.

La Valette se gira hacia el joven caballero. Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas.

—¿Sabéis cuál es la diferencia entre un general y un carnicero, Fra Antoine?

—No, señor.

—Los honores. Los generales matan por una causa y reciben fama, gloria y honor por ello. Pero al final, ambos dejan un rastro sangriento tras de sí.

El silencio se alarga entre ellos. Antoine busca palabras de consuelo, pero comprende que no hay consuelo para una carga así.

—¿Lamentáis vuestras decisiones, excelencia?

La Valette tarda largo rato en responder. Cuando lo hace, su voz suena cascada, como la de un hombre que ha hablado demasiado con los muertos.

—No puedo permitirme lamentarlas. Si empiezo a dudar de las decisiones que he tomado, me volveré loco o me rendiré. Y Malta no puede permitirse ninguna de las dos cosas.

Se endereza lentamente, y Antoine ve cómo se recompone ante sus ojos. El hombre vulnerable desaparece, sustituido por la máscara férrea del Gran Maestre.

—Pero en las noches como esta, cuando estoy solo con mis fantasmas, sí... sí las lamento. Lamento cada nombre, cada vida, cada alma que he enviado a la muerte por una causa que espero sea justa.

—Lo es, señor. Debe serlo.

—Eso rezo cada noche, Fra Antoine. Que Dios perdone mis pecados y que los muertos comprendan por qué tuvieron que morir.

Ambos contemplan el amanecer que se insinúa en el horizonte. Un nuevo día de guerra, de decisiones imposibles, de cargar con el peso de la Historia.

—Volved a dormir, muchacho. Mañana nos necesitarán frescos para tomar nuevas decisiones terribles.

Cuando Antoine se aleja, La Valette permanece solo en la terraza. El viento le trae el eco lejano de una corneta turca, tocando el cambio de guardia.

«Mil quinientos hombres», susurra al aire. «Que Dios me perdone».

Y por primera vez en años, Jean Parisot de La Valette, el legendario Gran Maestre de Malta, llora sin testigos bajo las estrellas.

En Constantinopla, el jardín del serrallo se extiende como un paraíso terrenal bajo la luz dorada del amanecer. Fuentes de mármol susurran entre parterres de rosas de Damasco y jazmines que perfuman el aire con fragancias que parecen robadas al mismísimo Edén. Los cipreses se alzan como centinelas silenciosos hacia un cielo que promete otro día de calor asfixiante. Mientras, los ruiseñores cantan desde las ramas del granado que el propio Solimán plantó cuando era niño.

Solimán el Magnífico, Padishá de los otomanos, Sombra de Dios en la Tierra y Señor de los Dos Mares, camina lentamente por los senderos de grava que ha recorrido mil veces en los últimos cincuenta años. Pero esta mañana sus pasos son los de un hombre viejo que lleva sobre los hombros una responsabilidad que siente como una armadura demasiado pesada.

Se detiene junto a la fuente octogonal que corona el jardín y contempla su reflejo en el agua cristalina. El rostro que ve es el de un desconocido: la barba, antes negra como la noche, ahora blanquea igual que la nieve que nunca ha visto. Sus ojos están rodeados de arrugas, pero en su interior sigue brillando el fuego del hombre que sueña con nuevas conquistas, con extender la verdadera fe hasta fronteras que nunca ha conocido el islam. Tiene para ello los recursos, los soldados y la ambición. Sólo le falta una cosa: tiempo. Solimán es ya un hombre mayor, la última ampolleta de su vida se ha girado y los últimos granos caen en las vastas fauces del tiempo para no volver. Los años se acaban, y él tiene demasiados proyectos sin acabar…

A sus pies, extendidos sobre cojines de seda persa, yacen los mapas del Mediterráneo que sus cartógrafos han ido actualizando conquista tras conquista: las costas de Berbería, marcadas con los puertos que sus corsarios han convertido en bases invencibles; las islas del Egeo, todas ellas coronadas con la Medialuna; los territorios

balcánicos, desde donde sus ejércitos han amenazado las mismas puertas de Viena. Todo el *Ak-deniz* reducido a líneas de tinta y nombres en árabe que testimonian la grandeza de un imperio que se extiende desde las arenas de Egipto hasta las montañas de Hungría.

Pero hay un punto en el mapa que sus ojos buscan obsesivamente: una isla minúscula perdida entre Sicilia y las costas africanas. Tan pequeña que apenas merece un punto de tinta. Malta. La roca que puede convertirse en la llave del Mediterráneo occidental o en la tumba de su reputación.

—Majestad —una voz suave le saca de sus meditaciones.

Solimán se vuelve hacia Sokollu Mehmet Pachá, su gran visir, que se acerca con el andar prudente de quien lleva décadas navegando entre las corrientes traicioneras del poder. Es un hombre de mediana edad, de barba cuidadosamente recortada y ojos inteligentes que han aprendido a leer los humores del sultán mejor que nadie en el imperio.

—¿Qué noticias traéis, Sokollu? Y no me mintáis con eufemismos diplomáticos. Soy demasiado viejo para esas delicadezas.

El gran visir se inclina en una zalema perfecta, pero cuando se incorpora, su expresión es la de un hombre que lleva malas noticias.

—Han llegado despachos de Malta, Majestad. Pero me temo que no son las noticias que esperábamos.

Solimán siente como un puño invisible le aprieta el pecho. Durante semanas ha estado esperando el mensaje que le anuncie la caída de la isla, la confirmación de que sus generales han añadido una joya más a la corona del imperio. Pero la expresión del visir le dice que esas esperanzas pueden ser vanas.

—Hablad.

Sokollu extrae de su túnica un pergamino sellado con el sello personal de Mustafá Pachá. Sus dedos tiemblan ligeramente al desplegar el pergamino.

—Mustafá anuncia la caída del fuerte de San Telmo — lee el visir con voz cuidadosamente controlada—. Los defensores lucharon hasta el último hombre. No hubo supervivientes.

Solimán asiente con satisfacción contenida. San Telmo era la llave del puerto de Malta y su conquista abre el camino hacia las

fortalezas principales.

—¿Y las bajas?

Sokollu vacila un momento antes de responder, y ese momento de silencio le dice al sultán todo lo que necesita saber.

—Ocho mil hombres, Majestad. Los mejores jenízaros del imperio.

La cifra golpea a Solimán como un martillazo. Ocho mil hombres por un fuerte que no es más grande que un palacio. Ocho mil veteranos que han tardado décadas en formar, sacrificados en las murallas de una fortaleza menor defendida por unos pocos centenares de cristianos.

—¿Ocho mil hombres por una roca? —su voz es ronca, como si las palabras le rasparan la garganta al salir—. ¿Qué clase de diablos defienden esa isla?

—Caballeros de la Orden de San Juan, Majestad. Los mismos que expulsamos de Rodas hace cuarenta años.

Solimán camina con inquietud hacia la balaustrada que domina el Cuerno de Oro.

—¿Qué más dice Mustafá?

Sokollu continúa leyendo, pero su voz se hace cada vez más tensa.

—Informa de que las fortalezas principales, el Burgo y Senglea, están mejor defendidas de lo que esperábamos. Que los cristianos han preparado la defensa con gran astucia y que cada palmo de terreno se conquistará con sangre.

—¿Y cuánto tiempo calcula que necesitará para acabar con la resistencia?

El gran visir guarda silencio durante un momento que se alarga como una eternidad. Cuando finalmente habla, sus palabras suenan a condena a muerte.

—No lo especifica, Majestad. Pero habla de prepararse para un asedio prolongado.

Solimán se agarra a la balaustrada con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos.

—Pero hay más, Majestad —continúa Sokollu, y su tono hace que el sultán se vuelva bruscamente hacia él.

—¿Más?

—Dragut Rais ha muerto.

Las palabras caen como una losa. Por un momento, el mundo entero se detiene. Los ruiseñores callan, el agua de las fuentes parece suspenderse en el aire y hasta el viento contiene la respiración.

Solimán se queda inmóvil, con los ojos clavados en su visir como si no hubiera comprendido las palabras.

—¿Cómo habéis dicho?

—Dragut Rais ha muerto en el asedio de San Telmo. Una esquirla de piedra le atravesó el cráneo durante un bombardeo. Murió tres días después.

Solimán cierra los ojos y se lleva la mano al pecho, como si quisiera arrancarse el corazón. Dragut Rais, el mejor de sus almirantes, la espada desnuda del islam, el corsario que había convertido el mar cristiano en un lago turco. El hombre que había aprendido el arte de la guerra naval de Barbarroja y lo había perfeccionado hasta convertirlo en algo sublime y terrible.

—No puede ser —murmura—. Dragut no puede estar muerto. El…

Se interrumpe a sí mismo, consciente de que está hablando como un niño que se niega a aceptar la realidad. Pero la verdad es que Dragut era algo más que un almirante. Era el símbolo de todo lo que el imperio otomano había conseguido en el Mediterráneo.

Sokollu espera en silencio, comprendiendo que su señor necesita tiempo para asimilar la noticia. Ha servido a Solimán durante años suficientes como para conocer todos los matices de su carácter, y sabe que bajo la máscara del sultán implacable late el corazón de un hombre que ha visto morir a demasiados amigos.

Se dirige hacia el diván donde suele recibir a las delegaciones extranjeras y se deja caer sobre los cojines como si le hubieran vaciado de fuerzas. Por primera vez en décadas, Sokollu ve a su señor como lo que realmente es: un hombre viejo y cansado que ha vivido demasiado.

—Decidme una cosa, Sokollu —dice Solimán mientras contempla los mapas extendidos a sus pies—. ¿Creéis que Malta vale la vida del mejor almirante del imperio?

La pregunta cae como una losa sobre el gran visir. Conoce lo suficiente la política otomana como para saber que esa pregunta no es retórica. Solimán está cuestionando toda la empresa de Malta, y eso puede tener consecuencias terribles para Mustafá Pachá y para todos los que han apoyado la expedición.

—Majestad, la conquista de Malta abriría el Mediterráneo occidental a nuestras flotas. Podríamos amenazar directamente las costas de España e Italia. Podríamos...

—Podríamos hacer muchas cosas —le interrumpe Solimán con cansancio—. Pero ¿a qué precio? Ya hemos perdido a Dragut y ocho mil veteranos por una fortaleza menor. ¿Cuántos hombres más deberemos sacrificar por el Burgo y Senglea? ¿Diez mil más? ¿Veinte mil?

Se levanta y camina hasta la ventana que da al Bósforo, donde el sol brilla sobre sus aguas.

—Hay otra consideración, Majestad —se atreve a decir Sokollu—. Si abandonamos el asedio ahora, parecerá que una pequeña isla ha derrotado al Gran Turco. Nuestros enemigos lo interpretarán como una señal de debilidad.

Solimán se vuelve hacia su visir con una mirada que ha recuperado algo de su antigua fuerza.

—¿Y si continuamos y fracasamos? ¿Si perdemos toda la flota en esas aguas malditas? ¿Qué dirán entonces nuestros enemigos?

El gran visir no tiene respuesta para esa pregunta, pero ambos la conocen. El fracaso de una expedición de tal magnitud sería interpretado por los cristianos como el comienzo del fin del poder otomano en el Mediterráneo. Las flotas españolas, que ahora se mantienen a la defensiva, se atreverían a atacar sus bases en Berbería. Los Estados italianos se unirían en una liga contra el imperio. Incluso Venecia, siempre pragmática, podría cambiar de bando si percibe que el poder turco declina.

—¿Qué órdenes envío a Mustafá? —pregunta Sokollu finalmente.

Solimán permanece en silencio durante largo tiempo, contemplando el agua del Bósforo donde se reflejan las cúpulas de sus mezquitas. Está tomando la decisión más difícil de su reinado, y

lo sabe. Una decisión que puede determinar el futuro del imperio que ha construido con sus propias manos.

—Decidle que tome Malta —responde finalmente, con voz que suena como metal templado en el fuego—. Que no regrese si no es victorioso.

Se acerca al mapa y posa su dedo sobre el minúsculo punto que representa Malta.

—Ojalá nunca hubiera oído hablar de este lugar maldito —murmura—. Malta no vale la vida de Dragut Rais.

Se dirige hacia sus aposentos privados con el paso lento de un anciano. Sokollu le ve alejarse y comprende que algo ha cambiado para siempre en el corazón del imperio. Por primera vez en su glorioso reinado, Solimán el Magnífico ha admitido que hay límites a su poder.

En Malta, los defensores cristianos no lo saben aún, pero acaban de ganar algo más valioso que una batalla. Han plantado la semilla de la duda en el corazón del hombre más poderoso del mundo.

22

—Quitaos las corazas y todo lo que pese —dice Kemiru mientras guía a Francisco y De las Cuevas entre las rocas del puerto.

Las piezas de metal resuenan al caer cuando los dos hombres se despojan de sus armaduras. Francisco conserva solo su daga y un pequeño crucifijo. De las Cuevas murmura una oración rápida, besando la empuñadura de su espada antes de abandonarla con el dolor de quien se despide de un amigo querido.

Agachados para no dejarse ver, avanzan entre los peñascos de la orilla mientras las olas rompen a su lado empapándoles la ropa. Francisco vuelve la cabeza. El puerto de San Telmo queda atrás. Lo han abandonado justo a tiempo, pues ya se ve a los primeros soldados turcos saqueando los restos con la salvaje codicia de la victoria.

—¡Al agua! —sisea Kemiru con urgencia.

Se sumergen hasta la cintura y el agua fría les corta la respiración. Kemiru inspira profundamente y se zambulle. Paco y De las Cuevas dudan un instante, pero entonces un disparo de arcabuz zurrea por encima de sus cabezas y luego otro. Y se les pasan las dudas de golpe. Ambos se sumergen y siguen a Kemiru.

Bajo el agua, el mundo se vuelve verde y silencioso. Kemiru nada delante de ellos, señalando hacia una oscura oquedad en la base de los acantilados. A Paco le parece la boca del mismísimo Leviatán esperando para devorarlos.

Kemiru desaparece en la negra abertura. Paco cierra los ojos y lo sigue, sintiendo cómo las rocas filosas le arañan los brazos y la espalda en un túnel que parece interminable. Sus pulmones están a punto de explotar cuando una mano lo agarra del cuello de la camisa y lo jala hacia arriba con fuerza salvadora.

Emerge jadeando en una cámara subterránea. De las Cuevas surge tras él, escupiendo agua y blasfemando entre dientes con

palabras que harían sonrojar a un corsario berberisco.

—La Gruta de la Parca —murmura Kemiru—. Aquí nadie nos encontrará.

El lugar huele a algas podridas y humedad. Los tres se acurrucan contra las paredes rugosas, temblando tanto de frío como de agotamiento que les cala hasta los huesos. Desde arriba les llegan los ecos apagados de la masacre: gritos de guerra, lamentos de heridos, el crujir de maderas ardiendo que se desploman.

—Cuando anochezca podremos cruzar al Burgo —susurra Kemiru —. Los turcos estarán distraídos celebrando su victoria.

Francisco aprieta los puños hasta clavarse las uñas en las palmas mientras los alaridos de sus compañeros torturados se filtran a través de la piedra. Piensa en los hombres que ha conocido, en las historias que han compartido durante las largas guardias nocturnas.

De las Cuevas murmura algo que podría ser una oración o una maldición dirigida a todos los santos del cielo.

Finalmente se hace el silencio en la superficie. Un silencio más terrible que cualquier grito, porque anuncia que ya no queda nadie con vida. Los tres cierran los ojos. El horror no puede vencer al agotamiento de días y noches sin descanso. Y se duermen acurrucados en las entrañas de piedra de San Telmo.

En la superficie, ondea ya la media luna otomana sobre las ruinas humeantes de la fortaleza que prometieron proteger con sus vidas.

La guerra continúa. Pero ellos, contra todo pronóstico y contra toda esperanza, aún respiran.

Son los únicos supervivientes de San Telmo.

En el campamento otomano, los últimos ecos de la celebración por la toma de San Telmo se desvanecen. Los tambores han callado, las copas se han vaciado; la guerra no concede más descanso.

Treinta días ha costado conquistar una fortaleza que debería haber caído en cinco. Treinta días de sangre, pólvora y muerte.

Mustafá Pachá se encuentra en el interior de la tienda de mando. Sobre la mesa central se extiende un mapa detallado de Malta, donde pequeñas banderitas de colores marcan las posiciones de tropas, artillería y la flota. El aire huele al incienso que se quema en un brasero de bronce.

Los miembros de su estado mayor van llegando uno a uno: Pialí Pachá, almirante de la flota imperial; los agás de los jenízaros, con sus altos gorros blancos; los ingenieros de artillería; los comandantes de los sipahis. Al fondo de la tienda, casi en las sombras, permanecen sentados dos hombres de aspecto grave vestidos con túnicas bordadas: son los enviados especiales del sultán, cuya misión es observar, tomar nota y reportar directamente a Estambul todo lo que ven y oyen.

—Hermanos en la fe —comienza Mustafá—, San Telmo ha caído, pero nuestro trabajo apenas comienza. Ante nosotros se alzan aún los dos principales bastiones de los infieles: el Burgo y Senglea.

Sus ojos recorren los rostros de los presentes, deteniéndose un instante en Pialí. El almirante mantiene una expresión neutra, pero Mustafá conoce bien sus maniobras políticas. Cada movimiento, cada palabra del almirante busca proteger su posición ante el sultán por si las cosas salen mal.

—El tiempo juega en nuestra contra —continúa el general—. Cada día que pasa, los vientos de septiembre se acercan. Cada día que perdemos es una ventaja que regalamos al enemigo.

Pialí se adelanta hacia la mesa, estudia el mapa con aire pensativo y habla con la cautela de quien sopesa cada palabra antes de pronunciarla: —Tienes razón, Mustafá. Pero también debemos ser realistas sobre nuestras fuerzas. San Telmo nos ha costado más hombres de lo previsto. La pólvora empieza a escasear, y la moral de las tropas, aunque mejorada por la victoria, no puede soportar otro desgaste.

El comentario va dirigido tanto a Mustafá como a los enviados del sultán. Una jugada sutil para marcar distancias en caso de fracaso. Mustafá lo sabe y decide atacar de frente: —¿Dudas de mi capacidad para completar la misión que nos encomendó el Padishá?

El silencio se espesa en la tienda. Pialí traga saliva, consciente de que ha pisado terreno peligroso.

—Por supuesto que no, hermano. Simplemente expongo las realidades que enfrentamos.

Mustafá sonríe, pero sus ojos permanecen fríos.

—Entonces escuchad mi plan. Atacaremos Senglea por mar y tierra al mismo tiempo.

Los presentes se inclinan sobre el mapa. Con un dedo calloso, Mustafá señala la península que se extiende hacia las aguas del puerto.

—Senglea es la más débil de las dos fortalezas. Su principal defensa es el fuerte de San Miguel, que presenta los mismos defectos de diseño que San Telmo. Su foso, excavado en roca viva, está incompleto. La costa occidental carece de fortificaciones serias y está expuesta al fuego de artillería.

—Pero... —interviene uno de los ingenieros—, la proximidad al Burgo complica cualquier asalto. Sus cañones pueden apoyar la defensa de Senglea desde el otro lado del puerto.

—Exacto —añade Pialí—. Y para atacar Senglea por mar, nuestros barcos tendrían que pasar bajo los cañones del Burgo. Es imposible hacerlo sin sufrir pérdidas catastróficas.

Mustafá permite que las dudas crezcan en el ambiente. Algunos oficiales intercambian miradas preocupadas. El murmullo de conversaciones contenidas llena la tienda. Entonces, cuando la tensión alcanza su punto máximo, el general levanta una mano pidiendo silencio.

—Tienes razón, Pialí. Por eso mi plan no contempla que nuestros barcos pasen bajo las defensas del Burgo.

El almirante frunce el ceño, confundido.

—¿Entonces cómo propones atacar Senglea por mar?

La sonrisa de Mustafá se ensancha.

—Mientras hablamos, noventa de nuestras embarcaciones más pequeñas están siendo desmontadas. Las transportaremos por tierra, pieza por pieza, sobre plataformas rodantes. Las arrastraremos colina arriba, bordeando las defensas cristianas, hasta el estuario occidental de Senglea. Allí las rearmaremos y las lanzaremos contra la península por la espalda.

El silencio que sigue es absoluto. Los ojos de todos los presentes se clavan en el mapa, visualizando la audacia del plan.

—Por Alá... —susurra uno de los agás—. Es brillante.

Pialí estudia el mapa con renovada atención. Su mente militar evalúa rápidamente las implicaciones del plan. Es arriesgado, sí, pero si funciona...

—¿Cuánto tiempo necesitarás? —pregunta finalmente.

—Tres días para completar el transporte. Uno más para el rearme de las embarcaciones. En cinco días, Senglea estará bajo asedio simultáneo por mar y tierra.

—¿Y los refuerzos? —insiste el almirante—. Aun con el plan anfibio, necesitaremos más hombres y pólvora.

La sonrisa de Mustafá se vuelve triunfante.

—Mañana llega Hasán Bajá.

—¿Hasán Barbarroja? ¿El gobernador de Argel?

—El mismo. El hijo de Jeireddín Barbarroja, el más grande *Kapudan Pachá* de todos los tiempos.

Las palabras caen con peso. A nadie se le escapa el velado insulto a Pialí, actual gran almirante del Imperio.

El rostro de Pialí se enrojece, pero mantiene el control con esfuerzo visible.

—¿Qué fuerzas trae?

—Un fuerte contingente de corsarios argelinos. Hombres curtidos en la guerra naval y el asalto anfibio. Además, Aluch Alí parte esta misma tarde hacia Trípoli. Debe transportar el cuerpo de nuestro querido Dragut para su sepultura, pero tiene órdenes de volver con toda la pólvora que pueda encontrar en el norte de África.

Mustafá pronuncia estas últimas palabras dirigiendo su mirada a los enviados del sultán.

—Así que, hermanos, no nos faltarán ni hombres ni pólvora para completar nuestra misión.

Los murmullos de aprobación llenan la tienda. El plan, por audaz que sea, tiene sentido militar. Pialí asiente lentamente, reconociendo a regañadientes la genialidad de la estrategia.

—¿Cuándo comenzamos?

—Al amanecer. Quiero que las primeras plataformas estén en movimiento antes de que salga el sol.

Los oficiales se van retirando uno a uno, cada cual con sus órdenes específicas. Pialí es el último en marcharse, no sin antes

dirigir una última mirada a Mustafá.

—Espero que tu plan funcione, hermano. Malta nos está costando más de lo que el Diván esperaba.

—Funcionará, Pialí. Y cuando Senglea caiga, el Burgo seguirá. Antes de que termine el verano, la Cruz habrá sido arrancada de estas rocas para siempre.

Horas más tarde, a varios kilómetros del campamento otomano, entre los olivos que crecen salvajes en las colinas, un hombre permanece inmóvil en la oscuridad. Su silueta se recorta contra el cielo estrellado y sus ojos contemplan las murallas del Burgo, que se alzan desafiantes en la distancia.

Mehmet ben Davud —aunque ese no es su verdadero nombre— siente cómo el viento nocturno agita su caftán. A sus cincuenta y cinco años, el peso de toda una vida de decisiones difíciles le oprime el pecho. Su mano derecha descansa sobre la empuñadura de su cimitarra, no por amenaza, sino por costumbre.

Pero esta noche es diferente. Esta noche, Filippo Laskaris —su nombre real, el que llevaba antes de convertirse al islam— ha despertado del largo sueño de la conveniencia.

Laskaris nació en el Peloponeso, en una casa noble donde los iconos de Cristo adornaban las paredes y el incienso ortodoxo perfumaba las oraciones matutinas. Su familia descendía de los antiguos emperadores de Bizancio, una estirpe venida a menos pero orgullosa de su linaje. Aprendió a santiguarse antes que a empuñar la espada, y sus primeras palabras fueron las de una oración cristiana.

Pero crecer cristiano bajo dominio otomano era cargar con una losa invisible. Cada puerta cerrada, cada oportunidad negada, cada humillación sutil le recordaba que su fe era un obstáculo para cualquier futuro digno. A los dieciocho años, con la amargura de quien renuncia a su alma por supervivencia, abrazó el islam.

Adoptó el nombre de Mehmet ben Davud, aprendió árabe y turco, y el dominio del arte ecuestre y la estrategia militar. Su conocimiento del mundo cristiano y su facilidad con las lenguas lo convirtieron en

un mediador valioso para el imperio. Ascendió hasta convertirse en *timariot*, con tierras en Rumelia y Anatolia, hombres bajo su mando y un asiento en los consejos de guerra.

Pero la sangre tiene memoria. Y en las noches de insomnio, cuando el viento susurra entre las ramas de los árboles, aún escucha la voz de su infancia. Los himnos ortodoxos, las oraciones de su madre, el eco de las campanas dominicales...

La masacre de San Telmo ha sido la gota que ha colmado el vaso de su conciencia. Ver a esos hombres —españoles, malteses, italianos— morir por algo más grande que ellos mismos, por una fe que no negociaron ni vendieron, le ha mostrado el abismo que existe entre lo que es y lo que debería haber sido.

Esa misma mañana ha asistido a su último consejo de guerra como oficial otomano. Ha escuchado los planes de Mustafá, ha visto los mapas, ha conocido los detalles del próximo asalto. Y mientras los demás planificaban la destrucción de Senglea, él tomaba su decisión final.

Ya no puede seguir dividido entre dos mundos. Es hora de recuperar su alma, aunque le cueste la vida.

Desenvaina su cimitarra y la deposita en el suelo; con pasos decididos pero silenciosos, Mehmet abandona la protección de los olivos y avanza hacia las murallas del Burgo. El corazón le martillea en el pecho, pero su resolución es firme. Levanta los brazos al aire, mostrando que no porta armas, y grita hacia las almenas: —¡Ah del castillo! Su voz resuena en la noche maltesa. Sabe que bien podría recibir una bala por respuesta, pero espera. Los segundos se alargan hasta que una voz áspera le responde desde las defensas: —¿Qué quieres, perro mahometano? —Le responden desde los muros que se yerguen al otro lado de la laguna.

Mehmet traga saliva. Las palabras que está a punto de pronunciar cerrarán para siempre el capítulo de su vida como musulmán y como súbdito del sultán.

—Mi nombre es Filippo Laskaris. Nací cristiano y deseo volver a serlo. Quiero pasarme a vuestro bando.

El silencio que sigue es tenso, cargado de suspicacia. Mehmet permanece inmóvil, con los brazos en alto, esperando a que los

defensores del Burgo decidan si aceptar su rendición o si prefieren convertirlo en un cadáver más sobre la hierba maltesa.

Su destino, como el de Malta misma, pende de un hilo en la oscuridad de la noche.

23

Ya es noche cerrada en Malta. Sobre las aguas que lamen la bahía al sur de la isla, flota una inusitada bruma traída por el siroco. Ocultas por el extraño fenómeno meteorológico, cuatro galeras cristianas aguardan en absoluto silencio.

—¿Ves algo? —pregunta Melchor de Robles.

—Nada, señor. No hay luna, y con esta endiablada niebla no se ve un ardite.

Melchor de Robles es maestre de campo del Tercio de Sicilia. Está al mando de los refuerzos que don García de Toledo ha conseguido reclutar a toda prisa y enviar a Malta. Son solo setecientos hombres, pero don García ha prometido que muy pronto enviará el gran socorro prometido.

—Si no vemos las señales convenidas con los sanjuanistas, deberemos volver a Sicilia...

Robles va en busca de Juan de Cardona, capitán de las galeras de Sicilia y hombre al mando del desembarco.

—¿Alguna novedad en tierra? —pregunta el marino sin apartar la vista del horizonte.

—Nada aún —replica Robles, y en su voz hay un deje de desesperación que no puede disimular.

Cardona se vuelve hacia él con la sonrisa sardónica que reserva para los momentos más difíciles.

—¿Y qué quiere vuestra merced que hagamos? ¿Nos volvemos... otra vez?

Este es el tercer intento de desembarco de los refuerzos españoles. Comunicarse con los sitiados es muy difícil dadas las circunstancias, y ni Robles ni Cardona quieren dar un paso en falso. Desembarcar en el lugar o el momento equivocado podría hacerles caer en una emboscada de los turcos, lo que supondría el fin de todos ellos.

Robles lanza una mirada de reojo a los dos caballeros de Malta que los acompañan: Brunefay y Juan Martínez. Ambos aguardan con expresión tensa; se nota que tienen prisa por regresar junto a sus hermanos de armas. Robles carraspea.

—Como volvamos a puerto de nuevo, a los sanjuanistas les va a dar un parraque —dice Cardona, poniendo voz a lo que nadie se atreve a decir.

—A ellos y a todos —replica el maestre de campo con el ceño fruncido—. Los muchachos están deseando entrar en acción. Y esta indecisión de desembarcar o no les está comiendo la moral.

De pronto, una voz rompe la tensión nocturna: —*¡Là! La vedo... tra la nebbia!* —alerta un vigía desde las gatas del árbol mayor.

Cardona y Robles corren hacia la proa, seguidos por los caballeros malteses. El vigía italiano señala un punto difuso en la costa enemiga. Entre los jirones de bruma, una antorcha hace la señal convenida desde el interior de una gruta.

Los caballeros Brunefay y Juan Martínez se acercan con rostros transfigurados. En sus ojos brillan lágrimas de alivio y esperanza: por fin van a poder volver con refuerzos junto a sus hermanos de la Orden.

—Es la señal correcta —confirman con voces quebradas por la emoción—, la convenida con el gobernador de Mdina.

Los botes de desembarco se dejan caer al agua con sordos chapoteos. Los soldados del refuerzo español comienzan a embarcar con la disciplina silenciosa de veteranos, listos para lo que les espera.

Pero entonces, cuando todo está listo para el desembarco, un marinero se acerca a Cardona y le susurra algo al oído. El rostro del capitán de galeras se endurece.

—¿Estás seguro? —pregunta a su subalterno con voz seca.

—Completamente, mi capitán.

Robles observa el gesto grave de Cardona y siente cómo se le encoge el estómago. Conoce esa expresión: es la cara que pone un hombre cuando acaba de recibir malas noticias.

—¿Y ahora qué diablos pasa? —pregunta Robles con una impaciencia que denota atisbos de desesperación.

Cardona lo toma del brazo y lo lleva aparte, lejos de los oídos curiosos.

—Uno de mis hombres, que entiende el maltés, ha oído una conversación entre los acompañantes de los caballeros de San Juan.

—¿Y?

—Al parecer, el fuerte de San Telmo cayó hace unos días, antes de venir a Sicilia en nuestra busca. Ellos mismos vieron a la flota turca entrando en el puerto.

—Maldita sea...

—Sí. Las órdenes del virrey don García de Toledo son claras en este punto: no debemos desembarcar los refuerzos si San Telmo obra ya en poder de los turcos.

Robles asiente en silencio y contempla a los dos caballeros que aguardan junto a los botes.

—Esos dos pájaros seguro que lo sabían y se han callado.

—Seguramente. Pero ¿acaso tú no habrías hecho lo mismo en su lugar?

El militar se encoge de hombros. La pregunta es justa, la respuesta obvia.

—Supongo que sí...

—La cuestión es: ¿qué hacemos nosotros ahora que lo sabemos? —dice Cardona mientras se pasa una mano por la barbilla mal afeitada—. Por lo que a mí respecta, lo dejo a vuestro criterio. Al fin y al cabo, sois vos y vuestros hombres los que se van a jugar la vida en esa isla.

Robles baja la mirada hacia la cubierta húmeda. Mil pensamientos se agolpan en su cabeza. Cada uno lleva consigo un futuro diferente, y todos dependen de la decisión que él debe tomar.

Alegando las órdenes del virrey, podría evitarse el trago de combatir en Malta. Al fin y al cabo, aquella no es tierra española. ¿Por qué jugársela por una isla que ni siquiera aparece en los mapas de Castilla? Además, los sanjuanistas lo tienen todo en contra: pocos hombres, menos pólvora, y un enemigo que multiplica sus fuerzas

por diez. Los que desembarquen en Malta tienen muchas probabilidades de no regresar jamás a casa. La isla será su tumba.

Pero entonces recuerda las discusiones mantenidas en los mentideros de Sicilia sobre la defensa de Malta. Todo el mundo tiene una opinión sobre el modo en que deben hacerse las cosas, pero todos coinciden en una: Malta debe salvarse. Es el muro de la Cristiandad frente al poderío turco que amenaza Europa. Si cae Malta, tarde o temprano le seguirá Sicilia y, tras ella, el resto de Italia y quién sabe si toda la Europa cristiana.

Robles comprende de pronto algo que no había meditado con la suficiente profundidad. Ahora lo ve con toda lucidez: el futuro de millones de personas en Europa puede depender de la decisión que él, personalmente, debe tomar en este instante. No de grandes reyes que viven en palacios dorados, ni de estadistas que juegan con mapas desde cómodos sillones. Todo puede depender de un hombre anónimo llamado Melchor de Robles, soldado español de los Tercios Viejos de infantería por la gracia de Dios y la voluntad del Rey.

Robles se lleva una mano al cuello y frota entre el índice y el pulgar la pequeña medalla que siempre lleva consigo. Es una baratija de plata con la figura de la Virgen con el Niño, regalo de sus abuelos el día de su primera comunión. Desde entonces la ha llevado consigo en todas las campañas: Francia, Italia, las costas africanas…

A ojos del mundo tal vez no valga ni dos maravedís, pero para Robles es su mayor tesoro. Le recuerda por qué lucha más allá del pan cotidiano y la paga del soldado.

—¿Qué decidís, Robles? Ningún lazo ni juramento os obliga a ir más allá.

Al fin, Robles levanta la vista y clava su mirada en los ojos de Cardona. En sus pupilas brilla una luz de determinación que el marino conoce bien: —Ahí os equivocáis, mi buen Cardona. Nuestra conciencia de buen cristiano nos obliga a todos. La decisión está tomada: desembarcamos, y que sea Dios servido.

24

El escritorio de Jean Parisot de La Valette parece un campo de batalla después del combate. Pliegos de papel cubren la superficie como soldados caídos, algunos cuidadosamente doblados y apartados, otros mostrando líneas rasgadas y manchas donde su mano frustrada ha presionado la pluma con demasiada fuerza.

Son los intentos desesperados del Gran Maestre por encontrar el tono adecuado para la carta dirigida al virrey, don García de Toledo. Es la enésima vez que el Gran Maestre demanda el socorro prometido por el rey de España. Ha comenzado la misiva no menos de cinco veces y ninguna versión le satisface. La pluma resbala entre sus dedos cuando la arroja sobre el tintero con gesto de fastidio, mientras murmura una maldición ahogada.

A su lado, un escribano aguarda en silencio sepulcral, sin atreverse a preguntar si debe transcribir ya la versión definitiva. Conoce los humores de su señor, y sabe que la paciencia de La Valette se agota al mismo ritmo que las provisiones del Burgo.

El Gran Maestre busca uno de los borradores entre el grupo de hojas manchadas de tinta, tachaduras y notas garabateadas con prisa.

—Escribid —ordena con voz que corta el aire—: «A don García de Toledo, virrey de Sicilia...».

El dictado del Gran Maestre comienza a velocidad de carga de caballería. Su pecho arde con una mezcla de frustración e indignación contenida que amenaza con desbordar el lenguaje cortesano que demanda su puesto. Cada palabra parece gritar: «¿Dónde están los refuerzos?», aunque el protocolo le obligue a envolverlas en fórmulas de respeto.

Las frases se suceden cargadas de constantes referencias al honor de la palabra empeñada, a la gratitud por los servicios prestados a España, a la lealtad inquebrantable de la Orden, a las

terribles consecuencias para toda Europa en caso de derrota. Y finalmente, un recordatorio que La Valette ha decidido incluir en el último momento, como quien juega una carta valiosa: —No hace falta que le recuerde a vuestra merced —dicta en voz alta— que vuestro hijo Fadrique se encuentra entre los defensores del Burgo, pues vos mismo me lo ofrecisteis en vuestra última visita a la isla. El muchacho está haciendo honor a su casta, luchando y esforzándose como uno más de mis hombres. Pues bien, cumpliendo el hijo con sus deberes de honrado soldado, no quiero ni pensar que en lo venidero no pueda predicarse lo mismo del padre. Además, no deseo recordaros las atrocidades que los turcos hacen a sus prisioneros. Por lo que tened la seguridad de que, si el Burgo cae, vuestro hijo sufrirá la misma suerte de tormentos que todos nosotros.

Al escuchar las osadas palabras del Gran Maestre, el escribano levanta los ojos del papel con expresión de alarma: —¿Estáis seguro de querer decir eso, mi señor? Ved que el hombre es esclavo de la palabra escrita, y que ésta puede viajar lejos y leerse con ojos poco piadosos...

La Valette lanza una mirada de soslayo a su escribano y, sin pedir permiso, arrebata la carta de sus manos para releerla. Sus ojos recorren las líneas con la concentración de un general que estudia el terreno antes de la batalla.

—La carta está perfecta como está —dice devolviendo el papel con gesto decidido—. Cifradla y buscad a alguien con arrestos suficientes para llevarla a Messina evitando el bloqueo turco.

La Valette sabe que sus palabras son fuertes. Demasiado, quizás, teniendo en cuenta la categoría de virrey don García. Pero la situación es tan desesperada que no admite andarse con ceremonias. Los turcos han comenzado a bombardear las fortificaciones del Burgo y Senglea con saña renovada, y pronto llegará el primer asalto general. Y él cuenta con muy pocos hombres para la defensa de ambas fortificaciones.

La defensa heroica de San Telmo, con el envío constante de refuerzos, ha drenado sus fuerzas. Es verdad que han logrado ganar un tiempo precioso para reforzar los puntos débiles de los fuertes de

San Miguel y San Ángel, pero ¿de qué sirve el más fuerte de los muros sin hombres que lo defiendan?

Al poco de marcharse su escribano, La Valette abandona sus dependencias y sale a inspeccionar los trabajos de defensa. Desde que tuvieron noticias de la venida de la gran armada turca, los trabajos del Burgo no han cesado ni de día ni de noche. Es una de las pocas cosas de las que se congratula el Gran Maestre: del esfuerzo constante e incesante de todos, tanto caballeros como civiles malteses.

Todos arriman el hombro sin distinción de cuna o condición. Todos se afanan en cumplir sin rechistar unos trabajos que parecen no tener fin: fabricar pólvora, moldear balas de mosquete, transportar materiales o construir nuevas defensas bajo el implacable sol.

Cuando hace unos años la Orden se vio despojada de su base en Rodas y forzada a aceptar Malta como nueva sede de operaciones, aquello pareció un regalo envenenado del emperador Carlos V. Malta era una roca estéril, sin apenas tierras cultivables y sin acceso a materias primas, que debían importarse todas desde Sicilia. Tampoco contaba con las formidables fortificaciones de Rodas. Además, el trato incluía defender la isla de Gozo y la plaza norteafricana de Trípoli. El Emperador había aprovechado su situación desesperada sin contemplaciones, colocándolos en el ojo del huracán.

Ahora, con el paso de los años y las nuevas perspectivas que da la guerra, La Valette agradece a Dios su destino maltés. La esterilidad de la isla se revela como su principal defensa: cualquier ejército de desembarco está obligado a traer consigo hasta el último trozo de pan que necesite para el asedio. Ni siquiera pueden beber agua fresca, pues la única fuente extramuros ha sido emponzoñada por orden suya. La esterilidad de Malta es una espada de Damocles que obliga a cualquier atacante a luchar contrarreloj.

Al doblar una esquina, La Valette observa a un grupo de sus caballeros reunidos en animada discusión junto al muro occidental. Entre ellos reconoce a uno de sus hombres, Fra Antoine de Montmorency, que gesticula con expresión de incredulidad.

Al verle, Fra Antoine se acerca a grandes zancadas.

—Excelencia —dice el caballero—, ahora os iba a buscar para...

—¿Qué está sucediendo? —interrumpe el Gran Maestre—. ¿Y quién es ese hombre que va vestido en valones de lienzo?

—De eso precisamente os quería hablar, mi señor. Es un espahí griego que ha desertado esta mañana. Va así vestido porque ha tenido que cruzar a nado el canal.

La Valette asiente y hace un gesto para que Fra Antoine continúe su informe.

—Al parecer es alguien de cierto renombre entre los turcos. Dice llamarse Filippo Laskaris, que nació cristiano y que desea volver a serlo, y...

—Bien, bien... —dice La Valette con impaciencia—, pero ¿tiene información útil sobre los planes enemigos? ¿Por qué os veía discutir entre vosotros como mercaderes en el zoco?

Fra Antoine pone los ojos en blanco con gesto que parece decir: «Pardiez, sí, ahora os lo iba a contar».

—Discutíamos porque no damos crédito a la información del griego. Según Laskaris, los turcos están preparando un gran asalto contra Senglea.

La Valette asiente y se frota la barbilla. Eso tiene perfecto sentido: es el siguiente movimiento lógico del enemigo después de la caída de San Telmo.

—¿Y eso es lo que no le creéis?

—No, excelencia —replica Fra Antoine—. Lo que no creemos es que ese asalto vaya a ser por tierra y por mar simultáneamente, tal y como afirma el griego.

—Eso tampoco me parece probable. Los generales turcos no serían tan estúpidos como para poner sus barcos a tiro de los cañones del Burgo y Senglea al mismo tiempo.

—Esa es precisamente la cuestión, excelencia. Según él, los barcos otomanos no cruzarían el puerto, sino que los están transportando por tierra para evitar nuestro fuego y depositarlos frente a la misma Senglea. Es un disparate, la verdad. No sé si este griego nos ha tomado por estúpidos, pero...

La Valette se queda lívido de pronto. Ya no escucha las palabras de Fra Antoine porque su mente trabaja a la velocidad del rayo. El

plan de los turcos no le parece para nada disparatado. Es, de hecho, una genialidad, y muy capaces son de llevarlo a término.

Fra Antoine no conoce a los turcos y sus aliados berberiscos tan bien como él. El mismísimo Dragut, años atrás, hizo una jugada similar cuando se vio acorralado por la flota genovesa de los Doria en su base norteafricana de Djerba. Los Doria tampoco creyeron que el corsario fuera capaz de transportar sus barcos por tierra para evitar el bloqueo genovés. Pero lo hizo, y los dejó a todos con un palmo de narices.

—Quiero ver a ese griego —dice de repente el Gran Maestre.

Y sin esperar la réplica de Fra Antoine, se dirige con paso decidido hacia donde sus caballeros retienen al desertor.

—Tú, griego —dice con sequedad—. Soy Jean Parisot de La Valette, Gran Maestre de la Orden de San Juan. Ahora me contarás ese plan de asalto por tierra y por mar. Quiero conocer todos los detalles.

Laskaris cuenta todo con precisión: el número de barcos que planean transportar, la ruta elegida para el transporte, la cantidad de hombres que se embarcarán en ellos y los puntos exactos elegidos por los turcos para el desembarco y ataque al flanco occidental de Senglea.

Cuando el griego termina su relato, el rostro de La Valette es un poema que mezcla admiración y horror.

—Está bien —dice al fin—. Dadle a este hombre ropas dignas con las que vestirse. Y tratadlo como a un invitado personal mío. Que no le falte de nada.

El grupo se dispersa y La Valette queda a solas con Fra Antoine.

—Excelencia, ¿qué deseáis que hagamos ahora?

—De momento, hay que modificar todos los planes de trabajo. Esta misma noche quiero que todos los hombres disponibles trabajen en la colocación de una cadena en la costa occidental que llegue hasta el final del espolón. Esa cadena debe impedir que los barcos turcos se acerquen a las playas y los obligue a desembarcar en el agua, donde serán un objetivo más fácil para nuestros arcabuceros.

Fra Antoine asiente, aunque en su fuero interno sigue dudando de que los turcos sean capaces de maniobras tan audaces.

—¿Qué pasa, Antoine? —pregunta La Valette, notando el gesto de disgusto de su hombre de confianza—. ¿No os fiais de mi criterio?

—No es eso, señor. Creo que vuestras decisiones siempre son acertadas, y no existe nadie en el mundo más capaz de dirigirnos.

—¿Entonces?

—Me preocupa que toda esta historia del griego sea una treta de nuestros enemigos para que malgastemos tiempo y recursos. Todos esos trabajos que proponéis impedirán a los hombres dedicarse a otras labores que parecían muy provechosas. Y además... bueno...

—¿Además qué, Antoine? Sed claro. Quiero saber todo lo que piensan mis hombres.

Fra Antoine hace un gesto de asentimiento resignado.

—Además está el tema de la falta de hombres. En el fondo, deseo que el griego sea un traidor, porque aceptar lo que dice implica demasiado. No tenemos efectivos suficientes para defender un perímetro tan largo.

En esto último, el Gran Maestre debe dar la razón a su caballero. Él también está preocupado por la escasez de efectivos. Solo un milagro puede salvar Malta.

La Valette está a punto de decir a Fra Antoine que deben rezar y confiar en el milagro, cuando de pronto se escucha una voz proveniente de los muros: —¡Señales de humo! ¡Desde Mdina nos hacen señales de humo!

Los dos sanjuanistas alzan la vista hacia la antigua capital maltesa. En efecto, desde las torres de Mdina alguien está enviando avisos urgentes, pero ¿avisos de qué?

—Pardiez, ¿ahora qué pasa? —dice Fra Antoine con ceño fruncido.

Sin embargo, los ojos del Gran Maestre brillan envueltos en lágrimas de esperanza.

—Pues que si esas señales significan lo que yo creo —dice La Valette, y por primera vez en semanas una sonrisa cruza su rostro—, tal vez el milagro que esperábamos se ha cumplido.

Unas horas antes. Interior de la isla de Malta

Una larga columna de oscuras figuras avanza por el árido paisaje maltés. Avanzan en la noche cálida sin hablar, sin hacer ruido. Solo el ocasional resoplido de algún caballo, el rumor de pasos sigilosos y algún leve entrechocar de armaduras interrumpen el silencio.

La columna de los refuerzos españoles se dirige hacia el interior de la isla, siguiendo senderos de cabras que serpentean entre las rocas. Es una marcha de quince kilómetros desde la playa de Piedras Negras hasta la ciudad amurallada de Mdina, pero cada paso los aleja de la seguridad del mar y los acerca al peligro. Si el pequeño contingente español se topa con los turcos en campo abierto, puede darse por muerto.

Los caballeros malteses que sirven de guías conocen cada piedra del camino. Brunefay y Juan Martínez han hecho esta ruta docenas de veces, llevando mensajes entre Mdina y las galeras de Sicilia. Pero nunca con setecientos soldados pisándoles los talones.

—Alto —susurra Brunefay de pronto alzando la mano.

La columna se detiene. Setecientos soldados se quedan inmóviles en la oscuridad, conteniendo la respiración. Solo se oye el viento nocturno entre las rocas y el latido acelerado de sus propios corazones.

—¿Qué pasa? —pregunta Robles en voz apenas audible.

—Un puesto avanzado turco. A doscientos pasos, en esa elevación.

Robles agudiza la vista. Al principio no ve nada, pero gradualmente distingue la silueta oscura de una construcción de piedra sobre una loma. Y junto a ella, las figuras de dos hombres que montan guardia.

—¿Nos han visto? —murmura Juan Martínez.

—No lo sé. Pero estamos perdidos si nos ven.

Robles siente cómo el sudor le empapa la espalda bajo la coraza. Setecientos hombres en campo abierto, sin posibilidad de formar cuadros, a tiro de arcabuz de un puesto enemigo. Si los turcos dan la alarma, toda la guarnición otomana de la zona caerá sobre ellos.

—¿Podemos dar un rodeo? —pregunta en un susurro.

—Añadiría tres horas de marcha —responde Brunefay—. Se nos haría de día y nos acercaría a otro puesto turco más grande.

—Tenemos que pasar por aquí, señor. Es el único camino.

Robles toma la decisión que puede costarles la vida a todos.

—Adelante. Despacio. Que nadie haga ruido.

La columna reanuda la marcha con pasos de fantasma. Cada soldado pisa donde pisó el anterior, evitando las piedras sueltas que podrían rodar ladera abajo. Las corazas y morriones van envueltos en trapos para amortiguar el sonido del metal.

A medida que se acercan al puesto turco, la tensión se vuelve insoportable. Robles puede ver ahora con claridad a los dos centinelas otomanos. Uno está sentado junto a un brasero que proyecta un círculo de luz rojiza. El otro camina de un lado a otro, con el arcabuz apoyado en el hombro.

Cien pasos. Noventa. Ochenta.

—Por la Virgen Santísima —murmura un soldado detrás de Robles.

—¡Refrenen lenguas! —le sisea su sargento.

Setenta pasos. Sesenta. Están tan cerca que Robles puede oír la conversación de los centinelas en turco.

Cincuenta pasos.

El centinela que camina se detiene de pronto. Gira la cabeza hacia donde avanza la columna española. Robles siente que se le para el corazón.

—No os mováis —susurra hacia atrás—. Que nadie se mueva.

El turco permanece inmóvil durante segundos que parecen eternos. Su silueta se recorta contra las estrellas. Robles puede distinguir sus facciones: barba oscura, turbante blanco, ojos que buscan en la oscuridad.

Sus miradas se cruzan.

Robles siente la tentación de echar mano a la espada, pero sabe que sería inútil. Si ese hombre grita, estarán perdidos. Setecientos soldados del rey morirán en esta roca maldita sin haber disparado un solo tiro en defensa de Malta.

El centinela turco ladea la cabeza. Robles puede ver sus ojos brillando en la oscuridad. Lo está mirando directamente. Lo ha visto.

Cinco segundos. Diez. Quince.

Entonces ocurre algo inesperado: el turco alza la mano en un gesto de saludo casual, como reconociendo a un compañero en la distancia.

Robles se queda paralizado. ¿Qué se supone que debe hacer? ¿Ignorarlo? ¿Echar a correr? ¿Desenvainar la espada?

Sin pensarlo, movido por un instinto que va más allá de la lógica, alza su propia mano y devuelve el saludo.

El centinela asiente satisfecho y se vuelve hacia su compañero, diciendo algo en voz baja. El otro responde con una carcajada y retoman su conversación.

Robles no puede creerlo. Acaba de saludar a un centinela turco que lo ha tomado por soldado otomano, y el hombre se ha quedado tan tranquilo.

La columna sigue avanzando paso a paso, alejándose del puesto enemigo. Solo cuando han puesto quinientos pasos de distancia, Robles se permite respirar con normalidad.

—¿Qué ha pasado ahí? —susurra Juan Martínez.

—Creo que nos ha tomado por turcos —responde Brunefay—. Con esta oscuridad habrá pensado que éramos soldados del sultán volviendo de una misión.

—Le habrá parecido imposible —dice Robles— que una columna de refuerzos cristianos se la juegue cruzando a pie toda la isla.

Sea por lo que fuere, el peligro ha pasado. La columna reanuda su marcha hacia Mdina con renovado ánimo. Han burlado a los turcos en sus propias narices.

Pero Robles sabe que han tenido suerte. Una suerte que no se puede repetir.

Dos horas antes del amanecer, las murallas de Mdina se alzan ante ellos. La antigua capital maltesa se asienta en lo alto de una colina.

Los centinelas de las murallas los han visto llegar y ya han abierto las puertas. Don Luis de Mesquita, gobernador de la ciudad, aguarda en el patio de armas rodeado por sus oficiales. Es un portugués de

mediana edad, curtido por años de servicio en las fronteras del Imperio, y sus ojos brillan de emoción al ver a los soldados españoles. Llegan andando con desparpajo, mosquete al hombro, espada al cinto, revestidos de cuero y metal como si la marcha nocturna que acaban de terminar la hicieran todos los días.

—¡Por todos los santos! —exclama—. ¡Don García ha cumplido su palabra!

Robles desmonta y se cuadra ante el gobernador.

—Melchor de Robles, maestre de campo del Tercio de Sicilia. Traigo setecientos hombres para el socorro de Malta.

—Setecientos... —dice Mesquita, y por un instante su rostro muestra una sombra de decepción—. Esperábamos diez mil.

El silencio se espesa entre ambos hombres.

—¿Dónde está el resto? —pregunta Mesquita sin dureza, pero con la urgencia de quien necesita respuestas—. ¿Vienen más galeras?

—Por el momento, esto es lo que hay —responde Robles con franqueza militar—. Don García promete enviar el gran socorro muy pronto, pero ahora mismo solo tenéis a estos setecientos hombres.

Mesquita asiente lentamente, asimilando la realidad. Luego se endereza y esboza una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Setecientos soldados del rey —dice con voz que busca recuperar el ánimo—. Es más de lo que teníamos ayer.

—Y todos veteranos —añade Robles—. Gente que sabe pelear.

—Entonces bienvenidos seáis —dice Mesquita, y esta vez el abrazo es más sentido—. El Gran Maestre os estará esperando.

Mesquita se gira y encara a sus soldados.

—¡Sargento! —grita de pronto—. ¡Encended las hogueras! Que el Gran Maestre sepa que los refuerzos han llegado sanos y salvos.

En minutos, las torres más altas de Mdina se coronan de fuego. Columnas de humo negro se alzan hacia el cielo nocturno, visibles desde el Burgo a través de la distancia que separa las dos ciudades. Los fuegos arden portando un mensaje que La Valette ha estado esperando durante meses.

Robles contempla las llamas que se elevan hacia las estrellas. Setecientos hombres no cambiarán el curso de la guerra, pero han llegado. Y a veces —piensa mientras se toca la medalla de la Virgen

— los milagros empiezan así: con gestos pequeños que nadie recordará, pero que lo cambian todo.

25

Don Álvaro de Bazán observa el puerto de Génova desde la crujía de su capitana. La ciudad despliega ante él sus mil hermosuras, pero el almirante apenas las contempla. No tiene tiempo para semejantes deleites.

La navegación desde Barcelona no ha sido empresa fácil. Mover la armada hasta Malta en pleno verano supone vencer al propio Mediterráneo antes que a los turcos. En esta estación, los vientos dominantes soplan de poniente obligando a las galeras a avanzar a la bolina, ciñendo el viento con bordadas interminables que multiplican la derrota. Cada legua ganada se paga con sudor y sal en la boca.

Bazán, curtido en mil singladuras, conoce bien esa verdad: en el mar, antes que al enemigo, hay que vencer al clima. Como él suele decir: «No solo es menester urdir, sino tejer». O lo que es lo mismo: las acciones, además de planearlas, hay que llevarlas a cabo. Y en el mar siempre hay imprevistos que destrozan los planes y cálculos de los que idean las empresas desde un despacho.

Su flota está compuesta por treinta y cinco naves y dos mil trescientos soldados de desembarco. Todavía son pocos para hacer frente a los otomanos, pero en Génova debe embarcar al cuantioso contingente de mil ochocientos soldados del Tercio de Lombardía.

Al desembarcar, Bazán es recibido con honores por los dignatarios de la ciudad. Falta, sin embargo, el más ilustre de todos: Juan Andrea Doria, heredero del nombre y del prestigio del célebre Andrea Doria. El sobrino del gran almirante genovés ha zarpado días atrás con sus galeras, obedeciendo órdenes del rey de España. Su misión es recoger a los soldados que sofocan una revuelta en Córcega y transportarlos a Livorno.

El Mediterráneo entero es un hervidero de naves que van y vienen, ejecutando la voluntad del monarca católico.

El Tercio de Lombardía, al mando de don Sancho de Londoño, aguarda puntual a las afueras de Génova. El embarque comienza de inmediato, pero es una labor que no se resuelve en una jornada.

Bazán supervisa el registro de compañías enteras, su distribución entre galeras y naos de transporte. Intendentes y estibadores acarrean pólvora, arcabuces, picas y artillería de campaña, asegurando cada pieza con cabos para soportar los vaivenes del mar. Las bodegas se llenan con bizcocho, vino y agua dulce para varias semanas.

Durante cinco días, el puerto bulle en gritos, golpes de maza, olor a brea y salitre, hasta que todo está dispuesto y las galeras a punto. El próximo destino es Nápoles, donde aguarda el Tercio de Álvaro de Sande.

El almirante español está en la crujía revisando las últimas listas de embarque cuando un bote se acerca a toda prisa desde el muelle. Un hombre salta a cubierta con una agilidad que delata la urgencia de su cometido; al verlo, Bazán entiende de inmediato que el mensaje no traerá buenas nuevas. En su mundo, urgente siempre significa malo.

—Mi almirante —dice el recién llegado, un oficial de las autoridades portuarias—. ¡Correo urgente de Civitavecchia!

El oficial hace entrega de un pliego lacrado con manos temblorosas.

—¿De Civitavecchia? —pregunta Bazán frunciendo el ceño—. ¿Qué puede ser tan urgente?

—No lo sé, mi almirante. Solo me han dicho que os lo entregue de inmediato. Que es cuestión de vida o muerte.

Bazán rompe el sello y despliega la carta. Sus ojos recorren las líneas mientras su rostro se ensombrece progresivamente, como si cada palabra fuera un nubarrón que oscurece el horizonte.

—¿Malas noticias? —pregunta don Sancho de Londoño, que se ha acercado al ver la conmoción.

Bazán no responde inmediatamente. Relee la carta una segunda vez, como si esperara que las palabras cambiaran.

—Según esto —dice finalmente—, alguien ha avistado sesenta galeras otomanas engolfadas en la desembocadura del Tíber.

Aguardan al socorro español para destruirlo. La información está aún pendiente de confirmación.

Un silencio denso cae sobre la cubierta. Los oficiales intercambian miradas preocupadas mientras el viento hace ondear las banderas con un chasquido que suena a mal presagio.

—¿Sesenta galeras? —murmura para sí don Sancho.

—Eso dice la carta —replica Bazán, y su voz suena de pronto cansada—. Se nos recomienda que no partamos de Génova hasta confirmar la información.

Aquello es un serio revés. Bazán conoce la importancia de llegar a tiempo a Sicilia, pero tiene orden expresa del rey de no entablar combate abierto con los otomanos. Si es cierto que los turcos aguardan en el Tíber, será imposible navegar hacia Nápoles sin ser avistados.

Don Sancho lee con seriedad la misiva. Al acabar, devuelve la carta al almirante con gesto pensativo.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Todavía no lo tengo decidido. Hay mucho en juego y las órdenes del rey son muy claras.

—Entiendo... —Londoño se toca la barba, pensativo—. Si os sirve de consejo, en esa carta no se confirma la información. Es raro que con una flota tan grande no se hayan recibido otros avisos además de éste...

—Sí, lo sé —responde el experimentado marino con irritación—. Tengo ya muchos años al servicio de Su Majestad y conozco mi oficio.

—Claro, claro... —se disculpa don Sancho—. Lo que quiero deciros es que, si decidís poner proa hacia Nápoles, tendréis todo mi apoyo. A veces se deben correr riesgos.

Los hombros de don Álvaro se relajan al escuchar la disculpa. Mientras reflexiona, sus ojos se posan en una gaviota que grazna y se adentra en el mar. Al poco, reaparece con un pez en el pico y aterriza sobre el tendal de popa, donde comienza a devorar su presa con la indiferencia de quien no conoce las preocupaciones de los hombres.

En el mar hay que ser prudente, pues todo se puede perder en un solo día. Pero a veces hace falta también osadía, porque si se quiere vencer hay que salir de la seguridad de los puertos y jugársela. Y Malta necesita ese punto de osadía.

La mano de don Álvaro se cierra sobre la carta, arrugándola ligeramente. Los asediados no pueden esperar más. En Malta el cerco se estrecha y cualquier demora en puerto es una victoria para los turcos.

—Partimos de inmediato —dice con determinación.

—¡Bien dicho! —celebra don Sancho.

—Rumbo a Nápoles —añade con firmeza—. Todas las galeras en formación de ataque.

La flota de don Álvaro parte de Génova al amanecer del día siguiente. La navegación es traicionera y pesada, pero el almirante capea los vientos con la maestría de quien ha hecho del mar su segundo hogar. La buena noticia es que no hay rastro de vela enemiga en el horizonte.

Sin embargo, al quinto día de navegación, la voz del vigía hace estremecer a todos como un rayo que parte el cielo sereno: —¡Galeras en lontananza! ¡A proa!

El grito atraviesa la galera como una cuchillada. Don Álvaro y sus oficiales cruzan la crujía a paso ligero, el corazón acelerado. En el horizonte, las velas se multiplican contra el cielo como pájaros de mal agüero. Veinticinco, al menos. Tal vez más. ¿Serán las galeras de las que le advertía la carta?

Un silencio denso se apodera de la cubierta. Bazán está lívido. Todavía resuenan en su cabeza las palabras del rey: «*En lo que toca a pelear con la armada, en ninguna manera se puede ni debe hacer, así os lo mandamos expresamente, porque la desigualdad es tan grande*».

Por un momento, Bazán contempla dar la popa y huir. Sus ojos calculan distancias, vientos, posibilidades de escape. Pero los números son implacables: los vientos favorecen a la flota contraria. Los alcanzarían uno a uno, despedazando su armada galera por galera.

—Mi almirante —murmura un oficial junto a él—. ¿Órdenes?

Bazán no responde. En su mente resuena una voz acusadora: «Esto ha sido por tu culpa. Te advirtieron del peligro, pero no hiciste caso. Tu ansia de gloria nos ha condenado a todos».

Se lleva una mano al crucifijo que cuelga de su cuello.

—Perdóname, Señor, por mi falta de humildad —reza entre dientes—. Hágase y cúmplase tu divina voluntad.

Las galeras enemigas crecen en el horizonte. Comienzan a distinguirse los detalles: las velas latinas hinchadas, los espolones que cortan las aguas como cuchillos.

—¿Mi almirante? —insiste el oficial con voz tensa.

—Ordene zafarrancho de combate —ordena Bazán con voz ronca.

Los tambores empiezan a redoblar. Los hombres de cabo y guerra corren a sus puestos. Se escucha el chirrido metálico de las armaduras poniéndose a toda prisa y el chisporroteo de las mechas de arcabuz al prenderse.

Las galeras se acercan.

Legua y media. Una legua. A esta distancia puede ver los destellos del sol en las armas de cubierta.

Bazán aprieta los puños. En pocos minutos comenzará la matanza. Ve ya en su imaginación las cubiertas empapadas de sangre, los gritos de los heridos...

Media legua.

El vigía debería distinguir ya los estandartes enemigos.

—¡Esperad! —grita de pronto el vigía desde la gata del árbol mayor—. ¡Veo banderas!

—¿Qué banderas? —ruge Bazán.

Un silencio tenso. Todos los ojos se alzan hacia el vigía, que se protege los ojos con la mano escudriñando el horizonte.

—¡Son genoveses! —exclama al fin con un grito liberador—. ¡Las galeras de Juan Andrea Doria!

Las palabras tardan un segundo en penetrar en la mente de Bazán. Luego, el alivio lo inunda como una ola tibia.

—¿Genoveses? —repite con voz quebrada.

—¡Sí, mi almirante! ¡Veo los estandartes de los Doria!

Un suspiro colectivo recorre las cubiertas. Las dos flotas se saludan con salvas de cañón que suenan a himno de victoria.

La visita de Don Álvaro y sus oficiales a los Doria es obligada. Toman un bote y se dirigen a la galera capitana de Juan Andrea, el mayor aliado de la monarquía hispánica en el Mediterráneo.

—Bien hallado seáis, mi señor Doria. Al avistar vuestra flota, creímos estar frente a los turcos. Ha sido un gran regocijo comprobar que erais vos.

Sonríe el genovés.

— Siento haberos dado semejante disgusto. Vamos rumbo a Livorno para embarcar a cuatro mil infantes florentinos. Al igual que vos, estos días todos andamos revueltos con la venida de la flota turca sobre Malta.

Doria invita a Bazán a su camarote de popa y le sirve una copa de vino. Es el primer momento de relajación de don Álvaro en las últimas semanas.

—¿Qué noticias tenéis de Malta? —pregunta Doria sin preámbulos—. Los últimos avisos que recibimos en Génova hablaban de que San Telmo había caído.

—Así es —confirma Bazán con gesto sombrío—. Cayó a finales de junio, después de más de un mes de asedio. Los turcos lo redujeron a escombros.

—¿Y el Burgo? ¿Senglea?

—Aún resisten, pero ¿quién sabe por cuánto tiempo? García de Toledo envió un pequeño socorro desde Sicilia... setecientos hombres nada más. Una gota en el océano.

Doria asiente pensativo, haciendo girar el vino en su copa.

—¿Cuántos hombres cree que necesitarán los turcos para tomar las dos plazas?

—Con San Telmo en su poder, pueden concentrar toda su fuerza. Treinta mil hombres, quizá más. Y nosotros... —Bazán hace una pausa amarga—. Nosotros vamos recogiendo soldados por todo el Mediterráneo como quien recoge migas.

—Los cuatro mil florentinos que embarco en Livorno son buenos soldados —dice Doria—. Y vos lleváis ya, ¿cuántos?

—Cuatro mil también, entre los de Lombardía y los que embarqué en Barcelona. En Nápoles tomaré a Álvaro de Sande con otros tres mil. Pero sigue sin ser suficiente.

—¿Cuántos calcula Su Majestad que hacen falta?

—Al menos veinte mil. Y eso contando con que lleguemos antes de que Malta caiga.

Los dos almirantes guardan silencio un momento. Ambos conocen las matemáticas implacables de la guerra naval: cada día de retraso puede significar la diferencia entre la victoria y el desastre.

—El tiempo juega en nuestra contra —murmura Doria—. En agosto los vientos no favorecen la navegación hacia Malta.

—Lo sé. Por eso cada hora cuenta. Los turcos están cerca de la victoria, y nosotros... —Bazán golpea suavemente la mesa con los nudillos—. Nosotros vamos llegando tarde a nuestra propia guerra.

Doria contempla su copa con gesto melancólico. Sus dedos rozan instintivamente el anillo que lleva en el meñique, herencia de su tío abuelo Andrea, el viejo patriarca de la familia, fallecido cinco años atrás.

—Creo —dice Bazán, cambiando deliberadamente de tema— que nunca tuve ocasión de daros el pésame en persona por la muerte de vuestro tío. Fue un gran hombre del que todos hemos aprendido mucho.

Juan Andrea asiente con pena, acariciando el anillo del meñique. La mirada perdida en el mar que se extiende más allá del portillo del camarote.

—En verdad lo echo mucho de menos. En momentos como estos, cuando todo el Mediterráneo está en llamas, desearía contar con su consejo. Siempre tenía la palabra justa para cada ocasión.

El viejo almirante lo había criado desde niño, tras la muerte violenta de su padre a manos de los Fieschi, y le había enseñado todo sobre el mar y los hombres.

Apuran un par de copas más, hablando de asuntos menores, antes de que Bazán decida que ya es hora de regresar a su nave.

—Si Dios quiere, nos volveremos a ver en Messina.

—Si Dios quiere —repite Doria.

Don Álvaro sube al bote de remos junto a sus oficiales. La noche está en calma, el cielo estrellado. Probablemente los hombres que combaten en Malta estén observando las mismas estrellas, preguntándose cuándo llegará la ayuda que puede salvar sus vidas.

26

Francisco despierta con la boca seca y el brazo izquierdo ardiendo. La herida se ha infectado durante las horas que llevan escondidos en la gruta, y cada latido del corazón le envía ondas de dolor que suben hasta el hombro. De las Cuevas monta guardia en la entrada, su silueta apenas visible en la penumbra. Casi no queda luz: solo un resplandor azulado que se filtra desde la abertura submarina por la que entraron buceando, y que ahora va apagándose con la caída de la noche. El veterano cántabro no ha dormido, consciente de que las patrullas turcas rastrean la costa en busca de supervivientes.

—¿Cómo te encuentras, cabo? —susurra Kemiru.

—Como si me hubieran masticado y escupido —Francisco se incorpora con esfuerzo.

El muchacho maltés ha resultado ser su salvación. Conoce cada grieta de la costa, cada corriente traicionera y, sobre todo, la ruta que puede llevarlos de vuelta al Burgo.

—Creo que ya podemos salir —dice De las Cuevas desde la entrada—. Ya ha anochecido. Es ahora o nunca.

Francisco se levanta. Los músculos protestan, pero aguanta. De las Cuevas tiene razón: es ahora o nunca.

Se meten en el agua fría de la gruta. Francisco aprieta los dientes cuando el agua salada toca su herida infectada, un dolor agudo que le atraviesa el brazo.

Kemiru bucea primero, desapareciendo por la abertura submarina con la agilidad de un pez. De las Cuevas espera a que Francisco llene sus pulmones antes de seguirlo.

La oscuridad bajo el agua es casi total. Francisco nada a ciegas, guiándose por las burbujas que suben de Kemiru, conteniendo el aliento mientras sus pulmones empiezan a arder. Cuando cree que va a ahogarse, emerge en el mar abierto. La noche ha caído por completo sobre Malta.

Kemiru los guía, entonces, por un sendero que solo él conoce, serpenteando entre rocas que se alzan amenazantes. La piedra caliza, pulida por siglos de viento y sal, resbala bajo sus botas. A cada paso deben agarrarse a salientes cortantes que les arañan las palmas mientras avanzan pegados al acantilado como arañas humanas que luchan contra la gravedad.

Las olas rompen contra las rocas con estruendo ensordecedor, enviando cortinas de espuma que los empapan hasta los huesos. Una ola más grande los golpea por sorpresa, y Francisco debe aferrarse desesperadamente a una grieta mientras el agua trata de arrastrarlo hacia el abismo negro del mar.

—¡Cuidado con la resaca! —grita Kemiru por encima del rugido—. Cuando se retire el agua, agarraos fuerte u os llevará consigo.

Avanzan metro a metro por cornisas que no tienen más de un palmo de ancho. A su derecha, la pared rocosa se alza vertical. A su izquierda, el vacío y las olas hambrientas que esperan un paso en falso.

Finalmente llegan a una pequeña cala protegida donde el agua se aquieta. Kemiru señala hacia el mar oscuro que se extiende hacia las luces lejanas del Burgo.

—Desde aquí nadamos. Es la única forma de llegar al Burgo sin que nos vean.

—¿Qué distancia? —pregunta Francisco, contemplando las luces lejanas de la fortaleza.

—Una legua.

Francisco y De las Cuevas intercambian miradas de alarma. Una legua a nado para dos soldados exhaustos, uno de ellos herido, es casi una sentencia de muerte.

—¿Una legua? —repite De las Cuevas—. Estamos jodidos. —A esta hora la corriente va a nuestro favor —dice Kemiru intentando darles ánimos—. Y conozco rocas donde podemos descansar.

Vuelven al agua. Los primeros cien metros van bien. Kemiru nada delante marcando el ritmo, parándose de vez en cuando para esperarlos. Pero pronto Francisco empieza a quedarse atrás. El brazo herido apenas le sirve, y debe nadar con un solo brazo mientras lucha contra las corrientes que quieren arrastrarlo mar adentro.

—No puedo más —jadea cuando llegan a la primera roca de descanso—. Seguid sin mí.

—Ni hablar, cabo Paco —responde Kemiru—. No te vamos a dejar atrás.

De las Cuevas también lucha. Todos sus años de campañas no lo han preparado para esto. Sus piernas se mueven cada vez más lentas, sus brazos pesan como plomo mientras el mar parece crecer a su alrededor.

—Escuchad —dice Kemiru—. Yo nado entre vosotros dos. Cuando no podáis más, agarraos a mis hombros. Os ayudaré a flotar mientras recuperáis fuerzas.

—No podemos arrastrarte con nosotros —protesta Francisco—. Te ahogaremos a ti también.

—He nadado en estas aguas desde que era niño. Confiad en mí.

Reanudan la travesía. A los quinientos metros, Francisco empieza a tragar agua. Sus brazadas se vuelven desesperadas, descoordinadas, mientras el pánico se apodera de él.

—¡Kemiru! —grita Francisco.

El muchacho reacciona al instante. Se coloca bajo el soldado y lo mantiene a flote mientras el veterano recupera el aliento, sintiendo bajo sus pies el negro vacío del mar.

—Tranquilo. Respira despacio. Ya queda menos.

—No llego —jadea—. No llego...

Se hunde. El agua negra se cierra sobre su cabeza. Por un momento terrible cree que va a morir ahogado a un centenar de metros de la salvación. Pero unas manos firmes lo agarran y lo izan hacia la superficie. Kemiru lo sostiene con un brazo mientras nada con el otro, luchando contra la corriente que quiere arrastrarlos a ambos.

—¡De las Cuevas! —grita Kemiru—. ¡Ayúdame!

El cántabro, que nadaba unos metros más adelante, regresa con esfuerzo. Entre los dos mantienen a Francisco a flote hasta que puede volver a nadar por sí mismo, aunque cada brazada es un acto de pura voluntad.

Los últimos metros son un infierno. Los tres avanzan más muertos que vivos. Cuando finalmente tocan las piedras del puerto del Burgo,

Francisco se arrastra fuera del agua temblando como una hoja.

—Sin ti estaríamos muertos —murmura Francisco escupiendo agua salada.

El muchacho maltés no tiene fuerzas para hablar, sólo le da para sonreír mientras se desploma sobre las piedras húmedas.

Los cañones de la fortaleza rugen en ese momento, disparando contra las posiciones turcas.

—¡Ah del castillo! —grita De las Cuevas cuando están lo bastante cerca—. ¡Somos cristianos!

La respuesta llega inmediatamente: —¡Identificaos!

—Cabo Francisco de Peralta, soldado Santiago de las Cuevas, del Tercio de Sicilia. Supervivientes de San Telmo.

Un murmullo de sorpresa recorre las murallas.

—¡Supervivientes de San Telmo! No puede ser…

Unas cuerdas caen al instante desde las almenas. En minutos, los tres hombres son izados hasta la seguridad del Burgo.

El oficial que los recibe no puede ocultar su asombro. Es un capitán maltés con el rostro marcado por cicatrices de metralla.

—Creíamos que habían muerto todos en San Telmo.

Francisco sonríe con amargura mientras escupe agua salada: —Casi todos, sí.

—¿Cuántos sois?

—Que yo sepa, sólo nosotros dos y este muchacho.

El capitán maltés se persigna instintivamente. De toda la guarnición de San Telmo, sólo tres hombres han regresado vivos.

—El Gran Maestre querrá veros de inmediato. Seguidme.

Jean Parisot de La Valette se pone en pie al verlos entrar en la sala del consejo. El Gran Maestre ha envejecido años en las últimas semanas, pero sus ojos conservan la agudeza de un ave de presa que evalúa cada detalle.

—Por Dios santo —murmura—. ¿Es cierto? ¿Sois supervivientes de San Telmo?

—Sí, excelencia —responde Francisco, cuadrándose pese al cansancio y la ropa empapada.

La sala se llena de murmullos. Los miembros del consejo de guerra se agolpan en torno a los recién llegados. Entre ellos, Fra Antoine de Montmorency estudia con atención a los tres hombres: El soldado mayor mantiene la compostura militar pese a su estado lamentable; el otro, más joven, tiene un aspecto duro y mirada torva, algo patibularia; y por último está el muchacho maltés. Fra Antoine reconoce a Kemiru: el nadador que mandaron días atrás a San Telmo. Verlo vivo le produce una sorpresiva alegría.

—Sentaos, por favor —ordena La Valette—. Decidme todo lo que podáis sobre los últimos días de San Telmo.

Francisco toma la palabra. Describe la efectividad mortífera de la artillería turca, el estado de las murallas al final, las tácticas de asalto jenízaras. De las Cuevas aporta detalles técnicos sobre el número de efectivos enemigos y sus movimientos. Kemiru guarda silencio, pero sus ojos no pierden detalle de lo que le rodea.

—Los turcos han vencido, pero están tocados —concluye Francisco—. Han perdido muchos hombres. Más de los que esperaban.

—¿Y su ánimo? —pregunta La Valette.

—Cumplirán con su deber, pero ya no luchan con el entusiasmo del primer día. He visto esa mirada antes. Es la mirada de hombres que quieren volver a casa.

Fra Antoine se acerca cuando el interrogatorio termina.

—Soy Antoine de Montmorency —se presenta—. Quiero daros las gracias. Vuestra resistencia en San Telmo nos ha dado un tiempo precioso para reforzar nuestras defensas.

Francisco lo estudia. Joven, bien parecido, con las manos suaves de quien no ha empuñado una espada en combate real.

—¿Primera campaña, Fra Antoine?

—Sí.

—Entonces preparaos. Lo que está por venir será peor que San Telmo.

La Valette está a punto de ordenar que lleven a Francisco a la enfermería cuando se escucha conmoción fuera de la sala de reuniones. Pasos apresurados, voces excitadas que anuncian noticias urgentes.

—¡Excelencia! —grita un oficial irrumpiendo en la sala—. ¡Mensajero urgente de Mdina!

Un hombre entra jadeando, con el jubón empapado de sudor y polvo de camino. Se quita el morrión y se cuadra ante La Valette con la respiración entrecortada.

—Miguel Zammit, excelencia. Vengo de parte del gobernador Mesquita.

—Hablad —ordena La Valette.

—El primer socorro ha llegado, mi señor. Setecientos soldados del Tercio de Sicilia desembarcaron anoche en la isla. Están sanos y salvos en Mdina.

Las palabras del mensajero confirman las señales de humo avistadas el día anterior. Un silencio denso llena la sala. Luego estalla en murmullos de alivio y excitación. Algunos caballeros se abrazan. Otros se persignan dando gracias.

La Valette permanece inmóvil, pero Francisco nota un ligero temblor en los labios del Gran Maestre.

—¿Setecientos? —pregunta con voz controlada.

—Sí, excelencia. Soldados veteranos al mando del maestre Melchor de Robles.

—¿Cuándo pueden estar aquí?

—Cuando vos ordenéis, mi señor. Esperan instrucciones para el traslado.

La Valette hace llamar a Laskaris, el desertor griego cuya información había resultado tan valiosa.

—Caballeros —dice La Valette sin preámbulos—, tenemos setecientos soldados en Mdina que debemos traer al Burgo sin que los turcos los detecten. Necesito opciones.

Fra Antoine despliega un mapa rudimentario de la isla sobre la mesa.

—La ruta más directa es por el centro de la isla, pero...

—Pero los turcos tienen puestos avanzados en las colinas —interrumpe uno de los caballeros sanjuanistas.

Laskaris se acerca al mapa. Sus dedos trazan rutas posibles mientras estudia el terreno con ojo experto.

—Excelencia —dice el griego—, el traslado se puede hacer con relativa seguridad si se hace un desvío en semicírculo y vienen por la costa sur de la isla. Allí no hay turcos.

—¿No hay turcos? —pregunta Fra Antoine con desconfianza—. ¿Estáis seguro?

—Completamente —explica Laskaris—. Solo hay dos puestos de vigilancia, y ambos se pueden evitar.

—¿Cuánto tardarían? —pregunta La Valette a Laskaris.

—Si salen de Mdina al anochecer, pueden estar aquí antes del amanecer. Seis horas de marcha por terreno conocido.

La Valette contempla el mapa. Setecientos hombres pueden cambiar el equilibrio de fuerzas, pero solo si llegan vivos. Cierra los ojos un momento. Cuando los abre, su decisión está tomada.

—Enviad mensaje a Mdina. Que salgan esta noche cuando se oculte el sol. Laskaris, vos iréis a Mdina y los guiaréis por la ruta sur. Fra Antoine, aparejad lo necesario. Quiero botes listos en la costa para el último tramo.

—¿Y si los turcos se enteran? —pregunta alguien.

La Valette mira a los supervivientes de San Telmo, que han permanecido en silencio durante toda la discusión.

—Entonces creo que sólo nos quedará rezar.

Se vuelve hacia Francisco.

—Vos conocéis a los turcos mejor que nadie aquí. ¿Creéis que es factible?

Francisco se pasa una mano por la barba y piensa su respuesta. Al fin responde: —Sí, excelencia. Esta noche o nunca. Cuando los turcos cierren el cerco sobre el Burgo, será imposible hacer el traslado.

La Valette asiente.

—Pues esta noche será. Que Dios nos ayude.

Los oficiales se dispersan para organizar los preparativos. En pocas horas, el destino de Malta puede cambiar para siempre.

Desde la ventana de la sala, las primeras estrellas comienzan a brillar sobre el Mediterráneo. En algún lugar de esa noche que se aproxima, setecientos soldados españoles se preparan para jugarse la vida en una carrera contra el tiempo.

Francisco contempla esas mismas estrellas y masca corteza de sauce para aliviar el dolor de su brazo herido. Mañana, si todo sale bien, Malta tendrá una oportunidad de sobrevivir.

Si sale mal, habrán perdido el único refuerzo que, por el momento, pueden esperar.

27

El alba pinta de oro las aguas del puerto mientras Fra Antoine de Montmorency observa el trabajo que puede salvar o condenar Senglea. Desde las murallas, contempla cómo los trabajadores malteses se adentran en el agua hasta la cintura, martillando las últimas estacas de madera en el lecho marino.

—Doce pasos de la costa —murmura, repitiendo las órdenes de La Valette—. Ni uno menos.

El caballero francés tiene veintiséis años y lleva apenas dos meses en Malta. Su cabello rubio claro contrasta con la piel curtida por el sol mediterráneo. Sus manos, acostumbradas a pergaminos y planos arquitectónicos, ahora supervisan defensas que pueden decidir el destino de la Cristiandad.

—¿Creéis que funcionará, Fra Antoine? —pregunta el ingeniero maltés que dirige los trabajos.

Antoine sigue con la mirada una de las pesadas cadenas que ya se extiende entre las estacas. El hierro brilla bajo el agua.

—Esperemos que sí. Debemos confiar en Dios y en el criterio del Gran Maestre.

En las murallas, los soldados del Burgo preparan posiciones de tiro. Arcabuceros comprueban la pólvora y limpian los cañones de sus armas. Otros amontonan piedras para arrojar desde las almenas. Cada hombre conoce su puesto, cada uno sabe que el próximo asalto será decisivo.

Fra Antoine cuenta mentalmente los efectivos disponibles. Con los setecientos que deben llegar esa noche, tendrán justo los suficientes hombres para defender ambas penínsulas.

Si llegan. Si el plan funciona. Si los turcos no los descubren.

—¡Fra Antoine! —grita uno de los trabajadores— ¡Tenemos el primer tramo terminado!

El francés asiente. Una barrera submarina de trescientos metros protege ya la costa occidental de Senglea. Si los turcos quieren desembarcar, tendrán que hacerlo en aguas profundas, bajo el fuego de los arcabuceros.

Las primeras luces del amanecer ya tiñen el cielo cuando la columna de Robles llega a las murallas del Burgo. Gracias a las indicaciones de Laskaris, han conseguido llegar sin incidentes. Sólo deben lamentar la pérdida de un caballero: Don Girolamo de Gravina, un caballero siciliano cuyo paradero se desconoce. Es posible que se haya perdido durante la noche, según atestiguan algunos.

Fra Antoine observa el desfile de rostros curtidos, morriones, coseletes, arcabuces bien mantenidos. Soldados veteranos que han sobrevivido en Francia, Italia o las costas norteafricanas.

La Valette aguarda rodeado por sus principales oficiales. El Gran Maestre ha permanecido despierto toda la noche, esperando noticias del traslado. Cuando ve aparecer a Robles, una sonrisa cruza su rostro cansado.

—Don Melchor de Robles —dice el Gran Maestre adelantándose—. Bienvenido a Malta. Vuestra llegada es un regalo de la Providencia.

Robles se quita el morrión y se cuadra.

—Jean Parisot de La Valette, supongo. Es un honor, excelencia. Traigo setecientos soldados del rey para el socorro de Malta, y saludos de su virrey en Sicilia.

—Setecientos soldados que pueden cambiar el curso de esta guerra —responde La Valette—. ¿Cómo ha ido el traslado?

—Mejor de lo esperado. Vuestro hombre, Laskaris, conoce cada piedra de esta isla.

La Valette asiente con satisfacción. Se vuelve hacia sus oficiales.

—Fra Antoine, disponed de alojamiento para estos hombres. Que descansen unas horas y luego los distribuiremos entre las defensas de Senglea.

—¿Cuál es la situación? —pregunta Robles.

—Crítica —responde La Valette sin endulzar la realidad—. Los turcos tomaron San Telmo hace unos días. Ahora concentran toda su

fuerza contra el Burgo y Senglea. Esperamos su asalto general en cualquier momento.

Robles estudia las murallas, cuenta las posiciones de artillería y evalúa las defensas con ojo profesional.

—¿Efectivos enemigos?

—Unos veinte mil hombres, quizás más. La flor y nata del ejército otomano.

Un silencio tenso llena el patio. Los soldados españoles intercambian miradas. Han venido a Malta sabiendo que era una misión difícil, pero al escuchar las cifras reales es más bien suicida.

—Bueno —dice finalmente Robles con una sonrisa torcida—. Al menos no tendremos que preocuparnos por encontrar al enemigo.

Una carcajada nerviosa recorre el grupo. Es el tipo de humor negro que mantiene cuerdo a un soldado cuando todo parece perdido.

La tienda de Mustafá Pachá bulle de actividad cuando traen al prisionero. El general otomano está sentado entre almohadones de seda, rodeado por sus oficiales de mayor confianza. Pialí Pachá se encuentra presente como testigo junto a varios agás jenízaros.

El hombre que arrastran hasta él es un espectáculo lastimoso: un caballero siciliano obeso, sudoroso, con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Sus ropas son ricas pero están manchadas de barro y sudor.

—¿Quién sois? —pregunta Mustafá a través del intérprete.

—Don Girolamo de Gravina —responde el siciliano entre jadeos—. Caballero de la Orden de San Juan.

Mustafá estudia al prisionero con interés. No es un soldado raso, sino alguien de importancia. Las respuestas que obtenga pueden ser valiosas.

—¿De dónde venís?

—De... de Sicilia —dice Gravina, y su voz tiembla ligeramente.

—¿Habéis venido solo?

El siciliano vacila. Sus ojos esquivan la mirada penetrante del general turco.

—No. Éramos más.

—¿Cuántos más?

Gravina traga saliva.

—Setecientos hombres del Tercio de Sicilia y aventureros privados.

Un silencio denso llena la tienda. Mustafá intercambia una mirada con Pialí. ¿Setecientos soldados españoles han logrado llegar al Burgo sin ser detectados?

—¿Cómo? —pregunta Mustafá con voz tensa.

—Por la costa sur. Durante la noche.

—¿Y vos os separasteis del grupo?

Gravina baja la mirada, avergonzado.

—Me cansé. Soy... soy demasiado pesado para marchas largas. Mis servidores se quedaron conmigo cuando no pude seguir.

Mustafá se pone en pie bruscamente. Su rostro se ha enrojecido de cólera.

—¡Setecientos soldados españoles han cruzado nuestra isla sin que nadie los viera!

Se vuelve hacia Pialí con furia contenida.

—¿Dónde estaban vuestras galeras? ¿Cómo es posible que haya habido un desembarco sin que lo detectaran vuestras patrullas?

Pialí endereza la espalda, pero hay inquietud en sus ojos.

—Las patrullas estaban concentradas en el norte, esperando más desembarcos desde Sicilia. La costa sur...

—¡La costa sur debería estar vigilada también! —ruge Mustafá—. ¡Esto es inadmisible!

—Un momento, Mustafá. No intentéis culpar a mis barcos. Nosotros estamos a la espera de una gran flota. No podemos interceptar cada barco que llega a la isla. Además, esos hombres se han cruzado la isla entera a pie. ¿Es también culpa mía?

El general otomano camina de un lado a otro de la tienda, presa de una furia creciente. Sus oficiales permanecen en silencio, sabiendo que cualquier palabra puede desatar su ira sobre ellos.

—¿Qué clase de soldados eran? —pregunta a Gravina.

—La mayoría son veteranos de un tercio español. Soldados profesionales al mando del maestre de campo don Melchor de

Robles. Pero también hay aventureros de todas partes de la Cristiandad y algunos caballeros de la Orden rezagados, como yo.

Mustafá cierra los puños. Los Tercios españoles no son milicias asustadas. Son los mejores soldados de Europa.

—¿Vienen más refuerzos?

—No lo sé.

Mustafá se detiene frente a Pialí.

—Hay que aislar el Burgo y Senglea. No quiero que pase ni una mosca sin que nos enteremos. Duplicad las patrullas. Triplicadlas si es necesario.

—¿Y el asalto? —pregunta un agá jenízaro.

—Se acelera. No podemos dar tiempo a los cristianos para que organicen sus nuevas defensas. Atacaremos en cuanto los barcones estén listos.

Mustafá contempla el mapa de Malta extendido sobre la mesa. Setecientos soldados españoles. Una complicación grave, pero no insuperable.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —pregunta Pialí.

Mustafá mira a Gravina con desprecio.

—Mándalos a remar con la chusma.

Se dirige hacia la salida de la tienda, pero se detiene y se vuelve hacia sus oficiales.

—Y quiero que todos comprendáis una cosa: este error no se repetirá. Malta debe caer antes de que lleguen más refuerzos. El honor del sultán está en juego.

28

Francisco necesita visitar la enfermería.

La herida que le hizo un jenízaro en los últimos días de San Telmo no mejora. Le duele horriblemente y siente fiebre. Ha aguantado lo que ha podido, pero ya no puede más.

La enfermería se encuentra en una de las cámaras bajas del Burgo, que antes servía de almacén. El espacio se ha convertido en algo parecido a un hospital: jergones, instrumentos manchados de sangre, hierbas medicinales colgando de las vigas. El olor a vinagre y manzanilla se mezcla con el de la muerte.

Al llegar, Francisco ve a Caterina. Casi la había olvidado ya. La observa trabajar por un instante. Atiende a unos y a otros con esmero: cura, en lo posible, las heridas del cuerpo, pero también intenta que aquellos pobres hombres sanen otras más profundas, como el cansancio, el miedo y la melancolía.

—¿Cabo Francisco? —Se vuelve al oírlo entrar, sorprendida—. ¿Estáis bien?

—Necesito que alguien me mire esto —dice levantando el brazo izquierdo.

Caterina se acerca y examina el brazo con ojo profesional. Sus dedos exploran la tela manchada, buscando signos de infección.

—Sentaos aquí —ordena, señalando un taburete—. ¿Cuándo os cambiasteis el vendaje por última vez?

—No me acuerdo —dice con una sonrisa infantil.

Ella lo mira con reproche.

—¿Sois idiota o simplemente un temerario?

Francisco sonríe a su pesar. Esta mujer no se anda con chiquitas.

—Creo que las dos cosas. Igual por eso sigo vivo.

Caterina comienza a desenrollar el vendaje con cuidado. La tela se ha adherido a la herida en algunos puntos, arrancando pequeñas

costras cuando se desprende. Francisco aprieta los dientes, pero no se queja.

—Creía que habíais muerto —dice ella sin preámbulos mientras limpia la herida con sal y vinagre.

—No, pero casi.

—¿Y los otros?

Francisco hace un gesto de negación con la cabeza.

Caterina deja de trabajar y lo mira.

—¿Cuántos regresasteis?

—Tres. De ciento veinte.

El silencio que sigue es denso. Francisco contempla sus manos manchadas de sangre seca. Algunos hombres vuelven de la guerra con cicatrices visibles. Otros traen heridas que no se ven.

—¿Y vos? —pregunta Caterina finalmente—. ¿Cómo es que seguís vivo?

Francisco ha pensado en eso cada noche desde su regreso. Ha repasado cada momento de San Telmo buscando una respuesta que tenga sentido.

—Suerte, supongo. Y un muchacho maltés que nada como un delfín.

—¿Kemiru?

—¿Lo conocéis?

—Aquí todos conocemos a Kemiru. —Una sonrisa fugaz cruza el rostro de Caterina—. ¿Os ayudó a cruzar?

—Nos salvó la vida. Sin él, estaría en el fondo del puerto o destripado junto a los demás.

Caterina termina de atar el vendaje y se incorpora para examinar su trabajo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vendrán a por Sengea y luego a por el Burgo. Pero recemos para que el socorro llegue antes.

—¿Y creéis que llegará?

Francisco la mira directamente. Esos ojos verdes no se conforman con respuestas fáciles.

—Tiene que llegar.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Caterina asiente y comienza a recoger sus instrumentos. Francisco se levanta y prueba el movimiento del brazo. El vendaje está firme pero no demasiado apretado.

—¿Cuánto os debo?

—Nada. Los soldados que han estado en San Telmo no pagan por mis servicios.

—¿Por qué?

—Porque habéis pagado ya más de lo que debíais.

Francisco se ajusta la camisa sobre el vendaje nuevo. Se siente mejor, más limpio, como si el simple acto de recibir cuidado médico le hubiera devuelto parte de su humanidad.

—Gracias, Caterina.

—De nada. —Hace una pausa—. Francisco, ¿puedo preguntaros algo?

—Por supuesto.

—¿Tenéis miedo?

La pregunta lo sorprende por su simplicidad directa. La última persona que le preguntó eso fue Jacobo, y ahora los restos del muchacho se pudren bajo el sol.

—Siempre.

—¿Y qué es lo que más teméis, la muerte, el cautiverio…?

Francisco considera dar una respuesta fácil sobre balas turcas y cimitarras jenízaras. Pero algo en esos ojos verdes le hace sincerarse.

—De morir mal.

—¿Y de morir solo?

La pregunta le duele más de lo que esperaba. Francisco tarda en responder.

—Todo el mundo muere solo al final.

—No tiene por qué ser así.

Se miran en silencio durante un momento que se alarga más de lo apropiado. Francisco siente que algo está cambiando entre ellos, algo sutil pero real.

Un grito desde el exterior rompe el momento.

«¡Bombardeo! ¡Todos a cubierto!». Los cañones otomanos han reanudado su trabajo de demolición.

Francisco se incorpora con rapidez.

—Debo irme.

—Claro —replica mientras se ocupa ordenando vendajes que ya están perfectamente ordenados—. Acordaros de cambiar el vendaje cada dos días. Y si notáis calor o hinchazón, venid a verme inmediatamente.

—Lo haré.

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo.

Cuando Francisco sale de la enfermería improvisada por Caterina, todavía piensa en sus últimas palabras. Le ha prometido a Caterina regresar si su herida empeora, aunque la verdad… ya está deseando verla de nuevo y cumplir esa promesa que tan poco le ha costado dar.

Pero las promesas, como las heridas, a veces se complican más de lo previsto.

Hasan contempla el espectáculo más audaz que ha presenciado en toda su carrera militar. Cientos de hombres arrastran barcones desmontados colina arriba, usando rodillos de madera y gruesas gúmenas. El sudor empapa sus túnicas bajo el sol implacable del verano. Es la cuarta jornada de transporte. Ochenta embarcaciones pequeñas han sido desguazadas en el puerto de Marsaxlokk y transportadas, pieza a pieza, hasta este punto a menos de una milla de las murallas de Senglea. Mástiles, remos, cascos, velas: todo ha cruzado la isla por senderos de cabras que nunca fueron pensados para semejante empresa.

—¿Cuánto queda? —pregunta a uno de los ingenieros que supervisan el reensamblaje.

—Medio día para completar los últimos barcones. Luego los botaremos al agua de uno en uno.

Hasan asiente.

Desde su posición puede ver las murallas cristianas. Los defensores trabajan febrilmente en algo. Es difícil distinguir en qué desde esa distancia, pero no augura nada bueno. Los cristianos no son estúpidos. Ya tienen que saber lo que se les avecina.

Súbitamente un calambre retuerce las tripas de Hasan, obligándolo a encorvarse sobre el vientre. «Demasiada carne salada», piensa, aunque hace días que apenas prueba bocado. Se endereza con esfuerzo, esperando que nadie haya notado el momento de debilidad.

—Hermano, ¿estás bien? —La voz pertenece a Mehmet, un jenízaro de su orta que ha combatido a su lado en San Telmo. Tiene la mejilla izquierda marcada, recuerdo del fuego griego sanjuanista.

—El calor —miente Hasan, aunque siente un frío extraño recorriéndole la espalda—. Nada que no cure un poco agua.

Bebe largamente del odre que le ofrece su compañero, pero el líquido tibio no alivia la sequedad que le abrasa la garganta desde hace días. Algo no está bien, pero no puede permitirse la debilidad. No ahora, cuando sus hombres lo necesitan fuerte.

—Mira allí —Hasan señala hacia Senglea queriendo cambiar de tema—. Los cristianos se preparan.

—Claro que se preparan. Pero ¿qué pueden hacer contra ochenta barcones apareciendo de la nada en su costa?

Hasan no responde. Últimamente tiene la sensación de que los cristianos siempre están un paso por delante. Como si conocieran sus planes antes de que él mismo los sepa.

Un grito lo distrae de sus pensamientos. Los trabajadores han logrado botar el primer barcón reensamblado. La embarcación se desliza hacia el agua con un chapoteo satisfactorio, lista para llevar decenas de soldados a la batalla.

—Ya solo quedan setenta y nueve más —murmura Mehmet.

—Setenta y nueve más —confirma Hasan con un esbozo de sonrisa.

Después de pasar horas encerrado en las salas del Burgo escuchando a los adultos planificar la guerra, Kemiru necesita aire

libre. Las paredes de piedra lo asfixian, los mapas y las voces graves de los comandantes le recuerdan la ausencia de libertad.

Se escabulle hasta las murallas de Senglea, donde nadie lo conoce y puede estar solo con sus pensamientos. Evita a los centinelas con la habilidad felina que ha desarrollado en años de vida callejera. Los soldados están concentrados en sus puestos, mirando hacia el campamento turco, no hacia un niño que busca un rincón de soledad.

Kemiru se acurruca entre dos merlones, contemplando el agua nocturna que se extiende hasta las colinas enemigas. Las estrellas se reflejan en la superficie brillante. El agua nocturna le trae recuerdos de tiempos mejores: amaneceres en su barca, la sensación del viento en la cara, la libertad de ir donde quisiera sin que nadie le dijera qué hacer. Ahora está atrapado entre murallas, rodeado de muerte.

Suspira. Echa de menos su libertad. Añora ser Kemiru el niño, no Kemiru el superviviente, el testigo de San Telmo, el portador de malas noticias...

Desde que ha regresado de San Telmo, los adultos sólo quieren que les cuente lo que vio, lo que vivió, lo que recuerda... Pero nadie se ha molestado en preguntarle cómo está o qué necesita. Kemiru nota, poderoso, el hondo sentimiento de orfandad que le lleva acompañando toda su vida. «¿Es que nadie se da cuenta de que sólo soy un niño? ¿O es que simplemente no le importo un ardite a nadie en este mundo?».

De improviso, Kemiru ve algo que interrumpe su nostalgia. Son unas ondulaciones extrañas en el agua. Pequeñas, apenas perceptibles, pero artificiales. No son olas naturales.

Kemiru agudiza la vista. Una cabeza emerge del agua, luego otra. Nadadores turcos con cuchillos atravesados entre los dientes, avanzan sigilosamente hacia la cadena submarina en la que los malteses llevan días trabajando. ¡Los turcos tratan de sabotearla!

Sin pensarlo, se incorpora y grita con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Nadadores enemigos! ¡En la cadena!

Su grito despierta a los centinelas de las murallas. En segundos, media docena de soldados malteses se lanzan al agua.

El combate que se desata es breve pero brutal; cuerpo a cuerpo, a cuchillo.

Los soldados malteses son pescadores, marineros, hombres que han pasado más tiempo en el mar que en tierra firme. El agua es su elemento, y los turcos están a punto de descubrirlo.

Kemiru observa desde su posición entre los merlones, con el corazón desbocado. La superficie del agua se convierte en un hervidero de espuma y violencia. Ve cuerpos que se enredan, que se hunden y emergen jadeantes. Oye gritos ahogados, chapoteos desesperados.

La luna ilumina la escena con una luz plateada e irreal que hace que todo parezca una pesadilla. Las sombras de los combatientes se retuercen en el agua como demonios acuáticos.

Entonces ve a Mario. Lo reconoce por su forma de nadar, con un estilo potente y eficaz que le ha visto mil veces cuando salían juntos a pescar al amanecer. Mario se enfrenta a un turco más grande que él, un hombre corpulento que maneja el cuchillo con la torpeza de quien no está acostumbrado a pelear en el agua.

El pescador maltés es más rápido, más ágil. Se sumerge, esquiva, resurge detrás del turco. Pero el enemigo es más fuerte. Los dos hombres se agarran, giran en el agua, se hunden juntos en un abrazo mortal.

Kemiru contiene la respiración.

Emergen de nuevo, separados, jadeando. Mario tiene el cuchillo en alto. El turco también.

Se lanzan el uno contra el otro.

Hay un momento de confusión, de brazos y piernas enredados, de agua agitada. Cuando se separan, Kemiru escucha el grito ahogado de Mario.

El pescador se lleva una mano al costado. Su rostro, visible un instante bajo la luz de la luna, muestra sorpresa más que dolor. Como si no pudiera creer lo que acaba de suceder.

El turco intenta alejarse, pero otro maltés lo alcanza. Kemiru aparta la vista de ese combate y se concentra en Mario.

El pescador intenta nadar de vuelta a la orilla, hacia las murallas, hacia la seguridad. Pero sus brazadas se hacen cada vez más lentas,

más débiles.

—Mario... —susurra Kemiru desde las murallas, aunque sabe que su amigo no puede oírlo.

El resto del combate se aleja de la costa cristiana. Los nadadores turcos, superados en número y habilidad, comprenden que han fracasado. Abandonan su misión y se retiran nadando hacia la orilla que controlan.

Pero Mario ya no forma parte de la batalla. Sus movimientos se han vuelto erráticos, desesperados. Manotea en el agua como un niño que nunca ha aprendido a nadar.

Mario se hunde. Vuelve a emerger, tosiendo, escupiendo agua. Se hunde otra vez, y esta vez no vuelve a salir.

Kemiru espera, conteniendo la respiración, esperando ver la cabeza familiar de Mario romper la superficie. Pero solo ve agua oscura, ondulante, indiferente.

Los segundos pasan. Uno, dos, tres, cuatro...

Mario ha desaparecido bajo las aguas oscuras.

Sin pensar en las consecuencias, Kemiru se lanza al agua para rescatar a su amigo.

El impacto del agua fría le corta la respiración. Se sumerge, abriendo los ojos en la oscuridad salada que le arde en las pupilas. Apenas distingue sombras, movimientos confusos. Baja más, agitando brazos y piernas, y entonces lo ve: Mario se hunde lentamente, como una piedra en un arroyo, sus brazos flotando a los lados, inerte.

Kemiru bucea con desesperación hasta alcanzarlo. Lo agarra y tira hacia arriba. El cuerpo de Mario pesa como si llevara piedras en los bolsillos. Kemiru patalea con fuerza, impulsándose hacia la superficie, pero apenas avanzan. Sus pulmones comienzan a arder, exigiendo aire.

Emerge por fin, jadeando, tosiendo agua salada. Mario está inconsciente, con la cabeza colgando hacia atrás. Kemiru lo sostiene como puede, pasándole un brazo bajo el pecho, tratando de mantenerle la cabeza fuera del agua.

—Mario... Mario, aguanta —susurra entre jadeos.

Intenta nadar hacia las murallas de Senglea, pero la corriente tiene otros planes. Los arrastra a los dos hacia la costa oscura, hacia el lugar por el que los nadadores turcos han huido hace un momento.

Kemiru lucha contra el agua, bracea con un solo brazo mientras con el otro sostiene al marino herido. Cada movimiento le cuesta un esfuerzo titánico. El agua se le mete en la boca, en la nariz. Traga sal y tose, pero no suelta a Mario.

Suéltalo, le dice una voz en su cabeza. Suéltalo y salva tu vida. Es hombre muerto. Pesa demasiado. Te vas a hundir con él.

Pero Kemiru no puede. Mario le enseñó a reparar redes cuando apenas tenía seis años. Mario le regaló su primera caña de pescar. Mario siempre tuvo una palabra amable para el niño huérfano que vivía en las calles del Burgo.

El cansancio se apodera de sus músculos. Los brazos le pesan como plomo. Las piernas apenas responden. La corriente sigue arrastrándolos, implacable, alejándolos cada vez más de las murallas cristianas.

Cuando por fin sus pies tocan fondo rocoso, Kemiru apenas tiene fuerzas para arrastrarse. Tira de Mario hacia la orilla, centímetro a centímetro, resbalando sobre las piedras cubiertas de algas. El agua le llega a la cintura, luego a las rodillas. Arrastra el cuerpo pesado hasta dejarlo sobre las rocas.

Se deja caer junto a él, respirando con dificultad, empapado, agotado. Tiembla de frío y de esfuerzo.

—Mario... Mario… —repite, presionando la herida del pescador con sus manos pequeñas.

La sangre se escurre entre sus dedos, oscura; demasiada sangre. Mario tiene los labios azulados, los ojos cerrados. Kemiru presiona más fuerte, pero la sangre sigue brotando.

Entonces Mario tose. Una tos horrible, húmeda. Vomita sangre que le mancha el pecho y la barbilla. Sus ojos se abren un momento, vidriosos, sin ver nada. Pone los ojos en blanco y exhala un último aliento burbujeante. Y se queda quieto.

Tan quieto como si nunca hubiera vivido.

Kemiru permanece inmóvil, con las manos aún presionando el pecho inmóvil de Mario. El silencio que sigue a la muerte es extraño, absoluto. Solo se oye el roce de las olas contra las piedras y su propia respiración jadeante.

Poco a poco, toma conciencia del agua fría que le empapa la ropa. Del sabor a sal en la boca. Del dolor en los músculos. Y entonces, como si despertara de un sueño, alza la vista.

Ve soldados turcos observándolo desde lo alto de unas rocas.

El corazón le da un vuelco. Está en la orilla enemiga. En territorio otomano. Rodeado.

Son cinco, seis... no, más. Emergen de las sombras de la costa como fantasmas. Algunos aún tienen los cuchillos en la mano, húmedos y oscuros. Otros se secan la sangre de pequeñas heridas en brazos y torsos. Todos lo miran con una mezcla de curiosidad y desdén, como si fuera un animal extraño que hubiera emergido del mar.

Uno de ellos, un hombre corpulento con barba negra y una fea cicatriz en la mejilla, desciende y se acerca. Le grita algo en turco, palabras duras, guturales. Kemiru no entiende nada, pero el tono no requiere traducción.

—Tú, infiel, ponte en pie —le ordena en un italiano tosco y, para enfatizar la orden, le propina una patada en las costillas.

El golpe le saca el aire de los pulmones. Kemiru suelta un gemido y se incorpora tambaleándose, aún mareado por el esfuerzo y el miedo. Deja a Mario en las rocas, sabiendo que ya nada puede hacer por él.

Otros soldados turcos se aproximan, formando un semicírculo a su alrededor. Sus rostros oscuros lo estudian con hostilidad. Han fracasado en su misión de sabotaje, han perdido a compañeros en el agua, y ahora tienen delante a un infiel cristiano, solo e indefenso. Kemiru puede ver en sus ojos lo que están pensando.

El hombre de la cicatriz le propina un bofetón que le hace girar la cabeza. La mejilla le arde. El sabor metálico de la sangre le llena la boca.

—Pequeño demonio cristiano —escupe el hombre.

Los demás ríen. Es una risa cruel, de hombres que disfrutan con el sufrimiento ajeno.

Otro soldado se anima. Este es más joven, apenas un muchacho de diecisiete o dieciocho años, con un bigote ralo que intenta compensar con bravuconería. Le da otro bofetón por el otro lado, más fuerte que el primero.

—¡Ahí tienes en la otra mejilla, perro cristiano! —dice el turco joven, haciendo guasa de los evangelios.

La cabeza de Kemiru chasquea hacia el otro lado. Ve estrellas. Siente las lágrimas acumulándose en sus ojos, ardientes, pidiendo salir. Pero se las traga. No va a llorar. No piensa darles ese gusto a estos hombres crueles que parecen disfrutar martirizando a un niño.

Aprieta los puños y los dientes, y los mira con todo el odio que puede reunir.

La risa se apaga. El silencio se vuelve más peligroso.

El del bigote ralo desenvaina una daga. La hoja brilla bajo la luz de la luna. Se acerca a Kemiru con una sonrisa torcida, dispuesto a terminar lo que ha empezado.

Pero antes de que pueda dar otro paso, una voz autoritaria corta el aire: —¿Adónde crees que vas con ese cuchillo, miserable *pohan*?

Un soldado jenízaro, que había permanecido a distancia observando la escena, se aproxima con paso decidido. Es alto, de hombros anchos, y viste una casaca bordada en oro y seda. Lleva un alto gorro *börk* adornado con plumas blancas que se mecen con cada paso. Su porte es altivo, su mirada severa.

Se interpone entre Kemiru y el soldado del cuchillo.

—Este infiel es mi botín de guerra —declara el jenízaro con voz fría como el acero—. Si le pones un dedo encima, irás a ver a Alá antes de lo que esperas.

El soldado del bigote duda. Mira al jenízaro, luego a Kemiru, luego otra vez al jenízaro. Reconoce las vestiduras, el rango, la autoridad que emana de este hombre. Su odio a los infieles es grande, pero su apego a su propio pellejo es mayor.

Masculla una maldición en turco, escupe al suelo cerca de los pies de Kemiru, y se retira. Los demás soldados lo imitan, alejándose de

mala gana, lanzando miradas de resentimiento hacia el niño y el jenízaro que lo ha reclamado.

El jenízaro se vuelve hacia Kemiru y lo examina con ojos oscuros e indescifrables. Kemiru tiembla, empapado y agotado, pero sostiene la mirada. Ha aprendido que bajar los ojos ante un depredador solo lo anima a atacar.

—¿Cómo te llamas, infiel? —pregunta el jenízaro en un italiano claro y correcto, muy distinto al italiano tosco de los otros soldados.

—Kemiru —responde con voz ronca.

El jenízaro asiente levemente, como si el nombre confirmara algo que ya sabía.

—Bien, Kemiru. Yo soy Hasan Al-Habib, jenízaro al servicio del único Dios y de su elegido, el gran Solimán, sultán de sultanes.

Hace una pausa, y sus ojos se clavan en los de Kemiru con una intensidad que el niño siente hasta los huesos.

—Y desde hoy, tú eres de mi propiedad.

29

Es la hora fría que precede al alba. Kemiru despierta, pero no al sonido de las oraciones matutinas, sino con la patada de una bota turca en las posaderas.

—Levántate —le ordena Hasan en italiano—. Tienes trabajo.

El jenízaro lo conduce hasta las cocinas del regimiento. Allí espera un hombre corpulento de bigote gris que examina a Kemiru con ojo clínico.

—¿Este es el muchacho? —pregunta en turco.

—Sí. Se llama Kemiru. Sabe trabajar.

—Yo soy Ali Çelebi, el encargado de la cocina —dice el hombre, dirigiéndose al prisionero en un italiano rudimentario—. Tú, cristiano, aquí no eres persona. Eres manos que trabajan. ¿Entiendes?

Kemiru asiente. Ha captado el mensaje con claridad.

—Limpias platos. Llevas agua. Obedeces siempre. Si problemas, Hasan decide qué hacer contigo.

Hasan, que observa desde la entrada, bebe agua de su odre por tercera vez desde que llegaron. Kemiru nota que las manos del jenízaro tiemblan ligeramente al sostenerlo. Es un movimiento casi imperceptible, pero Kemiru lo nota. El jenízaro se lleva una mano al costado como si le doliera, respira hondo y se recompone. Hay algo de sudor en su frente que no se corresponde con la temperatura fresca de la mañana.

—El agua sabe rara últimamente —comenta Ali Çelebi—. Algunos dicen que los cristianos han echado algo en los pozos.

—Tonterías —responde Hasan, pero su voz suena más ronca de lo normal—. Es el calor y el cansancio, nada más.

Cuando Kemiru se acerca a las cocinas, le sorprende ver el estado de la comida. Los sitiadores están alimentándose peor que los sitiados.

—¿Dónde están los ingredientes frescos? —pregunta Kemiru.

Ali escupe al suelo y se encoge de hombros.

—Agua mala. Tierra mala. Malta es maldición.

A Kemiru lo mandan con otros cautivos a buscar agua al pozo. Se pasa la mañana entera haciendo viajes del campamento al pozo, y del pozo al campamento. Sobre sus hombros carga con dos grandes odres de agua sujetos por un palo. El trabajo es agotador y le duelen todos los músculos de la espalda. Además, a medida que el sol se va alzando en el cielo y aprieta el calor, el trabajo se hace más y más pesado.

Cuando al final de la jornada Kemiru regresa a la cocina, Ali Çelebi está instruyendo a dos jenízaros novicios que han cometido una falta grave. Los jenízaros deben ser de origen italiano, pues esa es la lengua que Çelebi emplea con ellos.

—¿Sabéis qué significa volcar el caldero, hijos? —pregunta el *aşçıbaşı*.

Kemiru observa un gran caldero de bronce volcado en el suelo.

—Es un acto de rebelión, efendi —murmura un novicio—. Pero yo no lo volqué...

La mirada de Ali se endurece.

—Este caldero no solo hierve agua y carne. Hierve el alma de nuestro regimiento. Cada gota representa la sangre de los hermanos que nos precedieron. Es el alma de nuestra *orta*. Un símbolo más sagrado que las águilas en las viejas legiones romanas.

Kemiru, inclinado sobre los platos sucios, escucha cada palabra. No entiende todo, pero lo suficiente. La voz de Ali es la voz de un sacerdote, un juez y un padre, todo a la vez. Al parecer los dos jóvenes se han peleado por algo y en su disputa han volcado el caldero por accidente.

El joven jenízaro intenta justificarse: —Fue culpa suya, me insultó. Dijo que yo era hijo de infieles.

Ali suelta una carcajada áspera: —¡Asno, todos lo somos! Todos fuimos tomados de pueblos lejanos, criados bajo el islam y bautizados con hierro por voluntad de Alá. No nos unen lazos de sangre, pero somos hermanos. Hermanos unidos por el deber.

Las palabras golpean a Kemiru con fuerza inesperada. Esos hombres también han sido arrancados de sus hogares. Ellos, al igual

que él, han perdido sus familias, sus nombres, sus vidas anteriores. Pero han encontrado una nueva hermandad.

Cuando Ali deja ir a los dos jóvenes tras la explicación del *kazan*, Kemiru piensa: «Y todo esto por un caldero...». Pero ya no es desprecio lo que siente. Es comprensión. Ese caldero representa lo único que tienen: su identidad como hermanos de armas.

Los días pasan para Kemiru en su nueva vida en el campamento otomano. Trabaja bien y no da problemas. Poco a poco se va ganando la estima de Ali y del resto de jenízaros de la cocina.

Al tercer día, Kemiru deja de mirar hacia las murallas cristianas cada vez que cruza el campamento.

Al quinto, Ali le permite acercarse a los calderos sin vigilancia.

Al décimo, Kemiru empieza a notar que Hasan pasa por las cocinas más a menudo. A veces sin ninguna orden que dar, sin ninguna razón aparente. Solo observa, asiente brevemente, y se marcha.

Kemiru no sabe cuándo exactamente dejó de ser simplemente un cautivo. Quizá fue la tarde en que Ali le enseñó a preparar el pilav sin que se pegara. Quizá fue la noche en que Hasan le trajo una manta cuando lo encontró tiritando. O quizá fue el día en que uno de los jenízaros jóvenes le revolvió el pelo al pasar y le dijo «bien hecho, pequeño».

Lo cierto es que algo ha cambiado.

Esa noche, Hasan se acerca a Kemiru mientras el muchacho limpia los últimos cacharros de la cena.

—Ven conmigo —le ordena.

Lo conduce fuera del área de cocinas, a un lugar más tranquilo donde pueden hablar sin ser molestados. El campamento se extiende ante ellos salpicado de hogueras que apenas logran mantener el desaliento a raya.

—¿Cómo vivías en Malta antes de la guerra? —pregunta en italiano.

Kemiru vacila. Durante semanas ha aprendido que la supervivencia depende de elegir bien las palabras.

—Era... libre —dice.

—¿Libre? Explícame qué significa eso.

—Nadaba. Pescaba. Hacía lo que quería.

Hasan asiente pensativo. A la luz de las estrellas, su rostro se ve más viejo. La palabra libertad choca con la filosofía jenízara. Ellos, aunque viven una vida de prestigio, son esclavos del sultán.

—¿Y familia?

—No tengo. Los corsarios los secuestraron cuando atacaron Gozo.

La mención de los corsarios hace que Hasan enarque una ceja. Conoce bien esas incursiones. Ha participado en alguna, aunque a los corsarios no les gustan las injerencias de los jenízaros en lo que consideran «su negocio».

—¿Y te criaron los caballeros?

—Nadie me crio. Me crie solo.

Hasan estudia al muchacho con renovada atención. Supervivencia solitaria desde la infancia. Eso explica su resistencia, su capacidad de adaptación.

—Escúchame bien, Kemiru. Aquí nadie sobrevive solo. Si quieres vivir, aprende rápido. Observa cómo nos tratamos los jenízaros. Observa cómo funciona la disciplina del campamento. Es lo único que te mantendrá con vida.

—¿Por qué me ayudas?

La pregunta pilla a Hasan por sorpresa. Se queda en silencio un momento, buscando una respuesta que él mismo entienda.

—Porque admiro el valor. Y lo que hiciste por tu compañero herido tuvo valor.

—Pero soy tu enemigo.

—Tú no eres mi enemigo. Eres solo un niño, y los niños nos recuerdan a veces a los adultos cosas que creíamos olvidadas.

Un cañón ruge en la distancia, recordándoles que la guerra continúa.

—¿Cuándo será el próximo ataque? —pregunta Kemiru.

Hasan tarda en responder.

—Pronto. Mustafá no puede regresar a Estambul con las manos vacías. Prefiere morir aquí antes que enfrentar la cólera del sultán.

—¿Y tú? ¿Prefieres morir aquí?

La pregunta es peligrosa, raya en la traición. Pero hay algo en la oscuridad de la noche que invita a la confesión.

—Yo soy un jenízaro, muchacho. Los jenízaros no elegimos dónde morir. Vivimos y morimos según la voluntad de Alá y el sultán.

Pero Kemiru ve algo más en sus ojos. Una fatiga que va más allá del cansancio físico.

Francisco encuentra a Caterina donde siempre: trabajando. Esta vez está en las terrazas superiores del Burgo, donde ha improvisado un huerto con hierbas medicinales entre los escombros de las casas bombardeadas. Sus manos se mueven entre plantas de manzanilla y tomillo mientras el sol de la tarde tiñe de oro las piedras maltesas.

Hace días que nadie ha visto a Kemiru, y Francisco está preocupado. Se le ha ocurrido que tal vez Caterina sepa algo del muchacho. Pero cuando le pregunta, Caterina le dice que ella tampoco le ha visto.

—Despreocupaos, Paco —dice—. Kem aparece y desaparece cuando quiere. Él es así.

Francisco no parece muy convencido, pero finalmente acepta las explicaciones de Caterina. En el fondo lo hace porque desea que tenga razón y que nada malo le haya pasado al chico.

—¿Cómo crecen estas plantas con tan poca tierra? —pregunta, señalando las pequeñas matas verdes que brotan entre las piedras.

Caterina no levanta la vista, pero sonríe.

—Las plantas son más resistentes de lo que parecen. Las personas también.

Francisco se acuclilla a su lado y observa cómo sus dedos separan las hojas secas de las verdes. Tiene las manos manchadas de tierra, las uñas rotas por el trabajo, pero hay algo hermoso en esos gestos cuidadosos.

—¿Os enseñó alguien?

La pregunta sale antes de que pueda pensarla. Caterina se detiene un momento, sorprendida.

—Mi abuela. Decía que una mujer debe conocer las plantas que curan y las que matan, porque algún día puede necesitar ambas.

—¿Era sabia vuestra abuela?

—Era maltesa. —Caterina arranca una hoja seca con más fuerza de la necesaria—. Aquí las mujeres aprenden pronto que la vida es frágil y que no se puede depender de nadie más para protegerla.

Francisco comprende. En Malta, donde la guerra del corso es una constante, las mujeres desarrollan una dureza que no se enseña en conventos.

—¿Y vuestro marido? ¿Cómo era?

Caterina se incorpora y se limpia las manos en el delantal. Sus ojos se pierden en el horizonte donde el mar se confunde con el cielo.

—Un hombre bueno. Demasiado bueno para este mundo, quizá. Creía que todos los hombres tenían honor, que todas las palabras se cumplen, que el amor basta para proteger a quien se ama.

—¿Y no bastó?

—Los corsarios no se detuvieron a preguntar cuánto me amaba antes de cortarle el cuello.

La amargura en su voz es reciente, una herida que aún no ha cerrado del todo. Francisco comprende que hay heridas que no se curan con hierbas.

—¿Por eso no confiáis en los soldados?

Caterina lo mira por primera vez desde que comenzaron a hablar.

—¿Quién dice que no confío?

—Lo veo en vuestros ojos cuando me miráis. Evaluáis si merezco vuestra atención o si soy solo otro hombre que va a morir.

—¿Y no es eso lo que sois?

La pregunta es directa, sin crueldad, pero sin compasión.

—Probablemente.

—Entonces entendéis por qué mantengo las distancias.

Se sientan en el murete de piedra que separa el huerto del vacío. Abajo, las aguas del puerto brillan bajo el sol poniente. Es uno de esos momentos de calma entre bombardeos que permiten fingir que la guerra no existe.

—¿Y qué me decís de vos? ¿No tenéis una familia esperándoos en alguna parte?

—No —responde bajando una mirada que esconde un secreto, una herida antigua—. Creo que nunca he tenido una familia de

verdad.

—¿Ni siquiera de niño?

—Especialmente de niño. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía ocho años. Mi madre murió de hambre dos inviernos después. Yo me crie en las calles hasta que me alisté.

Caterina asiente sin sorpresa. Hay algo en Francisco que habla de orfandad antigua, de heridas cicatrizadas, pero nunca curadas del todo.

Se miran en silencio mientras el sol se pone sobre Malta. Dos supervivientes que han aprendido a vivir solos.

—¿Qué harás cuando esto termine? —pregunta Francisco de pronto.

—¿Cuándo termine el asedio?

—Cuando termine la guerra. Cuando los turcos se vayan.

Caterina sonríe con un deje de tristeza.

—Esa es una pregunta muy optimista para un soldado veterano.

—Quizá me estoy volviendo viejo. Los viejos hacemos preguntas tontas.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, si vale la pena amar cuando la muerte ronda cerca.

La confesión sale antes de que Francisco pueda pensarla. Caterina lo mira con una expresión que no sabe interpretar.

—¿Es eso lo que sientes? —pregunta ella—. ¿Amor?

Francisco tarda en responder. La palabra le suena extraña en los labios, oxidada por años de desuso.

—No lo sé. Hace tanto tiempo que no... No estoy seguro de recordar qué se siente.

Caterina alarga la mano y toca la suya. Sus dedos están ásperos por el trabajo, pero su tacto es cálido. A Caterina le agrada Francisco, pero la conversación está siguiendo unos derroteros que no le gustan. Hace años se prometió no volver a enterrar a otro hombre y no desea enamorarse de un soldado otra vez. Simplemente ya ha alcanzado su cupo de sufrimiento.

—Que descanses, Paco —dice levantándose—. Tengo a otros hombres que atender.

Para Francisco no pasa desapercibida la mención a «otros hombres».

—Que descanses, Caterina —responde con resignación.

Cuando Caterina se ha alejado unos pasos se detiene, y sin girarse dice: —Paco.

—Sí.

—¿Harás una cosa por mí?

—Lo que gustéis, señora.

—No os dejéis matar ahí fuera.

Y sin esperar una respuesta se marcha.

Francisco la ve alejarse. Sobre su habitual rostro duro aparece algo parecido a una sonrisa.

De vuelta en los barracones, Francisco se toca involuntariamente el lugar donde ella le puso la mano. Aún siente el calor de los dedos ásperos, la firmeza de su tacto. Es la primera vez en años que el contacto de una mujer le parece algo más que un mero intercambio físico.

«No os dejéis matar ahí fuera».

Las palabras resuenan en su mente. Francisco no es hombre dado a fantasías románticas. Ha visto demasiada muerte para creer en finales felices. Pero algo en la forma en que Caterina lo mira le hace pensar que tal vez, solo tal vez, valga la pena sobrevivir a esta guerra.

En su jergón, antes de dormirse, Francisco se permite imaginar una casa pequeña con un huerto donde crecen hierbas medicinales. Una mujer de ojos verdes que le cuida y un muchacho maltés que le llama papá.

«Es solo una fantasía», se dice. Los soldados viejos no tienen derecho a esos sueños. Pero esa noche, por primera vez en años, Francisco duerme sin pesadillas.

30

Kemiru despierta antes del alba al sonido de las oraciones, pero esta mañana es diferente. Las voces de los imanes se han alzado desde las cuatro de la madrugada, cantando sin pausa los noventa y nueve nombres de Alá. El aire vibra con una tensión que eriza la piel, y hasta los perros del campamento se mantienen en silencio, presintiendo lo que viene.

Se incorpora en su jergón. Hasan no está en la tienda. El chico sale al exterior y contempla a miles de hombres moviéndose en la penumbra. Hay jenízaros ajustando sus altos sombreros con plumas blancas, argelinos revisando la mecha de sus arcabuces, corsarios afilando cimitarras que brillan bajo las estrellas que se desvanecen.

En la distancia, una hoguera se enciende en la colina tras Senglea. Otra llama le responde desde las ruinas de San Telmo. Son las señales del ejército otomano. Algo importante está a punto de comenzar.

Kemiru corre hasta un promontorio desde donde puede ver Sengela y el Burgo. Los oblicuos rayos del amanecer iluminan un espectáculo extraordinario: Cientos de embarcaciones aguardan en formación sobre las aguas tranquilas del canal: barcones abarrotados de hombres, sus bordas protegidas con sacos de heno y lana. Brillan los damascos carmesíes, los turbantes exóticos y las armaduras cinceladas con versículos mahometanos.

En vanguardia van tres barcos llenos de guerreros religiosos con turbantes verdes. Sostienen ejemplares del Corán abiertos y leen en voz alta, recitando versos para alentar a los combatientes. Sus voces flotan sobre las aguas mientras entonan cánticos sagrados.

Los barcos están adornados con gallardetes y banderas que ondean en la brisa matinal. Los sonidos de castañuelas, cuernos y panderetas crean una sinfonía marcial que hace temblar el aire.

En lo alto de un caique, el corsario Aluch agita una pequeña bandera dirigiendo esta increíble sinfonía de muerte.

Kemiru no puede apartar los ojos. Es hermoso y terrible a la vez. Sus paisanos van a enfrentarse a esa espeluznante marea de acero y seda, y él está aquí, impotente, contemplándolo todo desde el bando enemigo.

El rugido de los cañones cristianos rompe el hechizo. Desde las murallas de Senglea, las piezas de artillería abren fuego sobre la flota. Ve columnas de agua alzarse donde caen las balas, ve barcos que se tambalean por los impactos directos.

Pero los otomanos siguen avanzando con ánimo determinado, gritando y disparando sus arcabuces sin cesar.

La tormenta de Senglea ha comenzado.

Hasan respira el aire cargado de una mezcla de salitre, ropas sucias y el metal de sus arreos mientras su barcón surca las aguas hacia Senglea. A su alrededor, treinta jenízaros comprimen sus cuerpos en el espacio reducido de la embarcación. El hacinamiento es terrible, pero nadie se queja.

Los barcos con los guerreros religiosos se alejan hacia la retaguardia. Han cumplido su función de inspirar a las tropas con sus oraciones sagradas. Sus cánticos cesan de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta. Solo queda el sonido rítmico de los remos hendiendo el agua y el rugido de los cañones cristianos que cada vez suena más cerca.

Hasan revisa su arcabuz. Pólvora cebada en la cazoleta y cuerda prendida en el serpentín. Sopla la mecha procurando tapar la cazoleta con la mano. Todo en orden. Es un ritual nacido de años de campaña que ha repetido cientos de veces, pero nunca pierde su importancia. Un arcabuz mal preparado significa la muerte. A su lado, un jenízaro joven —no puede tener más de diecinueve años— murmura una oración entre dientes. Sus manos tiemblan ligeramente mientras sostiene su arma.

Hasan reconoce ese temblor. Lo ha visto en decenas de hombres, jóvenes y mayores, antes de un asalto. Es el miedo natural a la

muerte. Pero para temer a la muerte hace falta primero amar la vida, y de eso Hasan anda ya escaso.

Pone una mano en el hombro del muchacho. El joven levanta la vista, sorprendido.

—Alá nos protege —dice Hasan con voz firme—. Ya sea en esta vida o en la otra, obtendremos la victoria.

El joven asiente, tragando saliva. Su temblor disminuye, aunque no desaparece del todo.

La primera andanada enemiga cae sobre la flota con violencia súbita.

Una columna de agua se alza a apenas cinco metros de su barcón, empapándolos con agua salada. Hasan siente el sabor del mar en los labios, ve cómo los hombres a su alrededor se encogen instintivamente, aunque saben que eso no servirá de nada si una bala los encuentra.

Otra embarcación, dos posiciones a su izquierda, recibe un impacto directo. La bala de cañón parte el casco en dos con un crujido horrible de madera astillada. Los hombres gritan mientras el agua se traga la embarcación en cuestión de segundos. Brazos agitándose, cabezas hundiéndose, turbantes flotando en la superficie roja.

—¡Mantened la vista al frente! —grita el comandante de su barcón, un veterano con barba gris y una cicatriz que le cruza toda la cara.

Pero Hasan mira. Ve a un jenízaro hundirse bajo el agua, lastrado por el peso de las armas. Sus ojos se encuentran un instante antes de que el mar se lo trague.

Los remeros mantienen el ritmo, imperturbables. Sus músculos brillan de sudor bajo el sol que ya empieza a calentar.

—¡Preparaos! —grita el comandante.

Otra andanada. Esta vez mucho más cerca.

Un trozo de metralla pasa silbando sobre las cabezas de los jenízaros e impacta en el pecho de un remero. El hombre se desploma sobre su remo, la sangre manchando la madera. El remero encadenado junto a él grita algo en griego, pero no hay tiempo para retirarlo. Otro disparo de arcabuz impacta en la cabeza del jenízaro

dos filas delante de Hasan. El hombre se desploma hacia un lado sin un sonido, salpicando sangre y fragmentos de hueso sobre sus compañeros.

Hasan se limpia la sangre de la cara con la manga de su casaca. No es la primera vez. No será la última.

El joven que está a su lado ha dejado de temblar. Ahora está rígido, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente el cadáver del compañero caído. Hasan conoce esa mirada también: el momento en que un hombre comprende que no hay gloria romántica en un cráneo reventado.

—Concéntrate en la misión —le dice Hasan—. Piensa solo en el siguiente paso. Desembarcar. Avanzar. Luchar. Nada más.

El muchacho asiente, aunque Hasan no está seguro de que haya escuchado las palabras.

La cadena submarina ya está a la vista: una línea irregular de picos de hierro que emerge del agua como los dientes de algún monstruo marino. Brillan húmedos bajo el sol, manchados de algas y óxido.

Van a estrellarse contra ella a toda velocidad. El comandante grita algo en turco. Los remeros guardan los remos. Todos se aferran a lo que pueden. El impacto los lanza hacia adelante cuando la embarcación es detenida en seco por la cadena de hierro.

—¡Desembarcad! ¡Al ataque, *gualá*!

Al mismo tiempo que los barcos atacan Senglea por el lado occidental, los turcos se lanzan al ataque por tierra contra las defensas del Senglea.

Fra Antoine de Montmorency ve emerger del foso a miles de otomanos con sus escalas de asalto. Una marea humana que se alza contra las murallas de Senglea.

Visten aljubas de elegante paño, muchas de tela de oro y plata. Sus turbantes exóticos ondean al viento. Portan arcabuces ornamentados y cimitarras que brillan al sol. Parecen príncipes salidos de un cuento oriental, pero vienen a matar.

—¡Fuego! —grita el maestre de campo Robles desde su posición.

Las murallas eructan muerte. Metralla, balas de arcabuz, flechas. Los argelinos caen por decenas, pero siguen avanzando. Su número

es abrumador.

Antoine empuña su espada y se prepara. A su lado combate un franciscano, el hermano Eboli, con el crucifijo en una mano y la espada en la otra. Va de puesto en puesto luchando con frenesí sagrado, bendiciendo a los hombres.

Los primeros atacantes alcanzan la muralla. Sus escalas se alzan contra el cielo. Antoine ve rostros cetrinos, barbas negras, ojos ardiendo de fanatismo religioso. Un caballero portugués que combate a su vera recibe un arcabuzazo y se le cae encima cubierto de sangre. Antonie se zafa del muerto y encara a un argelino que salta sobre el parapeto. Su cimitarra describe un arco mortal hacia la cabeza de Antoine. El francés se agacha y responde con una estocada que encuentra carne entre las costillas del enemigo.

Pero llegan más enemigos. Muchos más.

El fuego cruzado de los arcabuceros cristianos desde ambos flancos causa estragos, pero la pura fuerza del número y el impulso de los otomanos les permite seguir presionando. Por un momento terrible, los atacantes ganan posiciones sobre el parapeto.

Antoine recibe un tajo en el hombro, pero su armadura absorbe el impacto y no llega a hacer sangre. Sigue luchando. No puede permitirse caer. Si esta línea se rompe, Senglea caerá en horas.

Un jenízaro con bonete blanco guarnecido de oro aparece de pronto sobre la muralla. Dispara a un caballero hospitalario francés en la cara a bocajarro. La cabeza del hombre estalla.

Antoine siente náuseas, pero no hay tiempo para la compasión. Solo para sobrevivir.

Las trombas de fuego entran en acción. Chorros de fuego líquido envuelven a los argelinos que han logrado subir a la muralla. Corren hacia el mar profiriendo gritos terribles de dolor, convertidos en antorchas humanas.

Un olor a carne quemada, semejante al vinagre hervido, flota mezclándose con la pólvora y el hierro de la sangre. Gritos en maltés, español, turco, italiano, árabe, serbio y griego se mezclan en una babel de muerte. Las columnas de humo negro apenas permiten ver nada con claridad.

Pero, tras lo que parece una eternidad, los atacantes retroceden. El estrecho terreno por el que deben avanzar ha jugado en su contra y su propio número los han entorpecido.

Antoine respira entrecortadamente, limpiando la sangre de su espada. Sabe que esto es solo el principio.

Desde el foso, el agá de los jenízaros ordena que avancen las tropas regulares. Una segunda oleada se lanza contra las murallas.

—¡Desembarcad! ¡Al ataque, gualá!

El impacto ha sido brutal. A Hasan le duelen los dientes por el choque contra el yelmo del hombre que le precedía en el desembarco. Un dolor sordo le recorre la mandíbula. A su alrededor, varios jenízaros han caído al fondo del barcón. Uno se sostiene el brazo, claramente roto. Otro tiene la frente partida y la sangre le corre por la cara.

Pero no hay tiempo para heridos.

Hasan salta por la borda junto con sus compañeros. El agua le llega hasta el pecho, fría y hostil. Sus botas se hunden en el lecho arenoso mientras avanza vadeando hacia la orilla. El peso del arcabuz, del yatagán, de la casaca empapada, todo se multiplica en el agua.

A su alrededor llueven balas, flechas y piedras.

El agua estalla en pequeñas columnas y penachos de espuma donde impactan los proyectiles. Un jenízaro, a su derecha, recibe una bala en el cuello. Cae hacia atrás con un gorgoteo horrible, tiñendo el agua de rojo. Nadie se detiene a ayudarlo.

Avanzar. Solo avanzar.

Hasan mantiene el arcabuz en alto, protegiéndolo del agua. Las piernas le arden del esfuerzo de caminar contra la resistencia del agua. Cada paso es una batalla contra el fondo que se hunde, contra el peso muerto de todo lo que lleva encima.

Una flecha pasa silbando junto a su oreja. Tan cerca que siente el aire desplazado.

Otro jenízaro, más adelante, alcanza la orilla. Da tres pasos sobre la arena y una bala de arcabuz le atraviesa el pecho. Se desploma

de rodillas, mira hacia abajo como sorprendido de ver el agujero en su casaca, y cae de bruces.

Los defensores les disparan desde las murallas y el terraplén, pero el avance otomano es tan rápido, tan desesperado, que los dos morteros preparados para barrer la playa no llegan a dispararse. Hasan alcanza tierra firme. El agua chorrea de su ropa. Respira entrecortadamente, escupe saliva con sabor a sal.

No hay tiempo para recuperarse.

—¡Al espolón! ¡Al espolón! —grita el comandante, señalando con su yatagán hacia el promontorio que se alza al final de la península.

Es el punto más débil de las defensas. Solo un terraplén bajo protege la posición. Detrás se agrupan soldados españoles e italianos del pequeño socorro. Hasan reconoce sus banderas con la cruz de Borgoña ondeando sobre la fortificación improvisada.

Corre hacia adelante, sus botas chapoteando en la arena mojada. El joven jenízaro nervioso corre a su lado, con el rostro transformado en una máscara de determinación. El miedo se ha convertido en algo más útil: rabia.

Alcanzan el terraplén.

Un soldado español con casco de acero aparece en lo alto, blandiendo una pica. La punta baja hacia Hasan con intención mortal. Hasan se echa a un lado; siente cómo la pica roza su casaca y dispara su arcabuz hacia arriba.

La bala encuentra el vientre del español. El hombre suelta un grito agudo y cae hacia atrás, fuera de vista.

Hasan arroja el arcabuz descargado —no hay tiempo para recargar— y desenvaina su yatagán. El peso familiar de la hoja curva en su mano le da confianza. Con esto sabe trabajar. Con esto ha matado a decenas de hombres.

Trepa por el terraplén. La tierra suelta se deshace bajo sus pies. Una piedra lanzada desde arriba le impacta en el hombro. El dolor es agudo, pero lo ignora y sigue subiendo.

Alcanza la cima del terraplén y se encuentra cara a cara con un soldado italiano. Joven, quizá de la misma edad que el jenízaro nervioso. Sostiene una espada y una rodela pequeña. Sus ojos están muy abiertos.

El italiano ataca primero, un tajo horizontal que Hasan bloquea con el yatagán. El choque de metal contra metal resuena. Hasan gira, aprovecha el impulso del bloqueo, y hunde la punta curva de su yatagán en el costado del italiano, justo debajo de las costillas, donde el coleto de cuero no protege.

La hoja entra profundo. Hasan siente la resistencia de la carne, luego algo más blando —un órgano interno— y finalmente la punta raspa contra una costilla al salir.

El italiano abre la boca, pero solo sale un gorgoteo de sangre y se desploma.

Hasan retira el yatagán de un tirón. La sangre corre por la hoja curva.

A su alrededor, el terraplén se ha convertido en un caos de combate cuerpo a cuerpo. Jenízaros y defensores cristianos se baten en un espacio reducido.

Un maltés corpulento, con los brazos desnudos, agarra una bomba incendiaria. Es una esfera de barro cocido, con una mecha humeante. La levanta para arrojarla sobre los jenízaros que trepan.

Pero sus manos están resbaladizas de sangre. La bomba se le escurre.

Cae a sus pies.

El maltés tiene tiempo de mirar hacia abajo, de comprender lo que acaba de pasar. Luego la bomba estalla.

La deflagración es cegadora. Una bola de fuego naranja envuelve al maltés y a los hombres que lo rodean. El calor es tan intenso que Hasan, a varios metros de distancia, siente cómo le chamusca las cejas.

Los gritos son horribles. Hombres envueltos en llamas corren en todas direcciones, agitando los brazos, ciegos de dolor. Uno de ellos —imposible saber si es cristiano o musulmán bajo el fuego— se lanza desde el terraplén al agua, convertido en una antorcha humana.

Pero la explosión ha abierto una brecha en la línea de defensa cristiana.

El montón de bombas incendiarias que los defensores tenían apiladas ha estallado en cadena. Donde antes había una línea sólida

de soldados cristianos, ahora hay un hueco lleno de humo, fuego y cuerpos retorcidos.

—¡Adelante! ¡Por Alá! —grita alguien.

Los jenízaros se lanzan a través de la brecha. Hasan entre ellos. Sus botas pisan algo blando —un cadáver, quizá dos— pero no mira hacia abajo. Solo hacia adelante.

Alcanza el otro lado del terraplén y se cubre tras él a la espera de otros jenízaros que le apoyen. Y enseguida llegan más. En segundos, han plantado tres banderas otomanas en lo alto del parapeto. Los estandartes verdes ondean triunfantes.

Pero los cristianos no se rinden.

Un capitán con armadura reluciente aparece corriendo desde el interior de la fortificación. Lleva la cruz de los caballeros de San Juan en el pecho. Es un hombre alto, de hombros anchos, y se mueve con la confianza de quien ha vencido en muchas batallas.

—¡A mí, soldados de Cristo! —grita en castellano—. ¡No retrocedáis!

Los defensores se reagrupan en torno a él. Hasan reconoce el momento: si este capitán no cae, si logra mantener la moral de sus hombres, los jenízaros serán rechazados.

El capitán sube al parapeto. Erguido sobre la muralla baja, con su armadura brillando bajo el sol, es un blanco perfecto. Es también una figura imponente, un símbolo de resistencia.

Una bala de arcabuz impacta contra su peto. La armadura aguanta. La bala rebota con un sonido metálico y cae al suelo sin causarle daño.

El capitán sonríe. Es una sonrisa feroz, de hombre que se sabe protegido por el mejor acero de Europa.

El capitán sanjuanista y su grupo arremeten contra los atacantes desde una posición elevada, y consiguen frenar el avance otomano.

Hasan ha dejado caer su arcabuz en el agua, pero ve a un jenízaro muerto a pocos pasos. El hombre aún sostiene su arma cargada. Hasan corre hacia él, esquivando un tajo de espada de un soldado español que otro jenízaro intercepta.

Recoge el arcabuz del muerto. Está cargado, la mecha aún humea ligeramente. Busca un lugar donde apoyarse, donde tener un tiro

limpio.

El capitán sigue en lo alto del parapeto, gritando órdenes, señalando con su espada, organizando la defensa. Es el centro en torno al cual combaten sus hombres.

Hasan se arrodilla, apoya el arcabuz en su hombro. El capitán está de perfil, a unos veinte pasos. Demasiado lejos para un tiro seguro con un arcabuz, pero no imposible.

Apunta bajo. La armadura protege el pecho, el vientre, los hombros. Pero hay un punto débil que todos los caballeros tienen: la ingle, donde las placas de metal se encuentran y dejan un hueco pequeño, cubierto solo por malla.

Hasan respira hondo. Contiene el aire. Aprieta el gatillo.

El serpentín baja, la mecha toca la pólvora en la cazoleta. Hay un chisporroteo, luego el estampido del disparo.

El retroceso le golpea el hombro. El humo le nubla la vista un instante.

Cuando se disipa, ve al capitán tambalearse. Se lleva una mano a la ingle izquierda. La sangre brota entre sus dedos enguantados, oscura y abundante.

El capitán sanjuanista intenta mantener el equilibrio, pero las piernas le fallan. Cae de rodillas primero, luego hacia un lado.

Ambos bandos se lanzan sobre él. Es un tira y afloja macabro. Los jenízaros lo agarran por las piernas, tirando hacia abajo. Los cristianos lo sujetan por los brazos y la armadura, tirando hacia arriba.

El capitán está muerto, pero, aun muerto, su cuerpo es en sí mismo un trofeo de guerra.

Finalmente, los defensores cristianos, con un esfuerzo desesperado, logran recuperar el cuerpo. Lo arrastran hacia el interior del fuerte, dejando un rastro de sangre en el suelo.

Pero antes de soltarlo completamente, un jenízaro logra quitarle los zapatos de los pies. Es un trofeo pequeño, casi cómico en medio de tanta muerte, pero los jenízaros aúllan de triunfo al mostrarlos.

Hasan suelta el arcabuz vacío y recupera su yatagán. La hoja aún tiene sangre del italiano que mató hace unos minutos. La limpia en

su propia casaca; ya está tan sucia que un poco más de sangre no importa.

El enemigo se repliega. Hasan y sus hombres se parapetan y se preparan para resistir. Nos son muchos y no podrán hacerlo por mucho tiempo cuando los defensores contrataquen. Pero Hasan sabe que, más allá del alcance de su vista, Mustafá está jugando su verdadero triunfo: el desembarco de otros novecientos jenízaros de élite que flanquearán Senglea y tomarán la península por la retaguardia.

Si ese plan funciona, esta lucha brutal por el espolón habrá valido la pena.

Si no...

Diez grandes barcones se deslizan más allá de la punta del Espolón. Llevan novecientos de los mejores soldados del ejército otomano. Jenízaros e infantes de marina que han venido a vencer o morir. Todos seleccionados porque no saben nadar. No pueden huir aunque quieran.

Los botes ignoran la lucha que tiene lugar en la playa y van directos a la zona desprotegida de la península, más allá del alcance de las cadenas. Aquí no hay defensas visibles. Las murallas son bajas y el desembarco será sencillo. Será un ataque por la retaguardia que los cristianos no esperan.

Todo parece ir según el plan trazado por los generales otomanos.

Los barcones mantienen la formación perfecta. Se acercan más. La orilla está a menos de cien metros. Los jenízaros ya pueden ver las piedras del fondo bajo el agua cristalina.

Pero entonces ocurre el desastre.

Una cadena de destellos metálicos y detonaciones casi al nivel del agua. En la punta de la península del Burgo, al otro lado del canal, camuflada entre las rocas, una batería de cañones maltesa abre fuego.

—¡Cañones! ¡Retirada, retirada! —gritan.

Pero es demasiado tarde.

En la batería escondida, el comandante sanjuanista se relame viendo lo que se le ha puesto a tiro con tanta facilidad. Ha cargado sus cinco cañones con metralla mortal: bolsas de piedras, eslabones de cadenas, abrojos con púas. Y justo cuando ha tenido las embarcaciones frente a él ha dado la orden de abrir fuego. Es imposible errar el tiro.

La andanada letal de balas y metralla cruza la superficie del agua e impacta contra los botes. Los jenízaros se arrojan al fondo de la embarcación mientras el aire se llena de astillas, sangre y gritos.

En pocos minutos, nueve de los diez botes se parten y se hunden. Es una masacre. La idea de Mustafá de enviar a soldados que no sepan nadar multiplica las consecuencias del desastre. Centenares de soldados de élite otomanos flotan muertos o se ahogan frente a Senglea.

Desde el espolón, Hasan es testigo del desastre. Ve cómo hombres valientes, veteranos de mil batallas, desaparecen bajo las aguas sin poder hacer nada por salvarse.

Ha sido una masacre. Una trampa que ha devorado lo mejor del ejército otomano en un solo bocado.

Llegan refuerzos cristianos desde el Burgo y ellos, sin el apoyo de los novecientos jenízaros que se acaban de ahogar, no pueden mantener las posiciones ganadas.

La misión ha fracasado.

—¡Retirada!

Los refuerzos cristianos pasan desde el Burgo a Senglea por un pontón de barcas.

Francisco y De las Cuevas se encuentran entre los soldados del refuerzo. Cruzan rápido, con las armas preparadas. Desde aquí pueden ver el humo que se eleva desde Senglea y oír los gritos de combate.

La situación sigue siendo crítica en ambos frentes.

—¿Ves eso? —De las Cuevas señala hacia los restos de la flotilla jenízara—. Los turcos se están retirando.

Francisco sigue su mirada y ve los restos de los barcones enemigos alejándose de la costa. Algunos se hunden lentamente, otros reman de vuelta hacia el campamento turco con desesperación. Algo ha cambiado en el combate.

Alcanzan la orilla de Senglea y corren hacia donde suena el fragor de la batalla. Pero antes de llegar al espolón, ven aparecer a unos jóvenes malteses.

Son muchachos, algunos no tendrán más de catorce años. Armados con hondas, bajan corriendo hacia la playa oriental gritando «¡Relevo! ¡Victoria!» mientras lanzan piedras contra los barcos que se retiran. Sus voces agudas se alzan por encima del estruendo de la batalla como el canto de pájaros furiosos.

—¡Los turcos huyen! ¡Se ahogan! —grita uno de ellos, con la cara ennegrecida.

Francisco y De las Cuevas se detienen en una elevación desde donde pueden ver la playa oriental completa. El espectáculo es de pesadilla.

El pánico domina a los turcos en el agua. Muchas barcas han sido hundidas o se han retirado ya, y no hay espacio para todos los que intentan escapar. La lucha por embarcar es furiosa, desesperada. Hombres que hace minutos eran soldados disciplinados ahora se empujan, se golpean unos a otros en su desesperación por alcanzar los botes que quedan.

Francisco ve cómo un barcón, sobrecargado de hombres que trepan por ambos lados, se vuelca. Decenas de turcos caen al agua. Los que no saben nadar se hunden de inmediato, lastrados por sus ropas empapadas y el peso de las armas. Los que saben nadar luchan por mantenerse a flote.

Es entonces cuando Francisco ve a los defensores de Senglea irrumpir en la playa.

Son los soldados del pequeño socorro, los hombres de Robles que llegaron de Sicilia hace unos días. Españoles, italianos, algunos malteses veteranos. Vienen corriendo desde las defensas que acaban de mantener, con las espadas y picas aún ensangrentadas del combate anterior.

Pero ahora no vienen a defender. Vienen a matar.

Se lanzan al agua poco profunda, donde los turcos intentan reorganizarse o huir nadando. Y comienza la masacre.

—Vamos —dice De las Cuevas, con la voz ronca—. Nosotros también tenemos cuentas que ajustar.

Francisco lo mira un momento. Ve en los ojos de su amigo algo oscuro, algo que no estaba ahí antes de San Telmo. O quizá sí estaba, pero San Telmo le ha dado permiso para salir.

—Vamos —repite Francisco, y bajan corriendo hacia la playa.

Se unen al grupo de soldados del pequeño socorro. Francisco reconoce algunas caras de Sicilia. Hombres que compartieron vino y pan con él durante la travesía. Ahora tienen las caras crispadas, los ojos enrojecidos, los cabellos erizados y sucios de sangre costrosa.

El agua les llega hasta las rodillas, luego hasta la cintura. Delante de ellos, los turcos intentan retroceder, pero no tienen adónde ir. Algunos arrojan sus armas y se hincan de rodillas con las manos alzadas, suplicando piedad en un italiano roto.

—¡Amán! ¡Amán! —gritan, usando la palabra turca para misericordia.

No la encuentran.

—¡Morid, perros! —grita un soldado español, y hunde su espada en el pecho de un turco arrodillado—. ¡Pagad por San Telmo!

El grito es retomado por otros. «¡San Telmo! ¡San Telmo!» Se convierte en un cántico, en una justificación, en una absolución anticipada por sus actos.

Francisco ve a un turco joven intentando nadar hacia mar abierto. Está exhausto, sus brazadas son cada vez más débiles. De las Cuevas lo alcanza, lo agarra por el pelo y le hunde la cabeza bajo el agua.

El turco se retuerce, agita los brazos, intenta liberarse. De las Cuevas lo mantiene hundido, con el rostro impasible, como quien ahoga a un gato en un saco.

Las burbujas dejan de subir. El cuerpo queda laxo.

De las Cuevas lo suelta y el cadáver flota boca abajo, meciéndose suavemente con las olas.

Francisco siente náuseas, pero las reprime. Recuerda San Telmo. Recuerda los cuerpos crucificados. Recuerda los torsos destripados y

colgados de las murallas.

Un turco corpulento, con barba negra y una cicatriz que le cruza la cara, emerge del agua frente a Francisco. Aún sostiene un cuchillo. Sus ojos están llenos de odio y desesperación a partes iguales.

Se lanza hacia Francisco con un grito gutural.

Francisco reacciona por instinto. Levanta su espada y la hunde en el vientre del turco. La hoja entra fácil. Siente cómo la punta atraviesa la tela mojada, la carne, algo más denso dentro.

El turco se detiene. Baja la vista hacia la espada que le sale del vientre. Abre la boca, pero no sale ningún sonido. Solo sangre.

Francisco retira la espada. El turco cae de rodillas en el agua, se lleva las manos al vientre intentando contener lo que se escapa, y finalmente se desploma hacia un lado.

Francisco se queda mirando el cadáver que se hunde lentamente en el agua roja.

—¡Francisco, a tu izquierda!

El grito de De las Cuevas lo saca de su parálisis. Se vuelve y ve a otro turco intentando alcanzar la costa. Francisco lo persigue, lo alcanza, y le hunde la espada en la espalda mientras el hombre intenta trepar sobre las rocas.

Y entonces algo se rompe dentro de él.

O quizá no se rompe. Quizá simplemente se rinde.

Ya no piensa. Solo mata.

Un turco tras otro. Algunos se defienden, la mayoría solo intenta huir. No importa. La espada sube y baja. Roja. Siempre roja.

«Por San Telmo», se repite Francisco. «Por San Telmo. Por los que murieron empalados. Por los que fueron decapitados. Por todo».

Pero en el fondo sabe que eso son excusas. La verdad es más simple y más oscura: está matando porque puede, porque es fácil, porque todos los demás lo hacen, porque la rabia necesita salir de alguna forma.

La matanza continúa hasta que ya no quedan turcos vivos. Solo cuerpos meciéndose sobre las olas. Decenas de ellos. Quizá cientos.

Los gritos se van acallando poco a poco. Los cristianos evitan mirarse los unos a los otros, como si tuvieran miedo de ver en los

ojos de sus compañeros a las bestias en que los ha convertido esta guerra.

Francisco se detiene, jadeando. Está cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Apenas puede distinguir cuánta es suya —tiene varios cortes en los brazos y el costado— y cuánta es ajena. La herida del brazo que recibió en San Telmo se le ha abierto con el esfuerzo.

De las Cuevas está a su lado, igualmente ensangrentado. Respira con dificultad, como si hubiera corrido una gran distancia.

—Acabose —dice De las Cuevas con voz hueca.

Francisco no responde. Mira hacia el agua. Los cuerpos forman una masa tan densa en algunos lugares que apenas se ve la superficie. Entre los muertos flotan turbantes, restos de ropa, estandartes turcos que ondean suavemente en la corriente.

Aquí y allá, entre los cadáveres, ve movimiento. Algunos turcos aún viven, heridos, exhaustos, medio ahogados. Se aferran a los cuerpos de sus compañeros muertos intentando mantenerse a flote.

Algunos soldados cristianos continúan la matanza, vadeando entre los cuerpos para rematar a los supervivientes. Otros, como Francisco, simplemente se quedan de pie en la orilla, contemplando lo que han hecho.

El sol se está poniendo. La luz dorada del atardecer hace que todo parezca irreal, como una pintura del infierno.

Francisco ve a un civil maltés —un viejo pescador que reconoce del Burgo— zambullirse en estas aguas espantosas. No viene a matar, viene a despojar a los muertos. Los soldados turcos llevan todo cuanto poseen encima: monedas, joyas, armas ornamentadas. El viejo rebusca entre los cadáveres con la eficiencia de quien ha pasado toda su vida recogiendo ostras.

—Deberíamos volver —dice De las Cuevas finalmente—. Ya no hay nada más que hacer aquí.

Francisco asiente, pero no se mueve. No puede apartar la vista del agua. Del mar que ya no es azul, sino rojo oscuro. De los cuerpos que se mecen suavemente, como si estuvieran durmiendo.

Piensa en el turco de la barba negra, en cómo lo miró antes de morir. No había fanatismo religioso en esos ojos. Solo miedo.

«Todos somos hombres», piensa Francisco. «Y todos morimos igual».

Pero no lo dice en voz alta. En su lugar, se limpia la sangre de la cara —un gesto inútil, porque sus manos están igual de ensangrentadas— y sigue a De las Cuevas de vuelta a la playa.

Detrás de ellos, en la noche que cae, todavía suenan algunos disparos aislados.

Los últimos remates de una jornada de muerte.

Kemiru observa el regreso de los supervivientes desde el promontorio del campamento. Lo que ve le impresiona hondamente.

De los miles de hombres que partieron al amanecer, solo unos cientos regresan. Vienen heridos, derrotados, con los ojos vidriosos.

El mar parece un prado donde se hubiera luchado una batalla. Una masa de parafernalia militar flota en la superficie: banderas, estandartes y todo tipo de restos forman una capa tan densa que apenas se ve el agua.

Aquí y allá, agitándose en las corrientes, ve cuerpos. Los vivos y los medio vivos, los que se retuercen y los ensangrentados, los mutilados y los moribundos.

Puede ver a algunos civiles malteses zambulléndose en estas espantosas aguas para rematar a los supervivientes y despojar a los muertos.

Es entonces cuando ve llegar el último bote con supervivientes. Reconoce a uno de sus ocupantes: Hasan. El jenízaro está empapado hasta los huesos, pero vivo.

Kemiru corre hacia la orilla para recibir a Hasan. En su carrera, se cruza con un jenízaro con la mirada perdida de un sonámbulo: sangra como un eccehomo y tiene los dos brazos rotos por sendos tiros de arcabuz. Detrás viene otro, un amigo de Hasan, al que tarda en reconocer debido a que un arcabuzazo le ha volado parte de una mejilla y a través de ella se le ven los dientes.

El panorama es dantesco.

Cuando al fin llega hasta Hasan, algo parecido a una sonrisa cruza su rostro.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Kemiru en voz baja.

—Como no debería haber ido nunca —responde Hasan, aceptando su ayuda para salir del bote—. Los cristianos nos esperaban. Sabían lo que íbamos a hacer.

—¿Y ahora qué?

Hasan contempla el desastre que flota en las aguas de Senglea. Centenares de sus hermanos de armas convertidos en cadáveres. Lo mejor del ejército otomano aniquilado en una sola mañana.

—Ahora pagaremos el precio de la ambición de Mustafá —dice—. Y rezaremos para que Alá nos perdone por haber subestimado a nuestros enemigos.

—¿Tantos han muerto?

Hasan cierra los ojos. Ve de nuevo el momento de la emboscada: los cañones escupiendo muerte, sus hermanos jenízaros desapareciendo bajo las aguas, los gritos de los que se hundían lastrados por el peso de las armas. Pero guarda silencio.

Kemiru lo ayuda a caminar de vuelta al campamento. A cada paso, Hasan deja huellas rojizas en la arena.

Las murallas de Senglea se alzan en el horizonte como dientes de piedra. El sol poniente hace brillar la cadena submarina, esa cadena que ha convertido el mar en una trampa mortal.

A lo largo de la orilla, los cuerpos siguen llegando. Docenas, cientos, arrastrados por las corrientes como troncos después de una tormenta. Algunos flotan boca arriba, con los ojos abiertos mirando un cielo que ya no ven.

Y entre todos ellos, un estandarte verde gira en las aguas ensangrentadas. Solitario. Derrotado.

Como todo lo que queda del ejército del sultán en esta desastrosa jornada.

31

Las galeras del socorro español entran en el puerto de Nápoles. Don Álvaro de Bazán contempla desde su capitana el hervidero del muelle: autoridades napolitanas, oficiales militares, estibadores preparando grúas y poleas.

El primer hombre que sube a bordo irradia autoridad por cada poro. Pelo entrecano, ojos grises que han visto más batallas de las que la mayoría puede imaginar. Es don Álvaro de Sande, Maestre de campo del Tercio de Nápoles.

Se presenta sin sonrisa. Bazán estudia al hombre que tendrá a bordo. De Sande es una leyenda viviente del Imperio: veterano de las campañas del Sacro Imperio Germánico, héroe de Túnez, superviviente del cautiverio otomano tras los Gelves.

—¿Cuántos hombres os acompañan? —pregunta Bazán.

—Cuatro mil del Tercio de Nápoles. Los mejores que hayáis visto.

Su voz tiene el orgullo contenido de quien conoce el valor de sus soldados.

Bazán le muestra los últimos despachos de García de Toledo. Sande lee en silencio mientras su rostro se ensombrece. San Telmo cayó hace un mes. Mil quinientos hombres perdidos. Y ahora el cerco se estrecha sobre Senglea y el Burgo...

En el muelle, compañías enteras forman con precisión mecánica. Arneses engrasados a punto de ordenanza; petos, morriones, moharras de picas y caños de arcabuz relucen pulidos a conciencia. Es la disciplina de los tercios.

—¿Sabéis una cosa, don Álvaro? —De Sande observa a sus hombres—. He luchado contra el Turco veinte años. Son buenos soldados. Disciplinados. Valientes.

Una pausa. El olor a brea y salitre flota entre ellos.

—Pero tienen un defecto fatal.

—¿Cuál?

—Dependen del éxito temprano. Cuando una campaña se enquista, lejos de sus tierras y sin gloria a la vista, la duda empieza a filtrarse. Y la duda es contagiosa.

Bazán medita las palabras del veterano. No está seguro de que el ejército otomano sea inherentemente malo en los asedios largos, sino que se lo digan a Belgrado, a Rodas o a la mismísima Constantinopla. Pero de lo que sí está seguro es de la esterilidad y aridez de Malta. La isla no regala nada a los invasores que horadan su tierra.

—¿Cuánto tiempo necesitaréis para romper el cerco y expulsar al Turco de Malta? —pregunta el almirante.

Esta vez De Sande sonríe.

—El que tardemos en llegar con estos cuatro mil diablos.

Mustafá Pachá contempla la correspondencia acumulada en su mesa. Cartas de Trípoli, despachos de Argel, órdenes de Constantinopla llegadas con semanas de retraso. Entre ellas, un mensaje que lleva el sello personal del sultán Solimán.

La ha recibido hace días, pero no ha encontrado fuerzas para abrirla hasta ahora. Sus manos no tiemblan cuando rompe el lacre, pero deberían.

Las palabras del Padishá son directas: «Te envié a Malta hace mucho tiempo para que la conquistaras. Pero no he recibido ningún mensaje tuyo. He decretado que tan pronto como te alcance mi orden debes informarme sobre el sitio de Malta. ¿Qué hay de la armada enemiga? ¿Has conseguido conquistar Senglea o el Burgo? Debes escribir y contármelo todo».

Mustafá dobla la carta con parsimonia. El peso del Imperio descansa sobre sus hombros. Cada día sin victoria es un día que su posición se tambalea.

Llama a Pialí Pachá. El almirante llega con rostro macilento. Las últimas semanas han envejecido a todos.

—¿Qué sabemos del socorro enemigo?

—No hay novedad. No se han divisado barcos enemigos desde hace días. ¿Quién sabe? Igual el rey español no pretende asistir a la

isla con más que ese pequeño contingente de setecientos hombres que llegó hace unos días. Mis fuentes me dicen que, desde mi gran victoria en Djerba, el rey español teme, más que nada en el mundo, un nuevo desastre naval.

Mustafá se pasa una mano por la barba. Quizá Piali tenga razón. Quizá no hay más socorro para los sanjuanistas. ¿Por qué deberían los españoles acudir en auxilio de Malta con toda su fuerza? Al fin y al cabo, Malta no es territorio español. Y si finalmente es cierto que vienen, su flota no es rival de la otomana. Sería una gran ocasión para provocarles una nueva derrota marítima de la que tal vez ya no sean capaces de recuperarse. Los asaltos masivos sobre Senglea y el Burgo han sido hasta el momento un fracaso. Quizá el tiempo no esté jugando tan en su contra como pensaban. Una estrategia de asedio diferente es posible.

—Cambio de planes —dice al fin el general otomano—. Por el momento, no habrá más asaltos generales. Quebraremos su moral y sus defensas con un bombardeo constante. Tanto de día como de noche.

Pialí levanta una ceja.

—¿Día y noche?

—Día y noche. Sin tregua. Setenta cañones disparando sobre el Burgo y Senglea. Que no puedan dormir. Que no puedan comer en paz. Que no puedan reparar murallas.

De vuelta en su tienda, Kemiru encuentra a Hasan tendido en su lecho. Le trae agua y le revisa la herida con el cuidado que tendría con el padre que nunca conoció. La herida del asalto a Senglea es apenas superficial. No puede ser eso lo que tiene a Hasan de esa guisa. Hay algo más que está acabando con su protector turco.

Hasan se incorpora con esfuerzo y Kemiru nota cómo se lleva una mano al estómago con gesto involuntario.

—¿Te duele algo? —pregunta el muchacho.

—No es nada —responde Hasan, pero sus ojos evitan la mirada de Kemiru—. Sólo un poco de cansancio y esta comida rancia que nos dais en las cocinas.

Kemiru sonríe por fuera, pero se preocupa por dentro. De pronto, los cañones turcos comienzan a atronar.

Kemiru y Hasan salen de la tienda y observan el espectáculo. Los setenta cañones desplegados en línea sobre las alturas abren fuego sin cesar contra las posiciones cristianas. Todas las piezas de artillería del Turco, desde bombardas hasta basiliscos gigantescos, están en funcionamiento. El estruendo es tal que debe poder oírse desde Sicilia. Es un rugido continuo que sacude la tierra e impregna el aire de nubarrones.

Kemiru se tapa los oídos. El ruido le atraviesa los tímpanos y le hace temblar hasta los huesos. Ve como, poco a poco, una densa nubarrada gris cubre el monte Sciberras como si fuese una niebla invernal. En la distancia, las murallas del Burgo y Senglea reciben el castigo. Piedras que saltan. Casas que se derrumban. Defensas que se desmoronan metro a metro.

—Impresionante, ¿verdad? —dice Hasan.

—¿Impresionante? Es horrible.

—Horrible es que llevemos ya dos meses en esta isla del diablo. Si tus amigos sanjuanistas se hubieran rendido ya, nada de esto sería necesario. Tu pueblo sufre por apoyar a esos hijos del Error.

Kemiru no responde. Ve las murallas de su tierra siendo machacadas y siente rabia, impotencia, dolor. El bombardeo no cesa ni al caer la noche. Los cañones siguen rugiendo bajo las estrellas.

Ali Çelebi pasa de pronto por delante de la tienda arrastrando los pies. Como tantos otros en el campamento, su rostro enfermizo muestra las huellas de la disentería.

—Muchos hermanos enfermos —murmura al verlos—. Agua mala. Comida mala. Malta nos mata desde dentro.

Al poco, un corsario argelino mete a empujones a una mujer maltesa en su tienda. La mujer no llora. Camina con dignidad rota pero no vencida.

Kemiru nota cómo Hasan cambia su expresión facial. Una sutil sombra cruza su rostro.

—¿Te molesta?

Hasan tarda en responder. Se sirve agua de un botijo de barro con manos que tiemblan ligeramente.

—Sí.

—¿Y por qué no haces nada?

—No es asunto mío.

Kemiru estudia al jenízaro. Hay algo más que reproche moral.

—¿Tienes esposa esperándote en casa?

La pregunta arranca una risa amarga en el rostro cansado de Hasan.

—¿Esposa, casa..? Los jenízaros no podemos casarnos. Tenemos voto de celibato.

Kemiru lo mira sorprendido.

—¿Nunca?

—Nunca. El sultán es nuestro padre. Los hermanos de armas, nuestra familia.

—¿Pero tú querrías tenerla?

Un silencio largo. Hasan suspira y se recuesta de nuevo, como si mantener esa conversación le costara un esfuerzo extra.

—Cuando era niño tenía una madre que me cantaba y hermanos que jugaban conmigo. Un padre que me enseñó a tallar la madera.

Su voz se suaviza.

—A veces sueño que tengo una esposa esperándome. Hijos que corren a abrazarme. Una casa de verdad. Pero los jenízaros no tenemos derecho a esos sueños. Forma parte de nuestro deber.

—Yo tampoco tengo familia —dice Kemiru—. Mis padres fueron cautivados cuando yo era muy pequeño.

Mira sus propias manos, pequeñas, sucias de trabajar en las cocinas. Dos hombres de mundos opuestos. La misma herida: ausencia de amor verdadero.

—¿Y si el deber está equivocado? —pregunta Kemiru con ingenuidad infantil.

La pregunta flota en el aire tenso. Hasan mira a Kemiru con sorpresa. Nadie ha cuestionado nunca la doctrina jenízara así.

—No puedo permitirme pensar eso. Si empiezo a dudar del deber, ¿qué me queda?

—La posibilidad de ser feliz.

Un cañón ruge en la distancia. El suelo vibra. Hasan cierra los ojos y respira profundo, como si el ruido le atravesara el cráneo.

—Si yo no cumpliera con mi deber, no podría ser feliz. Aunque ese deber implique sacrificios que duelen.

Kemiru asiente aunque no entiende la filosofía del jenízaro. El chico entonces repara en que Hasan no ha probado bocado. Cuando se lo reprocha, este alega falta de apetito. Pero Kemiru no es tonto. Hasan no está bien.

El bombardeo continúa. El rugido de los cañones resuena de continuo. Esa noche no duerme bien, pero no es por causa de los cañonazos. Está inquieto por algo que no sabe nombrar pero que siente que flota amenazadoramente en la tienda.

El bombardeo no cesa.

Durante tres días y tres noches, los setenta cañones turcos rugen sin tregua. El estruendo se convierte en parte del paisaje sonoro de Malta, un trueno constante que erosiona los nervios tanto como las balas erosionan las murallas.

En el Burgo, la vida se adapta al ritmo de la artillería. Los civiles aprenden a distinguir el silbido que anuncia peligro del que pasará de largo. Los soldados duermen en turnos de minutos, despertando sobresaltados cada vez que un impacto sacude su refugio. Las mujeres cocinan entre explosiones, los niños juegan en los sótanos, los heridos gimen en las enfermerías improvisadas mientras el polvo de piedra pulverizada lo cubre todo.

Francisco ha dejado de sobresaltarse con cada explosión. El cuerpo se acostumbra al horror, lo normaliza. Ahora solo se agacha cuando el silbido se acerca demasiado, cuando el instinto animal grita más fuerte que la resignación.

Está ayudando a despejar escombros en una calle cerca de la plaza principal cuando lo ve. Una bala de cañón traza un arco perfecto sobre los tejados y cae exactamente sobre la vivienda donde Caterina ha instalado su enfermería improvisada.

El impacto es directo. El techo se desploma en una nube de polvo gris. Las vigas crujen. Las piedras ruedan.

Francisco suelta la pala que sostiene y corre.

No es heroísmo. Es puro terror.

—¡Caterina! ¿Estáis herida? —grita por encima del estruendo.

—¡Aquí! —responde ella desde detrás de una viga caída.

Entre los dos logran despejar un hueco suficiente para que Caterina salga, pero cuando intentan abandonar el edificio, la escalera principal se derrumba. La salida lateral está bloqueada por vigas caídas que tardarán horas en mover.

Están atrapados.

Se refugian en el rincón más protegido de la planta baja, donde Caterina ha improvisado su reserva de medicinas. El espacio es pequeño, apenas tres metros cuadrados bajo una bóveda de piedra que ha resistido el impacto. Íntimo a la fuerza. Afuera, Malta arde bajo el fuego otomano.

Caterina se sienta en el suelo, sacudiéndose el polvo del vestido con manos que tiemblan ligeramente. La adrenalina del impacto está comenzando a disiparse, dejando en su lugar un cansancio profundo.

—¿Cuánto puede durar esto? —pregunta, señalando hacia arriba, hacia el bombardeo que continúa.

—Horas. Tal vez toda la noche. —Francisco se sienta frente a ella, dejando entre ambos la distancia prudente que han mantenido durante semanas—. Alguien vendrá a buscarnos cuando cese el fuego.

Un silencio incómodo se instala entre ellos. Llevan días rondándose, midiendo palabras, manteniendo distancias. Pero aquí, en este refugio forzado, las defensas parecen tan frágiles como los muros que se desmoronan afuera.

Caterina lo observa en la penumbra. Está sucio, agotado, con una nueva herida en la frente que aún sangra levemente. Pero hay algo más en su expresión, algo que ella ha visto crecer durante las últimas semanas: atención hacia ella.

—¿Por qué nunca habláis de vos mismo? —dice de pronto.

Francisco levanta la vista, sorprendido por la pregunta directa.

—¿Cómo?

—Conocéis mi vida entera. Mi matrimonio con Paolo, mi viudez, mis miedos, todo. Pero del vuestro solo sé que sois soldado y que venís de Extremadura. Nada más.

—No hay mucho más que saber.

—Mentira.

La firmeza de su voz lo descoloca. Caterina se inclina hacia adelante, sosteniéndole la mirada sin la cautela habitual.

—Hay algo que os persigue. Lo veo en cómo evitáis ciertos temas. En cómo cambiáis de conversación cuando hablo del futuro. En cómo me miráis cuando creéis que no me doy cuenta.

Francisco aparta la vista, concentrándose en una grieta de la pared.

—Todos tenemos pasados, Caterina. No todos merecen ser desenterrados.

—¿Y quién decide eso? ¿Vos?

—Sí. Yo.

El tono es más duro de lo que pretendía. Una explosión especialmente cercana hace temblar las piedras sobre sus cabezas. Polvo fino cae del techo. Ambos esperan, conteniendo la respiración, hasta que el estruendo pasa.

En el silencio que sigue, Caterina no se retracta. No cambia de tema. Simplemente espera, con esa paciencia implacable que Francisco ha llegado a conocer.

—No es justo —dice él finalmente, con voz más baja—. Que me preguntéis esto aquí, ahora, cuando no puedo escapar.

—¿Escaparíais si pudierais?

—Sí.

—¿Por qué?

Francisco cierra los ojos y se apoya contra la pared. El cansancio, el bombardeo constante de tres días, el estar atrapado en este espacio reducido con esta mujer que hace preguntas peligrosas... todo se acumula hasta que algo cede.

—Se llamaba Isabel —dice al fin, con voz que intenta ser neutra pero se endurece en las consonantes.

Caterina siente que el aire del refugio cambia. Se adentra en territorio peligroso, pero no retrocede.

—¿Quién era?

—Mi prometida. Nos íbamos a casar cuando regresara de campaña. —Abre los ojos, pero no la mira—. Tenía el pelo oscuro,

los ojos más bonitos que he visto nunca, y una risa que... —Se interrumpe—. No importa.

—¿Qué pasó?

Francisco tarda en responder. Cuando lo hace, las palabras salen como si le costara arrancarlas.

—Volví a casa antes de lo previsto. La campaña terminó unas semanas antes. Quise darle una sorpresa. —Una sonrisa amarga cruza su rostro—. La sorpresa me la llevé yo.

Caterina espera. Afuera, otro cañonazo sacude el edificio. Pequeñas piedras caen del techo. Ninguno se mueve.

—La encontré en la cama con otro hombre. En la cama que yo había pagado, en la casa donde ella me esperaba escribiendo cartas de amor que llegaban cada semana diciéndome cuánto me echaba de menos.

El aire del refugio se vuelve más denso. Caterina ve algo oscuro cruzar los ojos de Francisco, algo que ha estado ahí todo el tiempo pero que solo ahora reconoce: traición sin sanar.

—¿Qué hicisteis?

Francisco por fin la mira directamente. Sus ojos están vacíos de todo excepto de una honestidad brutal.

—Se murieron.

El corazón de Caterina se detiene un instante.

—¿La matasteis?

Silencio. Una callada por respuesta que suena a confesión. Francisco sostiene su mirada sin apartar los ojos, sin pestañear. No confirma. No niega. No explica. Simplemente deja que la pregunta flote entre ellos como el polvo que cae del techo bombardeado.

Caterina siente cómo su corazón se acelera. Están solos, encerrados. Nadie vendría si ella gritara. Y este hombre acaba de admitir, con su silencio, que es capaz de matar a alguien que amaba.

¿Qué le impediría matarla a ella si algún día...?

Ve en ese silencio todo lo que necesita saber: que este hombre es capaz de violencia extrema, que carga con algo oscuro, que hay partes de su pasado manchadas de sangre. Y también ve otra cosa en sus ojos: que le está dando la oportunidad de marcharse. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

El miedo trepa por su garganta. Es real, visceral, animal.

Pero entonces Caterina piensa en las últimas semanas. En cómo Francisco la ha mirado desde la distancia, con cuidado, con respeto. En cómo ha cuidado de Kemiru. En cómo trata a sus hombres. En cómo, incluso ahora, mantiene la distancia entre ambos, sin acercarse, dándole espacio para retroceder.

Un asesino pasional no hace eso.

Un hombre roto que cometió algo terrible en un momento de traición absoluta... sí.

—Desde entonces no me he fijado en una mujer. —Francisco rompe el silencio finalmente, pero sin responder la pregunta—. Hasta ahora.

El peso de esa confesión cae entre ellos como una losa.

Caterina debe decidir: ¿huye del hombre que fue, o se arriesga con el hombre que es ahora?

Traga saliva. Su voz tiembla ligeramente cuando habla: —¿Y tenéis miedo de que yo...?

—Sé que no sois como ella. —Francisco se inclina hacia adelante, cerrando parte de la distancia entre ambos—. Pero eso no cambia lo que pasó. No cambia que confié en alguien completamente y ese alguien me destrozó. No cambia que ahora cada vez que empiezo a sentir algo, una voz en mi cabeza me recuerda que ya cometí ese error una vez.

Caterina no retrocede ante su intensidad.

—¿Y si yo tuviera miedo de que vos me abandonéis como Paolo me abandonó? No por elección, pero abandono igualmente. Cada día que salís a las murallas pienso que quizá no volváis. Cada vez que oigo un arcabuzazo, me pregunto si seréis vos el que cae.

—No es lo mismo.

—¿No? —Caterina se acerca más, sin amedrentarse—. Ambos hemos aprendido que amar duele. Vos porque os traicionaron. Yo porque me dejaron sola. ¿Cuál es la diferencia? El resultado es el mismo: dos personas aterradas de volver a arriesgarse.

Francisco la estudia con ojos cansados. Hay una verdad brutal en sus palabras que no puede refutar.

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Quedarnos así? ¿Dos cobardes mirándose desde lejos, esperando que el otro dé el primer paso?

El desafío en su voz es claro. Caterina sostiene su mirada sin parpadear.

—O decidimos que el miedo no es forma de vivir. Que protegiéndonos de la pérdida, nos estamos perdiendo la vida.

—Caterina...

—No. Dejadme decirlo. —Su voz se endurece—. Llevo semanas observándoos, Francisco. Cómo cuidáis de Kemiru como si fuera vuestro hijo. Cómo tratáis a vuestros hombres con respeto. Cómo nunca pedís nada para vos. Y también he visto cómo me miráis cuando creéis que no me doy cuenta. Como si estuvierais constantemente decidiendo entre acercaros o huir.

Francisco siente que algo se encoge dentro de su pecho. Es demasiado expuesto, demasiado visto.

—No debería miraros así.

—¿Por qué no?

—Porque soy exactamente lo que Isabel no pudo soportar. Un soldado sin futuro, sin hogar, sin nada que ofrecer salvo la certeza de que un día no volveré de las murallas. Y en vez de aprender la lección, aquí estoy, arriesgándome a hacer exactamente lo mismo con vos.

Caterina lo mira en silencio durante un largo momento. Luego, lentamente, se acerca más. Tan cerca que Francisco puede ver las motas doradas en sus ojos verdes.

—¿Y si yo no fuera como Isabel? ¿Y si no necesitara promesas de futuro, sino solo honestidad en el presente?

—No sabéis lo que decís.

—Sé exactamente lo que digo. —Sus ojos brillan con determinación—. He visto morir a demasiada gente en estos meses para desperdiciar tiempo fingiendo que no siento lo que siento. La vida es demasiado corta, Francisco. Demasiado frágil. Y vos sois demasiado tonto si creéis que voy a dejaros escapar por el fantasma de una mujer que no supo valoraros.

La franqueza brutal de sus palabras lo desarma completamente. Francisco siente cómo las defensas que ha mantenido durante años

se agrietan.

—Caterina, si esto sale mal...

—Todo sale mal, Francisco. La pregunta es si queremos que nos importe.

El silencio que sigue está cargado de todo lo que no se han dicho durante semanas. Afuera, los cañones han callado momentáneamente, como si hasta la guerra contuviera la respiración.

Francisco alarga la mano lentamente, dándole tiempo para retroceder si quiere. Cuando ella no lo hace, toca su rostro con dedos que tiemblan ligeramente. La piel es suave, cálida, real.

—¿Estáis segura?

Caterina cubre su mano con la suya, sosteniéndola contra su mejilla.

—De esto, sí. Del mañana, nunca. Y por primera vez en años, me parece bien.

Francisco se inclina hacia adelante. El beso es tentativo al principio, casi tímido, como si ambos estuvieran probando algo que han olvidado cómo hacer. Luego se profundiza, urgente, alimentado por semanas de negación y la conciencia aguda de que cualquier momento podría ser el último.

Cuando se separan, ambos están sin aliento. Francisco apoya su frente contra la de ella, cerrando los ojos.

—Si os pasa algo...

—No penséis en eso ahora. —Caterina le toma la cara con ambas manos—. Ahora solo estamos aquí. Vivos. Juntos. Es suficiente.

Afuera, el bombardeo comienza de nuevo. El rugido de los cañones sacude las paredes.

Dentro, Francisco y Caterina permanecen abrazados entre los escombros. No hablan de mañana. No hacen promesas.

Por ahora, estar vivos y juntos es suficiente.

32

En el campamento otomano, Kemiru despierta al sonido de Hasan arrastrándose hacia la entrada de la tienda. El jenízaro apenas logra salir antes de que sus intestinos lo traicionen de nuevo. Es la quinta vez esta noche. Cuando regresa, tambaleándose, Kemiru finge dormir para preservar la dignidad de su protector.

La luz del amanecer revela la verdad brutal: Hasan ha perdido mucho peso en apenas dos días. Los pómulos se le marcan afilados bajo la piel, los ojos se hunden en las cuencas. Pero lo peor es el olor. Ese olor pútrido y metálico de la sangre mezclada con heces que anuncia que la disentería ha entrado en su fase final. El segundo sonido que escucha le hiela la sangre: Hasan vomitando en un rincón de la tienda, tratando de hacerlo en silencio.

Kemiru se vuelve hacia Hasan, que se limpia la boca con un paño manchado.

—¿Otra vez? —pregunta con voz ahogada por la preocupación.

—No es nada —miente Hasan, pero su voz suena ronca y débil—. Solo el estómago.

Kemiru ve la mentira en sus ojos hundidos, en la forma en que se agarra al poste de la tienda para mantenerse en pie.

Cuando Kemiru sale a transportar agua, se mueve entre las tiendas esquivando charcos de vómito y orina que nadie tiene fuerzas para limpiar. Soldados que plantaron la media luna desde Belgrado hasta Bagdad ahora arrastran los pies, doblados por calambres intestinales. Hay algunos charcos oscuros de sangre que es lamida por los perros.

Al regresar con el agua, encuentra a Hasan desplomado en su jergón, respirando con dificultad. Su túnica está empapada en sudor frío y tiembla a pesar del calor.

—Hasan, tienes que beber —insiste Kemiru, acercándole el agua.

—No puedo —susurra el jenízaro—. Todo lo que bebo lo devuelvo.

Una cola interminable de soldados aguarda frente a la tienda del médico. Veteranos de campañas de Hungría y Persia que son derrotados, no por el enemigo, sino por algo que no pueden ver ni combatir.

Kemiru mira hacia la cola de enfermos y luego hacia Hasan.

—Deberías ir al médico.

—¿Para qué? —Hasan intenta sonreír, pero es una mueca de dolor —. ¿Para que me diga que me voy a morir, como todos los demás?— Los caballeros envenenaron las fuentes —le explica Hasan—. Echaron cadáveres de animales en cada pozo de agua dulce. Nos han convertido en prisioneros de nuestras propias necesidades.

Kemiru observa con creciente alarma cómo las manos del jenízaro tiemblan sin control. Ya no es la palidez cetrina de hace días. Ahora su piel tiene un tono grisáceo.

—Hasan, estás muy enfermo.

—Lo sé, muchacho. Lo sé. En la guerra, Kemiru, la muerte viene de muchas formas. Las más crueles son las que no puedes combatir con la espada.

Su voz es apenas un susurro. Cada palabra parece costarle un esfuerzo tremendo.

Desde fuera llega el sonido de otra pira funeraria siendo encendida. El humo negro se alza hacia el cielo.

Hasan intenta incorporarse, pero sus fuerzas no se lo permiten. Kemiru tiene que ayudarlo a acercarse a la entrada de la tienda, desde donde señala hacia las murallas cristianas con mano temblorosa.

—Mira. Sus defensas siguen en pie. Y nosotros nos desmoronamos desde dentro. ¿Sabes lo que eso significa?

Kemiru contempla el contraste: allí, las murallas resistiendo; aquí, el campamento pudriéndose. Pero lo que más le duele es ver a su protector deshaciéndose ante sus ojos.

—¿Qué?

—Que quizá estés presenciando el principio del fin de este asedio.

Kemiru traga saliva, luchando contra las lágrimas.

—¿Y el principio del fin para ti también?

Hasan le pone una mano helada en la mejilla. Ya no puede mentir.

—Sí, hijo mío. Creo que sí.

Esa noche, Kemiru se queda despierto velando el sueño agitado de Hasan, sabiendo que cada amanecer puede ser el último que compartan.

Mientras el campamento otomano se descompone, Francisco y De las Cuevas montan guardia en la muralla sur del Burgo, junto al puesto de Auvernia.

—Malditos turcos —murmura De las Cuevas escupiendo por encima del parapeto—. ¿Cuándo van a intentar algo nuevo?

Francisco hace como que escucha, pero en realidad su pensamiento está junto a Caterina. Rememora los momentos antes de ser rescatados de los escombros y las confidencias que se hicieron. Al recordar el beso, el cabo español piensa que no le importaría que hubiesen tardado un poco más en sacarlos, y ríe para sus adentros.

—¿Cabo? —inquiere De las Cuevas—. ¿Se puede saber qué diantre le pasa?

Pero viendo que Paco no suelta prenda, el cántabro refunfuña y se aleja unos pasos. Contempla aburrido el terreno rocoso que se extiende ante las murallas cuando ve algo extraño: a unos quince metros del muro, una forma puntiaguda asoma entre las piedras del suelo y rota sobre sí misma. Al principio piensa que es un pájaro o un animalillo, pero entonces la luz de luna se refleja sobre la figura. Es algo metálico en forma de… ¡lanza!

—¡Cabo! —grita—. ¡Venga aquí! ¡Rápido!

Francisco parece despertar de su ensoñación amorosa y se aproxima alarmado: —¿Qué pasa?

—Mire ahí. ¿Qué diantres es eso?

Francisco ve la extraña figura moviéndose, tanteando. Veterano de muchos asedios, comprende lo que ocurre. Es la punta de una lanza que emerge del suelo.

—¡Voto a tal, son minadores! Están midiendo cuánto les falta para llegar a los cimientos.

Un escalofrío recorre la espalda de Francisco. Si De las Cuevas no hubiera visto esa lanza por casualidad, en cuestión de horas los turcos habrían volado toda esa sección de la muralla.

—¡Alarma! —grita—. ¡Los turcos socavan las murallas!

En minutos, media guarnición se agolpa en los parapetos. Fra Antoine de Montmorency y el maestre de campo, Robles, estudian la situación con gesto grave, pero antes de que puedan decidir nada, una voz corta el aire: —¡Dejádmelo a mí!

Es Andrés de Muñatones, un oficial de Robles, que aparece corriendo con media docena de zapadores. Es un hombre corpulento, de barba negra y manos grandes. Sus ojos brillan con la determinación del profesional que conoce su oficio.

—¡Traed picos y granadas incendiarias! —ordena a sus hombres —. ¡Vamos a devolver la visita a esos perros!

Los zapadores se ponen a la obra, excavando justo encima del punto donde apareció la lanza. La tierra vuela, los picos muerden la tierra, el sudor empapa las camisas.

En menos de una hora han abierto una brecha que conecta con el túnel otomano. Un agujero negro que exhala aire viciado y olor a pólvora.

Muñatones se acerca, daga en mano, al borde del boquete con recipientes de fuego griego colgando del cinturón.

—¿Cuántos creéis que hay ahí abajo? —pregunta Francisco.

—Ni idea —responde Muñatones—. Pero no vamos a dejar ni uno con vida.

Sin más dilación, Muñatones se lanza de cabeza por el agujero, desapareciendo en las entrañas de la tierra. Tres españoles más lo siguen.

Francisco se asoma al boquete, pero no ve nada. Solo oscuridad y el resplandor rojizo de antorchas que se alejan.

El túnel es una pesadilla claustrofóbica. Muñatones se arrastra por un pasadizo tan estrecho que sus hombros rozan las paredes de roca. La antorcha que lleva en una mano apenas ilumina un metro en derredor.

Delante de él, las siluetas de los zapadores turcos huyen hacia las profundidades del túnel. Pero este es demasiado estrecho para

correr y es una persecución donde todos se mueven a cuatro patas sobre codos y rodillas.

Muñatones avanza más rápido que los turcos. Se mueve con agilidad sorprendente en el espacio reducido. El primer turco se vuelve, desesperado al verse acorralado, blandiendo una daga curvada. Muñatones y el turco se enzarzan en una lucha a cuchillo en condiciones inhumanas.

La lucha es brutal. Los dos hombres se revuelcan en el túnel estrecho, intentando hundirse mutuamente el acero en el cuerpo. Muñatones siente el filo del enemigo rozarle las costillas mientras hunde su propia daga en la garganta del turco. La sangre sale de la herida abierta con un chorro tan fuerte que le salpica la cara en la oscuridad.

Sus hombres le adelantan en la estrecha oquedad y van tras el resto de los zapadores turcos. Pero el que va en cabeza grita cuando una daga turca le sale al paso y le atraviesa un ojo. Primero hay gritos y pataleos, como si alguien estuviera degollando a un cerdo; y luego silencio. Un silencio tenso, sólo interrumpido por el alborotado latir de los corazones y las respiraciones de los enemigos que se sienten en la oscuridad.

Los turcos han superado la sorpresa inicial y se han reorganizado. Esperan agazapados al final del túnel a los españoles, armados con picos y dagas.

—¿Qué hacemos? —jadea un zapador español—. Esos hideputas nos están esperando.

El aire viciado les roba el aliento, la claustrofobia les nubla la mente, y los turcos conocen mejor su propio túnel.

—¡Atrás! —ordena Muñatones—. ¡Los quemaremos!

Los cuatro cristianos retroceden. Muñatones saca los recipientes de fuego griego del cinturón y los prende.

—¡Tapaos la cara! —grita a sus hombres.

Lanza los recipientes al fondo del túnel y retroceden a toda velocidad, de vuelta a la salida.

El fuego griego explota en una floración de llamas verdosas que se extiende rápidamente.

—¡Corred, a la superficie! —aúlla Muñatones—. ¡El humo nos ahogará aquí dentro!

Los cuatro españoles se arrastran hacia la salida. El humo del fuego griego empieza a llenar la galería.

Unos gritos espantosos se escuchan a sus espaldas. Son los zapadores turcos atrapados y quemándose vivos. Sus alaridos resuenan por el túnel con ecos enloquecidos que persiguen a los cristianos en su huida hacia la superficie.

Francisco aguardaba junto al agujero con el corazón en un puño, escuchando los ecos amortiguados de la lucha que se libra en las profundidades. De pronto, ve emerger a los cuatro hombres tosiendo y jadeando. Muñatones sale el último.

Los gritos que llegan desde las profundidades gradualmente se extinguen.

Muñatones emerge cubierto de tierra, sangre y hollín, pero sonríe con la satisfacción del trabajo cumplido.

—¿Y el túnel? —pregunta Fra Antoine.

—Limpio de ratas, pero hay que sellarlo.

Alguien trae unos sacos de pólvora y los coloca en el interior. La explosión hace temblar toda la tierra. Una nube de polvo negro se eleva desde el boquete como si fuera el aliento de un dragón emergiendo de su madriguera.

Fra Antoine contempla al hombre que acaba de salvar la fortaleza.

—Andrés de Muñatones, venid conmigo. El gran maestre sabe recompensar el valor.

Ese día, Muñatones recibe de las manos del propio La Valette una cadena de oro macizo. Vale al menos trescientos escudos de oro. Sus zapadores reciben treinta ducados cada uno.

De las Cuevas, que ha presenciado toda la ceremonia a distancia, contempla la cadena de oro con brillo codicioso en los ojos.

—¿Y a mí qué? —escupe—. ¿A mí no me dan nada? Fui yo quien vio esa maldita lanza. Sin mí, ahora estaríamos todos volando por los aires.

Sus dedos se mueven nerviosamente, como si estuviera calculando algo.

—Treinta ducados —insiste, elevando la voz—. Al menos treinta ducados me deben. ¡Yo salvé la fortaleza!

—Tú viste una lanza —le corta Francisco—. Muñatones se arrastró a ese infierno para matar turcos con sus propias manos.

De las Cuevas masculla algo entre dientes y se aleja, con la cara enrojecida de rabia.

Francisco le deja ir. Ya está acostumbrado a las quejas continuas del cántabro.

De vuelta en su puesto, Francisco contempla el agujero humeante de la mina. En algún lugar bajo sus pies, los cadáveres de los zapadores turcos se carbonizan en soledad. A nadie le valen ya un ardite. Así es la guerra.

Senglea se ha salvado por un milagro y por el valor de unos pocos hombres excepcionales.

Pero mientras contempla la tumba improvisada de los zapadores, Francisco sabe que esto no ha terminado. Los turcos seguirán excavando. Seguirán atacando.

¿Cuántos hombres como Muñatones harán falta? ¿Cuántos milagros más les quedan antes de que la suerte se agote?

33

Francisco encuentra a Caterina en la bodega-hospital, donde apenas llega la luz dorada del mediodía. Hay heridos por doquier. Es imposible que la mirada no se tope con alguna herida horrible, mutilación o muñón sangrante. Se escuchan lamentos en todas las lenguas de Europa, estertores agonizantes, rezos, blasfemias y latines del capellán Éboli, que va y viene repartiendo extremaunciones con las dos manos.

Ella está arrodillada junto al jergón de un soldado calabrés con una herida de metralla en el pecho que le está robando la vida gota a gota.

—¿Cómo está? —pregunta Francisco, acercándose en silencio.

—Se va —responde Caterina sin levantar la vista—. Poco a poco, pero se va.

Francisco mira al soldado italiano. No puede tener más de diecinueve años, la edad que tenía Jacobo cuando murió en San Telmo.

—¿Hay algo que se pueda hacer?

—Acompañarlo. Es lo único que…

Francisco se sienta en el suelo junto a ella. Su propio brazo izquierdo le duele desde la herida de San Telmo, pero es un dolor soportable comparado con lo que ve en esta bodega.

—¿No descansáis nunca?

—¿Para qué? —Caterina moja un paño en agua fresca y se lo pasa por la frente al moribundo—. Los heridos no descansan. Sólo los que mueren pueden permitírselo.

Francisco la observa trabajar. Tiene ojeras profundas, las manos temblorosas de cansancio, el cabello pegado al cráneo por el sudor. Pero sus gestos siguen siendo precisos, gentiles.

—¿Cuándo comisteis por última vez?

—No me acuerdo.

—Caterina...

—No me sermonéis, Francisco. No ahora.

Pero su voz no tiene la fuerza habitual. Suena agotada, al límite de su resistencia.

Francisco se levanta y sale de la bodega. Vuelve diez minutos después con un pedazo de pan duro y un poco de queso que ha conseguido de las raciones militares.

—Comed —ordena, sentándose a su lado.

—No tengo hambre.

—No os he preguntado si tenéis hambre. He dicho que comáis.

Caterina lo mira con sorpresa. Es la primera vez que Francisco le habla con autoridad.

—¿Me estáis dando órdenes?

—Sí. De soldado veterano a civil testaruda.

Caterina sonríe. Es una sonrisa pequeña, cansada, pero genuina.

—¿Civil testaruda?

—La descripción más benévola que se me ocurre.

Caterina toma el pan y come, aceptando que Francisco tiene razón. Mientras mastica, continúa vigilando la respiración del soldado a su cuidado.

—Francisco, ¿podéis quedaros un momento? —pregunta de pronto—. No quiero que muera solo.

—Por supuesto.

Francisco entiende. Es la petición de alguien que ha visto morir demasiados hombres en soledad, que sabe lo que significa la presencia humana en los últimos momentos.

Se sientan en silencio, escuchando la respiración cada vez más laboriosa del muchacho italiano. Fuera, el bombardeo otomano continúa su rutina, pero aquí abajo el ruido llega amortiguado.

—¿En qué pensáis? —pregunta Caterina.

—En vos. En cómo conseguís seguir haciendo esto día tras día.

—¿Y a qué conclusión llegáis?

Francisco considera la pregunta.

—Que sois más valiente que cualquier soldado que haya conocido.

—No soy valiente. Estoy asustada todo el tiempo.

—Eso es exactamente lo que os hace valiente.

El soldado italiano emite un gemido suave. Sus ojos se abren, vidriosos pero conscientes. Mira a Caterina con expresión de niño perdido.

—*Mamma*... —susurra en italiano.

Caterina toma su mano y se la aprieta.

—*Sono qui, Matteo. Non sei solo*.

—*Ho paura...*

—*Lo so. Ma tutto andrà bene*.

Francisco no habla italiano, pero comprende el tono, la ternura maternal con que Caterina tranquiliza al muchacho. Siente cómo sus propios ojos se llenan de lágrimas a pesar de que es la primera vez que ve a Matteo.

La respiración de Matteo se vuelve irregular, espaciada. Caterina le canta algo en maltés, una canción que suena a nana, a despedida.

—Francisco —susurra Caterina sin soltar la mano del moribundo —. ¿Podríais... podríais tocarme el hombro? Necesito saber que no estoy sola.

Francisco extiende la mano y la posa en su hombro. Siente cómo tiembla bajo su tacto, cómo contiene la emoción para poder seguir consolando al muchacho.

Matteo suspira una vez más y se queda inmóvil. Caterina le cierra los ojos con dedos suaves y se santigua.

—*Requiescat in pace*.

Solo entonces se permite llorar. Las lágrimas caen silenciosas por sus mejillas mientras continúa sosteniendo la mano inerte del soldado muerto.

Francisco la atrae hacia sí, envolviendo con sus brazos este cuerpo que ha cargado con tanto dolor ajeno. Caterina no resiste. Se apoya contra su pecho y llora con la intensidad de quien lleva días conteniéndose.

—No puedo más —susurra entre sollozos—. No puedo seguir viendo morir muchachos que podrían ser mis hijos.

—Sí que podéis. Porque sois lo único humano que les queda en sus últimos momentos.

—¿Y si un día sois vos quien está en ese jergón? ¿Y si tengo que veros morir también?

Francisco siente cómo el miedo real de Caterina lo atraviesa. No es miedo abstracto a la guerra, sino terror específico a perderlo a él.

—Miradme, Caterina.

Ella alza el rostro, con los ojos enrojecidos pero valientes.

—No voy a prometeros que no moriré. Sería mentir, y ambos lo sabemos. Pero os prometo que, si me toca morir, lo haré sabiendo que valió la pena vivir porque os conocí.

—Francisco...

—No he terminado. —La toma por los hombros, mirándola directamente—. Y os prometo que lucharé por sobrevivir con todas mis fuerzas. Porque ahora tengo una razón.

—¿Cuál?

—Vos. Tengo una vida que construir con vos cuando esto termine.

Caterina cierra los ojos y apoya la frente contra la suya.

Se besan en la bodega que huele a muerte y medicina, rodeados de heridos que gimen en sueños. Es un beso que sabe a lágrimas y promesas, a esperanza contra toda desesperanza.

—Si vamos a intentarlo, tenéis que prometerme algo.

—Lo que sea.

—Nada de heroicidades innecesarias. Nada de gestos gloriosos. Quiero que volváis a mí entero, ¿entendido?

Francisco sonríe.

—¿Me estáis dando órdenes vos ahora?

—Sí. De mujer enamorada a soldado testarudo.

—Acepto las condiciones.

Pasan el resto de la tarde en la bodega, cuidando juntos a los heridos. Francisco cambia vendajes, transporta agua, ayuda a incorporar a los que pueden beber. Caterina cambia vendajes y limpia heridas, pero de vez en cuando sus manos se rozan al pasarse los instrumentos y cada contacto es una promesa silenciosa.

Cuando llega la noche, Francisco debe volver a su puesto en las murallas.

Allí, mientras monta guardia bajo las estrellas maltesas, Francisco piensa en Caterina cuidando heridos en la bodega. Piensa en el

futuro que han empezado a construir con palabras, en la casa pequeña que tal vez tengan algún día, en los hijos que tal vez algún día tengan…

Por primera vez en treinta años, la idea de morir le parece no solo trágica, sino imperdonable. Porque ahora tiene demasiado que perder.

De las Cuevas mastica el pan duro de su ración mientras observa las murallas del Burgo. Es mediodía y el bombardeo otomano ha cesado temporalmente. Los soldados aprovechan para comer en sus puestos, intercambiar noticias, limpiar sus armas. Es uno de los pocos momentos de calma en el infierno cotidiano del asedio.

Pero él sigue sin poder quitarse de la mente el oro de Muñatones.

—Maldito bastardo —dice para sí y escupe—. Una cadena de oro para ese palurdo que apenas lleva unos días en la isla. ¿Y para mí qué? ¿Qué hay para Santiago de las Cuevas, superviviente de San Telmo, que descubrió el túnel turco? ¡Ni un miserable mendrugo! ¿Es esto justicia? Ni los perros musulmanes tratarían así a un cristiano.

Mientras sigue su retahíla de quejas por lo bajo, de pronto ve aparecer a Muñatones. El héroe de las minas se acerca hasta el puesto de Aragón, que está cerca del mar. Lleva su morrión de arcabucero adornado con una pluma roja, porta su arcabuz al hombro con gesto desenvuelto y, por supuesto, luce con orgullo su cadena de oro.

A De las Cuevas le hierve la sangre.

—Cabrón vanidoso. Mira cómo presume de su oro.

Muñatones llega hasta el centinela del puesto y le dice algo que desde la distancia De las Cuevas no puede oír. El centinela asiente y se marcha, dejando solo a Muñatones.

De las Cuevas observa cómo Muñatones enciende meticulosamente la mecha de su arcabuz, la coloca en la serpentina y se asoma por encima del parapeto. Durante varios minutos estudia el terreno, vigilando los movimientos turcos.

Y entonces ocurre.

La detonación de un arcabuz. Pero no es el de Muñatones. Es un arcabuz turco disparado por uno de sus francotiradores.

Muñatones da un paso hacia atrás y cae desplomado.

De las Cuevas deja de comer pan y mira a un lado y a otro. Nadie parece haberse dado cuenta de lo ocurrido. Nadie salvo él.

Rápidamente corre hasta Muñatones.

—¿Estáis bien, amigo? —dice con voz nerviosa—. ¿Os han herido?

Pero Muñatones no pronuncia palabra, solo emite un gorjeo estridente mientras se ahoga en su propia sangre. A los pocos segundos, el héroe de las minas ha muerto.

El héroe del día anterior ha muerto hoy en el anonimato, perdido entre los cientos de víctimas del asedio. Sic transit gloria mundo, que dirían los Papas.

De las Cuevas está a punto de pedir ayuda cuando vuelve a fijarse en la cadena de oro de Muñatones. Entonces, sus ojos brillan como ascuas y una nube de pensamientos comienza a tomar forma. En su mente nace de pronto una idea obsesiva que da vueltas y vueltas…

Una idea que ya no hay forma humana de detener.

34

La tienda de Mustafá Pachá huele a incienso, seda y ambición. El general descansa entre almohadones mientras bebe café a pequeños sorbos, rodeado por el murmullo de sus oficiales.

Pialí Pachá examina unos mapas extendidos sobre una alfombra persa. Los agás jenízaros intercambian comentarios en voz baja. El intérprete árabe aguarda en silencio.

Un soldado espahí se inclina ante Mustafá.

—Señor, el desertor cristiano está aquí.

—Hazlo pasar.

Mustafá deja la taza sobre un cojín bordado y endereza la espalda.

Santiago de las Cuevas entra flanqueado por dos soldados. Viene sucio y sudoroso, pero camina erguido. Sus ojos brillan con la determinación de quien ha cruzado un Rubicón sin retorno.

El general lo examina en silencio. Cicatrices de combate, manos callosas, postura de veterano. No es un cobarde que huye. Es otra cosa. Quizá algo más peligroso.

—¿Por qué abandonas a los tuyos? —pregunta a través del intérprete.

De las Cuevas no titubea.

—Los sanjuanistas nos envían a morir sin esperanza. Considero que ya he dado bastante por la paga que recibo.

El intérprete traduce al turco. Mustafá asiente levemente. Una respuesta honesta, sin lamentaciones ni excusas. Eso le gusta.

—¿Cuál es el estado de los defensores?

Ahora viene lo difícil. De las Cuevas traga saliva. Una cosa es desertar y otra muy distinta traicionar a quienes compartieron el pan y la pólvora. Piensa en Francisco, en los zapadores que recibieron treinta ducados mientras él no recibió nada. Piensa en la cadena de oro de Muñatones.

No hay vuelta atrás. Si quiere salir de esta de una pieza, tiene que sacrificar algo de honra.

—Agotados. Raciones escasas, poca pólvora, menos esperanza. Los hombres resisten por disciplina, no por fe.

—¿Cuántos?

—Los útiles no llegan a tres mil. El resto son heridos, malteses sin experiencia o cadáveres que aún caminan.

Pialí alza la vista de sus mapas e intercambia una mirada significativa con Mustafá. Los números confirman lo que sospechaban.

Durante media hora, De las Cuevas desgrana información valiosa. Puntos débiles en las murallas, horarios de cambio de guardia, números exactos de cada puesto, moral quebradiza. Todo lo que un desertor puede ofrecer a cambio de su pellejo. Con cada palabra que pronuncia, siente como si depositara otra moneda en su propia tumba, pero no puede detenerse.

Mustafá parece satisfecho cuando la sesión termina. Sus oficiales sonríen, intercambian comentarios en voz baja. El asalto final será pronto. Muy pronto.

Pero entonces, la expresión del general se endurece.

—Hubo otro cristiano que vino con información —dice con voz súbitamente helada—. Un caballero francés. Adrien de la Rivière.

De las Cuevas siente el frío en las entrañas.

—Ese hombre mintió. Nos costó muchas vidas descubrir su engaño.

El intérprete traduce con voz neutra, pero De las Cuevas comprende perfectamente adónde conduce esto. Recuerda los rumores, las historias susurradas entre los soldados sobre el destino de La Rivière.

—¿Sabes qué le ocurrió? —Mustafá clava sus ojos en los del español—. Lo despellejamos vivo. Lentamente. Tardó un día entero en morir.

El silencio se espesa en la tienda como humo negro. De las Cuevas recuerda la cabeza de La Rivière clavada en una pica, paseada ante los muros de San Telmo. El horror grabado en sus facciones muertas, la boca abierta en un grito perpetuo.

—Si tu información resulta falsa —continúa Mustafá con suavidad de seda envenenada—, tu destino será idéntico. Solo que quizá tardemos dos días en vez de uno.

De las Cuevas comprende la trampa. No hay generosidad turca que valga. Si algo falla en el próximo asalto, si sus palabras no producen los resultados esperados, morirá del modo más horrible imaginable. No como soldado. Como traidor despellejado.

—Mi información es veraz —dice, y su voz apenas tiembla—. Arriesgo la vida al dárosla.

Mustafá lo estudia un momento más. Sus ojos oscuros parecen leer cada pensamiento, pesar cada mentira. Luego sonríe, pero la sonrisa no alcanza sus ojos.

—Eso espero por tu bien.

Da una orden en turco. Los soldados se acercan a De las Cuevas.

—Te daremos comida y tienda. Permanecerás aquí hasta que se demuestre la verdad de tus palabras. Si son ciertas, serás recompensado generosamente. Si no...

No termina la frase. No hace falta.

Mientras lo escoltan hacia la salida, De las Cuevas piensa febrilmente. Debe escapar antes del próximo asalto. Esta misma noche, si es posible. Si se queda y algo falla, es hombre muerto. Y no cualquier muerte: una agonía de horas o días mientras le arrancan la piel a tiras.

El plan se forma mientras camina hacia la tienda que le han asignado: fingir lealtad unas horas, esperar la oportunidad, huir hacia Mdina durante la noche. Hacerse pasar por cautivo fugado, ganar tiempo, llegar a Gozo, embarcar hacia Sicilia con el primer barco que zarpe.

Arriesgado, pero menos que quedarse esperando a que su traición dé los frutos que Mustafá exige.

Mucho menos.

Las colinas al norte del campamento otomano resguardan a ocho jinetes inmóviles. Sus caballos, adiestrados para la guerra, ni siquiera resoplan.

Sin luna, la noche permite a Vincenzo Anastagi observar las tiendas enemigas sin ser detectado. La oscuridad es total, apenas rota por las hogueras dispersas del campamento que se extiende como un mar de sombras.

Anastagi es el jefe de la caballería sanjuanista que permanece en Mdina. Lleva quince días haciendo incursiones nocturnas. Mapear defensas, capturar informadores, buscar oportunidades. Sus ojos oscuros estudian ahora el campamento con paciencia de cazador profesional que sabe que una sola observación puede cambiar el curso de una guerra.

Lo que ve esta noche confirma sus sospechas.

—¿Veis trincheras en la retaguardia? —susurra a sus hombres.

Sus lugartenientes agudizan la vista. Miles de tiendas se extienden bajo las estrellas. Hogueras que se consumen, centinelas ocasionales, el murmullo lejano de un ejército que descansa antes del asalto que todos saben que vendrá con el amanecer.

—No veo ninguna, señor.

—Exactamente —dice Anastagi esbozando una sonrisa—. Los otomanos han construido sus defensas únicamente contra ataques desde las fortalezas cristianas. Su retaguardia carece de trincheras, empalizadas, de cualquier protección digna de mención.

Hace una pausa y añade con desprecio: —Claramente, el general turco no es Julio César.

Durante días ha observado un patrón revelador: cuando los otomanos lanzan asaltos generales, vacían prácticamente el campamento. Todos los hombres útiles marchan hacia las murallas, dejando solo enfermos, heridos y servicios de retaguardia. Cocineros, aguadores, muleros. Hombres sin armadura ni disciplina de combate.

Anastagi comanda apenas doscientos jinetes, pero un ataque de caballería por la retaguardia durante el próximo asalto general puede ser devastador. Fuego en las tiendas de mando, destrucción de provisiones, pánico entre los no combatientes. Un golpe a la moral enemiga que podría cambiar el curso del asedio. No ganarán la guerra con una carga de caballería, pero pueden comprar tiempo precioso.

Y el tiempo es lo único que les queda.

Uno de sus hombres le toca el brazo sacándole de su ensimismamiento.

—Señor, mirad allí.

Anastagi sigue la dirección del dedo. Algo se mueve en los alrededores del campamento. Una figura solitaria se escabulle entre las tiendas, evitando obviamente ser detectada. No es un centinela en su ronda. Es alguien que trata de salir sin ser visto, moviéndose de sombra en sombra.

—Turco en misión nocturna —murmura uno de los jinetes—. ¿Espía o mensajero?

—En cualquier caso, alguien con información valiosa —responde Anastagi—. Vamos a seguirlo. Cuando esté lejos del campamento, cogedlo.

Los ocho jinetes inician una persecución silenciosa. Sus caballos se mueven sobre hierba seca sin hacer ruido, sombras entre sombras. Siguen a la figura que avanza trabajosamente por terreno rocoso, tropezando ocasionalmente.

El fugitivo camina con prisa pero sin correr, deteniéndose cada pocos minutos para orientarse o comprobar que no lo siguen. Es evidente que no conoce bien el terreno, pero trata desesperadamente de llegar a algún sitio. Su silueta se recorta brevemente contra el cielo estrellado cuando cruza una loma, y luego desaparece de nuevo entre las rocas.

Anastagi hace una seña. Sus hombres se despliegan en abanico, rodeando silenciosamente al fugitivo.

Cuando han puesto suficiente distancia con el campamento, Anastagi da la orden con un silbido bajo.

Los ocho jinetes salen de entre las rocas desde todas direcciones, rodeando al caminante, que se detiene bruscamente y lanza un grito ahogado.

—¡No me matéis! ¡Soy cristiano!

Anastagi desmonta, sorprendido. El acento es español, inconfundible. A la luz de las estrellas ve a un hombre de mediana edad, vestido con ropas turcas pero de rasgos evidentemente europeos. Barba descuidada, rostro demacrado, ojos hundidos.

—¿Quién sois?

—Santiago de las Cuevas, señor. Del Tercio de Sicilia. —Las palabras salen atropelladas—. Me capturaron hace días cerca de Senglea, durante una salida.

Se arroja de rodillas, simulando el alivio de quien ha sido salvado en el último momento. Las lágrimas que corren por sus mejillas son reales, aunque no por las razones que Anastagi imagina.

—Logré cortar mis ataduras durante el cambio de guardia. Llevo toda la noche caminando, tratando de llegar a Mdina. Creí que moriría perdido en la oscuridad.

Anastagi estudia al hombre con ojo crítico. La historia suena verosímil. Los otomanos capturan prisioneros constantemente, y las fugas, aunque difíciles, no son imposibles. Ha oído de varios casos.

—¿Cómo os trataron?

—Mal, señor. Muy mal. —De las Cuevas se santigua con manos temblorosas—. Me interrogaron, me golpearon. Querían saber de nuestras defensas, de nuestros números.

—¿Les dijisteis algo?

—Jamás, señor. Preferí los golpes antes que traicionar a los míos.

Se santigua de nuevo y el gesto parece sincero. Anastagi siente una punzada de compasión. Este hombre ha sufrido por mantenerse leal.

—Los turcos os han maltratado, pero ya estáis a salvo. Sois un soldado valiente.

Se vuelve hacia dos de sus jinetes: —Escoltad a este hombre hasta Mdina. Llevadlo ante el gobernador. Merece cuidados y un lugar seguro donde recuperarse.

De las Cuevas agradece efusivamente, fingiendo lágrimas de alivio que no son del todo falsas. Ha escapado de Mustafá. Eso es lo que importa.

—Que Dios os bendiga, señor. Creí que moriría en manos de esos infieles. Vos me habéis salvado la vida.

—No es nada —dice Anastagi con genuina bondad—. Cualquier cristiano habría hecho lo mismo.

Los dos jinetes se acercan con un caballo de repuesto. Ayudan a De las Cuevas a montar. Él se agarra a las riendas con manos

temblorosas, como si realmente fuera un hombre exhausto y aliviado.

—Id con Dios —dice Anastagi—. Y descansad. Ya habéis sufrido bastante.

Los tres jinetes se alejan hacia Mdina al trote. De las Cuevas no mira atrás. No puede permitirse ese lujo.

Mientras los ve alejarse, Anastagi vuelve su atención al campamento. Las hogueras siguen ardiendo perezosamente entre las tiendas. Todo parece normal, tranquilo. El ejército turco descansa antes de la tormenta.

—Continuamos la vigilancia —dice a sus hombres restantes—. Quiero saber exactamente cuándo preparan el próximo asalto.

—¿Qué tenéis en mente, señor? —pregunta uno de sus lugartenientes.

Anastagi señala la retaguardia desprotegida del campamento.

—Cuando lancen su asalto, cuando vacíen el campamento de soldados, nosotros atacaremos por aquí. Fuego, caos, destrucción. Les haremos pagar caro cada paso que den hacia nuestras murallas.

Sus hombres asienten en silencio. Es un plan audaz, pero puede funcionar.

En el horizonte despuntan las primeras luces del amanecer. El cielo se tiñe de gris perla, luego de rosa pálido. Otro día de asedio comienza.

Anastagi contempla el campamento enemigo una última vez antes de retirarse. Ha encontrado la grieta donde golpear a su enemigo.

Y De las Cuevas cabalga hacia Mdina, sintiéndose a salvo.

Ninguno de los dos sabe lo que el amanecer traerá.

35

Francisco encuentra a Caterina en las ruinas de la iglesia de San Lorenzo. Las velas titilan entre los escombros, creando sombras danzantes en las paredes agrietadas por la metralla. El bombardeo ha cesado temporalmente, pero todos saben que es la calma antes de la tormenta final.

Ella está arrodillada ante los restos del altar, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados. Francisco intenta acercarse sin hacer ruido, aunque sus botas hacen crujir levemente los fragmentos de piedra. Caterina siente su presencia sin necesidad de mirarlo.

—¿También venís a rezar? —pregunta sin abrir los ojos.

—Vengo a buscaros.

Caterina se incorpora lentamente y se vuelve hacia él. A la luz vacilante de las velas, Francisco ve que ha estado llorando. Las lágrimas han dejado churretes en sus mejillas manchadas de polvo.

—¿Sabéis ya cuándo será?

—Creemos que al amanecer. —Francisco se acerca despacio, como si temiera romper algo frágil—. Mustafá no puede esperar más. Las tormentas de septiembre están cerca.

Caterina cierra los ojos. Cuando los abre de nuevo, están secos.

—¿Qué posibilidades tenemos?

—Pocas. Muy pocas.

El silencio se instala entre ellos. Afuera, el viento nocturno sopla y se cuela entre las ruinas, haciendo temblar las llamas de las velas. En algún lugar lejano, alguien tose. Un niño llora. Malta aguarda su sentencia.

—Entonces esto es una despedida —dice Caterina.

No es una pregunta. Ambos comprenden la realidad con claridad meridiana: cuando salga el sol, Francisco irá a las murallas del

puesto de Castilla. Y las probabilidades de que regrese son casi inexistentes.

—Caterina, yo...

—No. —Se levanta con súbita determinación, sacudiendo el polvo de su falda—. No voy a escuchar discursos sobre el deber o el honor. No esta noche.

Se acerca a él hasta que sus cuerpos casi se tocan. Francisco puede sentir el calor que emana de ella en la iglesia fría. Puede oler el aroma familiar a manzanilla en su cabello, ver las pequeñas pecas que el sol mediterráneo ha dejado en su nariz. Se fija en la cicatriz fina en su ceja izquierda, recuerdo de algún accidente infantil del que nunca le ha hablado.

—Esta noche solo quiero que seáis Francisco. —Su voz es firme pero sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. No el cabo. No el soldado. No el veterano de mil batallas. Solo el hombre que amo.

Es la primera vez que usa esa palabra sin vacilación, sin rodeos, sin miedo. Francisco siente como si algo dentro de su pecho se rompiera y se recompusiera al mismo tiempo. Como si una armadura que ha llevado puesta durante años cayera finalmente al suelo.

—¿Me amáis? —Su voz suena ronca—. ¿De verdad?

Caterina toma sus manos entre las suyas. Las manos de Francisco son grandes, callosas, marcadas por cicatrices de años de guerra. Las de ella son pequeñas pero fuertes, endurecidas por el trabajo.

—Sé que lleváis esa medalla de la Virgen porque era de vuestra madre —dice mirándolo a los ojos—. Que la tocáis cada vez que tenéis miedo, aunque jamás lo admitiríais. Sé que no podéis dormir cuando llueve porque os recuerda a las noches en el calabozo de Argel, esperando que vinieran a torturaros.

Francisco siente que algo se le atraganta a la altura de la nuez.

—Sé que cuidasteis de Kemiru como si fuera vuestro hijo —continúa Caterina—. Y sé que daríais vuestra vida por salvar la de cualquier inocente sin pensarlo dos veces.

Toma su rostro entre las manos.

—Y sé que fingís ser de piedra, pero tenéis el corazón más bondadoso que jamás he conocido.

Francisco siente las lágrimas correr por sus mejillas. No recuerda la última vez que lloró delante de alguien. Quizá cuando su madre murió, hace tantos años que parece otra vida.

—Y yo sé que os aterra amar a otro soldado —dice con voz quebrada—. Que fingís dureza para proteger un corazón que ha sangrado demasiado. Que trabajáis hasta el agotamiento para no tener tiempo de pensar en la soledad que os espera cada noche.

Caterina deja escapar un sollozo.

—Sé que cada vez que me veis marchar a las murallas, revivís ese momento en que os dijeron que vuestro esposo había muerto —continúa Francisco—. Y aun así, me habéis dejado entrar. Habéis vuelto a arriesgar vuestro corazón sabiendo que podría romperse de nuevo.

Se besan. No con la urgencia salvaje del deseo, sino con la ternura desesperada de quienes saben que el tiempo se les escurre entre los dedos como arena. Francisco la abraza estrechándola contra él, como si pudiera protegerla del mundo entero con la pura fuerza de sus brazos.

Cuando se separan, Caterina apoya la frente contra su pecho. Francisco puede sentir su respiración entrecortada.

—Francisco —susurra contra su jubón—, si esta va a ser nuestra única noche juntos...

—¿Sí?

Caterina alza la vista para mirarlo.

—Prefiero que sea como marido y mujer. No como amantes que se despiden en la oscuridad.

Francisco siente como si el mundo se detuviera a su alrededor. El bombardeo distante, el viento entre las ruinas, el murmullo de voces lejanas, todo desaparece. Solo existen Caterina y sus ojos oscuros mirándolo.

—¿Estáis segura? —Su voz apenas es un susurro.

—Lo estoy si vos también lo estáis. —Caterina pone una mano sobre su corazón—. Decidid vos, Francisco. ¿Qué queréis que seamos esta noche?

Francisco piensa en Isabel. En la traición que lo rompió hace tantos años. En todas las mujeres a las que ha evitado desde

entonces, construyendo muros a su alrededor, jurándose que nunca volvería a ser vulnerable. Piensa en los años de soledad que ha elegido, convencido de que era más seguro no sentir nada.

Luego mira a Caterina y comprende algo fundamental: el amor verdadero no es evitar el riesgo. Es encontrar a alguien con quién merezca la pena correrlo. Es elegir la vulnerabilidad sabiendo que podría destrozarte, porque la alternativa es una vida sin luz.

—Quiero ser vuestro marido. —Las palabras salen con una certeza que lo sorprende—. Aunque solo sea por una noche. Aunque el mañana no llegue para mí. Quiero que esta noche seamos marido y mujer ante Dios.

Caterina sonríe a través de las lágrimas. Es una sonrisa radiante que ilumina toda la iglesia en ruinas.

—Entonces vamos a buscar al hermano Éboli.

Encuentran al hermano Éboli en la sacristía, remendando una casulla rasgada por metralla. El sacerdote está demacrado por el asedio, su rostro surcado por arrugas más profundas que hace tres meses. Pero hay dignidad en su porte cuando se levanta a recibirlos.

—Hijos míos —dice con voz quebrada pero firme—. ¿Qué os trae aquí a estas horas?

Francisco y Caterina intercambian una mirada. Luego Francisco habla: —Hermano Éboli, queremos que nos caséis. Esta noche.

El sacerdote parpadea, sorprendido. Mira a Francisco, luego a Caterina y de nuevo a Francisco. En sus ojos hay una mezcla de tristeza y comprensión.

—¿Estáis seguros de esto? —pregunta despacio—. Las circunstancias son... inusuales. Habitualmente se requieren amonestaciones, testigos, preparación...

—Completamente seguros, padre —responde Caterina—. Si va a ser nuestra única noche, que sea bendecida por Dios.

El hermano Éboli asiente lentamente. Ha casado a muchas parejas en sus décadas como sacerdote. Bodas alegres en tiempos de paz, con flores y música. Pero nunca ha casado a una pareja en vísperas de una batalla que probablemente sea la última. Nunca ha visto tanto amor y tanta desesperación mezclados en dos rostros.

—Muy bien —dice finalmente—. Esperadme aquí.

Desaparece en la sacristía y regresa momentos después con una estola bordada, remendada en varios lugares pero aún digna. Se la coloca sobre los hombros con manos temblorosas.

—Deberíamos hacerlo ante el altar —dice.

Los tres caminan hacia los restos del altar mayor. Las velas proyectan sombras danzantes sobre las paredes agrietadas. En algún lugar del techo dañado, una paloma arrulla suavemente.

El hermano Éboli se coloca frente a ellos. Francisco y Caterina se toman de las manos.

—Francisco de Peralta —comienza el sacerdote con voz solemne —, ¿estáis aquí por vuestra propia voluntad, sin coacción alguna?

—Sí, padre.

—Caterina Sciberras, ¿estáis aquí por vuestra propia voluntad, sin coacción alguna?

—Sí, padre.

El hermano Éboli toma aire. Por un momento, su voz tiembla, pero luego se afirma: —Francisco de Peralta, ¿queréis tomar por esposa legítima a Caterina Sciberras, prometiéndole fe y lealtad, amarla y honrarla todos los días de vuestra vida, según manda la Santa Madre Iglesia?

Francisco mira a Caterina. Ve su vida entera reflejada en sus ojos oscuros. Ve un futuro que quizá nunca llegue, pero que desea con cada fibra de su ser.

—Sí, quiero.

—Caterina Sciberras, ¿queréis tomar por esposo legítimo a Francisco de Peralta, prometiéndole fe y lealtad, amarlo y honrarlo todos los días de vuestra vida, según manda la Santa Madre Iglesia?

Caterina aprieta sus manos.

—Sí, lo tomo.

—¿Tenéis anillos?

Caterina niega con la cabeza, pero entonces se lleva la mano al bolsillo de su delantal. Saca un trozo de alambre de cobre, pulido y retorcido, y con cuidado forma dos círculos imperfectos pero hermosos.

Francisco toma el anillo con dedos temblorosos y lo desliza en el dedo de Caterina.

—Con este anillo, yo te desposo —dice, recordando las palabras de la ceremonia que ha oído tantas veces—. Y te entrego mi corazón.

El hermano Éboli alza las manos sobre sus cabezas.

—Por el poder que me otorga la Santa Madre Iglesia, y ante la presencia de Dios Todopoderoso, os declaro marido y mujer. —Hace la señal de la cruz—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Los recién casados se miran. Por un momento, el peso de lo que acaban de hacer los abruma. Luego, casi al mismo tiempo, comienzan a reír. Es una risa entrecortada por lágrimas, una mezcla de alegría y tristeza tan profunda que no hay palabras para expresarla.

Caterina tiene una pequeña habitación en las catacumbas bajo la enfermería. Es un espacio diminuto, apenas más grande que una celda: un jergón, una mesa de madera, un baúl, una vela. Pero es privado, y esta noche eso es todo lo que necesitan.

Francisco entra tras ella y cierra la puerta. De repente se siente torpe, inseguro. Han pasado demasiados años desde la última vez que estuvo con una mujer de esta manera. Y nunca con una mujer que significara tanto.

Caterina enciende la vela sobre la mesa. La luz dorada ilumina su rostro mientras se vuelve hacia él.

—¿Estáis nervioso?

Francisco asiente, incapaz de mentir.

—Hace mucho tiempo que... —Se interrumpe, sin saber cómo continuar.

Caterina se acerca y toma sus manos.

—Yo también estoy nerviosa. —Su voz es suave.

Se miran en silencio. Francisco puede sentir el pulso acelerado de Caterina bajo sus dedos.

—No tenemos que hacer nada que no queráis —dice.

Caterina sonríe.

—Os he elegido, Francisco de Peralta. Os he tomado por esposo ante Dios. —Se lleva sus manos al pecho—. Quiero estar con vos esta noche. Completamente.

Lo besa, y esta vez el beso es diferente. Las manos de Francisco encuentran su cintura, tirando de ella.

Se desvisten mutuamente con manos temblorosas. Los dedos de Caterina luchan con las correas del jubón de Francisco. Él la ayuda, quitándose la prenda y dejándola caer al suelo. Debajo lleva solo una camisa de lino manchada de sudor y polvo.

Francisco desata los cordones del vestido de Caterina con cuidado reverente, como si estuviera desenvolviendo algo sagrado. La tela cae al suelo con un susurro suave.

Cuando finalmente están desnudos, uno frente al otro, Francisco no puede evitar mirarla. Su cuerpo está marcado por la vida: cicatrices finas de quemaduras en los brazos, de trabajar tanto tiempo en el hospital. Su vientre no es plano sino levemente redondeado, marcado por líneas plateadas que Francisco no comprende al principio.

Caterina sigue su mirada y sonríe con tristeza.

—Tuve un hijo. Hace años. Murió a los tres días de nacer.

Francisco siente una punzada en el corazón. Toca las marcas con dedos suaves.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. —Caterina acaricia su pecho desnudo, trazando las cicatrices que lo cruzan—. Vos también lleváis vuestras marcas.

Francisco mira su propio cuerpo. Está cubierto de cicatrices: tajos de espada, quemaduras de pólvora, marcas de flechas, los latigazos de Argel. Un mapa de tres décadas de guerra grabado en su carne.

—Cada una tiene su historia —dice.

Caterina lo besa en el pecho, justo sobre una cicatriz larga que va desde el hombro hasta las costillas.

Se tumban en el jergón estrecho. Es incómodo, demasiado pequeño para dos personas, pero ninguno de los dos lo nota. Francisco la abraza, sintiendo el calor de su piel contra la suya. Sus bocas se encuentran de nuevo mientras sus cuerpos se aprenden mutuamente.

Hacen el amor despacio, con ternura.

Francisco entierra el rostro en su cuello, respirando su aroma, memorizando cada sensación. El tacto de su piel, el sonido de su respiración, el modo en que sus dedos se hunden en su espalda. Quiere recordarlo todo. Si mañana es su último día, quiere llevar este recuerdo con él a la tumba.

Cuando todo ha concluido, se abrazan el uno al otro como náufragos en medio de la tormenta. Francisco siente lágrimas en sus mejillas, pero no sabe si son suyas o de Caterina.

Permanecen abrazados en el jergón estrecho, sus cuerpos entrelazados, sus respiraciones acompasándose lentamente.

—Francisco —susurra Caterina en la oscuridad.

—¿Sí?

—Prometedme algo.

—Lo que sea.

—Mañana, cuando vayáis a las murallas, no os comportéis como un héroe. No busquéis la muerte gloriosa. —Su voz tiembla—. Luchad, sí. Cumplid con vuestro deber. Pero luchad por volver a mí. ¿Lo prometéis?

Francisco la abraza más fuerte.

—Volved a mí —susurra a la oscuridad vacía—. Por favor, volved a mí.

Pero solo el silencio le responde.

36

El infierno se desata con las primeras luces del alba.

Setenta cañones escupen muerte sin descanso, iluminando la oscuridad con destellos anaranjados que convierten la noche en un baile infernal de luz y sombra. El suelo tiembla bajo la violencia constante. Cada impacto sacude los cimientos de las fortalezas, arrancando cascadas de polvo y fragmentos de piedra.

En la plaza central del Burgo, Jean Parisot de La Valette organiza lo que puede ser la defensa final. Sus oficiales se agolpan en torno al plano de las fortificaciones extendido sobre una mesa improvisada. A la luz de las antorchas, el viejo maestre parece tallado en granito.

—Escuchadme bien —dice con voz que se sobrepone al estruendo —. Mustafá lanzará todo lo que tiene. Doce mil hombres, tal vez más. Es su última oportunidad antes de las tormentas de septiembre.

Sus dedos trazan los puntos críticos en el mapa: el puesto de Castilla, los muros occidentales de Senglea, las brechas abiertas por semanas de bombardeo constante.

—Acumulad todos los artefactos incendiarios en estos sectores. Calderos de brea hirviendo, aros de fuego griego, todo lo que tengamos. Y disponed maderos con clavos en los accesos principales.

Fra Antoine de Montmorency estudia las posiciones mientras calcula recursos que no tiene.

—¿Dónde estaréis vos, excelencia?

—Aquí, en la plaza, con los últimos refuerzos móviles. —La Valette alza la vista, y sus ojos brillan con determinación férrea—. Iré donde el peligro sea mayor. Como siempre.

El bombardeo incesante de los últimos días ha reducido los muros exteriores a colinas irregulares de escombros. Los parapetos se

agrietan, los merlones yacen derribados, y por todas partes se ven cráteres del tamaño de un hombre.

—No es mucho lo que nos queda —murmura un alférez mientras distribuye las últimas municiones.

Cada soldado recibe una ración mínima: algunas balas de arcabuz, dos puñados de pólvora, una mecha de repuesto. Tendrán que hacer que cada disparo cuente. No habrá segunda oportunidad.

Francisco revisa su propio arcabuz por enésima vez. La mecha está en buen estado, seca y bien trenzada. La pólvora está protegida en una bolsa de cuero. La bala encaja perfectamente en el cañón. Sus manos realizan los movimientos con precisión automática, pero esta vez toca también la medalla de la Virgen bajo su jubón y luego el anillo de cobre que cuelga junto a ella.

Hace días que no ve a De las Cuevas. Nadie lo ha visto. Quizá haya muerto o quizá… Francisco comprende de pronto lo que ha ocurrido sin necesidad de pruebas. Lo supo en cuanto escuchó los rumores de que había desaparecido la cadena de oro de Mutañones. Una coincidencia que habla a gritos.

—Cobarde malnacido —murmura entre dientes—. Al final te has salido con la tuya.

Pero no hay ira en sus palabras. En el fondo el veterano comprende al desertor. De las Cuevas ha visto morir a todos sus compañeros en San Telmo y ha alcanzado su cupo de horror en esta guerra. No todos los hombres están hechos para morir por causas perdidas. Y esta cada vez se parece más a una de ellas.

A su alrededor, los soldados aguardan en silencio. Algunos rezan en voz baja. Otros acarician medallas o cruces. Uno escribe una carta que probablemente nunca será enviada. Otro afila su espada.

Francisco reconoce ese ritual. Lo ha visto mil veces. Es la forma en que los hombres se preparan para morir.

Los tambores otomanos comienzan su redoble ritual. Un sonido que hiela el alma: profundo, constante, hipnótico. El ritmo golpea como un segundo corazón, como el latido de algo antiguo y terrible. Se mezcla con cánticos en árabe que brotan de miles de gargantas.

«*Allahu Akbar. Allahu Akbar*». El grito se eleva hacia el cielo, una ola de sonido que hace temblar el aire.

Francisco se asoma por encima del parapeto agrietado y siente que se le hiela la sangre. Desde los restos de la muralla, contempla una masa humana que se extiende hasta donde alcanza la vista. Doce mil otomanos formados en líneas de batalla perfectas, sus armaduras brillando bajo la luz rosada del amanecer como escamas de un dragón gigantesco.

—Dios nos ampare —susurra alguien a su lado.

Los cristianos aguardan su destino tiznados de mugre, sangre, barro y humo de pólvora. Francisco mira a los hombres a su alrededor. Rostros demacrados por el hambre y el agotamiento. Ojos hundidos. Manos temblorosas que se aferran a armas melladas.

Pero en esos ojos también ve determinación. Estos hombres saben que van a morir. Y han elegido morir a pie firme.

Francisco revisa su arcabuz por última vez.

El rugido de los tambores se intensifica. En la distancia, miles de voces entonan el nombre de Alá. Las primeras filas otomanas comienzan a moverse, primero despacio, luego acelerando.

Ocho mil otomanos convergen sobre Senglea, mientras cuatro mil más se lanzan contra el Burgo. El rugido de arcabuces, bombas incendiarias y lanzallamas desgarra la madrugada. El aire se llena de gritos en turco, árabe, castellano, italiano y maltés.

Francisco ve la primera oleada estrellarse contra los escombros del puesto de Castilla. Los jenízaros suben por las piedras sueltas, sus yataganes brillando al sol naciente.

—¡Preparad! —grita.

Los arcabuceros alinean sus armas sobre el parapeto. Francisco ve el blanco de los ojos de los atacantes. Ve sus rostros contraídos en gritos de guerra. Ve la determinación fanática en sus expresiones.

—¡Fuego!

La descarga golpea como un puño. El humo blanco oscurece momentáneamente la visión. Cuando se disipa, Francisco ve la primera fila de atacantes caída sobre los escombros. Pero inmediatamente llega otra oleada, pisando literalmente sobre los cadáveres de sus compañeros.

—¡Recargad! ¡Recargad!

Las manos de Francisco se mueven por instinto: saca el taco, vierte la pólvora, mete la bala, comprime todo con la baqueta. Treinta segundos. Demasiado tiempo. Los turcos ya están casi encima de las murallas.

—¡Fuego a discreción!

Los arcabuceros disparan cuando pueden. Cada descarga derriba uno o dos atacantes. Pero por cada turco que cae, aparecen tres más. Son interminables.

Francisco dispara su arcabuz. Un jenízaro que trepaba por los escombros se desploma con un agujero en el pecho. Francisco ya está recargando antes de que el cuerpo toque el suelo.

A su izquierda, un soldado español grita cuando una flecha turca le atraviesa la garganta. Se desploma gorgoteando sangre. Francisco no tiene tiempo de mirar. Ya está apuntando de nuevo, disparando, recargando.

El humo de la pólvora es tan denso que apenas puede ver. Dispara hacia las formas que se mueven entre la nube gris. A veces acierta. A veces no. Ya no importa. Solo importa seguir disparando.

—¡Se acabó la pólvora! —grita alguien.

—¡Picas! —ruge Francisco—. ¡A las picas!

Deja caer el arcabuz inútil y toma su pica. Los primeros jenízaros alcanzan la cima del muro. Francisco ve un rostro barbudo, unos ojos negros llenos de furia, una boca abierta en un grito.

Clava la pica en el vientre del turco. Siente la resistencia de la carne, luego el crujido cuando el hierro encuentra hueso. El jenízaro se desploma aullando.

Pero ya viene otro. Y otro. Y otro.

Francisco lucha como un autómata. Clava, retira, clava de nuevo. Sus brazos arden. El sudor le ciega. La sangre —suya, de enemigos, imposible saberlo— le empapa el jubón.

A su derecha pelea el mariscal de campo, Melchor de Robles, con espada y rodela. Tiene una herida en el hombro pero sigue luchando. A su izquierda, un soldado maltés cae con el cráneo partido por un yatagán turco.

Los otomanos ganan terreno metro a metro, pisando literalmente sobre los cadáveres que se amontonan. Francisco ve cómo plantan

estandartes en los escombros. Banderas verdes con la media luna. Símbolos de conquista.

—¡No podemos contenerlos! —grita alguien mientras retrocede.

Francisco ve la desesperación en los rostros a su alrededor. Los hombres comienzan a ceder terreno, retrocediendo hacia las calles del Burgo. Pronto los turcos estarán dentro de la ciudad. Y entonces todo habrá terminado.

Es en ese momento cuando lo ve.

En el muro principal del Burgo, a unos cien metros de su posición, los hombres de Pialí han logrado lo impensable: plantar el estandarte real del sultán sobre las piedras cristianas. La cola de caballo blanca bajo la bola dorada ondea triunfante.

Un rugido de victoria se eleva de las filas turcas. Un gemido de desesperación responde desde las filas cristianas.

—¡Abajo esa bandera! —grita una voz familiar.

Francisco se vuelve y ve a La Valette en persona, cojeando hacia el combate con pica en mano. El viejo maestre tiene la pierna vendada —herido por una esquirla— pero su voz no decae: —¡Abajo esa bandera, abajo!

Cristianos y musulmanes se lanzan sobre el estandarte en una disputa furibunda. Unos lanzan ganchos para cogerlo, tirando desesperadamente. Otros se aferran al asta, dispuestos a morir antes que perder su símbolo de victoria.

Francisco abandona su puesto y corre hacia la bandera. Otros soldados hacen lo mismo. Es instinto puro: si cae ese estandarte, cae la moral turca. Si se mantiene, caerá Malta.

Llega al muro principal donde la bandera ondea. Un grupo de jenízaros la defiende ferozmente. Francisco se lanza contra ellos pica en ristre.

Clava el hierro en el costado de un turco. El hombre gira aullando, casi arrancándole la pica de las manos. Francisco suelta el asta y saca su daga. Se enzarza en combate cuerpo a cuerpo con otro jenízaro, rodando por los escombros, cada uno tratando de hundir el acero en la carne del otro.

El turco es más joven, más fuerte. Francisco siente su fuerza menguando. El brazo le tiembla al resistir la daga enemiga que se

acerca centímetro a centímetro hacia su garganta.

Entonces Melchor de Robles aparece de la nada y hunde su espada en la espalda del jenízaro. El turco se arquea, escupe sangre, y se desploma.

—¡Levantaos, cabo! —grita Robles ofreciéndole la mano.

Francisco se levanta jadeando. Mira hacia la bandera y ve que un soldado maltés ha logrado atraparla con un gancho de hierro. Tira con todas sus fuerzas. Otros cristianos se unen a él.

El asta cruje. Los turcos aúllan, tirando en dirección opuesta.

Entonces el asta se parte con un chasquido seco.

La bandera del sultán cae entre los escombros. Un soldado español la agarra y la arroja desde el muro. Cae revoloteando hasta el suelo, donde es pisoteada por los combatientes.

Un rugido de triunfo se eleva entre los defensores. Los turcos vacilan, mirando el espacio vacío donde ondeaba su estandarte.

Pero no es suficiente. Aunque la bandera ha caído, los atacantes siguen siendo demasiados. Francisco mira a su alrededor y ve solo desesperación. Quedan menos de cien hombres en pie en su sector. Están rodeados por tres lados. Las municiones se han agotado. Las fuerzas están al límite.

Es el fin.

Francisco piensa en Caterina. En la promesa que le hizo. Luchad por volver a mí.

Lo siento, amor mío. Lo he intentado.

El campamento otomano aguarda en silencio bajo el sol mortecino del atardecer. Todos los soldados útiles han marchado al frente, dejando atrás solo a enfermos, heridos, cocineros, aguadores y un puñado de centinelas somnolientos.

Kemiru ayuda en las cocinas, preparando caldos para los heridos que siguen llegando desde el frente. Hasan está ausente, combatiendo en primera línea del asalto al Burgo. Por primera vez en semanas, Kemiru se siente solo.

Es entonces cuando los ve.

Primero son solo puntos oscuros en la distancia, moviéndose entre los olivos y las rocas. Kemiru entrecierra los ojos tratando de distinguir qué son. Luego comprende: jinetes cristianos. Muchos jinetes avanzando sigilosamente hacia el campamento.

Reconoce las sobrevestes: cruces blancas de ocho puntas sobre fondo rojo. Son caballeros de Malta.

En cabeza de la columna cabalga Vincenzo Anastagi con doscientos jinetes. Caballeros hospitalarios y milicianos malteses armados con sables, lanzas y sed de venganza.

—¡*Tuitio fidei*! —ruge Anastagi alzando su espada.

—¡*Et obsequium pauperum*! —responden sus caballeros.

—¡Al ataque, hermanos, sin cuartel!

—¡Sin cuartel!

El grito de guerra rompe el silencio. Los doscientos jinetes se lanzan al galope contra el campamento desprotegido.

Kemiru ve la avalancha de caballos y sables acercándose y comprende inmediatamente que debe huir. Los malteses no van a distinguir entre otomanos y cautivos.

Echa a correr entre las tiendas mientras los jinetes se derraman por el campamento. El pánico estalla instantáneamente: —¡Los cristianos! ¡Nos atacan!

—¡Huyamos! ¡Ha llegado el socorro español!

Los jinetes arrasan todo a su paso sin piedad. Matan a enfermos indefensos en sus lechos, masacran a cocineros que huyen despavoridos, atraviesan con sus lanzas a aguadores que suplican misericordia.

Kemiru corre desesperadamente entre las tiendas que comienzan a arder. Un caballo le pasa tan cerca que siente su aliento caliente en la cara. El jinete trata de cortarlo con su espada, pero el muchacho se arroja al suelo y la hoja pasa silbando por encima de su cabeza.

Se desliza entre los cadáveres y se queda inmóvil, fingiendo estar muerto. Un cuerpo ensangrentado cae encima de él: un soldado turco al que acaban de degollar. Kemiru permanece quieto, respirando apenas, mientras los cascos de los caballos martillean la tierra a su alrededor.

Los jinetes destruyen todo lo que encuentran: sacos de grano, barriles de agua, municiones, medicinas. Convierten metódicamente el campamento en un infierno de fuego y sangre.

—¡Volvemos a Mdina! —grita la voz de Anastagi—. ¡Misión cumplida!

Los caballeros desaparecen tan rápidamente como llegaron, dejando tras de sí un rastro de devastación absoluta.

Kemiru emerge de entre los cadáveres cubierto de sangre ajena. Camina entre las ruinas. Cientos de muertos yacen desperdigados entre tiendas ardiendo. El humo negro se alza hacia el cielo.

En las murallas del Burgo, Francisco es consciente de que está a punto de morir.

La batalla continúa con furia sobrehumana. Francisco ha perdido la cuenta de cuántos enemigos ha matado. Sus brazos arden como si estuvieran en llamas. Sus pulmones jadean buscando aire en el humo denso. Pero sigue peleando porque no sabe hacer otra cosa.

Ve a La Valette luchando a pocos metros de distancia. El viejo maestre tiene la pierna empapada en sangre pero se niega a retirarse. Su pica se mueve con precisión mortal a pesar de su edad.

—¡No hasta que hayamos vencido o hayamos muerto! — grita con voz ronca.

Francisco, tiznado de pólvora y cubierto de sangre, comprende que han llegado al límite absoluto. La lucha es demasiado cerrada para armas largas. Se ha convertido en una carnicería a daga y puñal. Los hombres caen uno tras otro. La sangre fresca forma charcos oscuros sobre los que resbalan los combatientes.

Un jenízaro gigantesco se abre paso hacia Francisco.

Francisco ha perdido su daga en el último combate. No tiene nada excepto sus manos vacías.

El jenízaro gruñe algo en turco. Levanta su yatagán. Francisco ve el filo brillar bajo el sol. Sabe que no lo puede esquivar. Está exhausto, herido, acabado.

Cierra los ojos.

Caterina. Perdóname.

El jenízaro lanza el golpe mortal.

Entonces, súbitamente, algo cambia.

El jenízaro se detiene a medio movimiento, mirando hacia atrás con expresión de alerta. Francisco ve confusión en sus ojos, luego pánico. Sin explicación alguna, el otomano da media vuelta y echa a correr.

—¿Qué demonios...? —jadea.

—¡Se retiran! —grita un soldado maltés con incredulidad absoluta —. ¡Los turcos se retiran!

Francisco no puede creer lo que ven sus ojos. Los otomanos estaban a punto de tomar las murallas. La victoria se hallaba literalmente al alcance de sus manos. Las banderas cristianas estaban cayendo. Los defensores estaban al borde del colapso total.

¿Por qué huyen en el momento del triunfo?

Se tambalea hacia el parapeto y mira hacia el campo de batalla. Lo que ve es un caos absoluto. Miles de soldados otomanos corren en todas direcciones, abandonando armas, pisoteándose unos a otros en su prisa por alejarse de las murallas.

En el campo de batalla, Mustafá Pachá cabalga furioso entre sus tropas, tratando desesperadamente de reagruparlas. Su rostro refleja perplejidad absoluta y furia impotente.

—¡Volved! ¡Cobardes! ¡Volved a la lucha! ¡La victoria es nuestra!

Pero sus hombres no le hacen caso. Corren hacia el campamento señalando hacia el horizonte y gritando algo que Francisco no puede entender desde la distancia.

Entonces lo ve.

Columnas de humo negro se elevan desde el campamento otomano. No es el humo gris de las fogatas normales. Es humo negro, denso, el humo de un incendio masivo.

El campamento está ardiendo.

—¡Los españoles! —grita un soldado turco cerca de las murallas —. ¡Han llegado los españoles!

El grito se repite como un eco: —¡Los españoles!

—¡El socorro ha llegado!

—¡Nos atacan por la retaguardia!

Francisco ve el pánico extenderse entre los otomanos como el fuego en paja seca. Y el pánico es contagioso e imparable.

Francisco contempla la retirada desde las murallas con mezcla de alivio y asombro absoluto. Sus piernas ceden y se deja caer, sentado, sobre los escombros. A su alrededor, otros soldados hacen lo mismo, demasiado agotados para mantenerse en pie.

Melchor de Robles se acerca tambaleándose, con sangre corriéndole por el brazo.

—¿Qué ha pasado? —jadea—. ¿Qué demonios acaba de pasar?

—No lo sé —responde Francisco con voz ronca—. Pero algo los ha asustado. Algo en su campamento.

Un oficial maltés llega corriendo desde la plaza central. Su rostro está iluminado por una sonrisa desencajada.

—¡No es un ejército español! —grita—. ¡Es Anastagi! ¡Vincenzo Anastagi ha atacado el campamento con su caballería!

La revelación se extiende por las murallas como una ola. Los defensores comienzan a comprender gradualmente la dimensión de lo ocurrido.

Francisco siente una risa burbujear en su garganta. Al principio es solo un temblor. Luego se convierte en carcajadas. Es una risa histérica, incontrolable, alimentada por el alivio y la incredulidad.

—¡Doscientos jinetes! —logra decir entre risas—. ¡Doscientos malditos jinetes han salvado Malta cuando nosotros ya estábamos perdidos!

Otros se unen a su risa. Algunos lloran mientras ríen. Otros simplemente se dejan caer al suelo, demasiado agotados para cualquier emoción.

Francisco mira el campo de batalla. Los otomanos se retiran en desorden hacia su campamento humeante. En el suelo quedan miles de cadáveres de ambos bandos. La tierra está empapada de sangre. El olor a muerte es abrumador.

Pero han sobrevivido.

Contra toda lógica, contra toda probabilidad, han sobrevivido.

En algún lugar del Burgo, las campanas comienzan a repicar. El repique se extiende por toda la isla. En Senglea, en Mdina, en cada pueblo y aldea, las campanas cantan victoria.

En las murallas se alzan gritos de júbilo: —¡Victoria y socorro!

—¡Dios ha salvado Malta!

—¡Santiago y cierra, España!

Francisco se une a los gritos, pero las lágrimas corren por sus mejillas. Son lágrimas de alivio, de agotamiento, de dolor por todos los compañeros que hoy han perecido.

Piensa en Jacobo, muerto en San Telmo hace meses que parecen años. Piensa en el capitán Medrano, en Miranda, en Pérez y Mané. Piensa en los cientos de rostros que conoció y que ya no volverá a ver.

Tantos muertos para llegar a este momento.

Melchor de Robles se sienta a su lado. Tiene una herida profunda en el hombro pero parece no notarla.

—Lo hemos logrado, cabo. Por todos los santos, lo hemos logrado.

Francisco asiente sin palabras. Mira hacia el Burgo, buscando con los ojos. En algún lugar allí abajo está Caterina. Viva. Esperándolo.

Tiene que llegar hasta ella. Tiene que cumplir su promesa.

Intenta levantarse pero las piernas no le responden. Robles lo ayuda a ponerse en pie.

—Vamos, cabo. Vámonos de aquí.

Caminan juntos por las murallas destrozadas, pasando junto a cadáveres amontonados, armas rotas, banderas caídas. El olor a pólvora y sangre es tan denso que casi se puede masticar.

En la plaza central, La Valette está sentado en un banco mientras un cirujano le venda la pierna. El viejo maestre está pálido por la pérdida de sangre, pero sonríe cuando ve a Francisco acercarse.

—Francisco de Peralta —dice con voz débil pero firme—. Bien luchado, hijo.

—Excelencia. —Francisco hace una reverencia torpe—. Vos sois quien...

—Nada de eso. —La Valette agita la mano—. Todos luchamos. Todos sobrevivimos. Eso es lo que importa.

Se escucha un murmullo de voces. Francisco se vuelve y ve una procesión emergiendo de las catacumbas. Los heridos que pueden

caminar, las mujeres que trabajan en el hospital, los niños que ayudan cargando municiones.

Y entre ellos, con el delantal manchado de sangre y los ojos buscándole frenéticamente, está Caterina.

Sus miradas se encuentran a través de la plaza.

Por un momento ninguno de los dos se mueve. Luego Caterina echa a correr.

Francisco la recibe en sus brazos. La abraza con tanta fuerza que teme romperla. Ella solloza contra su pecho, repitiendo su nombre una y otra vez. No pueden ni hablar. Se besan mientras la plaza entera estalla en vítores. Alguien comienza a entonar un Te Deum. Las voces se unen una a una, creando un coro desafinado pero hermoso.

El Turco aún no ha sido derrotado. Pero algo ha cambiado. Por primera vez desde que empezó el asedio, los cristianos se atreven a soñar.

A soñar con la victoria.

36

Santiago de las Cuevas despierta en Mdina con una sensación de triunfo que no ha experimentado en meses. La luz dorada del amanecer se filtra por la ventana de la habitación que le han asignado en casa del gobernador. Por primera vez desde que comenzó el asedio, duerme en un lecho limpio, entre sábanas que no huelen a pólvora y sangre.

Se incorpora despacio, paladeando la comodidad de quien ha burlado a la muerte. Su deserción, la información vendida a Mustafá, el encuentro con los jinetes de Anastagi, el papel del cautivo fugado representado con maestría consumada... cada pieza ha encajado en su lugar.

Se acerca a la ventana y contempla las calles empedradas de la antigua capital. Mdina mantiene una calma que contrasta con el infierno del Burgo o Senglea. Aquí no ruge el cañón constantemente, no llueven balas de mosquete, no flota el olor permanente a muerte. Es como despertar de una larga pesadilla.

«Libre al fin», piensa mientras se viste con las ropas limpias que le han proporcionado. «Libre de La Valette y sus promesas vacías. Libre de morir por causas ajenas».

Su plan se despliega ante él como un mapa bien trazado. Pedirá audiencia con el gobernador Mesquita, agradecerá la hospitalidad y solicitará abandonar la ciudad. Una barca lo llevará a Gozo, donde algún pesquero lo trasladará más tarde hasta Sicilia. Allí, con el oro de la cadena de Muñatones, podrá empezar una nueva vida lejos de guerras y asedios.

Se palpa la bolsa oculta bajo la camisa. La cadena de oro robada suena con un tintineo suave y reconfortante. Su seguro de vida, su pasaporte hacia un futuro mejor.

Baja a la sala principal de la casa del gobernador. Los criados le sirven pan fresco, aceite de oliva y vino aguado. Es la mejor comida

que ha probado en meses. Mientras desayuna, escucha las conversaciones de otros huéspedes: mercaderes malteses, clérigos refugiados del Burgo, algunos soldados heridos que se recuperan en la retaguardia.

Todos hablan del asedio con tono pesimista. A pesar del golpe de mano de Anastagi y sus jinetes y del salvamento in extremis del Burgo, las noticias que llegan desde las fortalezas empeoran cada día. Los muros se desmoronan, las provisiones escasean, apenas quedan hombres sanos con capacidad de luchar. Malta parece condenada.

«Mejor para mí», reflexiona. «Cuanto peor vayan las cosas, menos probabilidades hay de que alguien se preocupe por un desertor fugado».

Termina su desayuno y se dirige hacia la antecámara donde espera poder hablar con don Pedro Mesquita, el gobernador portugués. Pero antes de llegar, ve movimiento en la puerta principal. Un jinete llega al galope, cubierto de polvo, con evidente urgencia.

De las Cuevas se detiene entre las sombras, observando. El jinete desmonta precipitadamente y entra corriendo en la casa. Es un hombre joven, con la sobreveste de los caballeros hospitalarios, aunque sucia y desgarrada por el combate.

—Debo ver al gobernador inmediatamente —anuncia— . Traigo noticias del Burgo.

Los criados lo conducen hacia la sala de audiencias. De las Cuevas los sigue a distancia prudencial; siente curiosidad por saber qué noticias porta.

El gobernador Mesquita aparece en la sala de audiencias, acompañado por Vincenzo Anastagi. Ambos nobles muestran expresión de grave preocupación.

—Hablad: ¿Qué nuevas traéis? —pregunta Mesquita.

El mensajero hace una reverencia: —Excelentísimo señor, el Gran Maestre me envía para informar sobre la situación tras el último asalto. Los otomanos lanzaron doce mil hombres contra nuestras murallas. Estuvimos a punto de caer.

Mesquita y Anastagi intercambian miradas de inquietud.

—¿Qué os salvó?

—Vuestra intervención, señor Anastagi —dice el mensajero, dirigiéndose al capitán de caballería—. El ataque de vuestros jinetes al campamento enemigo sembró el pánico entre los atacantes. Vieron el humo, creyeron que había desembarcado un ejército español, y se retiraron cuando tenían la victoria al alcance.

Anastagi asiente con satisfacción. Su estratagema ha funcionado mejor de lo esperado.

—¿Y las defensas?

—Críticas, excelentísimo señor. Los muros del Burgo están prácticamente destruidos. Las provisiones casi agotadas. Agua racionada, pólvora para apenas dos batallas más, medicinas inexistentes. Pero lo peor es la falta de hombres. No sabemos cuánto más podremos resistir.

El mensajero entrega los despachos oficiales a Mesquita y se retira para descansar. Al salir de la sala principal, pasa junto a De las Cuevas que permanece escondido, esperando su oportunidad de hablar con el gobernador.

Pero la justicia divina a veces tiene formas inesperadas de alcanzar a los hombres. Mientras De las Cuevas espera su turno, ocurre algo que no estaba en sus planes. El mensajero al verlo se detiene bruscamente, como si hubiera visto un fantasma. Sus ojos se clavan en el rostro de De las Cuevas, estudiándolo con detenimiento.

De las Cuevas siente un escalofrío helado recorriendo su espalda. ¿Es posible que ese hombre lo esté reconociendo?

Luego, sin decir palabra, el mensajero regresa discretamente hacia donde se encuentran Anastagi y Mesquita.

—Señor Anastagi —dice en voz baja—, ¿podría hablar con vos en privado un momento?

Anastagi, intrigado, se aparta con él hacia un rincón de la sala. El mensajero señala discretamente hacia donde está De las Cuevas y dice algo en tono de confidencia.

Anastagi enarca una ceja y mira a De las Cuevas.

—¿Deserción? —dice el jefe de la caballería hospitalaria—. Esa es una acusación muy grave. ¿Tenéis pruebas?

El mensajero medita un instante su respuesta: —Hay sospechas de que el hombre del que os hablo robó una cadena de oro que pertenece al mismísimo La Valette. Dicha cadena desapareció el mismo día que el desertor. Si la lleva encima, es él.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con cuchillo. Anastagi mira hacia las sombras donde De las Cuevas trata de esconderse, pero ya es demasiado tarde.

—¡Vos! —dice Anastagi con voz que destila veneno—. Acercaos.

De las Cuevas no tiene más opción que mostrarse. Sale de las sombras con el corazón desbocado, tratando desesperadamente de mantener la compostura.

—Vaciad las faltriqueras ahora mismo.

—Pero mi señor, ¿por qué este trato...?

—Si no queréis que os ensarte ahora mismo con mi espada —interrumpe Anastagi—, haced lo que os ordeno.

De las Cuevas entiende que el juego ha terminado. Su engaño perfecto se ha desmoronado en cuestión de segundos por culpa de un mensajero que no podía prever. ¿Cómo es posible que un mensajero le haya reconocido? Entonces su mente piensa a toda velocidad. Claro… San Telmo. Ser uno de los únicos supervivientes del fuerte le ha hecho llamar una atención que no estaba en sus cálculos.

Vacía el contenido de su bolsa en el suelo. Entre sus pertenencias brilla con candor delator la cadena de oro.

—¿Podéis explicar esto?

Mesquita y Anastagi reconocen la cadena al instante. Se la han visto al Gran Maestre en numerosas ocasiones.

De las Cuevas está a punto de inventar que es una recompensa pagada por La Valette por sus servicios, pero se detiene. ¿Para qué mentir? ¿Para retrasar lo inevitable un día o dos hasta que alguien nuevo le desmienta?

Prefiere asumir lo que venga con lo poco que le queda de honor y baja la cabeza en silencio.

Mesquita se acerca. Sus labios enarcan una expresión de asco profundo: —¡En mi casa! ¡Habéis comido en mi mesa después de traicionar a vuestros compañeros!

De las Cuevas habla al fin, rompiendo el silencio de sus labios: —Hice lo que debía hacer para sobrevivir. Malta está perdida. La Valette es un loco que nos conduce a todos a la muerte.

Anastagi lo agarra por el cuello de la camisa y lo arrastra hacia la puerta.

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Arrestad a este traidor!

Los soldados de la guarnición se abalanzan sobre De las Cuevas, inmovilizándolo con brutalidad.

—¿Qué información vendisteis a los turcos? —pregunta Mesquita.

De las Cuevas permanece en silencio. Ya no tiene sentido contar más. Su destino está sellado.

Anastagi toma la decisión con la frialdad de un hombre acostumbrado a la guerra: —Entregadlo al populacho. Que sea el pueblo de Malta quien juzgue al que los ha traicionado.

Los gritos comienzan inmediatamente. La noticia de que hay un traidor en Mdina se extiende por las calles como pólvora encendida. En minutos, una multitud furiosa se agolpa ante la casa del gobernador.

—¡Traidor! —gritan—. ¡Ha vendido la sangre de nuestros hijos!

—¡Que pague por sus crímenes!

—¡Muerte al desertor!

De las Cuevas es arrastrado fuera de la casa entre empujones y escupitajos. Ve las caras deformadas por la ira, los puños alzados, los ojos que brillan con sed de venganza. Son las mismas personas que hace unas horas lo veían como un héroe fugado de la cautividad turca.

La turba lo arrastra hasta la plaza principal de Mdina.

La multitud, cargada con meses de miedo, frustración y odio hacia el enemigo, descarga toda su furia sobre el traidor que tienen al alcance. Cuchillos, navajas, tijeras, hoces de arar... todo lo que tienen a mano es utilizado para herir, cortar y descuartizar a Santiago de las Cuevas. La plaza se tiñe de sangre con sus vísceras pisoteadas. Su cara queda convertida en un amasijo de carne irreconocible. Unos perros pelean por uno de sus brazos desmembrados.

Santiago de las Cuevas, veterano superviviente de mil batallas, muere destrozado por las mismas manos de aquellos a los que había jurado proteger.

Dos días después, el hedor a sangre y vísceras aún flota sobre la plaza mientras los criados arrojan baldes de agua para limpiar las piedras enrojecidas.

Anastagi contempla los últimos restos del tumulto desde las ventanas del palacio del gobernador. Los gritos de la turba todavía resuenan en sus oídos. La justicia popular ha sido brutal e implacable. Como suele ser. Ahora debe volver a pensamientos más urgentes: la defensa de Mdina.

Es entonces cuando el grito de alarma atraviesa el aire matutino como una flecha.

—¡Enemigos a la vista! ¡El ejército turco se aproxima!

El soldado que grita desde la torre de vigilancia señala hacia el sur con brazo tembloroso. En la distancia, una nube de polvo se alza como una tormenta dorada sobre las colinas. Dentro de esa nube, el destello ocasional del sol sobre metal revela la terrible verdad: miles de soldados otomanos marchan hacia la antigua capital.

Vincenzo Anastagi sube corriendo a los muros, seguido por el gobernador Mesquita. Ambos contemplan el espectáculo con creciente horror.

—¿Cuántos serán? —pregunta Mesquita, aunque teme la respuesta.

Anastagi cuenta las columnas que se acercan. Sus años de experiencia militar le permiten calcular números con precisión desalentadora: —Cuatro mil hombres, tal vez cinco mil. Infantería jenízara, sipahíes, auxiliares argelinos. Es una fuerza de asalto completa.

—¿Por qué ahora? Durante meses a nosotros nos han dejado en paz...

Anastagi comprende inmediatamente la lógica otomana. Su ataque al campamento enemigo ha tenido consecuencias inesperadas: —Mustafá busca una victoria fácil para levantar la moral de sus tropas —explica—. Después del fracaso del último

asalto y de nuestro ataque a su campamento, necesita demostrar a los suyos que aún puede ganar batallas.

Anastagi repasa las defensas de Mdina con ojo crítico. La ciudad tiene murallas antiguas pero sólidas, construidas por los árabes siglos atrás y reforzadas por los caballeros hospitalarios. Pero su guarnición es ridículamente pequeña.

—¿De cuántos hombres disponemos? —pregunta a Mesquita.

El gobernador hace un recuento mental: —Ciento cincuenta soldados de la guarnición regular. Tal vez otros cien voluntarios malteses con algo de experiencia militar. Y unos trescientos civiles que podrían cargar piedras o defender los muros en caso extremo.

Las cifras son desastrosas. Quinientos hombres contra cinco mil. Una proporción de diez a uno.

—No podemos resistir un asalto directo —admite Anastagi—. Nos masacrarán en cuestión de horas.

Mesquita se apoya en el parapeto, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. El portugués ha jurado defender Mdina hasta la muerte, pero enviar a sus hombres a un suicidio inútil no servirá de nada.

—¿Qué proponéis?

Anastagi observa una vez más el ejército que se acerca. Los otomanos marchan con confianza, sin prisa, seguros de su superioridad. Esperan encontrar una ciudad débilmente defendida, atemorizada, lista para rendirse al primer asalto.

«Ahí está nuestra única oportunidad —piensa—: En su exceso de confianza».

—Vamos a engañarlos —dice finalmente —¿Cómo?

—Haremos que crean que Mdina está fuertemente defendida por tropas veteranas, bien armadas y con abundante pólvora. Si logramos convencerlos de que un asedio a Mdina será arduo y costoso, tal vez se retiren.

La idea es desesperada, pero es lo único que se le ocurre.

—Reunid a todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad —ordena—. Todos. Hasta los más jóvenes que puedan sostener una lanza.

—¿Para qué?

—Los vamos a convertir en soldados. Al menos en apariencia.

Durante la siguiente hora, Mdina se transforma en un teatro de guerra. Anastagi organiza a la población civil con eficiencia militar. A cada hombre se le entrega un arma: pica, arcabuz, ballesta, incluso simples cuchillos de cocina que desde lejos pueden parecer armas de combate.

Las mujeres reciben morriones y coseletes que les quedan demasiado grandes, pero que desde la distancia dan apariencia de soldados. Los niños mayores de doce años son armados con lanzas y ubicados en los muros visibles para los atacantes.

—Recordad —dice Anastagi a la improvisada guarnición—. No sois civiles malteses aterrorizados. Sois soldados veteranos, bien alimentados, descansados, ansiosos por combatir. Moveos con orgullo. Hablad con confianza. Que vuestro aspecto diga que deseáis que vengan a luchar.

Mesquita organiza el engaño más audaz: reúne todos los cañones de la ciudad, desde las piezas de artillería real hasta los viejos falconetes y bombardas que llevan años sin usar. Los dispone en las murallas de forma que sean claramente visibles desde el exterior.

—¿Cuánta pólvora tenemos realmente? —pregunta Anastagi.

—Para tres descargas generales, como mucho —responde Mesquita con amargura—. El resto está toda en el Burgo.

—Pues haremos que parezca que tenemos para un año.

Los otomanos se detienen a medio kilómetro de las murallas, desplegándose en orden de batalla. Mustafá Pachá observa la ciudad, evaluando las defensas.

Lo que ve le resulta desconcertante.

Las murallas bullen de soldados. Centenares de hombres armados se mueven con disciplina militar por los parapetos. Las torres están repletas de arcabuceros. Y la artillería... la artillería es impresionante. Cuenta al menos veinte cañones de diversos calibres apuntando hacia sus posiciones.

—¿Qué opináis? —pregunta a Pialí Pachá, que lo acompaña.

—Están mejor defendidos de lo que esperábamos —responde el almirante—. Y parecen... confiados.

En ese momento, Anastagi ejecuta la parte más arriesgada de su plan. Da la orden que ha estado preparando: —¡Fuego general! ¡Todas las piezas!

El rugido que sigue es ensordecedor. Los veinte cañones de Mdina disparan simultáneamente, llenando el aire de humo y estruendo. Las balas caen inofensivamente, pues los otomanos aún no están a tiro. Pero eso es intencionado: un disparo de demostración que dice claramente «tenemos pólvora suficiente para desperdiciarla en salvas de advertencia».

El efecto psicológico es devastador. Los soldados otomanos, ya desmoralizados por las derrotas recientes, ven en esta demostración la prueba de que Mdina está preparada para un asedio largo y sangriento.

Mustafá maldice con expresión sombría. Había esperado encontrar una ciudad indefensa. En cambio, se enfrenta a lo que parece una fortaleza bien artillada y defendida por tropas veteranas.

Sus propios soldados murmuran con inquietud. La moral, ya dañada por el fracaso de los asaltos al Burgo y Senglea, se resiente aún más.

—¿Damos el asalto? —pregunta un agá jenízaro.

Mustafá contempla las murallas humeantes. Calcula el coste probable: miles de bajas para tomar una ciudad con poco valor estratégico real. Mdina no es el Burgo. No controla el puerto grande. Su conquista no decidiría el destino de Malta.

—Nos retiramos —dice finalmente—. No vale la pena la sangre que costaría.

La orden de retirada se extiende por las filas otomanas. Lentamente, renuentemente, el ejército de Mustafá da media vuelta y se aleja de Mdina.

Desde las murallas, Anastagi observa la retirada enemiga con alivio casi físico. Su engaño ha funcionado. Una ciudad defendida por civiles disfrazados ha hecho retroceder a cinco mil soldados veteranos.

—Funcionó —murmura Mesquita, incrédulo—. Realmente funcionó.

—El miedo puede más que el valor cuando la moral está rota —responde Anastagi—. Los otomanos están más cansados y desmoralizados de lo que creíamos.

Anastagi medita un instante sus propias palabras mientras contempla las columnas enemigas alejándose, y comprende algo fundamental: el poderoso ejército de Solimán está al borde del colapso. Han invertido demasiado tiempo y sangre en Malta sin conseguir resultados decisivos.

«Puede que, si el socorro llega pronto —piensa—, los turcos se retiren sin plantarle batalla». Pero, claro, para eso tiene que llegar y debe hacerlo antes de que el Burgo se rinda.

Mesina, Sicilia. Palacio Virreinal

Al mismo tiempo que Anastagui combate en Malta y se pregunta por el socorro español, los responsables de ese mismo socorro se encuentran reunidos en el Palacio Virreinal de Mesina.

La tensión en la sala es tan espesa que podría cortarse con cuchillo.

Los mapas de Malta cubren la mesa como sudarios manchados de tinta. Velas de cera virgen iluminan rostros marcados por la preocupación, mientras el aroma a sebo quemado se mezcla con el olor a humedad que entra por las ventanas abiertas. Afuera, las galeras del socorro se balancean en el puerto como bestias impacientes esperando la orden de cargar.

Don García Álvarez de Toledo, virrey de Sicilia, contempla a los hombres reunidos en torno a la mesa. Son lo mejor que España puede ofrecer, pero en este momento parecen un rebaño de ovejas sin pastor. Nadie parece ponerse de acuerdo sobre el modo de llevar a cabo el socorro a Malta.

Don Álvaro de Bazán, almirante de la flota del estrecho, tamborilea impaciente con los dedos sobre la madera pulida. Juan Andrea Doria, el genovés, estudia las cartas de navegación con expresión sombría, sus ojos cansados siguen las líneas de profundidad. Don Álvaro de Sande, veterano de mil batallas, mueve

nerviosamente las piezas de un tablero de ajedrez como si fueran soldados reales.

La puerta se abre con estruendo y entra un hombre que hace que todos los presentes vuelvan la cabeza. Ascanio della Corgna llega cubierto del polvo del camino, con las botas llenas de barro siciliano y la barba sin afeitar. Pero su mirada brilla con la luz feroz de un depredador nacido para la guerra.

—Perdonad la tardanza, excelentísimo signore —dice dirigiéndose a García de Toledo, sacudiéndose el polvo del jubón con gestos amplios—. Madonna, los caminos desde Roma no son exactamente seguros para un hombre recién salido de las cárceles del papa.

El comentario provoca murmullos entre los asistentes. Todos conocen la historia de della Corgna: condottiero de fama legendaria, sobrino de un papa, hermano de un cardenal, pero también un hombre acusado de robo, violación y asesinato. Solo la intervención personal de Felipe II y del emperador Maximiliano lo han liberado de las mazmorras del Castillo de San Ángel donde lo tenía preso el Papa. Liberado con un solo propósito: ayudar en la dirección del socorro.

García de Toledo lo observa con mezcla de admiración y cautela. Ascanio es exactamente el tipo de hombre que necesita: un soldado sin escrúpulos morales, pero con genio militar innegable. Un poeta anónimo lo ha llamado «vero figliuol di Marte» (verdadero hijo de Marte). Incluso después de perder un ojo en combate, sigue siendo capaz de batirse en duelo con los mejores espadachines de Europa.

—Bienvenido, della Corgna. Vuestra experiencia nos será de gran valor.

Ascanio se sienta sin ceremonias y se sirve vino de una jarra sin esperar invitación. Su ojo bueno recorre la sala, evaluando a cada hombre presente como un lobo alfa evalúa a otros machos rivales.

—¿Cuál es la situación actual? —pregunta sin preámbulos.

Don Sancho de Leyva, comandante de las galeras napolitanas, le pone al corriente con voz pausada: —Al menos quince mil turcos siguen sitiando Malta. Nuestras fuerzas suman ocho mil hombres en treinta galeras. Los defensores resisten, pero apenas. En las plazas

del Burgo y Senglea, se estima que aguantan unos seiscientos combatientes.

—¿Y seguimos aquí parloteando en lugar de zarpar? —la voz de Ascanio es un latigazo—. Per Bacco, ¿desde cuándo los españoles necesitan superioridad numérica para combatir infieles?

Un caballero maltés que ha estado en silencio hasta ahora se levanta bruscamente de su silla. Su rostro está demacrado por la angustia acumulada y sus ojos brillan con desesperación apenas contenida. Las ojeras profundas bajo sus ojos hablan de noches sin dormir.

—¡Exacto! —grita—. ¡Mientras nosotros discutimos, mis hermanos mueren en las murallas! ¡Don García, vos debéis dar la orden de zarpar de inmediato!

Un silencio helado cae sobre la sala. El caballero ha perdido las formas y ha «voseado» al virrey.

García de Toledo se yergue lentamente, con la dignidad de un grande de España: —Comprendo vuestra inquietud, caballero, pero debéis entender las dificultades reales de esta empresa. Hay mucho en juego. En cualquier caso, ello no os excusa de dispensarme el título de «Excelencia» debido a mi cargo.

El caballero maltés lo mira con incredulidad.

—Si podemos acudir en auxilio de Malta a tiempo, señor excelentísimo, os llamaré Excelencia, Alteza, Majestad, y os otorgaré todos esos títulos elevados y poderosos que Vuestra Excelencia pueda desear. Pero si llegamos tarde por culpa de vacilaciones, no mereceréis ni el título de hombre.

Varios hombres se levantan y gritan. Unos reprochando la actitud del caballero. Otros apoyándole.

La tensión es máxima.

—¡Silencio todo el mundo! —ordena don García con voz glacial—. Y siéntense todos inmediatamente, si no quieren conocer las mazmorras del palacio virreinal.

Cuando los ánimos de todos parecen apaciguarse, don Sancho de Londoño, oficial de la infantería española de Lombardía, toma la palabra: —Volvamos al asunto que nos ocupa —dice—. El pequeño socorro que enviamos en junio fue una apuesta calculada; una

jugada en una ventana de tiempo muy específica, y contó con una suerte extraordinaria. Su éxito no se repetirá necesariamente.

Señala hacia las ventanas, donde las primeras tormentas otoñales comienzan a agitar el mar. El sonido del viento se filtra por los postigos de madera: —Estamos a finales de agosto. El clima es impredecible y el riesgo para la navegación crece cada día. Si no existe una amenaza inmediata de colapso de Malta, nuestras naves podrían esperar hasta la primavera siguiente, cuando podrían zarpar y llegar antes que cualquier refuerzo proveniente de Constantinopla.

Don Juan de Cardona, el almirante que se encargó de transportar al pequeño socorro, apoya el argumento con gesto cansado: —¿Por qué arriesgar vidas y naves cuando se podría lograr lo mismo esperando? De hecho, los turcos pueden haberse marchado ya. Y aun si lograran tomar Malta, bueno, solo tendrían un montón de escombros que defender, fácilmente conquistables el año próximo.

Ascanio della Corgna escucha estos argumentos con expresión de incredulidad creciente. Finalmente, golpea la mesa con el puño, haciendo saltar las copas de vino: —¡Macerie! ¿Llamáis escombros a la llave del Mediterráneo? Malta en manos turcas significaría que ningún barco cristiano podrá navegar seguro desde Génova hasta Alejandría.

Don Álvaro de Bazán se levanta y con voz sosegada toma la palabra: —Debemos tener en cuenta que los argelinos patrullan de continuo el perímetro de la isla con treinta galeras, para impedir que alguien llegue. Además, Malta no cuenta con recursos para abastecer con alimentos a ninguna fuerza de socorro. La fuerza de desembarco deberá cargar con todas sus provisiones, lo cual la hará lenta en sus maniobras.

Su dedo índice, marcado por una cicatriz, traza las rutas marítimas en el mapa: —Pero tengo una propuesta. Como no todas las galeras están al completo de dotaciones, propongo que se refuercen hasta alcanzar las sesenta unidades completas, dejando el resto aquí. Siendo menos naves, el riesgo de interceptación por la flota turca será menor. Embarcaremos diez mil hombres y los desembarcaremos en el norte de la isla con sesenta libras de pan cada uno en los sacos. Estarán aún lejos de las fortalezas asediadas

y tendrán una larga marcha que hacer a pie, pero el desembarco será más seguro.

Los ojos de Bazán brillan con la pasión del estratega.

La propuesta provoca un murmullo de discusión entre los asistentes. Algunos asienten con aprobación, otros mueven la cabeza negativamente mientras calculan riesgos.

El marqués de Estepona enumera las dificultades con voz nasal: —La operación de desembarco será lenta. Los hombres, si llegan a poner pie en tierra, quedarán abandonados a sus propios medios, sin acémilas ni artillería. Además, llegarán cansados del viaje.

Don Álvaro de Bazán escucha las objeciones con paciencia aparente, pero sus nudillos blancos sobre la mesa revelan su frustración creciente. Finalmente, se yergue y su voz resuena por toda la sala: —Tengo aprendido de Horacio, y la propia experiencia me lo ha confirmado, que en las empresas, después de haber pesado las circunstancias, hay que dejar siempre algo a la fortuna.

Sus palabras caen como piedras en un pozo. García de Toledo contempla a sus generales y ve en sus rostros el mismo dilema que lo atormenta: la tensión entre la prudencia y el valor, entre la responsabilidad y la gloria.

Se levanta lentamente y camina hacia las ventanas que dan al puerto. Las galeras se balancean bajo la luz de la luna como animales encadenados, sus mástiles creando un bosque de sombras sobre el agua oscura.

—Levantamos el consejo —dice finalmente, su voz apenas audible por encima del rumor del viento—. Hablaré con los pilotos y los prácticos de mar. Ya decidiremos qué es lo que más conviene mañana por la mañana.

Los generales se dispersan murmurando entre ellos, sus pasos resonando sobre las baldosas de mármol, pero Don Álvaro de Sande permanece en la sala. No ha hablado en toda la reunión, pero su rostro curtido por mil batallas refleja una férrea determinación.

—Don García —dice cuando se quedan a solas—. ¿En verdad deseamos ser meros espectadores del desastre de nuestros hermanos, cuando tenemos la oportunidad de ser sus salvadores?

¿Con qué valor nos presentaremos ante el resto del mundo si dejamos caer Malta por miedo al mal tiempo?

Sus palabras quedan suspendidas en el aire como una acusación sin respuesta.

García de Toledo contempla el mar nocturno, donde las primeras espumas blancas de la tormenta que se acerca danzan sobre las olas. Comprende que ha llegado el momento de la decisión más importante de su carrera. En Malta, hombres valientes mueren mientras ellos vacilan. En Mesina, tiene el poder para salvarlos o condenarlos.

El destino del Mediterráneo cristiano pende de un hilo tan frágil como la voluntad de un solo hombre: Don García Álvarez de Toledo Osorio.

37

El caldero sagrado de los jenízaros pesa en los brazos de Kemiru como si estuviera lleno de plomo, aunque es el peso de su futuro lo que realmente lo agobia.

Se detiene junto a los restos de una tienda quemada, donde el olor a lona chamuscada y carne putrefacta aún flota en el aire matutino. Mira hacia todos lados asegurándose de que no hay testigos de su robo. El campamento turco duerme, descansa tratando de reponerse tras tres meses de derrotas, enfermedades y sufrimiento. Todos están demasiado cansados como para preocuparse por los pasos ligeros de un chiquillo.

Con cuidado extremo, esconde el caldero bajo unos escombros de piedra y madera carbonizada. Lo cubre meticulosamente con cenizas y fragmentos de lona hasta que queda invisible. Solo alguien que sepa exactamente dónde buscar podría encontrarlo.

No tiene que esperar mucho para ver los resultados de su acción.

Los gritos comienzan con el cambio de guardia. Primero es solo la voz ahogada de un jenízaro que entra en la cocina —un lugar sagrado para los jenízaros— y no encuentra lo que espera ver. Luego otros gritos, más agudos, más desesperados.

—¡El caldero! ¡Ha desaparecido el kazán!

La noticia se extiende por el campamento como fuego en paja seca. En minutos, cientos de jenízaros se agolpan alrededor de la tienda vacía, gritando, maldiciendo, buscando desesperadamente algo que ya no está allí.

Kemiru observa desde la distancia cómo se desata la histeria colectiva. Ve a hombres que han luchado con valor sobrehumano contra las murallas cristianas, ahora destrozados por la pérdida de un simple objeto de bronce. Pero para ellos no es simplemente un caldero. Es el alma misma de su hermandad militar, el símbolo que los une desde Estambul hasta los confines del imperio.

—¡Alguien lo ha robado!

—¡Tiene que estar aquí, en algún sitio!

—¡Registrad todas las tiendas!

El pánico se convierte en furia ciega. Los jenízaros empiezan a acusarse mutuamente, a pelearse entre ellos, a culparse por negligencia o traición. Los oficiales tratan desesperadamente de restaurar el orden, pero incluso ellos parecen deshechos por la pérdida.

Mientras los jenízaros se destrozan entre sí, Kemiru se escabulle hacia la tienda donde Hasan lucha su última batalla contra la disentería.

Su protector yace inmóvil sobre el jergón empapado de sudor. Su respiración es tan débil que el muchacho debe acercarse para comprobar que aún vive. La fiebre lo consume desde dentro, pero sus ojos mantienen una chispa de lucidez que se niega a extinguirse.

Con manos temblorosas, saca un trozo de papel que ha preparado durante la noche. Es una nota escrita con la torpe caligrafía que Hasan le enseñó durante las largas semanas de campaña: *«Mi querido Hasan:*

Cuando leas esto ya me habré ido. No puedo quedarme a verte morir. No puedo permanecer más tiempo en un mundo que se desmorona.

Gracias por protegerme cuando era solo un niño asustado. Gracias por enseñarme que incluso en la guerra puede haber bondad. Llevaré tu memoria conmigo hasta mi último aliento.

El caldero de vuestra orta está escondido bajo los escombros de la tienda del herrero Mahmud, la que ardió durante el ataque cristiano. Está cubierto por piedras y ceniza, a tres pasos de la entrada hacia el poste de madera quemado.

Que Alá te conceda la paz que mereces.

Kemiru».

Coloca la nota junto a la cabecera del lecho. Hasan no se mueve, perdido en algún lugar entre la vida y la muerte, su rostro marcado

por la fiebre como una máscara de cera.

El muchacho maltés se dirige hacia la salida de la tienda con el corazón destrozado. Es la despedida más difícil de su vida.

—Kemiru...

La voz es apenas un susurro, pero lo detiene como si fuera un grito. Se da la vuelta y ve que Hasan tiene los ojos abiertos, mirándolo con una mezcla de tristeza y comprensión.

—Sabía que te irías —dice con voz ronca—. Lo he sabido siempre. Tienes un espíritu demasiado libre para vivir en nuestro mundo.

El muchacho se acerca al lecho, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—No puedo quedarme a verte morir. No puedo.

—Lo comprendo, hijo mío —Hasan trata de incorporarse, pero apenas puede levantar la cabeza—. Has visto demasiada muerte para tu edad. Es natural que busques la vida.

Se quedan en silencio durante unos momentos. Afuera continúan los gritos de los jenízaros buscando su caldero perdido, son voces cargadas de desesperación.

Se arrodilla junto al lecho y toma la mano febril de Hasan entre las suyas. La piel le arde como brasas, pero el apretón es firme.

—Fuisteis lo más parecido a un padre que he conocido. Si sobrevivo a esta guerra, contaré historias sobre vuestra bondad.

—No hagas de mí un héroe en tus historias —susurra Hasan—. Soy solo un soldado atormentado que encontró algo de paz cuidando de un niño perdido.

Los gritos del exterior se intensifican. Oye pasos corriendo, voces que ordenan registros más exhaustivos.

—Debo irme —dice.

Hasan lo estudia con ojos que siguen siendo agudos pese a la fiebre.

—¿Has tenido algo que ver con lo del caldero?

La pregunta cae como una piedra entre ellos. Baja la mirada, incapaz de mentir al hombre que lo ha cuidado las últimas semanas.

Hasan ve la respuesta en su rostro y asiente lentamente.

—Sabía que tenías algo planeado. Eres demasiado inteligente para huir sin más.

—¿Me odiáis por ello?

—¿Odiarte? —Hasan se las arregla para alzar una mano y acariciar la mejilla del muchacho—. Estoy orgulloso de ti. Has aprendido a sobrevivir en un mundo cruel. Eso es lo único que un padre puede enseñar realmente a su hijo.

—En la nota he explicado dónde está escondido. Cuando me haya ido lo suficientemente lejos, podéis...

—Lo haré —interrumpe Hasan—. Esperaré una hora después de tu partida, luego llamaré a los oficiales. Ya les contaré alguna historia.

Se miran por última vez. El muchacho comprende que este es el final definitivo de su infancia. Cuando salga de esta tienda, será un hombre adulto responsable únicamente de sí mismo.

—Ve con Alá, hijo mío —susurra Hasan—. Y si alguna vez tienes hijos propios, enséñales que la bondad puede existir incluso entre enemigos.

Kemiru besa la frente febril de Hasan y sale de la tienda sin mirar atrás. El sonido de su respiración laboriosa lo sigue como un fantasma. Sale de la tienda de Hasan con el corazón destrozado pero los pies ligeros. No puede permitirse el lujo de mirar atrás. No ahora.

El campamento otomano bulle con la histeria del caldero perdido. Los jenízaros siguen gritando, acusándose mutuamente, registrando tiendas. Es el caos perfecto para escabullirse sin ser notado.

Se desliza entre las sombras de las tiendas, agachado, tratando de hacerse invisible. Ha aprendido durante estos meses a moverse como un fantasma. Los soldados turcos pasan a su lado sin verlo, demasiado ocupados en su búsqueda desesperada.

Llega al perímetro del campamento sin incidentes. Aquí es donde comienza el verdadero peligro.

Los centinelas siguen en sus puestos a pesar del caos. Kemiru se agacha detrás de un carro volcado y estudia la situación. Dos guardias turcos vigilan el camino principal hacia el Burgo. Tendrá que rodearlos.

Se arrastra por el terreno rocoso, usando cada piedra, cada arbusto como cobertura. El ardiente sol maltés cae sobre su espalda.

Sus manos se desuellan contra las rocas afiladas, pero no se detiene.

De repente, voces.

Se congela detrás de un olivo retorcido. Una patrulla de tres sipahíes pasa a menos de diez metros de su escondite. Hablan en turco, maldiciendo el calor, quejándose del comandante que los obliga a patrullar en pleno mediodía.

Kemiru contiene la respiración. Si lo encuentran ahora, si descubren que fue él quien robó el caldero...

No quiere pensar en lo que le harían.

Los sipahíes pasan de largo sin verlo. Sus voces se desvanecen en la distancia.

Kemiru espera cinco latidos más de su corazón desbocado. Luego continúa arrastrándose.

El terreno entre el campamento turco y las murallas del Burgo es tierra de nadie. Un kilómetro de rocas, matorrales y olivares donde ambos bandos envían patrullas, pero ninguno controla realmente. Es territorio de muerte súbita, de francotiradores escondidos, de encuentros fortuitos.

Cada roca podría ocultar un enemigo. Cada sombra podría ser una trampa. Sus oídos captan cada sonido: el viento entre los olivos, el graznido lejano de un cuervo, el latido frenético de su propio corazón. Pero entre los turcos la voluntad de combate ha caído a cero. Ya nadie tiene ganas de espicharla en una escaramuza fortuita.

Kemiru cruza la tierra de nadie metro a metro, sin toparse con ningún obstáculo.

El sol está en su cenit cuando finalmente divisa las murallas del Burgo.

Están destrozadas, reducidas a montañas irregulares de escombros. Pero siguen en pie. Y sobre ellas ondean las banderas con la cruz de ocho puntas.

Su casa.

Todo el cuerpo le tiembla por la tensión acumulada y por el miedo que, finalmente, puede permitirse sentir.

Se incorpora lentamente, con las piernas entumecidas. Alza los brazos sobre la cabeza en señal de rendición, de paz, de súplica.

Y comienza a caminar hacia las murallas con paso decidido, por el sendero que tantas veces recorrió en tiempos de paz, en otra vida que pareció ocurrir hace siglos.

Los centinelas lo ven acercarse desde la distancia. Al principio alzan sus arcabuces, preparándose para enfrentar lo que podría ser un espía. Pero cuando reconocen la figura pequeña que avanza con los brazos alzados, sus expresiones cambian.

—Oye, ¿no es ese el huérfano? —grita un soldado maltés—. ¡Es Kemiru!

— ¡Por todos los santos! ¡Es Kemiru, el hijo del Burgo!

Las noticias vuelan por las murallas más rápido que las balas de cañón. En minutos, docenas de defensores se agolpan en los parapetos para ver al niño perdido que ha regresado.

Francisco está reparando una sección del parapeto cuando escucha los gritos. Deja caer la piedra que estaba colocando y corre hacia el muro principal. Su corazón late con fuerza inusual. Durante semanas se ha preguntado qué había sido del muchacho que los ayudó a escapar de San Telmo, el niño que se quedó atrás cuando ellos huyeron.

Se abre paso entre los soldados agolpados en el parapeto y mira hacia abajo.

Ahí está. Kemiru avanza con paso cansado pero decidido, los brazos aún alzados, el rostro vuelto hacia las murallas. Está más delgado, más sucio, con la ropa hecha jirones. Pero está vivo.

Francisco siente algo rompiéndose en su pecho. No sabía cuánta tensión había estado cargando, cuánta culpa por haber dejado al muchacho atrás.

—¡Kemiru! —grita con voz que no reconoce como suya—. ¡Echadle una cuerda! ¡Rápido, ayudadlo a entrar!

Los soldados obedecen inmediatamente. Tres sogas caen desde diferentes puntos del muro. Kemiru agarra la más cercana y comienza a trepar con la agilidad que Francisco recuerda, aunque sus movimientos son más lentos, más cuidadosos. Las manos le tiemblan ligeramente.

Cuando finalmente pone el pie en las murallas del Burgo, es recibido por un círculo de rostros sonrientes. Hombres que llevan

meses sin tener razones para sonreír de repente ríen y le palmean la espalda.

Francisco se acerca y se arrodilla para quedar a la altura del muchacho. Lo examina buscando heridas graves, señales de tortura, cualquier indicio de daño permanente.

—¿Te cogieron los turcos? ¿Cómo lograste escapar? —pregunta, aunque una parte de él no quiere saber los detalles. No quiere imaginar lo que el muchacho ha tenido que hacer para sobrevivir.

Kemiru lo mira con ojos que ya no son de niño. En esos meses ha envejecido tres años.

—Con astucia, cabo Paco. Como vos me enseñasteis.

La respuesta arranca una sonrisa a Francisco. Es exactamente lo que habría dicho él mismo a esa edad. Se levanta y revuelve el cabello del muchacho con afecto.

Caterina aparece corriendo; ha escuchado los gritos desde su puesto en el hospital improvisado. El dobladillo de su falda está manchado de sangre seca y su rostro muestra el cansancio de quien ha cuidado heridos durante semanas sin descanso. Cuando ve al muchacho sano y salvo, el cansancio desaparece.

—¡Kemiru!

Corre hacia él con los brazos extendidos. El muchacho apenas tiene tiempo de prepararse antes de que ella lo envuelva en un abrazo tan fuerte que apenas puede respirar.

—Niño mío, Dios mío, niño mío —repite una y otra vez, con voz entrecortada—. Creíamos que te habían matado. Creíamos que...

No termina la frase. No hace falta.

Kemiru se aferra a ella y, por primera vez desde que salió de la tienda de Hasan, se permite llorar. Son lágrimas silenciosas que empapan el hombro de Caterina, lágrimas de alivio y dolor mezclados.

—Estoy bien, señora Caterina —dice cuando finalmente puede hablar—. Estoy en casa.

La palabra «casa» suena extraña en sus propios oídos. Durante semanas, «casa» había sido la tienda de Hasan en el campamento otomano. Ahora está de vuelta en el Burgo, entre su propia gente, y

se siente... dividido. Como si hubiera dejado parte de sí mismo al otro lado de las murallas.

Francisco observa la escena con una mezcla de alivio y algo más profundo que no sabe nombrar. Este muchacho representa algo importante: la prueba de que no todo está perdido, de que la vida puede continuar incluso en medio del infierno.

Caterina finalmente suelta a Kemiru pero mantiene las manos en sus hombros, estudiando su rostro.

—Te han dado de comer, ¿verdad? Estás más delgado.

—He comido, señora. Los turcos... —vacila buscando las palabras correctas—. No todos los turcos son monstruos.

Francisco y Caterina intercambian una mirada. Hay una historia ahí, comprenden. Una historia que tal vez el muchacho contará algún día, cuando las heridas no estén tan frescas.

Las noticias llegan rápidamente a oídos del Gran Maestre. La Valette ordena que traigan al muchacho a su presencia inmediatamente. La información que puede aportar un fugitivo del campamento enemigo es muy valiosa en estos momentos.

Kemiru es escoltado a través de las ruinas del Burgo hacia el palacio del Gran Maestre. El niño ve por todas partes los signos del implacable bombardeo turco: casas derruidas, calles llenas de escombros, rostros demacrados por el hambre y el agotamiento. Pero también ve algo más: determinación inquebrantable en los ojos de quienes no se han rendido.

Los muros del palacio del Gran Maestre están agrietados como una cáscara de huevo, pero aún se mantienen en pie. Los escudos de armas tallados en piedra muestran impactos de balas de cañón, pero las cruces de ocho puntas siguen siendo claramente visibles.

La Valette lo recibe en su sala de audiencias, rodeado por sus oficiales supervivientes. Su armadura muestra abolladuras y rasguños, y una venda ensangrentada asoma bajo su jubón.

—Kemiru —dice con voz que combina autoridad y calidez—. Nos alegra verte de regreso sano y salvo. Todos hemos llegado a apreciarte durante tu tiempo con nosotros.

El muchacho hace una inclinación de cabeza ante el Gran Maestre, imitando lo que ha visto hacer a otros.

—Excelentísimo señor, he regresado a casa. Este es mi lugar, con mi gente.

—¿Y cómo están los ánimos en el campamento turco? —pregunta La Valette—. ¿Qué has visto durante tu cautiverio?

Alza la mirada. Ha ensayado esta respuesta durante toda la caminata hacia las murallas. Debe ser honesta, pero también debe dar esperanza a quienes la necesitan.

—Excelentísimo señor —dice con voz clara y firme—, los turcos están rotos. Rotos de cuerpo y rotos de espíritu. La mitad de su ejército se muere de peste. Los soldados pelean entre ellos por cosas sin importancia. Sus generales discuten constantemente. Y todos, desde el último soldado hasta Mustafá Pachá, saben que han perdido demasiado tiempo y demasiados hombres en Malta.

Las palabras caen en el silencio de la sala como lluvia en tierra seca. Los oficiales intercambian miradas esperanzadas por primera vez en semanas.

—¿Creéis que se retirarán pronto? —pregunta Fra Antoine de Montmorency.

Kemiru contempla los rostros expectantes que lo rodean. Hombres que han dado todo lo que tenían por defender esta isla. Hombres que necesitan creer que su sacrificio no ha sido en vano.

—No lo creo —dice lentamente—. Creo que ya no tienen estómago para más combate. Pero en el campamento hay rumores de que Mustafá Pachá quiere solicitar refuerzos y suministros a Constantinopla e invernar en la isla. Nunca se irán por voluntad propia.

Las palabras destapan una avalancha de murmullos de preocupación.

—Bien, muchacho —dice La Valette dando la entrevista por terminada—. Puedes irte ya.

Esa noche, antes de cerrar los ojos y entregarse al sueño agradecido de los niños, Kemiru piensa en la tienda de Hasan. En su respiración laboriosa. En sus últimas palabras.

Y llora.

Está de vuelta en su mundo cristiano. Pero comprende que parte de su alma ha quedado atrás, junto a un hombre moribundo al otro

lado de las murallas.

38

Don García Álvarez de Toledo no puede dormir. Desde la ventana de su despacho contempla las aguas plomizas del Mediterráneo mientras el reloj de la torre marca las cuatro de la madrugada. En el palacio reina un silencio sepulcral sólo roto por el crujir de maderas viejas y el rumor lejano del mar.

Sesenta millas de distancia hasta Malta. Sesenta millas que se han convertido en una eternidad cuando cada hora puede decidir el destino de la Cristiandad.

Se sirve una copa de vino de Marsala. Sus manos, curtidas por décadas de guerra en el norte de África, tiemblan ligeramente. No por miedo, sino por el peso de una decisión que marcará su lugar en la historia.

Sobre la mesa de roble reposan las cartas de La Valette. La letra temblorosa del Gran Maestre trasluce la desesperación que intenta ocultar en sus palabras: «Excelencia, los turcos nos acosan día y noche. Nuestros muros se desploman. La gente muere de hambre. Si el socorro no llega en días, Malta caerá».

Días. La Valette pide días y él lleva semanas rumiando la decisión.

Un golpe suave en la puerta interrumpe sus cavilaciones. Entra su secretario, un hombrecillo de cabello entrecano.

—Excelencia, don Juan de Cardona acaba de llegar y solicita audiencia urgente. Dice que trae noticias de Malta.

Don García asiente.

—Que pase.

Cardona entra con paso presuroso. Su rostro demacrado delata que acaba de llegar tras una navegación difícil. El olor a salitre y sudor lo acompañan.

—Excelencia —dice sin preámbulos—, acabo de regresar de la isla de Gozo. Los mensajeros de La Valette informan que la situación es

desesperada. El Burgo es un montón de ruinas. Senglea apenas resiste. El final es inminente.

—¿Cuánto tiempo les queda?

—Días, tal vez horas. Los turcos preparan un asalto final. Si no llegamos antes...

No termina la frase. No hace falta.

García de Toledo cierra los ojos. Ve con nitidez el futuro que se avecina si no actúa: Malta en manos otomanas, Sicilia amenazada, toda Italia abierta a merced de las dagas turcas. Su nombre maldecido por la Historia como el hombre que pudo salvar la Cristiandad pero prefirió la prudencia.

Cuando vuelve a abrir los ojos, algo ha cambiado en su mirada.

—Convocad inmediatamente a todos los generales —ordena con voz que no admite réplica—. A don Álvaro de Sande, a Ascanio della Corgna, a don Álvaro de Bazán, a don Sancho de Londoño... A todos. Que vengan ahora mismo.

—¿Ahora, Excelencia? Aún es de noche y...

—¡Ahora!

El secretario se cuadra y sale corriendo. Sus pasos resuenan por los pasillos del palacio, despertando a todo el personal. En minutos, el edificio hierve de actividad: mensajeros que corren en todas direcciones, oficiales que se visten a toda prisa, el repiqueteo de botas sobre el mármol.

García de Toledo permanece solo ante la ventana, contemplando el horizonte donde pronto aparecerá el alba. La decisión está tomada. Ya no hay vuelta atrás.

Una hora después, la sala del consejo está llena de hombres adormilados pero expectantes. Don Álvaro de Sande, a pesar de su edad y achaques, es el primero en llegar. Le siguen Ascanio della Corgna, don Álvaro de Bazán, don Sancho de Londoño, el marqués de Estepona y los demás comandantes. Todos perciben que algo ha cambiado en el virrey.

García de Toledo los recorre con la mirada. Estos hombres han puesto sus vidas en sus manos. Malta aguarda su decisión. Y la Historia le espera.

—Señores —dice con voz clara y firme—, hemos esperado ya demasiado. Cada día que pasa es un día más que regalamos a Solimán. Malta se desangra mientras nosotros deliberamos.

Los generales intercambian miradas. Algunos asienten, otros permanecen inexpresivos.

—He tomado una decisión. Zarpamos al amanecer.

Un murmullo recorre la estancia. El marqués de Estepona se yergue en su asiento.

—Pero Excelencia, el riesgo sigue siendo inmenso. Si desembarcamos y quedamos aislados, sin acémilas ni artillería pesada, los turcos podrían masacrarnos. Y el clima... las tormentas de septiembre se acercan. Un temporal podría dispersar nuestra flota antes siquiera de avistar la isla.

—Lo sé —responde García de Toledo—. Conozco todos los riesgos. He pasado semanas calculándolos, sopesándolos, midiéndolos. Pero ha llegado el momento en que el exceso de prudencia se convierte en cobardía.

La palabra cae como una sentencia.

—No hablo de cobardía ante el enemigo —continúa—, sino cobardía ante la Historia. Prefiero arriesgar la flota en combate honorable antes que verla pudrirse en puerto mientras Malta agoniza.

El silencio que sigue pesa como plomo.

García de Toledo siente cómo se libera de un peso que lleva cargando durante meses. Mira a los hombres reunidos en torno a la mesa y comprende que Sande tiene razón. La decisión correcta no siempre es la más segura. A veces es simplemente la que te permite mirarte al espejo sin sentir vergüenza.

—Llevamos ocho mil infantes, cuarenta galeras y la bendición de Dios —dice con voz firme—. Puede que no sea suficiente, pero es lo que tenemos. Don Álvaro de Bazán, preparad la flota para zarpar en seis horas. Don Álvaro de Sande, organizad el embarque de tropas. Don Sancho, asegurad que cada soldado lleve provisiones para diez días. Nos vamos a Malta.

Ascanio della Corgna golpea la mesa con el puño.

—¡Por fin! Los turcos han tenido demasiado tiempo para afianzarse. Madonna, es hora de recordarles que el Mediterráneo es Mare Nostrum, no su Ak Deniz.

Los generales se levantan. El marqués de Estepona todavía muestra preocupación en su rostro, pero asiente con resignación. La decisión está tomada.

García de Toledo permanece sentado cuando la sala se vacía. Solo don Álvaro de Sande se demora unos instantes junto a la puerta.

—Excelencia —dice el viejo general—, habéis tomado la decisión correcta. Sea cual sea el resultado, habréis hecho lo que el honor exigía.

—Que Dios nos ayude —murmura García de Toledo—. Porque si fracasamos, la culpa será solo mía.

—Y si triunfamos —responde Sande con una leve sonrisa—, la gloria también.

Sale de la sala dejando al virrey solo con sus pensamientos.

Afuera, el alba comienza a clarear sobre las aguas del estrecho de Mesina. En pocas horas, la flota más poderosa que España ha botado desde Djerba se hará a la mar.

El último dado está echado y rueda por la mesa.

El amanecer rompe sobre el puerto de Mesina con una explosión de luz dorada. Cuarenta galeras se mecen suavemente en las aguas tranquilas, sus cascos recién calafateados brillando bajo el sol naciente. En sus cubiertas, ocho mil soldados se preparan para el viaje: tercios españoles de Sicilia y Nápoles, compañías italianas, caballeros de Malta que habían quedado en Sicilia.

Don García de Toledo permanece en el muelle, supervisando personalmente el embarque. Ve pasar ante él columnas de arcabuceros con sus armas al hombro, piqueros cargando sus largas astas, oficiales gritando órdenes, marineros corriendo de un lado a otro ultimando preparativos.

El aire huele a alquitrán, salitre y sudor. Es el olor de la guerra a punto de comenzar.

Don Álvaro de Bazán se acerca con una tablilla de madera donde lleva anotados todos los detalles del embarque.

—Excelencia, treinta galeras ya están cargadas y listas para zarpar. Las últimas diez estarán preparadas en una hora. El viento es favorable del oeste. Perfectas condiciones para la navegación.

García de Toledo asiente mientras observa el cielo. Está despejado, de un azul profundo sin una sola nube. El mar brilla como cristal pulido. Condiciones perfectas, en efecto. Demasiado perfectas, quizá. El Mediterráneo es traicionero y puede cambiar de humor en cuestión de horas.

Ascanio della Corgna aparece desde una de las galeras, saltando al muelle con la agilidad de un hombre veinte años más joven. Su ojo bueno brilla con entusiasmo apenas contenido.

—Excelencia, mis hombres están listos. Ansiosos, diría yo. Llevamos demasiado tiempo esperando esta orden.

—Que Dios os escuche, della Corgna. Vamos a necesitar ese entusiasmo.

A mediodía, la flota está lista. Cuarenta galeras alineadas en formación perfecta en la bahía de Mesina. Sus estandartes ondean al viento: la cruz de San Andrés de España, la cruz roja de San Jorge sobre campo blanco de Génova, las armas del Papa y la cruz de ocho puntas de Malta.

García de Toledo sube a bordo de su galera capitana. En la popa ondea su pendón personal junto al estandarte real de España. Los oficiales se reúnen a su alrededor mientras los tambores comienzan a redoblar la orden de partida.

—Señores —dice García de Toledo con voz que llega a todos los presentes—, dentro de dos días estaremos en Malta. Vamos a salvar a nuestros hermanos o moriremos en el intento. No hay más opción. Que Dios bendiga nuestras armas y la Virgen proteja nuestras naves.

—¡Amén! —responden los oficiales al unísono.

Los tamboriles resuenan. Los silbatos marcan el ritmo de boga. Uno a uno, los capitanes de las galeras dan la orden de levar fierros.

La flota comienza a moverse. Lentamente al principio, luego con mayor velocidad conforme los remeros encuentran su ritmo. Las

palas golpean el agua al unísono, creando un sonido como el latido de un corazón gigantesco.

García de Toledo permanece en la popa de su galera, observando cómo Mesina se aleja. En el puerto, la gente se ha agolpado para despedir a la armada. Algunas mujeres lloran. Los niños agitan pañuelos. Los sacerdotes bendicen a la flota con cruces alzadas al cielo.

Don Álvaro de Sande se acerca a su lado.

—Hermoso espectáculo, ¿verdad? Una flota en formación perfecta bajo el sol mediterráneo. Casi hace que uno olvide a dónde vamos y por qué.

—Casi —responde García de Toledo—. Pero no del todo.

La flota sale del estrecho de Mesina y se adentra en mar abierto. El mar está tranquilo, apenas ondulado por una brisa suave. Las galeras avanzan en perfecta formación: tres líneas de trece naves cada una, más la galera capitana al frente.

Es un espectáculo impresionante. El poder de la monarquía hispánica desplegado en toda su gloria.

Las primeras horas de navegación transcurren sin incidentes. El sol brilla, el viento es favorable, los remeros mantienen un ritmo constante. Los soldados se instalan en sus posiciones, algunos durmiendo, otros jugando a los dados, unos pocos rezando en voz baja.

García de Toledo observa el horizonte constantemente. Malta está a dos días de navegación con buenas condiciones. Dos días que pueden parecer una eternidad o pasar en un suspiro.

Hacia media tarde, don Álvaro de Bazán se acerca con expresión preocupada.

—Excelencia, el piloto mayor dice que el barómetro está cayendo. El viento ha cambiado de dirección. Viene ahora del sudoeste.

García de Toledo mira hacia el horizonte. Es cierto. Unas nubes oscuras comienzan a formarse en la distancia, como manchas de tinta extendiéndose sobre un pergamino.

—¿Qué tan grave es?

—Difícil de saber. Podría ser solo una tormenta pasajera. O podría ser algo peor.

—Mantenemos el rumbo. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Pero conforme avanzan las horas, las nubes se acercan. El viento se intensifica. El mar, que al mediodía parecía un espejo, comienza a encresparse. Las galeras empiezan a cabecear sobre olas cada vez más altas.

Al caer la noche, la tormenta está encima de ellos.

El primer golpe llega como un puñetazo de un gigante invisible.

Una ola monstruosa se levanta desde la nada y golpea la proa de la galera capitana. El agua se derrama sobre la cubierta como una cascada, arrastrando todo lo que no está amarrado. Los soldados gritan. Los marineros corren a asegurar los cabos.

—¡Todas las manos a cubierta! —ruge el capitán de la galera—. ¡Asegurad las velas! ¡Remeros, mantened la boga!

Pero mantener el ritmo de boga es casi imposible. Las galeras, diseñadas para aguas tranquilas del Mediterráneo, se sacuden violentamente con cada ola. El agua se cuela por las portañolas de remo, empapando a los remeros encadenados a sus bancos.

García de Toledo se agarra a la borda con ambas manos mientras otra ola golpea la nave. El viento aúlla como mil demonios enloquecidos. La lluvia cae con tanta fuerza que apenas puede ver más allá de unos pocos metros.

—¡Excelencia! —grita don Álvaro de Bazán, tambaleándose por la cubierta empapada—. ¡Debemos buscar refugio! ¡No podemos continuar con este temporal!

—¡No! ¡Mantenemos el rumbo hacia Malta!

—¡Excelencia, perderemos la flota si seguimos así!

Pero sus palabras se pierden en el rugido de la tormenta.

Un rayo ilumina el cielo con luz cegadora. En ese instante de claridad, García de Toledo puede ver el verdadero alcance del desastre: las galeras se han dispersado. La formación perfecta se ha deshecho. Algunas naves luchan por mantenerse a flote a cientos de metros de distancia. Otras han desaparecido completamente, tragadas por cortinas de lluvia.

—¡Señal a todas las naves! —ordena—. ¡Mantened la formación!

Pero es inútil. Las banderas de señales se desgarran apenas las izan. Los tambores quedan ahogados por el estrépito de la

naturaleza desatada.

Un marinero se acerca arrastrándose, aferrándose a los cabos para no ser barrido por el siguiente golpe de mar.

—¡Excelencia! ¡La galera San Felipe hace señales de socorro! ¡Hace agua!

García de Toledo mira hacia donde señala el marinero. Entre las cortinas de lluvia, apenas distingue la silueta de una galera peligrosamente escorada. Una ola gigantesca se abate sobre ella. Cuando el agua se retira, la galera ha desaparecido.

Solo quedan escombros flotantes y algunos hombres aferrados a pedazos de madera, gritando pidiendo ayuda que nadie puede darles.

—Dios nos ampare —murmura García de Toledo.

Don Álvaro de Sande se arrastra hasta él, empapado de pies a cabeza.

—¡Es el propio diablo que no quiere que lleguemos a Malta! —grita.

Ascanio della Corgna aparece desde las escaleras que conducen a la bodega, escupiendo agua salada.

—¡Madonna! ¿El diablo? —Ríe como un loco—. ¡Entonces es un diablo idiota, porque también hundirá a los turcos! ¡Dios nos pone a prueba, amico, pero los pone a prueba a ellos también!

Otro chasquido seco resuena sobre el rugido del viento. La vela mayor de una galera cercana se desgarra de arriba abajo. La tela se agita violentamente antes de ser arrancada por completo y desaparecer en la oscuridad como un fantasma.

García de Toledo contempla horrorizado cómo su flota se desintegra. Es exactamente lo que el marqués de Estepona había advertido. El temporal los está destrozando antes siquiera de avistar al enemigo.

Una ola más grande que todas las anteriores se levanta delante de la galera capitana. Por un momento parece que va a engullirlos. García de Toledo ve la pared de agua negra elevándose sobre ellos como una montaña líquida.

Luego golpea.

El mundo se convierte en caos absoluto. Agua por todas partes. Gritos ahogados. Maderas crujiendo. El sabor salado del mar en la boca.

Cuando el agua se retira, García de Toledo sigue agarrado a la borda. Pero varios hombres han desaparecido, arrastrados por el mar.

—¡Excelencia! —Don Juan de Cardona aparece con expresión desesperada—. ¡Hemos perdido el contacto visual con más de la mitad de la flota! ¡No sabemos dónde están!

García de Toledo mira a su alrededor. Es cierto. Solo ve cinco o seis galeras cerca. Las demás han desaparecido en la oscuridad y la tormenta.

Su flota perfecta se ha convertido en fragmentos dispersos luchando cada uno por su supervivencia.

—¡Señal a todas las naves que puedan vernos! —grita—. ¡Virad hacia el norte! ¡Buscamos refugio!

Es la orden más difícil que ha dado en su vida. Significa admitir la derrota. Significa reconocer que el marqués de Estepona tenía razón. Significa abandonar a Malta cuando más lo necesita.

Pero no tiene opción. Si continúan, perderá toda la flota. Y entonces no habrá ninguna esperanza para nadie.

Las banderas de señales se izan con dificultad. Algunas galeras las ven y comienzan el tortuoso proceso de virar en medio del temporal. Otras siguen luchando hacia el sur, hacia Malta, sin saber que su comandante ha dado la orden de retirada.

La galera capitana comienza a girar. Es un proceso lento, peligroso. Por un momento parece que van a volcar. Los remeros luchan desesperadamente por mantener el control. Lentamente, dolorosamente, la proa apunta hacia el norte.

Hacia Sicilia.

Hacia la seguridad.

García de Toledo permanece agarrado a la borda, mirando hacia donde debería estar Malta. En algún lugar tras esas cortinas de lluvia, La Valette y sus caballeros resisten. Esperan el socorro que él prometió traer.

Y él está huyendo.

—Perdonadme —murmura, aunque sabe que nadie puede oírlo sobre el rugido de la tormenta—. Perdonadme, pero debo salvar lo que queda de esta flota.

Otra ola gigantesca golpea la galera. El agua inunda la cubierta. Los hombres gritan. Algunos rezan. Otros maldicen.

La tormenta continúa con furia implacable.

Y en la oscuridad absoluta de la noche mediterránea, la flota española se dispersa como hojas en el viento.

García de Toledo cierra los ojos mientras el agua salada le azota el rostro. Ha fracasado. Todos sus cálculos, todas sus deliberaciones, toda su prudencia... para nada.

Malta caerá.

Y la Historia lo recordará como el hombre que pudo salvarla, pero llegó demasiado tarde.

39

En el Burgo, la bruma del amanecer envuelve las ruinas como un sudario. Francisco de Peralta se despierta con un dolor sordo que le atraviesa todo el hombro izquierdo. La herida de San Telmo, aunque ya curada, todavía le duele algunos días.

Se incorpora lentamente, apoyándose contra las piedras frías del parapeto. A su alrededor, los últimos supervivientes de la defensa se preparan para otro día que podría ser el último. Rostros demacrados por el hambre, ojos hundidos que han perdido la capacidad de llorar, manos que tiemblan de agotamiento más que de miedo.

—Maldita sea —murmura entre dientes mientras se frota el hombro.

Fra Antoine de Montmorency se acerca con expresión preocupada. Lleva en las manos una jarra de agua turbia y un trozo de pan tan duro que podría usarse como proyectil.

—Francisco, tienes mala cara.

—Todos tenemos mala cara.

Acepta el agua pero rechaza el pan con un gesto. No le gusta comer antes de una batalla.

—Mira allí —dice Francisco, señalando hacia el campamento turco —. Algo está pasando.

Fra Antoine agudiza la vista. Es cierto: los otomanos despliegan una actividad inusual. No es el ritmo rutinario de un ejército atrincherado, sino el frenesí de quienes se preparan para jugárselo todo a una carta.

Columnas de soldados marchan hacia las posiciones de asalto. Se alzan nuevas banderas en puntos estratégicos. Y lo más inquietante: están moviendo torres de asedio hacia las murallas.

Francisco se incorpora completamente, olvidando el dolor. Ha visto torres de asedio antes, en grabados y relatos de batallas

medievales. Pero nunca pensó que volvería a ver esa táctica antigua en acción.

Las estructuras de madera se acercan lentamente, empujadas por centenares de hombres. Son construcciones imponentes, de tres o cuatro plantas de altura, coronadas por plataformas desde las que los jenízaros podrán disparar directamente sobre los defensores. En sus bases, protegidos por tablones gruesos, soldados de asalto aguardan el momento de saltar a las murallas cristianas.

—Torres medievales… —dice Francisco con una mueca que podría ser sonrisa o expresión de dolor—. Los muy hideputas van a intentar el asalto a la antigua usanza.

—Van a por todas —murmura fra Antoine—. O toman Malta hoy…

Francisco asiente. Conoce esa desesperación. La ha visto en Mühlberg, en los muros de Argel, en docenas de asedios. Es la desesperación del atacante que sabe que se le acaba el tiempo y decide jugarse la vida en un último envite.

—¿Dónde está el Gran Maestre?

—En la plaza, organizando la defensa. Nos ha asignado defender este sector. Tú, yo, y ochenta hombres contra lo que sea que venga por esas torres.

—Ochenta hombres —repite Francisco con amargura—. Hace tres meses éramos seis mil.

—Y aquí seguimos. Eso es lo que importa.

El sol asciende lentamente, tiñendo de dorado las piedras maltesas destrozadas. Será un día hermoso para morir, piensa Francisco. El cielo está despejado, el aire es limpio a pesar del olor a muerte que impregna cada rincón del Burgo. Un día perfecto para asistir al fin del mundo.

Los primeros tambores otomanos comienzan a sonar con un ritmo hipnótico que se mete en los huesos. Boom-boomboom. Boomboom-boom. El latido del corazón de un gigante dispuesto a todo.

Francisco revisa su arcabuz por última vez. La mecha está en buen estado, seca y bien trenzada. La pólvora está protegida en sus apóstoles. Tiene cuatro balas. Cuatro vidas turcas, si tiene buena puntería. Luego será el combate cuerpo a cuerpo con su partesana. Y después... bueno, después ya no importará.

—¡A vuestros puestos! —grita a los hombres de su sección—. ¡Los turcos vienen!

Los soldados se dispersan por el parapeto, cada uno buscando su posición asignada. Algunos son veteranos del Tercio como Francisco, hombres de los refuerzos que trajo Melchor de Robles. Si no fuera por ellos, ya no quedaría nadie para defender el Burgo. El propio Robles murió el día anterior alcanzado por un disparo. Francisco echa la cuenta y se da cuenta de que él es el último oficial español con vida en Malta. Todos los capitanes españoles enviados a Malta antes durante el asedio han muerto ya. Incluso el hijo de don García de Toledo, Fadrique, dejado en Malta para garantizar el regreso de su padre, murió hace unos días.

En su grupo también hay milicianos malteses. Hombres que nunca habían empuñado un arma antes del asedio. Unos pocos son caballeros hospitalarios, todavía con sus sobrevestes blancas manchadas de sangre y tierra.

Todos saben que este es el final.

Los tambores se intensifican. El ritmo se acelera. Y entonces todo se desata.

Lo que queda del ejército otomano se lanza al asalto de Malta. Jenízaros con sus tocados de plumas blancas, arqueros de Anatolia, corsarios argelinos sedientos de botín y venganza. Todos corriendo hacia las murallas cristianas con la ferocidad de quienes apuestan el honor, la fortuna y la vida en una sola jugada.

Las torres de asedio se acercan inexorablemente. Sus ruedas chirrían contra las piedras con quejidos de animal herido. Desde sus plataformas elevadas, los tiradores turcos comienzan a disparar sobre los parapetos, obligando a los defensores a agacharse.

Francisco se asoma lo justo para apuntar. Ve a un arcabucero turco en la plataforma superior de la torre más cercana. El hombre está cargando su arma, preparándose para disparar.

Francisco aprieta el gatillo. El arcabuz ruge. A cien pasos de distancia, el turco se desploma y cae desde la plataforma. Su cuerpo golpea el suelo con un ruido sordo.

—¡Bien tirado, Francisco! —grita fra Antoine a su espalda.

Pero Francisco ya está recargando. No tiene tiempo para regodearse. Otro turco ocupa inmediatamente el lugar del caído.

A su alrededor, otros arcabuceros disparan. Cada descarga derriba uno o dos atacantes. Pero por cada turco que cae, aparecen tres más. Son como una marea interminable de carne y acero.

La primera torre de asedio llega a los muros. Francisco siente el impacto cuando la estructura golpea las piedras. Con un estrépito ensordecedor, la rampa frontal se abate sobre el parapeto como una lengua de madera.

Los jenízaros se lanzan al asalto gritando sus plegarias de guerra.

—¡Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!

Lo que sigue es una carnicería. Turcos y cristianos se enfrentan cuerpo a cuerpo en los estrechos parapetos. Los sables curvos chocan contra las espadas. Las picas buscan carne. Las dagas encuentran gargantas.

La sangre salpica las piedras milenarias de Malta.

Francisco deja caer su arcabuz humeante y empuña su partesana. Un jenízaro se lanza sobre él con la cimitarra en alto. Francisco para el golpe con el asta de su arma, pero la fuerza del impacto lo hace retroceder un paso.

El turco es joven, fuerte, lleno de la energía del fanático. Francisco tiene treinta años de experiencia pero tres meses de hambre y agotamiento en sus músculos.

Ya no vence el más fuerte sino el menos agotado.

El jenízaro lanza una serie de tajos rápidos. Francisco los para todos, pero cada impacto envía ondas de dolor por sus brazos cansados. Retrocede otro paso. Luego otro.

Pero entonces Fra Antoine aparece de la nada y clava su espada en el costado del jenízaro. El turco grita y se gira hacia su nuevo atacante. Francisco aprovecha para hundir la punta de su partesana en la espalda del enemigo.

El jenízaro cae sin emitir sonido.

—¡Gracias! —jadea Francisco.

Pero no hay tiempo para más palabras. Ya viene el siguiente atacante. Y el siguiente. Y el siguiente.

Una segunda torre de asedio se acopla a los muros a veinte metros de distancia. Luego una tercera. Los turcos se desparraman sobre las murallas como agua rompiendo un dique.

Francisco lucha como un autómata. Clava, retira, clava de nuevo. Para golpes. Esquiva tajos y estocadas. Sus brazos arden como si estuvieran en llamas. El sudor le ciega. La sangre —suya, de enemigos, imposible saberlo— le empapa el jubón.

A su derecha cae un soldado maltés con la garganta abierta. A su izquierda, un jenízaro atraviesa con su yatagán a un caballero hospitalario. Fra Antoine mata al jenízaro, pero otro ocupa inmediatamente su lugar.

El empuje enemigo es interminable. Por cada turco que matan, aparecen dos más. Las torres vomitan atacantes sin cesar.

A un caballero maltés se le ocurre la genialidad de abrir un boquete en la base del muro, introducir la boca de un cañón y disparar contra la base de una torre de asedio una carga especial hecha de cadenas de hierro. La jugada tiene éxito. La torre se parte y cae hecha pedazos como si un leñador la hubiese talado con un hacha gigante. Pero el resto de torres siguen vomitando enemigos en el interior del Burgo.

Francisco ve con el rabillo del ojo cómo los defensores retroceden paso a paso. La línea se está rompiendo. En cuestión de minutos, los turcos estarán dentro de la ciudad.

Y entonces todo habrá terminado.

Un turco gigantesco se abre paso hasta Francisco. Es un monstruo de hombre, con brazos como troncos de árbol y un yatagán enorme. Lleva una armadura de placas que brilla bajo el sol. Sus ojos negros brillan con furia asesina y determinación.

Francisco reconoce a un campeón cuando lo ve. Este hombre no es un simple soldado. Es uno de los mejores, enviado específicamente a romper la resistencia cristiana.

El turco lanza un tajo demoledor. Francisco lo para con el asta de su partesana, pero esta se parte en dos.

El turco sonríe. Sabe que ha ganado.

Lanza otro golpe que Francisco apenas esquiva. La hoja pasa tan cerca que le corta un mechón de cabello. Francisco retrocede,

tropezando con un cadáver.

El jenízaro aprovecha para asestar un tercer tajo, este dirigido directamente a la cabeza de Francisco.

Francisco trata de esquivarlo, pero el arma enemiga le golpea en el morrión. El impacto es tan fuerte que el morrión de Francisco sale volando por los aires.

El casco rebota sobre las piedras y desaparece entre los combatientes.

Francisco retrocede, mareado y aturdido. El mundo da vueltas a su alrededor. Ve al jenízaro acercarse para el golpe de gracia, pero parece moverse en un mundo submarino, lento e irreal.

Fra Antoine ve el peligro y se lanza hacia ellos. Clava su espada en el vientre del jenízaro con toda su fuerza.

El turco se arquea, escupe sangre, pero está tan lleno de furia que no cae inmediatamente. Gira hacia fra Antoine y lo golpea con la empuñadura de su yatagán, rompiéndole la nariz al caballero francés.

Francisco, medio ciego por la sangre, ve su oportunidad. Toma su daga y la hunde en el costado del jenízaro, entre las placas de la armadura.

Esta vez el gigante cae.

Pero al caer, agarra a Francisco con sus manos de hierro. Lo arrastra consigo. Ambos cuerpos se precipitan desde el parapeto al interior del Burgo.

Francisco siente el vacío bajo sus pies. Luego el impacto.

Golpea el suelo con violencia terrible. Su cabeza desprotegida rebota contra una piedra con un chasquido húmedo.

El mundo se oscurece de golpe.

Francisco no sabe cuánto tiempo ha pasado. Segundos. Minutos. Horas. Todo es confusión.

Está tendido en el suelo, sin poder moverse. La cabeza le duele como si una fiera le estuviese masticando el cráneo. La sangre forma un charco bajo su cabeza. Cada latido de su corazón envía nuevas oleadas de agonía.

Ve borrosas las figuras que luchan sobre su cabeza. Los cristianos resisten heroicamente, pero son demasiado pocos. Una cuarta torre de asedio se acopla a los muros.

El sonido de la batalla se aleja, como si se hundiera en agua profunda. Los gritos se vuelven ecos. El chocar de aceros suena cada vez más lejano.

Va a morir aquí. Lo sabe. Puede sentir la vida escapándose con cada gota de sangre que empapa las piedras.

Piensa en Caterina. En su rostro cuando la vio esta esta mañana. En sus ojos llenos de amor y terror. En el anillo de cobre que lleva colgado del cuello junto a la medalla de su madre.

Lo siento, amor mío. Te prometí volver. Te prometí...

Entonces, en medio de la confusión, distingue una figura pequeña que se acerca corriendo entre los combatientes. Es Kemiru, deslizándose entre las piernas de los luchadores con la agilidad de una comadreja, esquivando golpes, saltando sobre cadáveres.

—¡Cabo Paco! —grita el muchacho al verlo tendido.

Se arrodilla junto al soldado herido y examina sus heridas con ojos que han visto demasiado para su edad. En estos últimos tres meses, Kemiru ha visto hombres morir de mil maneras diferentes. Sabe reconocer una herida mortal cuando la ve.

Y esta puede serlo.

—Tranquilo, cabo Paco. Tranquilo. Voy a buscar ayuda.

Se quita su camisa con manos temblorosas y la presiona contra la herida de la cabeza para contener la hemorragia. Pero la sangre empapa la tela inmediatamente. Hay demasiada. Demasiada.

El muchacho sale corriendo, esquivando cuchilladas y balazos, gritando el nombre de Caterina una y otra vez. Francisco queda tendido en el suelo, contemplando el cielo azul de Malta que se oscurece lentamente ante sus ojos.

Desde algún lugar muy lejano le llegan los gritos de guerra, el chocar de aceros, el rugido de los cañones. Pero todo va perdiendo intensidad, alejándose por un túnel infinito hacia la oscuridad.

Se muere. Lo sabe con certeza absoluta. Ha visto morir a suficientes hombres para reconocer las señales. El frío que se extiende por sus extremidades. La debilidad que convierte los

músculos en agua. La oscuridad que le invade desde los bordes de su visión.

Al menos morí luchando, piensa. No como un perro en un callejón. Como un soldado en las murallas.

Kemiru regresa corriendo con Caterina. La mujer se arrodilla junto al soldado herido, y Francisco ve su rostro sobre él como una aparición. Está llorando. Las lágrimas corren por sus mejillas manchadas de sangre y tierra.

—Francisco —susurra con voz quebrada—. Francisco, ¿me oyes?

Él intenta sonreir y decir algo, pero solo articula un gemido ahogado. Su boca se mueve pero no hay palabras.

Caterina examina la herida con manos expertas pero temblorosas. Ha curado cientos de heridos durante el asedio. Sabe exactamente lo grave que es esta.

—Está vivo —murmura, más para sí misma que para Kemiru—. Malherido, pero vivo. Tengo que detener la hemorragia. Tengo que...

Rasga su propia falda para hacer vendajes mientras Kemiru ayuda a mantener presión sobre la herida principal.

—Francisco —le susurra Caterina, acercando su rostro al de él—. Francisco, mírame. Mírame.

Los ojos de Francisco se enfocan con dificultad en su rostro. Quiere decirle tantas cosas. Quiere decirle que la ama. Que estos últimos días como su esposo han sido los más felices de su vida. Que no se arrepiente de nada.

Pero solo puede mover los labios en silencio, intentando articular palabras. Caterina acerca su oído.

—Kemiru... el muchacho... cuídalo...

—Shhh. No hables. Guarda tus fuerzas.

Pero Francisco necesita decirlo. Necesita que ella lo sepa.

—Te... amo... Cate...

No puede terminar la palabra. La oscuridad se cierra sobre él como agua negra.

En ese momento, un grito se eleva desde las murallas. Un grito diferente a todos los anteriores. No es un grito de dolor o de furia. Es un grito de... ¿incredulidad?

—¡Barcos! —grita alguien desde el parapeto—. ¡Vienen barcos!

Kemiru es el primero en volverse. Se levanta lentamente, sin soltar la mano ensangrentada de Francisco, y mira hacia el mar, al norte.

Al principio no ve nada. Solo el azul profundo del Mediterráneo brillando bajo el sol. Pero entonces los distingue: puntos blancos en el horizonte. Pequeños al principio, pero creciendo con cada segundo que pasa.

Son velas. Docenas de velas que brillan bajo el sol mediterráneo como alas de ángeles descendiendo del cielo.

—¡Velas! —grita Kemiru con voz que se quiebra—. ¡Velas españolas! ¡Es el socorro! ¡El socorro ha llegado!

La noticia vuela de boca en boca más rápido que las balas de cañón. En cuestión de segundos, todos los supervivientes de Malta —defensores y atacantes por igual— se detienen y miran hacia el mar.

En minutos, todos se agolpan en los parapetos o se asoman desde las torres para contemplar el espectáculo más hermoso que han visto jamás.

Don García de Toledo ha llegado. Contra todo pronóstico, sobreviviendo al temporal que debería haberlo destruido, ha conseguido reagrupar su flota y traerla a Malta.

Las galeras españolas no se acercan al Gran Puerto donde la flota turca aguarda. En su lugar, navegan hacia el norte de la isla en perfecta formación. Cuarenta galeras —o quizá menos, es difícil contarlas desde la distancia— con sus estandartes desplegados al viento.

La cruz de San Andrés ondea orgullosa en los mástiles. Los pendones de Castilla y Aragón brillan como llamas rojas y doradas. Las banderas de los tercios italianos, las armas del Papa, la cruz de ocho puntas de Malta.

Es la visión más hermosa que los defensores han contemplado jamás.

Entonces resuenan las salvas.

Los cañones de las galeras rugen al unísono, no en combate sino en saludo triunfal. Boom. Boom. Boom. Una sinfonía de pólvora y

hierro que anuncia una sola cosa: hemos llegado. Resistid. Ya estamos aquí.

El efecto sobre los atacantes es devastador e inmediato.

Los jenízaros, que hace minutos luchaban con denuedo sobrehumano, ahora se detienen y miran hacia el mar con expresión de incredulidad y horror. Las órdenes de retirada comienzan a resonar en turco y árabe, primero vacilantes, luego con urgencia creciente.

—¡Retiraos! ¡Los españoles han llegado!

—¡Volvemos al campamento!

En cuestión de minutos, el asalto que debía conquistar Malta termina en una desbandada desordenada. Los turcos abandonan las torres de asedio y corren hacia su campamento. Algunos arrojan sus armas para correr más rápido. Otros tropiezan en su prisa y son pisoteados por sus propios compañeros.

El pánico es contagioso. Se extiende como fuego en paja seca. Pronto miles de soldados otomanos huyen en desorden hacia sus líneas, perseguidos por los gritos de júbilo de los defensores.

Fra Antoine, con la nariz rota y la cara empapada de sangre, contempla la escena con incredulidad.

—Se retiran... Por Dios santo, se retiran...

Su voz se quiebra. Cae de rodillas sobre el parapeto y comienza a llorar. A su alrededor, otros soldados hacen lo mismo. Algunos lloran de alivio. Otros rezan. Unos pocos simplemente se desploman, agotados más allá de lo que el cuerpo humano puede soportar.

En las murallas se alzan gritos de júbilo que se extienden por toda Malta: —¡Victoria y socorro!

—¡Dios ha salvado Malta!

—¡Santiago y cierra, España!

—¡Viva el Rey católico!

Las campanas comienzan a repicar. Primero una, en la iglesia de San Lorenzo. Luego otra, en Senglea. Después todas a la vez, creando una sinfonía de bronce que anuncia al mundo que Malta resiste. Malta vive. Malta ha vencido.

Caterina y Kemiru, arrodillados junto a Francisco, contemplan las galeras que continúan su rumbo hacia el norte de la isla. Las

lágrimas se mezclan con la sangre, la pólvora y la tierra de sus rostros.

—Ha llegado el socorro —susurra Caterina con voz entrecortada —. Francisco tenía razón. El Rey no nos ha abandonado.

Francisco abre los ojos con inmensa dificultad. Su visión está borrosa, manchada de rojo, como si mirara el mundo a través de una cortina de sangre.

—¿Las... velas españolas? —Su voz es apenas un susurro, tan débil que Caterina tiene que acercar su oído a sus labios para escucharlo.

—Sí, cabo Paco —dice Kemiru, apretando su mano con fuerza—. Han venido a salvarnos.

Una débil sonrisa se dibuja en el rostro ensangrentado de Francisco. Es una sonrisa de triunfo y alivio mezclados. Ha resistido. Todos han resistido. Malta no ha caído. Todos los muertos, los sacrificios no han sido en vano.

—Lo... logramos... —susurra.

Son sus últimas palabras antes de que la oscuridad lo envuelva completamente.

Sus ojos se cierran. Su cuerpo se relaja. La mano que Kemiru sostiene se vuelve flácida.

—¡Francisco! —Caterina grita su nombre con desesperación, buscando el pulso en su cuello con dedos temblorosos—. ¡Francisco! ¡No! ¡No me dejes!

Lo encuentra: débil, irregular, pero presente. Un latido tan tenue que casi desaparece entre sus dedos. Pero está ahí.

—¡Ayudadme! —grita a los soldados que corren por todas partes celebrando la llegada del socorro—. ¡Ayudadme a llevarlo al hospital! ¡Rápido!

40

Dos días antes del último asalto al Burgo

Son las cuatro de la madrugada cuando los primeros botes tocan la costa maltesa en Mellieah. El agua chapotea contra los cascos mientras los soldados saltan a la playa con el equipo a la espalda. Ocho mil hombres desembarcando en silencio bajo un cielo sin luna, con la disciplina mecánica de veteranos que han hecho esto muchas veces.

Don Álvaro de Sande es el primero en poner pie en tierra. Besa el suelo rocoso con la devoción de un peregrino. Ha llegado hasta aquí después de sobrevivir al desastre de Djerba y a cuatro años de cautiverio pudriéndose en las mazmorras de Constantinopla. Para él, pisar Malta no es solo una misión. Es saldar una cuenta pendiente.

—Silencio en las filas —susurra a los sargentos—. Que no se oiga ni una voz hasta que estemos a dos leguas de aquí.

Los soldados se despliegan por la playa con eficiencia silenciosa. Son veteranos curtidos: extremeños, andaluces, florentinos, lombardos, napolitanos… soldados de los tercios que han convertido la formación española en el terror de Europa. También hay caballeros de Malta venidos como voluntarios, aventureros italianos en busca de gloria, soldados pontificios enviados por el papa.

El aire huele a sal, sudor y metal. Algunos hombres vomitan el bizcocho del desayuno, todavía mareados tras días de tormenta en las galeras. Otros se persignan dando gracias por haber sobrevivido al temporal que casi los envía al fondo del Mediterráneo.

Ascanio della Corgna supervisa las maniobras con su único ojo brillando con intensidad.

—Tenemos que llegar a Mdina antes del amanecer —le dice a Sande en voz baja—. Si los turcos nos pillan desperdigados, nos

harán trizas.

—Lo sé. Pero estos hombres necesitan unos minutos para encontrar las piernas.

Vincenzo Anastagi aparece cabalgando desde la oscuridad con una docena de jinetes malteses.

—¡Don Álvaro! Gracias a Dios que habéis llegado.

—¿Cómo están las defensas?

—El Burgo y Senglea resisten, pero por los pelos. Si hubierais tardado unos días más...

No necesita terminar la frase.

—¿Y los otomanos?

Anastagi señala hacia el sur, donde un resplandor rojizo tiñe el horizonte.

—No creo que hayan detectado el desembarco, pero no tardarán. Tengo mulas y caballos para el equipo. Debemos movernos ya.

Los soldados forman columnas bajo las órdenes de sus sargentos. Las picas se alzan bajo las primeras luces del alba. Don Álvaro monta su caballo de guerra y contempla a los ocho mil hombres bajo su mando: soldados que han cruzado el Mediterráneo embravecido para llegar hasta aquí.

En el horizonte, las galeras de García de Toledo ya no se distinguen. El virrey ha cumplido su parte: desembarcar las tropas y largarse antes de que la flota otomana pueda interceptarlo. Ahora los ocho mil están solos en territorio enemigo.

—En marcha —ordena Sande—. Mdina nos espera.

El sol asciende mientras la columna española avanza por los senderos polvorientos de Malta. El calor, ya opresivo al amanecer, promete convertirse en una tortura muy pronto.

Don Álvaro de Sande cabalga arriba y abajo por la columna. Su ojo experto detecta los signos de agotamiento: soldados que se tambalean, otros que empiezan a deshacerse del equipo no esencial.

Ascanio della Corgna se acerca galopando desde la vanguardia.

—Don Álvaro, mis exploradores informan de movimiento turco al sur. Patrullas de caballería que nos observan desde las colinas.

—¿A qué distancia?

—Dos millas, quizá tres. Aún no se han acercado, pero saben que estamos aquí.

Sande maldice entre dientes. La carrera contra el tiempo se ha vuelto literal.

—¿Cuánto nos falta para Mdina?

—Seis millas. Pero a este paso, tardaremos cuatro horas.

Vincenzo Anastagi aparece desde un sendero lateral con malteses locales cargando odres de agua y mulas de tiro.

—¡Don Álvaro! He traído refuerzos y agua fresca. Mis paisanos conocen un atajo hacia Mdina.

—¿Cuánto nos ahorrará?

—Una hora, quizá dos. Pero el sendero es más empinado, los soldados lo sufrirán.

—Tomamos el atajo.

La columna se desvía por un sendero serpenteante que sube hacia las colinas. Los soldados jadean mientras ascienden. Las armaduras se calientan bajo el sol hasta convertirse en hornos de metal. Algunos hombres se desploman por los efectos de la insolación.

Pero la disciplina de los tercios se mantiene. Los que pueden ayudan a los que no pueden. La columna sigue avanzando bajo el sol implacable.

Al mediodía, con el sol convertido en martillo de fuego, alcanzan las primeras casas de los alrededores de Mdina. Los soldados, agotados pero con la moral alta, prorrumpen en murmullos de satisfacción al ver las murallas de la antigua capital.

Desde las torres de Mdina comienzan a repicar las campanas. Los ciudadanos de Mdina se agolpan para contemplar el espectáculo: ocho mil soldados del rey de España desplegando sus banderas bajo el sol de Malta.

Ahora sí, el socorro español por fin ha llegado.

Mustafá Pachá recibe la noticia del desembarco español mientras desayuna en su tienda. El pan sin levadura se le atraganta.

—¿Cuántos son? —pregunta con voz peligrosamente calmada.

El oficial traga saliva.

—Los exploradores hablan de diez mil hombres, pachá. Quizá más. Han desembarcado en la costa norte y marchan hacia Mdina.

Mustafá golpea la mesa con el puño. Cuatro meses sitiando esta maldita roca para que, al final, los cristianos consigan reforzarla cuando parecía al alcance de la mano.

Pialí Pachá entra en la tienda con expresión sombría.

—Las galeras enemigas han desaparecido en el horizonte. No hemos podido interceptarlas.

—Porque llegasteis tarde, como siempre —replica Mustafá con aridez.

La tensión entre los dos generales otomanos, latente durante todo el asedio, aflora ahora que la situación se hace desesperada.

—Mis galeras estaban fondeadas por el mal tiempo —responde Pialí.

—¡Basta de excusas! —grita Mustafá—. Además da igual. El enemigo está aquí. Ahora debemos decidir qué hacer.

Pialí se acerca al mapa desplegado sobre la mesa.

—Tardarán dos días en organizarse y salir de Mdina. Si nos ponemos en marcha esta noche, les cortaremos el paso antes de que puedan elegir el terreno de batalla.

Mustafá estudia el mapa. Todavía le quedan doce mil soldados Y el enemigo tiene unos diez mil cristianos. En campo abierto, con sus jenízaros y sipahis, su idea puede funcionar.

Es la jugada más arriesgada de toda la campaña. Si triunfa, Malta caerá y el Mediterráneo será un lago otomano. Si fracasa, cuatro meses de asedio habrán sido en vano.

Pero es su única oportunidad.

—Preparad las tropas —ordena—. Marchamos al anochecer.

Las tropas otomanas marchan en silencio bajo las estrellas. Doce mil soldados del sultán —jenízaros de élite, sipahis, arqueros anatolios, corsarios argelinos— avanzan por los senderos malteses mientras sus comandantes distribuyen las órdenes de batalla.

Mustafá Pachá cabalga a la vanguardia, contemplando a su ejército. Se parecen poco a los hombres que trajo desde Estambul hace cuatro meses: entonces eran las mejores tropas del imperio,

veteranas de docenas de campañas victoriosas. Hoy son soldados desmoralizados, agotados, incapaces de creer en la victoria.

Pero siguen siendo más numerosos que los cristianos. Y en una batalla campal, los números pueden decidirlo todo.

—¡Soldados del sultán! —grita con voz que resuena por toda la columna—. ¡Hoy decidimos el destino de Malta! ¡Los cristianos han enviado a sus mejores guerreros, pero son pocos y están agotados! ¡Destruyamos su ejército y Malta caerá!

Los gritos de «¡Alá es grande!» se alzan hacia el cielo pálido del amanecer, pero Mustafá nota que suenan más a obligación que a convencimiento.

Mientras el ejército otomano avanza, Mustafá recibe informes constantes de sus exploradores. Los cristianos han salido de Mdina durante la noche y se están desplegando para la batalla en terreno elevado, cerca de una torre de vigilancia medieval.

Terreno elevado. Los españoles han conseguido elegir la posición.

Pero no importa. Doce mil soldados otomanos pueden desalojar a cualquier enemigo de cualquier colina.

O eso espera.

Don Álvaro de Sande recorre las filas de sus soldados con orgullo de veterano. Dos días de descanso y comida abundante en Mdina han obrado milagros. Los soldados que llegaron tambaleándose ahora forman cuadros perfectos, con las picas relucientes y los arcabuces cargados.

El terreno elegido para la batalla es una loma alargada coronada por los restos de una torre medieval. Desde allí se domina todo el valle por donde deben avanzar los turcos. Es una posición defensiva ideal: los enemigos tendrán que atacar cuesta arriba, bajo el fuego de los arcabuceros españoles.

—¡Españoles! —grita Sande desde su caballo—. ¡Habéis venido hasta Malta para salvar a la Cristiandad! ¡Los turcos creen que, porque somos menos, somos débiles! ¡Vamos a demostrarles lo que vale un soldado de Cristo!

—¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Ascanio della Corgna forma a sus soldados italianos en el flanco derecho. El condottiero tuerto sonríe con feroz anticipación.

—Madonna, finalmente vamos a darles su merecido a estos perros turcos.

Las banderas se despliegan al viento matutino: el estandarte real de España, las cruces de los caballeros de Malta, los colores pontificios, las enseñas de los tercios. Los tambores baten un ritmo marcial que se escucha hasta en las murallas de Mdina.

Los exploradores malteses traen noticias del avance enemigo.

—¡Ahí vienen! —grita alguien desde las primeras filas.

En el horizonte aparece una línea oscura que se extiende de un extremo al otro del campo visual. Es el ejército otomano: miles de soldados marchando en formación, con el sol arrancando destellos de sus armas.

Los tambores turcos comienzan a sonar. Boom-boomboom. Boomboom-boom.

Don Álvaro de Sande desenvaina su espada y la alza hacia el cielo.

—¡Por Cristo, por España y por Malta!

—¡Por Cristo, por España y por Malta! —responden miles de voces.

La batalla final por Malta está a punto de comenzar.

Los otomanos atacan al amanecer.

Los arqueros anatolios adelantan sus líneas y comienzan a lanzar nubes de flechas sobre las formaciones cristianas. Las saetas silban por el aire, clavándose en escudos, armaduras y, ocasionalmente, en carne.

Los arcabuceros españoles responden con descargas coordinadas que siegan las primeras filas enemigas. El aire se llena de humo acre mientras las dos fuerzas de infantería se acercan, disparando y recargando con eficiencia mortal.

Pero la verdadera batalla se decide en el control de la loma coronada por la torre medieval. Ambos ejércitos comprenden que quien domine esa altura dominará todo el campo de batalla.

Los jenízaros se lanzan al asalto de la colina con gritos de guerra que cortan el aire. Son soldados de élite, esclavos reclutados de niños y entrenados para no conocer más dios que Alá ni más señor que el sultán. Suben por la pendiente con las cimitarras relucientes y los arcabuces humeantes.

Los españoles aguardan en formación cerrada. Los piqueros han clavado sus lanzas en tierra, creando un erizo de hierro impenetrable. Detrás de ellos, los arcabuceros descargan por turnos, manteniendo un fuego graneado constante.

—¡Firmes! —grita don Álvaro de Sande, cabalgando por detrás de las líneas—. ¡Que no digan que un español retrocedió ante un turco!

La primera oleada jenízara se estrella contra las picas españolas como olas contra un acantilado. Los turcos luchan con valor sobrehumano, intentando abrir brechas con sus cimitarras, pero las lanzas de cinco metros los mantienen a distancia mortal.

Un jenízaro enorme logra romper la primera fila de picas. Mata a dos piqueros españoles antes de que tres arcabuceros lo abatan con descargas simultáneas. Cae con tres disparos en el pecho, pero ya ha abierto una brecha.

Más jenízaros se precipitan por el hueco. Los españoles cierran filas desesperadamente. Un sargento extremeño grita órdenes mientras hunde su espada en el vientre de un turco. Cae él mismo un segundo después, al recibir una cuchillada en la garganta.

Mustafá Pachá, viendo que sus mejores soldados no consiguen tomar la colina, ordena un ataque general. Los sipahis cargan por el flanco izquierdo mientras los corsarios argelinos intentan envolver la posición cristiana por el derecho.

Es el momento decisivo de la batalla. Si los turcos consiguen romper la formación española, el ejército de socorro será destruido y Malta caerá.

Ascanio della Corgna ve venir la carga de caballería y grita a sus italianos: —¡Cuadros! ¡Formad cuadros!

Los soldados italianos se reorganizan con velocidad asombrosa, creando formaciones defensivas con las picas apuntando en todas direcciones. Los sipahis golpean los cuadros como martillos contra yunques, pero no pueden romperlos. Los caballos se encabritan ante

el bosque de puntas de lanza. Los jinetes disparan sus arcos y producen algunas bajas en el cuadro italiano.

—¡Mantened la formación! —ruge Ascanio, su espada ensangrentada brillando al sol—. ¡Por la Santísima Virgen, aguantad!

En el centro, don Álvaro de Sande ve el peligro. Los turcos están presionando desde tres direcciones. Sus soldados aguantan, pero no pueden hacerlo eternamente. No contra doce mil enemigos.

Necesita cambiar la inercia del combate.

—¡Reservas! —grita—. ¡Las reservas, conmigo!

Mil soldados frescos que ha mantenido ocultos detrás de la loma emergen corriendo. Son los mejores: veteranos de San Quintin, de Mühlberg, de las guerras de Italia. Hombres que han convertido el tercio español en una leyenda.

Se lanzan cuesta abajo con las picas en ristre, golpeando el flanco expuesto de los jenízaros que luchan por tomar la colina. El impacto es devastador. Los turcos, atacados por dos frentes, vacilan.

—¡Ahora! —grita Sande—. ¡A por ellos!

Los piqueros españoles que defendían la cima se lanzan al contraataque. De repente, son los jenízaros quienes retroceden.

Mustafá Pachá ve el cambio con horror. Sus mejores tropas están siendo rechazadas cuesta abajo. Monta su caballo y cabalga hacia el frente, gritando órdenes, intentando reagrupar a sus soldados.

Pero algo se ha roto en el ejército otomano.

No es solo esta batalla. Son cuatro meses de asedio infructuoso. Son miles de muertos por la disentería. Es el hambre, la sed, la desesperación acumulada de meses viendo morir a compañeros sin conseguir nada.

Los jenízaros, que durante siglos han sido invencibles, ahora dudan de todo.

Y la duda es mortal en combate.

Un grupo de azabs rompe filas y comienza a retroceder. Luego otro. Los oficiales turcos gritan, golpean a sus hombres con el plano de las espadas, intentan detener la retirada.

Pero es como intentar detener una avalancha.

Los sipahis, viendo a la infantería retroceder, también comienzan a retirarse. Necesitan su apoyo para cargar efectivamente, y está

desapareciendo.

Ascanio della Corgna ve la oportunidad y grita: —¡Carga! ¡Por San Pedro y Santiago!

Los italianos rompen sus cuadros defensivos y se lanzan a la persecución. Los españoles los siguen. De repente, todo el ejército cristiano avanza como una marea de acero.

La retirada otomana se convierte en desbandada.

Mustafá Pachá intenta desesperadamente contener el pánico. Desmonta de su caballo y mata al animal para demostrar que no piensa huir.

—¡Soldados del sultán! —grita con voz que se quiebra—. ¡Formad! ¡Por el honor del islam!

Pero sus palabras se pierden en el caos. Los hombres que durante meses han obedecido sus órdenes sin cuestionarlas, ahora solo piensan en salvar la vida. Un grupo de jenízaros pasa corriendo junto a Mustafá sin siquiera mirarlo.

El pachá comprende que ha perdido no solo la batalla, sino también el respeto de sus soldados.

La persecución es implacable. Los soldados españoles, que han oído durante meses las historias de las atrocidades turcas en San Telmo, ahora tienen su venganza. Sus picas ensartan espaldas fugitivas. Sus espadas buscan carne enemiga sin piedad.

—¡No les deis respiro! —grita Sande—. ¡Que paguen por San Telmo!

Los campos malteses se llenan de cadáveres con turbantes. El calor es tan intenso que soldados de ambos bandos se desploman por el calor, pero la persecución continúa hasta que la columna de fugitivos alcanza las primeras estribaciones que descienden hacia la costa.

Las aguas azules de la bahía de San Pablo se tiñen de rojo cuando los supervivientes otomanos comienzan a luchar por embarcar en los botes que han de llevarlos a la seguridad de sus barcos.

Los soldados turcos, cargados con sus armaduras, se arrojan al agua sin importarles si saben nadar. Muchos se ahogan, lastrados

por el peso del acero. Otros se encaraman como pueden a los botes, que se vuelcan por la desesperación de quienes intentan subir.

Don Álvaro de Sande contempla la escena desde las alturas con expresión sombría. Ha visto muchas batallas, muchas victorias, pero esta matanza en el agua le remueve algo en el estómago.

—Basta —ordena a sus soldados—. Dejad que embarquen a los supervivientes.

—¿Señor? —pregunta un capitán, sorprendido.

—Ya habéis oído. Retiraos a distancia de arcabuz. Que se marchen.

La disciplina de los tercios se impone. Los españoles se retiran a las colinas, permitiendo que los últimos otomanos embarquen sin ser molestados.

Mustafá Pachá es uno de los últimos en abandonar la playa. Con el agua hasta la cintura, ensangrentado y derrotado, mira por última vez hacia las colinas de Malta donde ondean los estandartes españoles.

Ha perdido más de la mitad de su ejército en esta maldita roca. Su carrera militar ha terminado en desastre. Pero conserva la dignidad hasta el final. Se vuelve hacia la isla y hace una reverencia militar antes de subir al bote que lo espera.

Cuando las últimas embarcaciones se alejan, don Álvaro ordena a sus hombres que busquen sombra. Los soldados, exhaustos, se refugian bajo los escasos árboles.

El campo de batalla queda cubierto de cadáveres. Turbantes, cimitarras, escudos con versículos del Corán, todo esparcido por la hierba chamuscada.

—Tres mil muertos, quizá más —murmura un soldado florentino.

Don Álvaro de Sande se persigna ante tanta destrucción y contempla el horizonte, allí donde las galeras turcas se alejan. Luego mira hacia el sur, hacia el Burgo, donde los caballeros han resistido cuatro meses de infierno.

—Enviad mensajeros —ordena—. Que sepan que hemos vencido. Que Malta está salvada.

Ascanio della Corgna se acerca, con una herida de arcabuz en el brazo que sangra pero que ignora completamente.

—Don Álvaro, ¿marchamos hacia el Burgo?

—Mañana. Hoy los hombres descansan. Se lo han ganado.

Esa noche, mientras los soldados duermen bajo las estrellas maltesas, las hogueras de victoria arden en las colinas. En el Burgo aguardan el amanecer sin saber aún que todo su sacrificio no ha sido en vano.

Malta está salvada.

41

Caterina comprime el paño húmedo contra la frente de Francisco y observa cómo la sangre seca se disuelve lentamente. Han pasado tres días desde que lo trajeron inconsciente del último asalto y la herida del cráneo no mejora. El golpe contra las piedras del parapeto ha abierto una depresión en el hueso que no debería estar ahí.

Retira el paño ensangrentado. La piel aparece amoratada, hinchada.

—Maldito soldado terco —murmura mientras limpia la sangre coagulada—. Te dije que no debíamos enamorarnos.

Francisco permanece inmóvil, respirando trabajosamente. De vez en cuando murmura palabras inconexas, nombres de compañeros muertos, órdenes militares que ya no sirven para nada. Caterina conoce estos delirios. Siempre preceden al final.

Se sienta en el borde del jergón y toma la mano de su marido. Está fría. La herida ha dejado de sangrar, pero no es buena señal. Simplemente no queda mucha sangre que perder.

—No puedes morirte ahora —le dice en voz baja—. No después de casarte conmigo. No puedes hacerme esto.

Pero las palabras suenan huecas. Francisco se muere, lenta pero inexorablemente. Su cuerpo, curtido por años de guerra, finalmente ha encontrado heridas que no puede superar.

Caterina se levanta y camina hasta la ventana. Afuera, las calles del Burgo muestran los estragos del asedio. Casas derruidas, parapetos agrietados, soldados que se arrastran con vendajes sucios.

—Debería haber escuchado a mi madre —dice al aire matutino—. «No te enamores de soldados, Caterina. Los soldados siempre mueren antes de lo debido».

Se vuelve hacia Francisco. Su respiración es cada vez más irregular.

Francisco se agita, como si hubiera escuchado su voz desde muy lejos. Los párpados se le contraen, luchando por abrirse.

De pronto, desde la calle llegan voces excitadas. Gritos que despiertan hasta a los muertos.

Francisco abre los ojos con esfuerzo, arrastrándose de vuelta desde el umbral de la muerte.

—¿Qué pasa ahí fuera? —murmura con voz grave.

Caterina siente una punzada de alivio y dolor a la vez. Ha despertado, pero no le gusta el aspecto de su mirada.

—Las mismas voces de siempre —dice, fingiendo normalidad—. Soldados que no saben si morirse de miedo o ponerse a rezar.

—Dime la verdad, mujer —Francisco intenta incorporarse, pero las fuerzas le fallan—. ¿Qué pasa?

Kemiru irrumpe en la habitación con los ojos brillantes de excitación.

—¡Cabo Paco! Desde los muros se ven soldados acercándose. Muchos. Un ejército entero.

Francisco parpadea, como si las palabras tardaran en llegar a su cerebro.

—¿El socorro o los turcos?

—Nadie lo sabe, cabo. Las banderas están demasiado lejos para distinguirlas. Pero si son los turcos...

—Si son los turcos, esto se acabó para todos —termina Caterina sin dramatismo.

Francisco lucha por incorporarse. Cada movimiento le arranca una mueca de dolor que no puede ocultar. La sangre vuelve a brotar de la herida de su cabeza, empapando el vendaje limpio que Caterina le había puesto hace apenas un momento. —Ayúdame a llegar a las murallas. Necesito verlo con mis propios ojos.

Caterina le clava una mirada dura, aunque por dentro se le desmorona algo.

—Francisco, estás demasiado grave. No puedes...

Su voz se quiebra en la última palabra. Las lágrimas que ha estado conteniendo finalmente brotan, corriendo por sus mejillas.

—Por nuestro amor, Caterina. Déjame ver si hemos vencido o si vamos a morir juntos. Pero déjame verlo como un soldado.

Esas palabras la desarman. Por nuestro amor. El muy cabrón sabe qué cuerda tocar. Pero funciona, porque en el fondo sabe que es su última petición como marido.

—Maldito seas —susurra—. Kemiru, ayúdame. Si se nos muere por el camino, tú te encargas de explicárselo a San Pedro.

Entre los dos sostienen a Francisco, que se tambalea como un borracho. Cada paso hacia las murallas es una agonía que se ve reflejada en su rostro, pero él se obliga a seguir adelante con la terquedad del soldado viejo.

—Francisco —dice Caterina mientras avanzan por el pasillo oscuro —. Si son los turcos... si todo ha sido en vano...

—Si son los turcos —responde él con voz que se quiebra—, al menos habré sido tu marido. Unos días que han sido los mejores de mi vida.

Caterina aprieta los dientes y llora en silencio.

—Debería pegarte por hacerme esto. Por obligarme a quererte sabiendo que ibas a...

—Lo siento.

—No sientes una mierda… Los soldados nunca lo sentís de verdad.

Pero le aprieta el brazo con más fuerza, porque sabe que estas pueden ser las últimas palabras que intercambien como marido y mujer.

La luz del sol los golpea cuando salen al exterior. Francisco tiene que cerrar los ojos, cegado por la claridad después de tres días en la penumbra. Cuando los abre de nuevo, ve las ruinas del Burgo extendiéndose ante él como el esqueleto de un gigante muerto.

En los restos de la muralla se ha congregado la mitad de los supervivientes. Soldados, caballeros y civiles que aguardan con el corazón en un puño mientras miran hacia el horizonte esperando el juicio final. Algunos rezan en voz alta. Otros simplemente miran en silencio, demasiado agotados para mostrar emoción alguna.

—Las murallas —dice Francisco con voz cada vez más débil—. Necesito llegar arriba.

—Francisco, no puedes subir esas escaleras. Te vas a desplomar y nos vas a arrastrar contigo.

—Por favor.

Una sola palabra, dicha con la voz de un hombre que se muere, es suficiente para que Caterina ceda.

—Que Dios me perdone —murmura.

La escalera que sube al parapeto parece interminable. Cada escalón es un calvario. Francisco se agarra a las piedras con manos que tiemblan, pero consigue subir empujado por la voluntad férrea que mantiene a los soldados en pie cuando todo lo demás falla.

Fra Antoine de Montmorency está en lo alto, con la nariz rota del último asalto apenas vendada. Cuando ve a Francisco subir, sus ojos se abren con sorpresa.

—¡Francisco! Por todos los santos, deberías estar en cama.

—Necesito... ver... —jadea Francisco.

Cuando llegan a lo alto de la muralla, Francisco se desploma sobre el empedrado. Ya no puede tenerse en pie. Sus fuerzas se desvanecen como agua entre los dedos. Caterina y Kemiru lo sostienen, sentándolo con la espalda contra el parapeto.

—Kemiru, hijo —dice Francisco mientras Caterina le sostiene la cabeza—. Tu vista es mejor que la mía. ¿Qué ves?

Caterina siente cómo el cuerpo de Francisco se enfría en sus brazos. El corazón se le encoge. Puede sentir la vida escapándose de él con cada respiración trabajosa.

Kemiru se sube al parapeto agrietado y escudriña el horizonte con ojos que han aprendido a distinguir banderas y estandartes militares antes de tiempo.

El muchacho entrecierra los ojos contra el sol que brilla sobre los campos malteses. A lo lejos, una columna de polvo se eleva en el aire. Dentro de esa nube, formas oscuras avanzan hacia el Burgo.

Los minutos pasan como horas. Francisco lucha por mantenerse consciente, pero Caterina ve cómo se va apagando. Su respiración se vuelve más superficial. Sus labios adquieren un tono azulado.

—Kemiru —susurra Francisco—. ¿Qué ves, muchacho?

Kemiru se inclina más sobre el parapeto, arriesgándose a caer. El viento agita su cabello mientras estudia las banderas que ondean en la distancia.

Entonces su rostro se contrae. Ve algo que le hiela la sangre.

—Son... son banderas turcas —dice con voz que tiembla—. Veo el verde. Las medias lunas.

El silencio que sigue es absoluto.

En las murallas, los supervivientes se miran unos a otros. Algunos comienzan a llorar. Otros maldicen. Unos pocos simplemente se dejan caer donde están, sin fuerzas siquiera para procesar la noticia.

Francisco cierra los ojos. Caterina siente cómo algo se rompe en él, algo más profundo que las heridas del cuerpo. Un suspiro que suena a derrota final, a esperanza muriendo.

Cuatro meses. Cuatro meses de infierno. San Telmo, el hambre, la sed, la muerte constante. Los compañeros caídos. Las murallas destruidas. Los niños muertos. Todo... todo para nada.

—Mierda —susurra Caterina, y por primera vez su voz se quiebra completamente—. Después de todo esto... después de...

Las lágrimas corren por su rostro, cayendo sobre el de Francisco. Ha aguantado cuatro meses sin derrumbarse. Ha curado heridos, ha consolado moribundos, ha mantenido la esperanza cuando no había razón para tenerla. Pero esto es demasiado.

Francisco intenta hablar, pero no le salen las palabras. Solo un gemido ahogado.

Fra Antoine se deja caer de rodillas, sus labios moviéndose en oración silenciosa.

—Un momento... —dice de pronto Kemiru.

Su voz es diferente. Ya no temblorosa, sino aguda, cargada de una emoción que no logra identificar.

—¿Qué pasa? —pregunta Caterina con voz rota.

Kemiru se sube más alto en el parapeto, arriesgándose peligrosamente a caer. Se agarra con una mano mientras se hace sombra en los ojos con la otra.

—Las banderas turcas... no vienen hacia nosotros. ¡Van hacia el otro lado! ¡Corren!

—¿Corren? —repite fra Antoine, levantándose bruscamente—. ¿Qué dices, muchacho?

—¡Los turcos huyen! ¡Van en desbandada! ¡Y detrás de ellos...!

Kemiru grita tan fuerte que su voz se quiebra: —¡Hay más banderas! ¡Otras banderas! ¡Son rojas y blancas!

Francisco hace un esfuerzo sobrehumano por alzar la cabeza. Sus ojos, nublados por la agonía, intentan enfocar en el horizonte.

—¿La cruz de Borgoña? —susurra con voz apenas audible—. ¿El aspa roja de San Andrés?

Fra Antoine trepa al parapeto junto a Kemiru, para comprobarlo con sus propios ojos.

—¡Por todos los santos! —grita—. ¡Sí! ¡Es el aspa de San Andrés! ¡Son banderas españolas!

Por un momento nadie se mueve. Como si las palabras fueran demasiado grandes para creerlas. Como si el mundo hubiera dejado de girar y todos estuvieran suspendidos en ese instante imposible.

Kemiru se vuelve hacia Francisco, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¡Cabo Paco! ¡Los turcos huyen en desbandada hacia sus barcos! ¡Hemos ganado! ¡Nos hemos salvado!

Entonces explotan los gritos.

La ciudad entera prorrumpe en vítores que resuenan por toda Malta. Las campanas empiezan a repicar con furia, todas a la vez. Los soldados que apenas podían tenerse en pie saltan y se abrazan. Los civiles lloran de alegría. Fra Antoine cae de rodillas con las manos alzadas al cielo, gritando oraciones de gratitud.

Pero Caterina solo tiene ojos para su marido, que se desvanece en sus brazos.

Francisco sonríe débilmente. Es una sonrisa de pura paz, como si acabara de resolver el enigma más difícil del mundo. Como si todas las heridas, todo el dolor, todo el sufrimiento de repente tuviera sentido.

—Malta está salvada —susurra apenas, y cada palabra le cuesta un esfuerzo inmenso—. Hemos vencido.

—Sí —dice Caterina, y ahora ya no trata de contener las lágrimas —. Hemos vencido, maldito soldado terco.

Francisco alza la vista al cielo azul de Malta. Sus ojos ya no enfocan bien, pero parece ver algo hermoso allí arriba. Algo que Caterina no puede ver.

—Y he sido tu marido —dice con voz que es apenas un suspiro—. He conocido lo que es el amor verdadero.

Caterina se inclina sobre él, acercando su rostro al suyo. Sus lágrimas caen sobre el rostro ensangrentado de Francisco.

—Y yo he sido tu esposa. Unos días... unos días que valían una vida entera.

—Caterina... —Francisco alza una mano temblorosa para tocar su mejilla—. ¿Te he hecho feliz? ¿Aunque solo hayan sido unos días?

Ella toma su mano y la aprieta contra su rostro, besándole los dedos fríos.

—Los días más felices de mi vida, maldito soldado. Los más felices de toda mi vida.

Francisco intenta responder, pero las palabras se desvanecen antes de formarse. Sus ojos se cierran lentamente, como si finalmente se permitiera descansar después de tantos años de lucha. Su respiración se vuelve casi imperceptible, apenas un susurro de aire.

—Francisco... —susurra Caterina—. Francisco, no me dejes. Por favor. No ahora. No cuando hemos ganado.

Pero él ya no responde. Su rostro permanece sereno, relajado. La sonrisa todavía curva ligeramente sus labios. Es la expresión de un hombre que ha encontrado la paz que buscaba, que muere sabiendo que su sacrificio no fue en vano.

Caterina lo abraza contra su pecho, sintiendo cómo su cuerpo se relaja completamente. Kemiru se arrodilla junto a ellos, tomando la otra mano de Francisco, llorando en silencio.

Las campanas de victoria siguen sonando a lo lejos. Los gritos de júbilo resuenan por todas las murallas. Malta celebra su salvación, su milagro, su victoria imposible.

Pero aquí, en este rincón del parapeto destrozado, Caterina solo escucha el silencio de su corazón roto.

Fra Antoine se acerca despacio, quitándose el morrión. Se arrodilla junto a ellos y hace la señal de la cruz sobre el cuerpo inmóvil de Francisco.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*... —comienza a rezar con voz quebrada.

Kemiru solloza, aferrándose a la mano fría de Francisco. —No, cabo Paco. No. Tenías que ver la victoria. Tenías que...

—La vio, muchacho —dice Caterina con voz extrañamente calmada—. La vio. Y murió en paz sabiendo que habíamos ganado. Eso es... eso es más de lo que la mayoría de los soldados consiguen.

Se inclina y besa la frente de Francisco por última vez.

—Vuela, amor mío. Vuela con tus compañeros caídos. Cuéntales que Malta resistió. Que no murieron en vano.

El sol de Malta brilla sobre el Burgo destruido. Las campanas siguen repicando. La vida continúa su inexorable curso.

Pero Francisco de Peralta, veterano, superviviente de San Telmo, esposo de Caterina Sciberras durante apenas unos días, ha librado su última batalla.

Y la ha ganado.

42

Don Álvaro de Sande cabalga por las calles del Burgo con expresión sombría. Ha visto los horrores de la guerra en docenas de campos de batalla, pero nunca algo como esto.

El Burgo no es una ciudad. Es un cementerio a cielo abierto. Casas reducidas a escombros. Cadáveres aún sin enterrar. Supervivientes que parecen espectros, con los ojos hundidos y la piel estirada sobre los huesos.

A su lado cabalga Ascanio della Corgna, igualmente silencioso. El condottiero italiano, conocido por su lengua afilada, no encuentra palabras para lo que está viendo.

Jean Parisot de La Valette los recibe en la plaza central. El Gran Maestre ha envejecido veinte años en cuatro meses. Su armadura muestra las marcas de mil combates. Una venda ensangrentada asoma bajo su jubón.

—Don Álvaro —dice con voz cansada pero firme—. Bienvenido a Malta. O a lo que queda de ella.

Sande desmonta y se arrodilla ante el viejo caballero.

—Excelentísimo señor, lamento no haber llegado antes.

—Os presentasteis cuando hacía falta —responde La Valette—. Eso es lo que importa. Habéis salvado a la Cristiandad.

—No, señor. Vos la salvasteis. Nosotros solo llegamos a tiempo de presenciar vuestra victoria.

La Valette sonríe con cansancio.

—Pues celebremos ambas victorias juntos. Venid, hay mucho que discutir sobre la evacuación de los heridos y la reconstrucción de las defensas.

Mientras caminan por las ruinas, Sande pregunta: —¿Cuántos supervivientes quedan de la guarnición original?

—De los seis mil que estábamos al principio del asedio, quedan menos de seiscientos con capacidad de combate. El resto son

heridos, enfermos, o civiles que cogieron armas cuando fue necesario.

—Dios misericordioso...

—Dios ha sido misericordioso, don Álvaro. Podría haber sido peor. Podríamos haber caído.

Pasan junto a un grupo de soldados que entierran cadáveres. Uno de ellos, un cabo español demacrado y cubierto de vendajes, se cuadra torpemente al ver pasar a los generales.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Malta, cabo? —pregunta Sande.

—Llegué con el primer socorro, mi general.

—Habéis servido con honor. Decidme, ¿dónde puedo encontrar a sus capitanes, dónde están vuestros superiores?

—¿Capitanes, señor? —dice el cabo con un deje de tristeza—. Están todos… en fin. Creo que yo soy el soldado español con mayor graduación en la isla.

—¿Cómo todos? ¿Miranda, Medrano, Robles…?

—Todos, mi señor.

Sande asiente, resignado, y sigue caminando. Está impresionado. Poco después descubre que las bajas en el contingente español, contando los hombres enviados por Don García al inicio del asedio y los del pequeño socorro, han sufrido bajas superiores al noventa por ciento. Increíble…

Siguen caminando en silencio por las ruinas del Burgo. Por todas partes ven los mismos signos de heroísmo y tragedia. Soldados lisiados. Viudas llorando. Niños huérfanos. El precio de la victoria está escrito en cada rostro, en cada piedra derruida.

Don Álvaro de Sande contempla la escena y comprende algo fundamental: esta no ha sido una victoria. Ha sido una supervivencia. Malta no ha derrotado al Imperio Otomano. Simplemente se ha negado a morir.

Kemiru camina solo por las calles del campamento turco abandonado. Sus pasos resuenan en el silencio que ha sustituido al bullicio de miles de soldados. Las tiendas siguen en pie, pero vacías, mecidas por la brisa marina.

El muchacho conoce bien este laberinto de callejuelas improvisadas. Durante semanas fue su hogar, el lugar donde aprendió que los enemigos también sangran cuando se cortan. Ahora todo está desierto, abandonado en la prisa de la retirada.

Se dirige hacia la tienda de Hasan y sus pasos se vuelven más lentos a medida que se acerca. Sabe lo que va a encontrar, pero necesita verlo con sus propios ojos antes de que los soldados españoles quemen el campamento entero.

La tienda del jenízaro está tal como la dejó: los libros de oraciones apilados, la alfombra de rezo orientada hacia La Meca, el brasero donde Hasan calentaba el té que compartían por las noches. Y en el jergón, cubierto por una manta, el cuerpo del hombre que lo protegió cuando nadie más lo habría hecho.

Se acerca y retira la manta con manos que ya no tiemblan. El rostro de Hasan está sereno, la disentería se lo ha llevado dulcemente durante el sueño. Tiene los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

—Padre —susurra, usando por primera vez esa palabra que nunca se atrevió a pronunciar cuando Hasan podía oírla.

Se arrodilla junto al cadáver y toma la mano fría del jenízaro. Es la misma mano que le enseñó a escribir en árabe, que lo protegió de otros soldados menos compasivos.

Busca entre las pertenencias del jenízaro y encuentra el pequeño Corán que Hasan leía cada noche. Las páginas están gastadas por el uso, marcadas con anotaciones en los márgenes. Este libro era lo más preciado que tenía Hasan.

Se lo guarda junto al pecho.

Fuera de la tienda oye pasos que se acercan. Son soldados españoles que registran el campamento en busca de prisioneros rezagados y cualquier cosa de valor que los turcos hayan dejado atrás.

—¡Alto! —grita uno al verlo—. ¿Quién va?

—Kemiru, del Burgo —responde saliendo de la tienda.

Los soldados lo reconocen. La historia del muchacho maltés que escapó del cautiverio ya ha corrido por todo el ejército de socorro.

—¿Qué buscas aquí, rapaz? —pregunta el sargento.

—A un amigo. Ya lo he encontrado.

Los soldados intercambian miradas, pero no hacen más preguntas. Han visto demasiadas cosas durante estos días para sorprenderse por nada.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta uno con tono más amable.

—Sí. Ayudadme a cargarlo. Quiero darle sepultura.

Los soldados entran en la tienda y contemplan el cadáver del jenízaro. Ven a un enemigo muerto, pero también ven la expresión en el rostro del muchacho maltés.

—Era un buen hombre —dice Kemiru—. Me protegió cuando era su prisionero.

El sargento asiente. Ha visto suficiente guerra para saber que la decencia no conoce fronteras de religión o bandera.

—Está bien, muchacho. Te ayudaremos a cargarlo hasta la ciudad.

Las sombras se alargan sobre Malta mientras Kemiru, ayudado por Caterina y Fra Antoine, excava dos tumbas en la tierra rocosa que hay detrás de las ruinas de la iglesia de San Lorenzo. Una para Francisco de Peralta, soldado español. Otra para Hasan ibn Yusuf, jenízaro del sultán.

Caterina trabaja en silencio, con las manos ensangrentadas por el esfuerzo de mover piedras. Ha comprendido sin necesidad de explicaciones lo que este momento significa para el muchacho que ha adoptado como hijo.

Fra Antoine maneja la pala con torpeza aristocrática. Sus manos, acostumbradas a sostener libros de rezo, no están hechas para este trabajo, pero no se queja. Algo en la determinación silenciosa de Kemiru lo ha conmovido.

—¿Estás seguro de que quieres enterrarlos juntos? —pregunta Caterina mientras descansa apoyada en su pala—. Francisco era cristiano, Hasan musulmán...

—Eran hombres buenos —responde Kemiru sin dejar de cavar—. Eso es lo único que importa ahora.

Cuando las tumbas están preparadas, bajan cuidadosamente los dos cuerpos. Francisco, con las manos cruzadas sobre el pecho y una expresión serena. Hasan, envuelto en su manta de oración, orientado hacia La Meca según la costumbre de su fe.

Kemiru permanece de pie entre las dos tumbas. En una mano lleva el rosario de Francisco, encontrado entre sus escasas pertenencias. En la otra, el pequeño Corán de Hasan.

—Francisco me enseñó el honor —dice con voz clara—. Hasan me enseñó la misericordia. Los dos me cuidaron cuando no tenía a nadie.

Se arrodilla y pone el rosario en el pecho de Francisco, el Corán en el de Hasan.

—Que Dios los acoja —susurra.

Caterina y Fra Antoine se persignan mientras Kemiru recita una oración que mezcla palabras cristianas y musulmanas aprendidas de ambos hombres. Es una plegaria extraña, pero sincera.

Cubren las tumbas con tierra y piedras maltesas. Cuando terminan, la noche ha caído sobre la isla.

—Ya está —dice Kemiru, limpiándose las manos en la camisa—. Ahora pueden descansar.

Caterina lo abraza y siente cómo el cuerpo del muchacho tiembla con los sollozos contenidos durante días.

—Llora, hijo mío —le susurra—. Se lo merecen.

Y Kemiru llora como no ha llorado jamás. Llora por Francisco, que murió defendiendo una tierra que apenas conocía. Llora por Hasan, que murió lejos de la patria a la que nunca pudo regresar. Llora por todos los muertos que ha dejado esta guerra sin sentido.

Fra Antoine contempla la escena con el corazón encogido. Durante años había creído que la guerra era una aventura romántica, una ocasión para demostrar valor. Pero la guerra, comprende ahora, es simplemente hombres buenos que mueren por causas que no eligieron.

—Kemiru —dice cuando los sollozos se calman—, lo que has hecho es lo más noble que he visto jamás.

El muchacho alza la vista, con los ojos anegados de lágrimas.

—Solo hice lo que ellos me enseñaron. Que todos los hombres merecen respeto en la muerte.

Desde las murallas del Burgo, los supervivientes del asedio contemplan el espectáculo que llevaban meses esperando: la flota otomana abandonando las aguas maltesas.

Una tras otra, las galeras imperiales se alejan perdiéndose por el horizonte. Ciento sesenta naves que llegaron con la furia del sultán ahora se retiran derrotadas.

Jean Parisot de La Valette, apoyado en su bastón, contempla la retirada enemiga con expresión grave. No hay triunfalismo en su rostro, solo el cansancio infinito de quien ha llevado sobre sus hombros el peso de una guerra.

—Se marchan —dice Fra Antoine, que acaba de regresar del cementerio.

—Sí —responde La Valette—. Pero mira lo que queda.

Su mirada recorre las ruinas que fueron el Burgo. De los edificios que conoció durante décadas, apenas quedan muros derruidos y montañas de escombros. La iglesia de San Lorenzo conserva sus muros principales, pero su techo es un agujero abierto al cielo.

—Seiscientos hombres —murmura—. De ocho mil defensores, seiscientos pueden aún empuñar un arma.

Los números son brutales, pero no sorprenden a nadie. Todos los supervivientes han pagado un precio personal por esta victoria.

Caterina sube por las escaleras de piedra con Kemiru a su lado.

—¿Qué será de nosotros ahora? —pregunta con voz cansada—. No hay casas, no hay cosechas, no hay nada.

La Valette la mira con ojos que han visto renacer ciudades de las cenizas.

—Reconstruiremos, señora Caterina. Como hemos hecho siempre después de cada guerra.

Kemiru se acerca al parapeto y contempla las galeras turcas que se alejan. En una de ellas podría viajar el cuerpo de Hasan, si alguien se hubiera molestado en llevárselo. Pero su alma, piensa, quedará para siempre en Malta.

—¿Volverán? —pregunta.

—No este año —responde La Valette—. Quizá nunca. Hemos roto algo más que su ejército.

Fra Antoine contempla las naves enemigas que desaparecen en el horizonte. Piensa en su Francia natal, en los castillos del Loira donde creció oyendo historias de caballeros andantes. Todo eso parece ahora tan lejano.

—¿En qué pensáis, Fra Antoine? —le pregunta La Valette.

—En casa. En si debería regresar a Francia, ahora que la guerra ha terminado.

—¿Y qué os dice el corazón?

Fra Antoine mira a su alrededor: las ruinas humeantes, los supervivientes que ya trabajan en retirar escombros, Caterina cuidando heridos, Kemiru ayudando a una anciana.

—Que mi lugar está aquí.

La Valette sonríe por primera vez en semanas.

—Entonces bienvenido a Malta, Fra Antoine. No como visitante, sino como hermano.

El sol se pone sobre la isla devastada, pintando de oro las ruinas que fueron el orgullo de la Orden. En el mar, las últimas velas otomanas desaparecen.

Malta ha sobrevivido, pero al precio más alto imaginable: una isla arrasada, miles de muertos, vidas rotas. Caterina toma de la mano a Kemiru mientras contemplan el atardecer.

—¿Qué haremos mañana? —pregunta el muchacho.

—Vivir —responde ella—. Vivir y recordar.

Las campanas de San Lorenzo comienzan a tocar, ya no por alarma sino por los muertos. Cada campanada es un nombre, un recuerdo, una vida que se ha ido demasiado pronto.

Mañana comenzarán a reconstruir Malta. Piedra sobre piedra, Malta volverá a alzarse.

Epílogo

Malta, 15 de marzo de 1571
Seis años después del Gran Asedio

Kemiru se arrodilla entre las dos tumbas, mientras las flores silvestres que crecen sobre ellas cada primavera cubren de colores la tierra donde descansan Francisco y Hasan. El pequeño cementerio es un lugar silencioso, donde solo el viento del mar rompe la quietud de los muertos.

A sus veinte años, el antiguo huérfano de guerra se ha convertido en un joven respetado: traductor oficial de la Orden, propietario de tierras, padre de familia. Pero en este lugar sagrado, sigue siendo el muchacho aterrorizado que encontró en dos enemigos a los únicos padres que conoció.

—Francisco, Hasan —susurra—. Mirad lo que ha crecido de vuestro sacrificio.

Su mirada se alza hacia el monte Sceberras, donde las grúas y andamios construyen la nueva ciudad de La Valeta, llamada así en honor de Jean Parissot de la Valette.

Seis años de trabajo han transformado la colina que una vez ocupó la artillería turca en una maravilla de piedra caliza.

Fra Antoine supervisa las construcciones con el celo de quien ha encontrado su vocación, dirigiendo al arquitecto maltés Gerolamo Cassar en la creación de la ciudad más moderna del Mediterráneo.

—Vosotros no podréis verla con vuestros ojos —continúa Kemiru —, pero La Valeta será una ciudad hermosa. Una ciudad entera construida sobre el lugar donde caísteis defendiendo lo que creíais justo.

Una brisa suave agita las flores sobre las tumbas. Kemiru se permite esa fantasía consoladora mientras se incorpora y contempla una vez más la ciudad que se alza detrás de él.

Malta ya no es la isla devastada de hace seis años. Los campos vuelven a dar cosechas, los puertos se llenan de barcos mercantes, los niños juegan en calles donde una vez resonaron los cañones otomanos. La vida triunfa sobre la muerte cuando los hombres tienen la paciencia de reconstruir lo que la guerra destruye.

El eco de aquella victoria aún resuena por toda Europa. Las campanas de Roma repicaron durante días, hubo procesiones de acción de gracias en París, hogueras de júbilo encendidas en Londres pese a los recelos ingleses hacia la Europa católica. Toda la Cristiandad suspiró de alivio cuando llegaron las noticias del fracaso turco. Malta demostró que el poder otomano no era invencible y esa lección devolvió la esperanza a medio continente.

Felipe II, el Rey Prudente, envió a La Valette una espada y una daga de oro con una inscripción que resumía lo que Malta y La Valette habían significado para la Cristiandad: «*Plus quam valor Valette valet*». Más que el valor vale La Valette.

Kemiru había visto aquellas armas en el palacio del Gran Maestre, testimonio imperecedero de que el sacrificio de los defensores no había pasado inadvertido.

Tras su visita mensual al cementerio, Kemiru camina de vuelta a su casa, donde Elena, su esposa, lo espera con una sonrisa, mientras su hijo Miguel juega con soldaditos de madera tallados por un carpintero de Mdina. Caterina, su madre adoptiva, pela verduras para la cena con la tranquilidad de quien ha encontrado la paz después de tanto sufrimiento. Juntos han formado una familia feliz.

—¿Has estado otra vez en el cementerio? —pregunta Elena con esa intuición femenina que penetra los silencios masculinos.

—Cada día que paso aquí es un día que ellos me regalaron —responde Kemiru—. No olvido el precio que pagaron por mi felicidad.

Se acerca a su esposa y la besa en la frente, aspirando el perfume de su cabello. Después alza al pequeño Miguel y lo sienta en sus rodillas.

—¿Contra quién peleas hoy, general?

—¡Tucos, tucos! —grita el niño.

Kemiru tarda un momento en responder.

—Vaya. ¿Y ganas?

—¡Tucos!

Kemiru abraza a su hijo. La guerra es inevitable, pero la muerte no tiene por qué ser su única consecuencia. Malta lo ha demostrado: se puede sobrevivir al horror y construir algo hermoso sobre las ruinas.

Caterina los observa desde su rincón con la sonrisa serena de quien ha visto crecer una familia donde antes solo había soledad. A los cuarenta y seis años, se ha convertido en la abuela que acoge, en la que cura heridas con caldo caliente y palabras suaves.

—La cena estará lista pronto —dice—. Elena, siéntate y descansa. Kemiru, ayúdame con la mesa.

Es uno de esos momentos perfectos, de esos instantes de felicidad doméstica que justifican todos los sacrificios. La luz dorada del atardecer entra por las ventanas, el niño ríe jugando con sus soldaditos, Elena tararea una canción maltesa, Caterina prepara la comida con gestos que hablan de amor sin necesidad de palabras. Kemiru contempla su hogar y comprende que ha encontrado lo que Francisco y Hasan desearon en vida: una familia, un lugar en el mundo, la paz.

Tres golpes secos resuenan en la puerta principal.

Kemiru se levanta, extrañado. No esperan a nadie a esa hora y los visitantes habituales suelen anunciarse desde el patio. Los golpes se repiten, más urgentes esta vez.

Abre la puerta y se encuentra ante una figura encapuchada que tarda un momento en reconocer.

—Fra Antoine —dice sorprendido—. ¿Por qué os cubrís así?

El caballero francés se descubre el rostro y Kemiru ve en él una expresión que no le ha visto desde los días del asedio: excitación contenida, urgencia mal disimulada.

—¿Puedo entrar? Traigo noticias que os conciernen.

—Por supuesto.

Fra Antoine saluda a Elena y Caterina con cortesía, pero su nerviosismo es evidente. Saca de su túnica un pergamino lacrado con el sello papal.

—¿Recordáis lo que siempre decíamos? ¿Que Malta había sido solo el comienzo, no el final?

—Sí —responde Kemiru con voz extrañada, presintiendo ya el rumbo de la conversación.

—Su Santidad Pío V ha convocado una Liga Santa. España, Venecia, Malta y otros estados cristianos formarán una flota común para enfrentarse al Turco. El mando se ha confiado al mismísimo Juan de Austria, el hermanastro del rey de España.

Elena deja de tararear. Caterina permanece inmóvil con las verduras a medio pelar. Solo el pequeño Miguel continúa jugando, ajeno a la tensión que se ha apoderado de los adultos.

Kemiru toma el pergamino y lo lee. Cuando termina, permanece en silencio durante largo rato, contemplando las líneas que convocan a una nueva guerra santa contra el poder otomano.

—La flota se reunirá en Mesina en septiembre —continúa Fra Antoine—. La guerra que comenzó hace seis años va al fin a decidirse. Pero será en el mar. En algún lugar del Mediterráneo oriental.

Mira a su alrededor: su esposa, su hijo jugando, su madre adoptiva que ha encontrado la tranquilidad después de tanto sufrimiento. Después contempla el pergamino papal, con la llamada a una batalla que puede cambiar para siempre el equilibrio del Mediterráneo.

—Malta fue la primera piedra —dice—. Si la Liga Santa fracasa, todo lo que construimos aquí no habrá servido de nada. Si vencemos, el Mediterráneo volverá a ser cristiano para siempre.

Fra Antoine asiente gravemente.

—Es lo que yo he pensado. La decisión es vuestra, pero… —hace una leve pausa y añade—: Francisco y Hasan no dudarían sobre lo que hay que hacer.

Se acerca a la ventana que da al puerto, donde se ve el perfil de La Valeta recortado contra el cielo estrellado. En algún lugar de esas calles en construcción están enterrados los huesos de los hombres que le enseñaron a vivir y a luchar. En algún lugar del horizonte marino se está forjando el destino final de todo lo que ellos defendieron.

Vuelve junto a su familia y abraza a Elena sin decir palabra. Ella comprende, ha comprendido siempre, que hay deberes que un

hombre no puede eludir cuando la Historia llama a su puerta.

—La Liga Santa —murmura Kemiru en voz baja.

Y en esas palabras queda contenido el futuro del Mediterráneo.

Fin

Nota histórica

Querido lector:

¿Has sentido el calor abrasador de aquel verano maltés de 1565, cuando se reequilibró el mundo? ¿Has vivido la desesperación de turcos y cristianos luchando por sobrevivir en aquella roca perdida en el Mediterráneo? Ese era el objetivo de esta novela: que juntos viviéramos aquellos días de gloria, valentía y horror. Que sintiéramos las emociones de aquellos que dejaron vida y ventura en Malta, cada uno luchando a su manera, pero todos deseando, simplemente, sobrevivir.

«Arde Malta» narra uno de los episodios más decisivos y más olvidados de la historia europea: el Gran Asedio de Malta de 1565, que enfrentó al Imperio Otomano en su apogeo contra la Orden de San Juan y las fuerzas de la España de Felipe II, en una batalla que determinó el equilibrio del poder mediterráneo. Voltaire escribió que nada era más conocido que el sitio de Malta. Cuatro siglos después, pocos sabrían situarlo en un mapa.

Los eventos centrales de esta novela están documentados históricamente. La cronología del asedio, las batallas principales, los personajes históricos y sus decisiones se basan en fuentes contemporáneas, especialmente las crónicas de Francisco Balbi di Correggio, Giacomo Bosio e Hipólito Sans.

Esta novela se basa en personajes históricos reales. Desde los más evidentes —La Valette, Mustafá Pachá, Pialí Pachá, Dragut o Aluch Alí, el Uchalí que reaparecería en Lepanto y al que Cervantes menciona en el Quijote— hasta oficiales menores como Guaras, Anastagi —a quien El Greco retrataría años después, en un retrato que hoy se conserva en la Frick Collection de Nueva York—, Miranda, Medrano, De la Cerda o Robles, todos existieron y participaron en los eventos descritos.

Solo Francisco y su escuadra, Caterina, Hasan, Fra Antoine de Montmorency y Kemiru son invención del autor, creados para dar voz a los miles de soldados y civiles anónimos que vivieron aquellos días.

Francisco Hernández de Peralta fue un soldado «viejo» español real que estuvo preso en Argel y tuvo el desparpajo de escribir directamente a Felipe II para explicarle cómo debía conquistarse la ciudad en su opinión (señal de la autoestima que un veterano de los Tercios podía tener en aquella época). El original de la carta se conserva en el Archivo General de Simancas. El dato me hizo tanta gracia que quise utilizar a este Francisco como inspiración para nuestro Francisco de Peralta. Situarlo en Malta en 1565 es invención mía.

La aventura de don Juan intentando unirse al socorro de Malta está documentada, incluyendo su enfermedad en Aragón y su captura por don Pedro Manuel.

He recreado las escenas bélicas con la mayor fidelidad posible a las crónicas que conservamos. El apresamiento y tortura de Adrien de La Rivière, la toma del revellín con el centinela muerto, la ejecución de los prisioneros tras la caída de San Telmo: todo ello ocurrió. También la operación nocturna en la que desembarcó el pequeño socorro, la muerte de Dragut por fuego amigo (según la versión más difundida), la deserción de Laskaris, el combate a cuchillo bajo el agua en torno a la cadena de Senglea, la acción de Muñatones contra la mina turca o la estratagema de Mdina para evitar el asalto, por citar algunas.

Me he permitido pocas licencias artísticas, pero las hay.

La escena de espionaje con la que se inicia la novela, aunque basada en métodos documentados de la época (especialmente la red de Giovanni Renzo), es una recreación novelesca de actividades que sabemos que existían, pero cuyos detalles específicos se han perdido.

En los últimos episodios vemos cómo Kemiru, Caterina, Fra Antoine y Francisco observan desde el Burgo la retirada del ejército turco mientras es perseguido por el socorro. Eso, aunque permite conectar los escenarios de los supervivientes y el socorro, lamentablemente hubiera sido imposible. El ejército otomano se

retiró hacia la cala de San Pablo, trece kilómetros al norte del Burgo, y entre ambos puntos se levanta la espina dorsal de la isla: las alturas de Naxxar y Gharghur ocultan por completo el norte de la isla. Lo que los sitiados sí pudieron ver fue el desmantelamiento de las baterías turcas en torno al Gran Puerto y, quizá, el polvo y el humo suspendidos sobre aquella cresta lejana, sin manera alguna de saber quién estaba venciendo allí arriba. La noticia les llegó como llegaban entonces las noticias: a caballo, desde Mdina, la única que dominaba desde sus bastiones la llanura y la ensenada. En el Burgo vivieron su liberación como un rumor antes que como un espectáculo. Un novelista prefiere el espectáculo; el historiador, el rumor. En esa escena gané una imagen y perdí una verdad, y me pareció justo confesarlo aquí.

La tormenta con la que se encuentra el socorro español fue real, pero no tan violenta como se la muestra en la novela. A pesar de todo, fue lo suficientemente peligrosa como para obligar a la flota española a regresar a Sicilia y posponer el desembarco para un segundo intento.

Por último, he condensado y unificado varios días de asedio y asaltos, especialmente los ocurridos durante el mes de agosto, con la intención de evitar un texto reiterativo y darle mayor ritmo a la novela.

Para saber más, recomiendo las obras de cualquiera de los siguientes autores: Ernle Bradford —un relato espléndido, aunque escrito desde una simpatía por la Orden tan marcada que tiende a minimizar la aportación española y la figura de don García de Toledo —, Roger Crowley, Bruce Ware Allen y mi compatriota Hugo A. Cañete sobre el asedio de Malta, así como los estudios de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo en época de Felipe II.

Malta conserva hoy muchos de los escenarios de esta historia, testimonio perdurable de uno de los últimos enfrentamientos entre dos mundos. Si algún día visitan la isla, recorran el Burgo y suban a San Ángel: esa piedra es la misma que pisaron los protagonistas de esta novela. De San Telmo, arrasado hasta los cimientos en 1565 y rehecho una y otra vez después, queda sobre todo el lugar y su vista

sobre la bocana del puerto. Basta para entender lo que allí se defendió, y a qué precio.

Espero que esta recreación honre la memoria de quienes lucharon en ambos bandos por sus convicciones más profundas.

En la cripta de la Concatedral de San Juan, en La Valeta, podrán encontrar un epitafio que resume el destino del hombre que salvó la Europa cristiana: «Aquí yace La Valette, digno de eternos honores. Azote de África y Asia y escudo de Europa, de donde expulsó a los bárbaros con sus armas sagradas. Es el primero en ser enterrado en la amada ciudad que fundó».

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento al Certamen de Úbeda y a los miembros de su jurado, por la confianza depositada en esta novela y por el reconocimiento que ha supuesto un impulso decisivo para que hoy vea la luz.

Gracias también a quienes, de una forma u otra, han acompañado este camino: a mi familia, por su paciencia infinita durante los meses de escritura; a mis amigos, por escuchar y animar incluso cuando la historia aún no tenía forma; y a los primeros lectores, cuyas opiniones fueron un regalo inestimable.

Y, por supuesto, gracias a ti, lector, por dar vida a estas páginas con tu lectura e imaginación.